

Juan Miguel Aguilera 

El sueño de la razón

*Aventuras, magia, intrigas y misterio
en la convulsa Europa
de comienzos del siglo XVI*

The background of the cover is a detailed painting. It depicts a scene with several figures in historical or fantastical attire. In the foreground, a group of people, including men and women in various head coverings and robes, are gathered around a central point. One man on the right is climbing a tree or a large branch. The scene is set in a landscape with trees and a distant horizon. The overall style is reminiscent of 16th-century European art.

Lectulandia

Una novela de aventuras, magia, intrigas y misterio en la convulsa Europa de comienzos del siglo XVI.

1516. Europa vive una época de cambios. Por un lado una profunda revolución mental e intelectual se extiende imparable recuperando el interés por lo humano y lo racional que había permanecido oculto durante la larga Edad Media. Sin embargo, los restos más oscuros del pensamiento medieval se resisten a desaparecer y parecen cobrar una inusitada fuerza.

En este contexto los caminos de Cèleste, una joven bruja, y Luis Vives, un humanista valenciano exiliado por su origen converso, se cruzarán a bordo de la flota de naos que conduce al joven Carlos a España para que tome posesión de su reino. Una serie de calamidades, incendios y tempestades extravían el rumbo de la flota, cuando una nave de vizcaínos aparece milagrosamente y se ofrecen a conducirlos hasta un puerto seguro. Sin embargo, nunca llegan a Santander, su destino inicial, sino que los vizcaínos los conducen a las costas asturianas.

Cèleste sabe que nada de lo que está sucediendo es casual: la magia está a punto de alterar el destino de toda Europa.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera

El sueño de la razón

ePub r1.0

Castroponce 03.05.2017

Juan Miguel Aguilera, 2006
Diseño de cubierta: M. Lucrecia Demaestri
Ilustración de la cubierta: «La nave de los locos» de El Bosco

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Pili Peñarrubia,
que también es mágica.*

A menudo se ha visto a las brujas mismas echadas de espaldas en los campos y en los bosques, desnudas hasta el ombligo, y resultaba evidente por la disposición de los miembros que corresponden al acto y orgasmo venéreos; y, además, por la agitación de sus piernas y muslos, que invisibles para los presentes, habían estado copulando con demonios íncubos. Pero a veces, aunque esto es raro, al final del acto se eleva al aire, desde la bruja, un vapor muy negro, más o menos de la estatura de un hombre.

H. Kramer y J. Sprenger, *Malleus Maleficarum*.

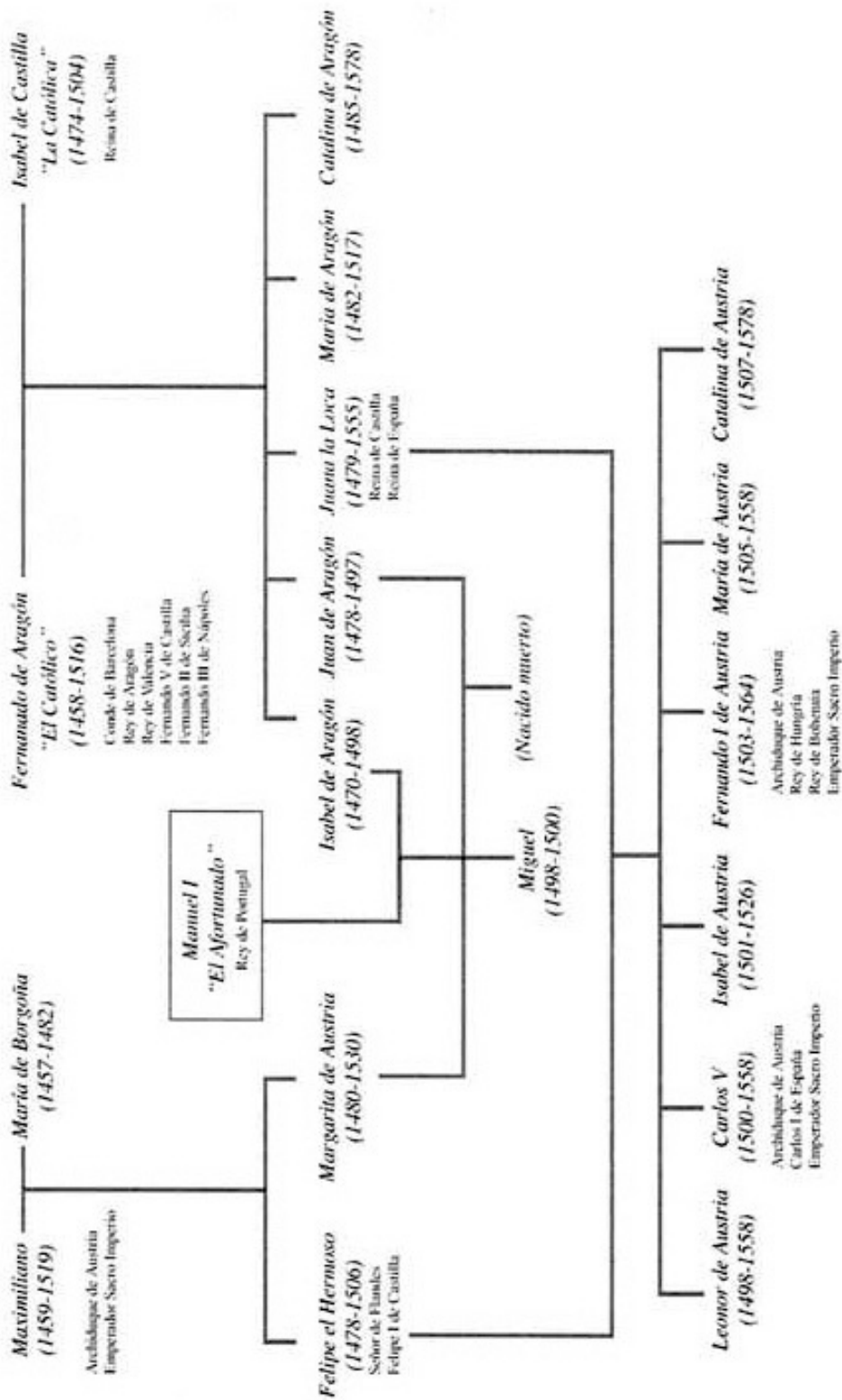
La noticia que nos dan los sentidos no es sino una cierta recepción o la impresión de una imagen, como la de un anillo en la cera o la de una figura en un espejo. Pero todavía queda la duda sobre si puede el alma engañarse en virtud de la noción de los sentidos.

Luis Vives, *Tratado del Alma*.

El sueño de la razón produce monstruos.

Goya, *Capricho n.º 33*.

Casa de Habsburgo



INTROITUS

He aquí tres errores heréticos que se deben enfrentar, y cuando se hayan refutado se verá la verdad con sencillez. Porque ciertos autores que pretenden basar su opinión en las palabras de Santo Tomás (IV, 24), cuando trata de los impedimentos causados por los encantamientos mágicos, intentaron afirmar que no existe la magia, y que ella sólo está en la imaginación de los hombres, que atribuyen a la brujería y los hechizos efectos naturales cuyas causas no son conocidas. Hay otros que reconocen, por cierto, que los brujos existen, pero declaran que la influencia de la magia y los efectos de los sortilegios son puramente imaginarios y fantásticos.

Un tercer tipo de escritores sostiene que los efectos, que según se dice causan los hechizos mágicos, son por completo ilusorios y fantasiosos, aunque bien pudiera ser que el diablo asista a algunos brujos.

H. Kramer y J. Sprenger, *Malleus Maleficarum*.

25 de enero de 1516

Arrecifes de nubes silueteadas de plata cruzaban mansamente la bóveda celeste. La luna llena resplandecía entre las torres gemelas de la catedral de Colonia, su luz pálida arrancaba destellos del manto de nieve acumulada sobre los tejados de la ciudad y dibujaba un paisaje de brutal contraste, como trazos de tinta sobre azogue. El silencio se apoderaba de las calles heladas. Sólo se escuchaba el ladrido lejano de algún perro de vez en cuando.

Un carruaje se detuvo al pie del edificio sagrado. De él descendieron dos encapuchados ataviados con los hábitos de lana teñida de blanco y negro de la orden de santo Domingo. El que iba delante alzó la vista, admirado por aquellas agujas de piedra elevándose rectas hacia el cielo, con la luna pendida entre ellas como un adorno deslumbrante. El otro dominico, un anciano, se puso a su lado y le dijo con un susurro:

—No os dejéis impresionar por la catedral, padre Bernardo. Es magnífica, sí, pero un cuesco de Dios ridiculizaría cualquier obra humana; recordad que «la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres». El lugar al que ahora nos dirigimos quizá pueda pareceros más humilde, más tenebroso sin duda, pero os aseguro que expresa mejor que ese edificio el lugar que verdaderamente ocupamos en el orden de las cosas... —tosió—. Mucho mejor.

Bernardo asintió dócilmente a las palabras del anciano, pero para sus adentros hizo una mueca de desprecio y pensó: «Y también dijo Platón, y mucho antes que tu san Pablo, que es más hermosa la locura que procede de la divinidad que la cordura que tiene su origen en los hombres. Quizá seas tú, viejo, el que tiene que aprender algo de Humildad».

Caminaron en silencio, uno junto a otro, haciendo crujir la nieve helada bajo sus pies. El dominico viejo se apoyaba de vez en cuando en el brazo del más joven. Rodearon uno de los muros de la catedral y se internaron en un oscuro pasadizo.

—¿Adónde conduce esto, padre? —una nube de vaho acompañaba cada palabra.

—La catedral se construyó sobre una pequeña iglesia consagrada en el siglo noveno de Nuestro Señor. La iglesia en sí fue derruida, pero sus sótanos aún permanecen en el subsuelo de la catedral.

—¿Es allí donde nos esperan los agustinos?

—Allí es. Ellos se ocupan de mantener el lugar.

—No confío en los agustinos.

—Ninguno de nosotros tiene por qué hacerlo. —El frío hacía que su voz temblase un poco—. Jacobus era nuestro hermano y sus restos pertenecen a la Orden de los Predicadores. Aunque ahora se encuentren bajo la custodia de los agustinos, ellos no tienen nada que decir al respecto.

Bernardo asintió.

—De acuerdo, padre Johannes —dijo—, acabemos con esto de una vez.

El corredor desembocaba en una estrecha sala donde aguardaba un solo monje agustino acompañado de dos seglares de aspecto rudo. Éstos cargaban con un capazo y varias herramientas de albañilería. Cuando vieron llegar a los dominicos, en los rostros de los tres se reflejó la impaciencia y la hostilidad.

—Extraño momento habéis elegido para visitar el lugar de reposo de vuestro hermano —dijo el agustino a modo de saludo. Era un hombre muy gordo, con las mejillas coloradas y los ojos de un gris tan descolorido como el del escaso cabello que llevaba relamido sobre el cráneo—, justo la noche en la que toda la cristiandad está de luto por la muerte de Don Fernando el Católico.

—¿Venís sólo los tres? —preguntó Johannes con el ceño fruncido.

—No se necesita más. Estos hombres —señaló a los seglares— se encargarán de abrir el pudridero, y de cerrarlo convenientemente una vez que hayáis acabado.

—Conforme al estilo y la regla de nuestras comunidades —dijo el anciano—, os fueron entregados los restos de nuestro hermano en Cristo, Jacobus Sprenger, para que los mantuvierais en celosa guarda y custodia.

—Así se hizo y así permanece —cloqueó el agustino con las papadas temblándole de satisfacción.

Johannes le entregó un documento que había llevado oculto en la manga.

—Permitidnos entonces rezar ante los despojos de nuestro hermano, por la salvación eterna de su alma.

Antes de leerlo, el agustino comprobó escrupulosamente el sello del provincial de la orden de predicadores.

—Está todo correcto —dijo mientras recorría con sus dedos cortos y gordezuelos las líneas manuscritas—, como era de esperar.

—En ese caso, conducidnos hasta el lugar donde descansa Jacobus.

La pared derecha de la sala se abría a un pasadizo de techo abovedado. Descendía en suave pendiente hacia el subsuelo de la catedral. Uno de los albañiles que llevaba una linterna pasó delante para iluminar el camino. El pasadizo era tan angosto que los cinco tenían que ir en fila y los hombros del gordo agustino casi rozaban contra los ladrillos húmedos. No tardaron mucho en llegar al punto donde el corredor se interrumpía, cegado por un tabique blanqueado con cal.

Cuando estaba fresca, alguien había escrito sobre ella: «Como te ves, yo me vi. Como me ves, te verás. Todo acaba en esto aquí. Piénsalo y no pecarás».

—Háganse un poco hacia atrás, padres —gruñó el segundo albañil—, no les vaya a rebotar algún cascote.

No tenían espacio para trabajar el uno junto al otro, así que se fueron relevando para atacar el tabique.

Johannes no dejaba de toser y Bernardo se interesó por él.

—No es nada... tan sólo... ese polvo que... Estaré bien en un momento.

Bernardo asintió forzando una sonrisa. Johannes estaba gravemente enfermo y se temía que no sobreviviese al invierno. El anciano era consciente de ello, en sus ojos

podía leerse el miedo y la incertidumbre de saber que pronto iba a enfrentarse a la inflexible sentencia divina. Se afirmaba que la vida era sólo una etapa obligada hacia la eternidad, apenas una preparación para la muerte, pero la expresión del anciano demostraban que nada de lo que había aprendido durante su larga existencia le ayudaba a afrontar ese momento con un poco de paz en la conciencia.

—Abierto —anunció uno de los albañiles.

Los dos dominicos entraron en el pudridero. Las paredes eran de piedra, el suelo, de granito, y el techo estaba toscamente abovedado. En la primera sala reposaban los restos mortales de los siete últimos monjes fallecidos.

El lugar apeataba tanto como era de esperar.

Bernardo se volvió hacia la puerta desde donde el agustino aguardaba apaciblemente. Los albañiles se habían quedado tras él.

—¿Dónde están los restos de nuestro hermano?

—Por ahí, a la derecha —el agustino alzó la mano para señalar—. La cuarta sala.

Los dominicos recorrieron tres cuartos que eran idénticos a aquel por el que habían entrado, sin luz ni ventilación alguna. Las paredes estaban horadadas por estrechos nichos en los que se amontonaban los huesos o los restos en descomposición. Bernardo pensó en todas las historias que se desintegraban allí a la vez que los cuerpos.

Llegaron a la cuarta sala y buscaron el nicho ocupado por Jacobus.

—Ahí —señalo Johannes.

Era un nicho igual a los otros, situado casi a ras del suelo, con una inscripción garabateada en un pegote de yeso: Jacobus Sprenger. Se acercaron en silencio. El cuerpo estaba cubierto por una enmohecida tela blanca que se amoldaba blandamente a las formas del cadáver. Bernardo se arrodilló junto al nicho y sujetó los extremos del lienzo. Antes de apartarlo se volvió hacia Johannes, que le animó con un gesto.

—Descúbrelo —le susurró.

A la vez que Bernardo tiraba del lienzo, se oyó un grito. En la entrada de la sala estaba el agustino. Los había seguido en silencio. Sus papadas temblaban como gelatina y sus ojos abiertos como platos parecían incapaces de apartarse del cadáver de Jacobus Sprenger. Cayó de rodillas y entrelazó las manos frente al rostro.

—Huele a rosas... ¡A rosas! —gritó—. ¡Olor de santidad!

Bernardo, que estaba mucho más cerca del cuerpo, no había olido nada. Ni a corrupción ni a rosas. Porque el cuerpo del dominico Jacobus Sprenger, aquel que había escrito en colaboración con Henricus Kramer el más importante tratado para luchar contra la brujería, estaba incorrupto y mantenía el mismo aspecto que había tenido el día de su muerte, veintiún años atrás.

—¡Es un milagro! —exclamó el agustino, que parecía al borde de la histeria—. Vuestro hermano es santo junto a Dios Nuestro Señor. Esto debe anunciarse, debe...

Johannes se acercó a él e intentó tranquilizarlo, pero el agustino insistía en permanecer de rodillas y rezando con el rostro enterrado entre las manos.

El anciano pidió a Bernardo que le ayudara a levantarlo, y entre los dos consiguieron que el gordo monje se incorporase. Pero no por ello menguó su excitación. Seguía insistiendo en que allí se había producido un milagro e iba a hacer sonar las campanas para anunciarlo.

Bernardo envidió por un momento la inocencia de aquel hombre. Recordó el tiempo, no tan lejano, en el que él desconocía la verdadera naturaleza de las cosas. Pero también vio el brillo de la codicia en sus ojos. ¡Todo un cuerpo incorrupto bajo su tutela! Algo que, una vez troceado y vendidas sus partes como reliquias, podía llegar a resultar muy rentable a la comunidad.

—¡Teneos por el amor de Dios! —le gritó Bernardo al fin.

El obeso monje se tranquilizó un poco y Johannes le preguntó:

—¿Cuál creéis que es el motivo de nuestra presencia aquí?

—¡Lo sabíais! —comprendió el agustino mirándolos con sus ojos borreguiles.

—Lo esperábamos —asintió Johannes—. Todos en nuestra Orden teníamos conocimiento de la bondad de su vida y de la rectitud de su carácter.

—¿Hasta tal punto?

—Yo lo conocí bien y puedo dar fe de ello —dijo el anciano.

—Entonces...

—¿Entonces qué?

—Debemos festejar su santidad.

Bernardo intervino:

—Todos los asuntos tienen su proceso. Largo y minucioso en este caso. Pero ya sabéis que en la orden de los predicadores nos gusta hacer las cosas correctamente...

—Eso lo tengo por cierto. Desde luego que sí.

—Pues entonces ved que esto es sólo un primer paso —siguió diciendo Bernardo a la vez que señalaba el cadáver de Sprenger—. Nuestra Santa Madre Iglesia no considera que un cuerpo incorrupto constituya una señal inequívoca de santidad, aunque sí que es un indicio apropiado. Y el derecho canónico exige que transcurran por lo menos cincuenta años desde la muerte del candidato antes de que sus virtudes o martirio puedan discutirse formalmente en Roma.

—¿Cincuenta... años? —la desilusión asomó a los ojos del agustino.

—Así está mandado.

—No sabía...

—Eso es evidente —dijo Bernardo con ira contenida en su voz—. No sabéis. No sabéis nada y aun así osáis interrumpirnos mientras intentamos llevar a cabo nuestra misión de preparar el proceso de beatificación de nuestro hermano.

—Yo... Tan sólo quería...

—Sé perfectamente lo que queríais. Ahora, salid...

—Pero...

Esta vez, Bernardo habló con calma:

—Abandonad este lugar de inmediato.

Su fría tranquilidad resultó aun más intimidatoria para el agustino que sus anteriores gritos. Se santiguó y se dirigió a toda prisa hacia la salida del pudridero.

—No regresará —aseguró Johannes—. Concluamos de una vez con lo que nos ha traído hasta aquí.

Los dos religiosos se arrodillaron junto al cuerpo de su hermano y rezaron durante unos minutos. Luego, Bernardo extrajo los objetos que llevaba ocultos entre los pliegues de su hábito y los depositó en el suelo, frente al nicho de Sprenger.

—Tendréis que hacerlo vos —dijo Johannes manteniendo los ojos cerrados, como si su mente continuara ocupada por la oración—. Yo soy demasiado viejo. A mis manos ya no les queda ni el recuerdo del vigor que una vez tuvieron.

Bernardo contempló los dos objetos con aprensión: un estuche de madera forrada interiormente con pan de oro y un cuchillo con una hoja curva muy afilada.

—Claro, padre —asintió con un susurro—. Yo lo haré, no os preocupéis.

Tomó el cuchillo y se inclinó sobre el pecho del cadáver. Durante un instante creyó verse a sí mismo con once años, recién ingresado en el convento, con la cabeza rapada y un hábito que le venía grande, plantado frente a él, con los brazos caídos a los lados del cuerpo y los ojos abiertos por el asombro ante lo que estaba haciendo.

«Esto lo he soñado», comprendió. «Lo soñé con todo detalle cuando era niño».

Deseó con todas sus fuerzas la gracia de poder olvidar toda la espantosa realidad que había conocido desde entonces, y volver a ser de nuevo aquel novicio ignorante. Se frotó los ojos y miró fascinado el cuchillo que empuñaba. Pensó que aquel mundo no era lugar para el hombre; que todo le era ajeno, descarnado...

Había dejado de ver el suelo de granito, los nichos repletos de huesos, las paredes y el techo abovedado. Lo único que veía era el cadáver incorrupto de Jacobus Sprenger frente a él, y la brillante punta del cuchillo en su pecho.

—Vamos, hermano —dijo Johannes con suavidad, colocando una mano sobre su hombro—. Vamos, hacedlo de una vez.

Tuvo que apoyar todo su peso sobre el cuchillo para que éste lograra atravesar las costillas. Luego, introdujo las manos en el tórax abierto de Jacob Sprenger y con un escalofriante sonido de succión arrancó el corazón negro que dormía en su interior. Lo colocó dentro del estuche y cerró la tapa.

—Hecho —dijo alzando los ojos hacia Johannes.

GRADUALE

Por lo tanto, consideremos ante todo a las mujeres; y primero por qué este tipo de perfidia se encuentra en un sexo tan frágil, más que en los hombres. Y nuestra investigación será ante todo general, en cuanto al tipo de mujeres que se entregan a la superstición y la brujería; y tercero, de manera específica, con relación a las comadronas que superan en malignidad a todas las otras.

H. Kramer y J. Sprenger, *Malleus Maleficarum*.

Gargantas del Tarn, 22 de junio de 1516

Había llovido durante toda la víspera de la noche de San Juan. El cielo tenía un extraño tono purpúreo que parecía descender hasta empañar los acantilados que bordeaban el río Tarn. El ambiente estaba saturado por el picante olor de la tormenta. Por el suroeste trepaban hacia lo alto grandes nubarrones negros, que de vez en cuando despedían un asombroso resplandor rojizo, como si estuvieran ardiendo por dentro.

Como un cuchillo afilado, el río había cortado los estratos de roca, trazando el sinuoso cauce por el que ahora se deslizaba una pequeña embarcación.

—Mirad, señoras, esa de ahí es mi casa —dijo el *batelier*.

Puesto en pie, hacía uso de un remo tan largo como una pértiga, con el que maniobraba diestramente entre los rápidos y las rocas. Esa misma mañana, en el mercado de La Malène, había encontrado a las dos brujas que viajaban en la proa de su barca.

Meg y Cèleste contemplaron la tosca cabaña que se elevaba al borde mismo del acantilado. Achatada y con las paredes de piedra negra salpicada de líquenes, el humo de su hogar se filtraba a través de las placas de pizarra del techo formando una extraña nube sobre ella, como un cuervo gris oscuro apostado sobre un tocón.

—Está a punto de suceder algo malo, ¿no es así? —preguntó el *batelier*—. Algo muy malo.

Meg, la más vieja de las dos brujas, miró a su compañera y luego dijo:

—¿Por qué piensas eso?

—En los últimos días he visto cosas... cosas extrañas y terroríficas —se rascó la cabeza con nerviosismo—. Florecer los helechos al dar las doce campanadas y elevarse fuegos fatuos de las tumbas. Un tufo sobrenatural que da escalofríos impregna el aire... Por ello solicité vuestra ayuda para el parto, aunque nunca había recurrido a brujerías...

—Hiciste lo correcto —le tranquilizó Meg—. Ahora llévanos junto a tu mujer.

Atracaron en un embarcadero de troncos atados con sogas, profundamente clavados en el cieno. Hasta dos palmos por encima del agua la madera aparecía podrida y quebradiza, como si fuera a desintegrarse de un momento a otro, pero las dos brujas saltaron sin pensárselo demasiado sobre la tablazón.

Meg iba vestida con ropas de lana oscura y sobre el pecho llevaba un peto de coraza, abollado pero brillante porque lo limpiaba con esmero cada día. Un bonete, también de metal pero adornado con encajes, aplastaba su enmarañada melena gris. Cèleste era muy joven, delgada y tan alta como un hombre; llevaba una vieja túnica de tela gruesa, oscura, con una amplia capucha que la protegía de la lluvia.

El *batelier* ató una soga alrededor de uno de los pilares del embarcadero, le dio

varias lazadas para asegurar la barca contra la fuerte corriente, y luego saltó junto a las dos mujeres. Su expresión era de preocupación y apremio.

—Mi mujer está arriba —dijo—. Vamos, apresurémonos.

Ascendieron por una sinuosa hilera de escalones tallados en la misma roca del acantilado. Meg cargaba una abultada talega decorada con un complejo muaré de motivos multicolores y tarareaba despreocupada una canción, como si subir por aquellos angostos escalones fuera lo más fácil del mundo. Pero apenas tenían espacio para asentar el pie, estaban desgastados por el uso y resbaladizos por la lluvia y el barro.

Mientras subía, Cèleste no podía apartar los ojos del humo que se acumulaba sobre la cabaña como una presencia siniestra. De repente, vio como una voluta se transformaba en un rostro horrendo y lanzaba una mirada de odio hacia abajo, hacia las tres pequeñas figuras que trepaban por la pared del acantilado. La bruja dio un respingo y se echó hacia atrás. Estuvo a punto de perder el pie y Meg le gritó que tuviera cuidado.

El *batelier* se giró y la sujetó por la muñeca.

—¿Qué os sucede? —exclamó. Tenía un aspecto rudo y su rostro parecía hecho de cuero viejo, pero sus ojos eran ahora como los de un ciervo asustado—. Decidme...

—¿Están ahí, Cèleste? —preguntó Meg, con un susurro—. ¿Puedes verlos?

—Sí —respondió la muchacha—. Están ahí. Tenemos que apresurarnos.

Al llegar arriba vieron que, a lo lejos, otras cabañas similares se orientaban al abrigo del viento del norte, componiendo una pequeña y dispersa aldea.

Sobre la puerta de tablas mal encuadradas de la cabaña del *batelier*, colgaba un manojo de cardos de las montañas; las flores estaban cerradas pero empezaban a abrirse.

«Pronto dejará de llover», pensó Cèleste.

El *batelier* empujó la puerta e invitó a las dos mujeres a entrar en su casa.

El interior era sombrío, humoso. Casi toda la luz procedía de un hogar que atrapaba las llamas entre dos piedras de granito, y de una pequeña ventana cuadrada, sin cristales. El agua burbujeaba en un gran caldero de cobre colocado sobre el fuego. Colgados de ganchos de hierro se veían embutidos y pescados, secándose al humo que tiznaba de hollín las paredes y el techo. El lugar olía a estiércol, a embutidos, a col hervida, y a la agria humedad que se filtraba por las paredes. Los únicos muebles eran una gran mesa de roble, dos bancos, un arcón, una vieja cuna vacía, y la cama donde gemía débilmente la parturienta.

Una mujer mayor, sin duda la *entendida*, aguardaba a un lado de la cama con una palangana entre sus brazos. Se volvió hacia las dos brujas que acaban de entrar y les dedicó una larga mirada de desprecio. Pero fue al *batelier* a quien se dirigió:

—¿Quiénes son esas mujeres? —le preguntó con voz cascada—. Son brujas, ¿verdad? ¡Has traído a dos brujas a esta casa!

Cèleste se desató la capucha, la echó hacia atrás y se sacudió las gotas de agua prendidas de su largo y espeso pelo negro. Su piel era muy morena, con un tono cobrizo, pero sus ojos tenían el mismo tono azul de un cielo despejado. Husmeó el aire con las aletas de su ancha nariz dilatadas. Percibía algo que era mucho más inquietante que el humo y el mal olor que saturaban el interior de la vivienda. Meg le preguntó:

—¿Los sientes aún?

—Están aquí —musitó sin poder contener un estremecimiento—. Esperando.

Se quitó la túnica empapada de agua. Bajo ella llevaba una gonela de estameña teñida de azul, y sobre ésta un corpiño de cuero ajustado con cordones.

—Ya ha roto aguas —dijo la *entendida*—. Ya no sois necesarias para nada en esta casa cristiana. ¡Marchaos! ¡Marchaos!

Cèleste negó con un gesto y se acercó a la cama. Al verla venir, la *entendida* retrocedió y dejó caer la palangana, que se hizo añicos a la vez que su contenido se derramaba por el suelo. El desprecio en sus ojos se había transformado en terror.

—¡No me toques, bruja! —siseó al tiempo que se santiguaba varias veces.

Cèleste le habló con suavidad:

—No la dejarán. El alumbramiento es una puerta abierta, y la noche de San Juan un buen momento para colarse en nuestro mundo. La mantendrán pariendo hasta mañana, hasta que se haga de noche, y entonces uno de ellos entrará en el bebé cuando nazca.

—¡Vosotras sois los demonios! —dijo la *entendida* entrecerrando los ojos.

—No sabes lo que dices —replicó Cèleste.

—Muchacha —le aconsejó Meg—, no discutas con ella que no vale la pena.

El *batelier* se había quedado junto a la puerta y no se movió de allí, pero gritó:

—¡Haced lo que tengáis que hacer y no hagáis caso a esa vieja!

Toda su vida había oído hablar sobre los peligros de que un niño naciera justo en la noche de San Juan. Conforme el embarazo de su mujer avanzaba, y se acercaba ese día, sus miedos iban en aumento, hasta que comprendió que sólo la brujería podía enfrentarse a la brujería y salvar a su hijo.

Mientras la *entendida* recogía los trozos de la palangana rota y secaba las tablas del suelo con su delantal, Cèleste se acercó a la mujer que estaba a punto de parir. Ésta, con los ojos velados por el dolor, alargó una mano caliente y húmeda para tocarla.

—Favor... —susurró—. Por favor...

La mujer era mucho más joven que el *batelier*. Aun así, éste les había contado que aquél sería su séptimo parto. No había niños en la choza, por lo que la bruja supuso que, como era costumbre, estarían en la casa de algún vecino durante el alumbramiento.

—Te vamos a ayudar —le aseguró Cèleste mientras retenía su mano entre las suyas e intentaba tranquilizarla.

—¿Vais a destruir a los malos espíritus? —le preguntó el *batelier*.

—No podemos hacer eso. No tenemos ese poder.

—Pero he oído hablar de hechizos capaces de hacer cosas increíbles.

—Un Principal puede invocar y dominar a los propios espíritus del *Annwn*^[1]. Pero nosotras somos Peregrinas, practicamos la magia natural de este mundo y tan sólo usamos pócimas de hierbas y piedras mágicas... y, a veces, también algún que otro conjuro sencillo. Pero espero que eso sea suficiente en esta ocasión.

—¿Y cómo pensáis proteger a mi hijo?

—Evitaremos que el parto se retrase hasta mañana —le explicó Cèleste. Palpó el vientre de la mujer y preguntó—: ¿Cómo estaba la luna en su anterior parto?

—Eh... —el *batelier* dudó—. No lo recuerdo...

—Era menguante y fue una niña —dijo la *entendida* encogida junto al fogón.

—En creciente, diferente; en menguante, igualante —canturreó—. Será niña.

Alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de su maestra, que la miró impasible. Intentar adivinar las cosas con los mínimos datos posibles era una de sus manías que menos agradaban a Meg. Pero esta vez no dijo nada. Estaba pendiente de cada uno de sus gestos, pero parecía decidida a mantenerse al margen de sus decisiones.

—¿Qué le has dado? —le preguntó Cèleste a la *entendida*.

—Un caldo con mantequilla y vino blanco, para ayudarle a expulsar.

Bueno, aquello no iba a servir de nada, pero tampoco podía hacerle ningún mal.

Mientras tanto, Meg había soltado las correas de cuero y había abierto la talega. Interiormente estaba dividida por bandas de tela reforzada, cosida por los bordes, que sujetaban multitud de frascos y misteriosos utensilios. Extrajo algunos y los fue dejando alineados sobre la mesa de roble: medallas, redomas con hierbas, amuletos, y una minúscula piedra jaspeada que entregó a su novicia.

—Lo que voy a hacer es facilitarte el parto —le explicó Cèleste a la mujer tendida en la cama—. Mira, ésta es la piedra del águila. Verás como con ella dilatas sin dificultad... Por favor, separa un poco más las piernas...

La mujer obedeció y la bruja se acercó para colocar el trozo de roca.

Sólo pudo dar un paso, pues algo oscuro y retorcido pareció surgir de entre sus muslos. Saltó hacia adelante, a la vez que emitía un aullido agudo y estremecedor, como el de un lobo, y le propinó a Cèleste un violento golpe que la lanzó por los aires, hasta el otro extremo de la casa. Meg se abalanzó para recoger a su novicia, y así evitar que se golpeará la cabeza contra una silla. De repente, el aire se había empapado de un olor dulzón y nauseabundo, como el de la carne en descomposición.

La *entendida* dio un grito de terror y empezó a correr de un lado a otro como si buscara una salida.

—¡Haz callar a esa mujer! —le gritó Meg al *batelier*.

Pero el pobre hombre estaba paralizado por el terror. ¿De verdad había visto salir esa nube negra del interior de su esposa? Se frotó los ojos. No podía ser.

El espíritu sólo había sido visible durante el breve instante en el que había empujado a Cèleste, pero el hedor de su presencia permanecía en el aire, que se había vuelto extrañamente denso, dificultando la respiración y haciendo que los ojos picasen. Ciertamente era algo horrendo, oscuro, pero había desaparecido rápidamente de la vista de todos cuando regresó al confín entre los dos planos.

—¿Estás bien? —preguntó Meg a su novicia—. ¿No te ha hecho daño?

—Sí... No, no, me encuentro perfectamente. Voy a continuar.

Parecía aturdida, un poco asustada, pero decidida a hacer su trabajo.

—Espera, déjame antes pronunciar un conjuro de protección —le pidió Meg.

Tomó un puñado de sal consagrada de uno de los frascos de su talega y la espolvoreó sobre los hombros de Cèleste, a la vez que pronunciaba rápidamente:

—La bendición del Ser Todopoderoso sea sobre esta criatura de sal, y que toda malignidad e impedimento sean arrojados de aquí, y que todo lo bueno entre aquí, porque sin ti no puede vivir el hombre, por lo que te bendigo. Y también te invoco a ti para que nos ayudes... Amaimon, Amaimon, Amaimon, tres veces nombrado, para que no muera la mujer del parto ni el niño de espanto.

Luego, Meg le entregó a Cèleste el talismán *domi natour*, y le indicó que podía volver a intentarlo. La muchacha se acercó de nuevo a la parturienta, a la vez que pronunciaba repetidamente: «*vade retro*, espíritus inmundos».

Esta vez la criatura hecha de humo negro no apareció.

Con mucho cuidado, Cèleste colocó la piedra del águila en la ingle de la mujer. Tenía que ser justo en el punto donde estimulase la dinámica uterina, pues era un amuleto muy poderoso y de errar su situación podría tener efectos contrarios.

Mientras tanto, Meg se acercó al hogar. Allí estaba acurrucada la *entendida*, temblando, rezando y santiguándose sin parar, aterrorizada ante toda aquella brujería. Al verla venir, huyó despavorida hacia el otro extremo de la casa. Sin prestarle atención, la bruja recogió en un recipiente pequeño un poco de agua del caldero que estaba en el fuego, y preparó una infusión de artemisa, mirra, tomillo y romero. También quemó unas plumas de perdiz para diluir las cenizas en el caldo. Regresó junto a la cama y abanicó el sahumero junto al rostro de la parturienta. Le dio a beber un poco de él y enredó una astilla de acebo en su cabello.

—Ahora todo es cuestión de esperar un poco —dijo.

Fue una niña, tal y como Cèleste había pronosticado. La bruja cortó el cordón umbilical y alzó a la pequeña para examinarle los ojos, pero no descubrió signo alguno en su iris izquierdo. De modo que se la confió a la anciana que la lavó con vino blanco y la envolvió con unas vendas limpias y apretadas antes de dejarla en la cuna.

Meg llenó una jofaina con agua tibia y jabón, y se acercó a la cama.

—¿Qué es lo que haces con eso? —le chilló la *entendida*—. ¡Recién parida como está el agua le va a hacer daño!

Ignorándola, como había hecho desde que llegaron, Meg desnudó por completo a la mujer y empezó a frotar su cuerpo con un trapo húmedo. La *entendida* se volvió entonces hacia el marido y le gritó con voz entrecortada:

—¡La mujer parida debe oler a podrida!

—Déjalas. Ellas han salvado a mi hija.

—Eso no es cierto. Yo estaba ayudando a tu mujer a parir bien cuando tú llegaste con esas dos brujas. Fueron ellas quienes hicieron aparecer a ese demonio... ¿O qué te crees? Piensa en el mal que has hecho al traerlas y evita más daño a esta casa.

El *batelier* apartó la vista y no dijo nada más. Así que la anciana, al cabo de un rato de esperar su respuesta, se fue hacia la puerta hecha una furia.

—¡Yo no puedo seguir aquí para ver como entregas a tu mujer a esas hijas de Satanás! ¡Échalas ahora mismo de tu casa o seré yo quien se marche!

El hombre la miró con gesto cansado.

—Ya hace rato que no eres útil aquí —dijo—. Aún no sé cómo no te has ido ya.

—Tú... —la vieja le señaló con un dedo tembloroso—. Tú no sabes lo que haces. Te vas a condenar por esto... Te juro por Dios que te vas a condenar...

—¡Vete de una vez! —gritó el *batelier*.

La *entendida* farfulló una despedida llena de amenazas y salió de la casa.

Un momento después, Cèleste se acercó al hombre y le entregó la placenta cuidadosamente envuelta en unos trapos ensangrentados.

—Sal fuera y entiérrala junto a un árbol cercano a la casa —le dijo—. Cuida de poner una piedra bastante gruesa sobre ella para que no la robe ningún animal, o la niña heredará los vicios de la bestia.

Mientras el *batelier* corría a cumplir el encargo de Cèleste, Meg se acercó al hogar para dejar la jofaina. Había terminado de asear a la mujer y ésta se había quedado dormida. Llenó un vaso con agua tibia.

—Quizá no deberíamos dejarla dormir ahora —consideró Cèleste.

—Está perfectamente —le dijo Meg al tiempo que dejaba caer una moneda de plata dentro del vaso—. Gracias a ti.

Se arrodilló junto a la cuna y mojó con el agua de plata los labios del bebé.

—Bébelo, pequeña... esto te evitará el mal de ojo en el futuro... —dijo.

Sin alzar la vista de la cuna, añadió en un tono más bajo:

—Dime, Cèleste, ¿se han ido?

—Sí. En el momento en el que asomó la cabeza de la niña, desaparecieron. Así... —la muchacha chasqueó los dedos—, como humo aventado... Estaban reteniendo al bebé dentro del vientre de su madre, sujetándolo para que no naciera hasta mañana...

—Bueno, ya está hecho... Cuando ese espíritu apareció y te lanzó por los aires...

—¿Te asustaste? —Parecía increíble que algo pudiera amedrentar a su maestra.

—Sí. A veces me siento demasiado vieja para según qué cosas.

Cèleste cerró los ojos y escuchó los sonidos del mundo: el golpeteo de la lluvia sobre las tejas, el lejano estruendo de los truenos, el flujo constante del río, el latido de su corazón...

—¿Fue igual?

—¿Qué?

—Cuando yo nací.

—Tú naciste la noche misma de San Juan.

—Ya lo sé.

—Esa noche muchos espíritus querían meterse dentro de tu cuerpecito, pero tú los rechazaste cuando eras sólo una recién nacida. Lo hiciste tú misma. ¡Les cerraste la puerta en las narices! ¡Ja! No necesité buscar los signos que te predestinaban como bruja, porque ya me habías demostrado lo que eras sin lugar a dudas...

Por eso mismo, una semana después, Meg regresó a la casa y robó el bebé que había ayudado a nacer. Así se lo había contado aquella mujer que a partir de entonces se había convertido en su única familia.

—Pero en toda mi vida he visto nada igual —añadió la anciana mientras encendía en la lumbre su vieja pipa de barro.

—¿Qué quieres decir?

—Los espíritus jamás han sido tan osados... ¡Si hasta ese hombre pudo ver al que te lanzó por toda la habitación! La magia impregna el aire, sí; las tumbas arden, las vacas paren becerros de dos cabezas, y los espíritus intentan entrar en nuestro mundo a la menor oportunidad... No hay duda, muchacha, de que algo está pasando.

—¿Por eso hemos sido convocadas?

Meg asintió y dijo:

—Recuerda lo que te he enseñado: los ciclos de la vida necesitan ser tomados con reverencia, han estado funcionando por millones de años y son reflejo de la respiración natural del Mundo... ¿Quién se atrevería a poner en peligro un equilibrio tan delicado?

—¿Y el Principal cree que alguien lo ha hecho?

—Eso parece. Quizá se ha utilizado la magia para alterar las más altas esferas del poder terrenal, y ese uso imprudente y desbocado ha sacudido la delgada membrana que nos separa del *Annwn*...

—¿Las más altas esferas del poder terrenal? ¿Te refieres a...?

—Un rey ha muerto y su nieto lo ha sucedido, y se dice que la magia ha tenido mucho que ver... Una cosa viene siempre después de otra. Ya lo sabes: abre una puerta para traer a un demonio y se te colarán diez espíritus menores...

La puerta de la cabaña se abrió y entró el *batelier*, empapado por la lluvia.

—¿Qué puedo hacer ahora por vosotras? —preguntó.

—Lo que hemos acordado —le dijo Meg—. Danos hoy cobijo y mañana llévanos bien temprano al lugar que te indicamos.

—¿Que pensáis hacer allí?

—Eso no es asunto tuyo.

—Está a punto de suceder algo terrible, ¿verdad?

—Nada que tenga que ver contigo o con tu familia. Y no te preocupes más por ello. Estas noches llegan y se van, y la vida continúa como si tal cosa. Tu hija está bien, tu esposa está bien, y mañana temprano tú tienes que llevarnos por el río.

—Así lo haré —les aseguró el *batelier*.

Cogió uno de los bancos y se sentó cerca de la cuna a esperar la madrugada.

Lovaina, 23 de junio de 1516

—Julianillo, ¿dónde está tu señor? —le preguntó Frans van Cranevelt al muchacho.

—Durmiendo, que anoche llegó muy cansado...

—Pues ya es hora de que se levante —dijo haciendo a un lado a Julianillo y dirigiéndose resueltamente hacia el interior de la casa en busca de su amigo.

Efectivamente, Luis Vives estaba roncando en su litera, medio vestido y tapado con una colcha ligera. Gruñó cuando Frans intentó despertarlo, se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la colcha. Sin incorporarse, sin abrir los ojos, llamó a voces al criado.

—Julianillo —le ordenó—, asómate a la ventana y dime qué hora marca el reloj mecánico de la iglesia de San Pedro. ¡Corre!

—Pasan de las cinco de la mañana —le anunció Frans con tono paciente.

—¿Las cinco?... ¡Las cinco! ¿A qué viene esto, mal amigo? ¡Pero si hoy no tengo que dar clase hasta el mediodía!

Julianillo regresó al cabo de un momento.

—Señor, la manecilla señala algo más de las cinco —dijo.

—¡Vamos perezoso —insistió Frans—, levántate de una vez!

—Levantémonos de una vez, puesto que tanto te empeñas. ¡Qué amigo tan fastidioso eres! *Despiértame, Cristo, del sueño del pecado al día de la justicia; pásame de la noche de la muerte a la luz de la vida. Amén* —se santiguó.

—Amén —repitió Frans, santiguándose también.

Luis se puso en pie, se quitó la camisa y se acercó al aguamanil que ocupaba un rincón de la habitación. Era moreno, no muy alto, pero de cuerpo bien proporcionado. Su frente era amplia, la nariz larga y estrecha; los ojos grandes, tristes, de color marrón oscuro. Vertió agua en la palangana, tomó un trozo de jabón, y se lavó concienzudamente las axilas, el cuello, la cara y, sobre todo, la boca. «Para que tu aliento no traicione la elegancia de tus palabras», solía decir su padre.

—¡Que manía tenéis los mediterráneos de lavaros! —exclamó Frans a la vez que lo miraba divertido—. Tanta humedad acabará por pudrirte la piel, amigo.

—Dicen que por influjo de los moros, que son tan aficionados a las abluciones...

—Deberías usar polvos secos y perfumados, como hago yo. Es mucho más sano.

Luis hizo gárgaras y escupió en la palangana.

—Me maravilla el que hayas logrado despertarme —dijo a su amigo mientras usaba el orinal—, hasta tal punto me harté de viandas y de vino en la cena de ayer.

—¿Y dónde *cargaste la barca*?

—En casa de Escopas. Un bocado empujaba a otro y el vino era tan delicioso que no permitía que el apetito se extinguiera... Julianillo, tráeme una camisa limpia que

ésta ya la he llevado dos días completos... ¿Adónde vas con ésa?

—Pensé que hoy querríais poneros la del cuello con pliegues —dijo Julianillo.

—No quiero esa camisa, sino aquella otra del cuello plano. Con este calor, esas dobleces del tejido no son más que nidos de piojos y pulgas.

—¡Necio, si así serías rico! —bromeó Frans soltando una risotada mientras curioseaba en el escritorio de Luis—. Tendrías ganado blanco y ganado negro.

—Un patrimonio más numeroso que productivo, me temo. Como los amigos a los que preferiría ver siempre en casa del vecino antes que en la mía... En cuanto a ti, Julianillo, no quiero que seas adivino. Límitate a ejecutar mis órdenes y a darme cuenta de ello; pero no adivines cuáles son mis deseos o qué camisa prefiero. Anda, sacude el polvo de las calzas y luego cepíllalas cuidadosamente con la escobilla de cerdas... Ah, y dame también unos escaarpines limpios... ¿Qué miras ahí, Frans?

—Los apuntes de tu libro sobre el alma... —dijo éste mientras pasaba las hojas manuscritas—. Parece que no has avanzado mucho desde la última vez que los vi.

—Estoy demasiado ocupado. Ya lo sabes.

—Sí, acudiendo a fiestas y bebiendo hasta perder el sentido. ¡Bonita ocupación!

Luis trabajaba en aquel proyecto desde sus tiempos en la Sorbona, pero Frans había observado que últimamente buscaba cualquier excusa para posponer el trabajo. Al acabar la jornada prefería ir a beber con los amigos, o pasear, o jugar al frontón, o hacer cualquier otra cosa antes que enfrentarse a la desafiante blancura de aquellas láminas de papel que tenía que llenar con sus ideas.

Dejó de pasar las hojas y se quedó mirando un extraño objeto que estaba a un lado del escritorio. Lo cogió con cuidado y se lo acercó a los ojos. Era una pipa de cerámica, de las que usaban los musulmanes. La cazoleta estaba cuidadosamente tallada y representaba la cabeza de un moro con turbante y formidables mostachos. Estaba fría, pero despedía un intenso olor a hierba quemada.

—¿Y esto? —preguntó.

—Es una pipa de *hashish*.

—Ya sé lo que es. Pero ¿qué haces tú con ella?

—La uso para fumar *hashish*.

—Anda —gruñó Frans impaciente, pero de buen humor—, termina de vestirte de una vez y salgamos ya a la calle.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero antes dime a qué viene tanta prisa.

—Cuando salía de mi clase me encontré con Pietro, el nuevo criado de Erasmo, que me dijo que andaba buscándote para darte un mensaje de su amo.

—¿De Erasmo? —Luis se volvió hacia Frans con renovado interés.

—El mismo.

—¿Y de qué se trata?

—Pues que te invita a su casa cuando acaben las clases, si te viene bien; para cenar y celebrar en tu compañía el santo de esta noche...

—Ah, estupendo... No, Julianillo, esto no. Tráeme aquel jubón de lana y seda de

media manga, y la túnica de paño francés con ajustadores alargados.

—¿Pides tu ropa de lujo siendo día laborable? —se burló Frans—. ¿Tú, el austero español?

—¿No crees que una cena con el gran Erasmo de Rotterdam lo merece?

—Ah, y también me dijo que si podías hacerle el favor de pasar por la biblioteca y recogerle unos libros. —Rebuscó en uno de los bolsillos de su túnica—. Aquí está el listado.

Frans le tendió un papel, y Luis lo leyó con suma atención.

—Por supuesto, por supuesto —dijo—. Hiciste muy bien despertándome, amigo mío, o de otro modo no hubiera tenido tiempo de hacerlo antes de las clases...

—¿Ya te ha pagado lo que te debe por tu trabajo en el Nuevo Testamento?

—No del todo. Quizá por eso quiera verme.

—Quizá, pero deberías recordárselo si no es así.

—Por favor, Frans, que se trata de Erasmo...

—Que te debe dinero. Y una cosa es la amistad y otra los negocios. No olvides que el que paga descansa... y el que cobra aún más. Si alguna vez tengo una deuda contigo, te agradeceré que me lo recuerdes continuamente.

—Yo no puedo hacer eso —dijo Luis mientras su criado le ajustaba los últimos corchetes del jubón.

—¿Y por qué no? ¿Acaso andas sobrado de dinero?

—Sabes bien que no.

—Claro que lo sé, y por eso deberías solucionar ese asunto...

—Quizá esta tarde se resuelva... ¡Ea!, vamos de una vez.

Cèleste levantó la linterna de aceite por encima de su cabeza. Su luz fue descubriendo retazos del enmarañado follaje de la ribera, algún tronco flotando corriente abajo, y el cabrilleo del agua frente a la proa de la embarcación. El aire estaba calmado y sólo se oía el choque del remo contra la superficie del río. El sol aún no despuntaba, pero los fragmentos de cielo estrellado que asomaban entre las siluetas de los acantilados anunciaban que la tormenta se alejaba definitivamente.

La luz de la linterna arrancaba aceitosos destellos de la superficie del río Tarn, que al proyectarse contra el fondo parecían sombras dotadas de alguna tétrica forma de vida. Como había dicho el *batelier*, el hedor de lo sobrenatural impregnaba el aire.

Recordó que, cuando abandonaron la cabaña, su esposa le llevaba de mamar a la niña con una serenidad que parecía imposible después de los temores a los que se había enfrentado durante la noche. Cèleste se asombraba de la naturaleza humana y su capacidad para reponerse del miedo y aceptar lo bueno de la vida.

Al alzar la vista sus ojos se encontraron con los de Meg.

—¿Crees que lo que hicimos ayer fue importante? —le preguntó con un susurro, para que el *batelier* no pudiera escucharla.

—¿Salvar a la niña? —dijo Meg—. Tú conoces perfectamente la respuesta.

—¿Y qué será de su vida? A veces quisiera poder hacer más... Son pobres y viven en la ignorancia. Si aceptasen nuestra ayuda, podríamos...

—No podemos hacer nada más —le aseguró Meg, apoyando sus manos en las de la joven—. Nada, excepto actuar rápido y correr hacia otro lado. Si esa aldea fuera una ciudad ya estarían sus buenas gentes buscándonos, alertadas de nuestras brujerías por esa *entendida*... ¿Recuerdas el odio con el que nos miraba, la expresión en su rostro cuando el *batelier* la echó de su casa?

—Sí. Pero yo vi más miedo que odio.

—Es lo mismo.

La aurora se extendía entre los desfiladeros, disipaba el suave brillo de las estrellas y el agua del río adquiría la apariencia de mármol verde. Navegaban río abajo, describiendo amplias y pronunciadas curvas entre los taludes calcáreos. El Tarn estaba tan lleno de peces en esa época que saltaban fuera del agua como flechas plateadas y sus lomos cubrían la superficie en los remansos.

—Ya puedes apagar la linterna, muchacha —dijo el *batelier*—. Ya hay luz más que suficiente y estás derrochando el aceite...

Cèleste obedeció y sofocó la mecha con los dedos humedecidos.

Aparecieron frente a ellos otras embarcaciones largas y con la quilla curvada. Se cruzaron con una especie de casa flotante que llevaba encima ropa vieja, sacos, trozos de cortezas de árboles y tablas de madera; cualquier cosa susceptible de ser fijada a otra con objeto de ampliarla, protegerla de la lluvia o contribuir a mantenerla a flote. En las dos orillas se veía a hombres con redes de mano, o pescando en diminutas

canoas. Varias casas de piedra con el techo de pizarra colgaban del acantilado, aquí y allá, también un molino de agua cuyas palas giraban empujadas por la corriente, y una ermita enclavada en lo más alto de un risco al que parecía imposible llegar de no ser volando.

—Ésta es mi gente —dijo el *batelier* sin dejar de remar—. El río nos une y nos alimenta. En sus aguas lo encontramos todo y por él damos gracias a Dios cada día.

A la vuelta de un recodo encontraron un ensanchamiento del cauce, con una especie de playa lodosa y una vieja aldea casi sepultada por el barro. En el centro de ella destacaba el orgulloso campanario de piedra de una iglesia, como una joya heredada por una familia que hubiera conocido un pasado acomodado y viviera ahora en la miseria.

Atracaron en el embarcadero de la aldea. El *batelier* les dijo:

—Hasta aquí puedo llevaros. El resto del camino tendréis que hacerlo a pie, pero no está muy lejos ya. A sólo unas horas si os dirigís directamente hacia el sur... ¿Sabréis cómo orientaros? Pero ¿qué digo? Si sois brujas... Podrías hallar el camino en mitad de una noche sin luna ni estrellas. ¿No es así?

—Todo está bien —dijo Meg a modo de despedida, mientras recogía la talega—. No te preocupes más por nosotras y regresa ahora al lado de tu esposa.

Las dos brujas dejaron atrás el puerto, treparon lentamente por el sendero que rodeaba la villa y se encaminaba hacia lo alto del acantilado. El terreno era blando, húmedo, marcado por las pezuñas del ganado y cubierto de un esponjoso musgo oscuro. Una estrecha corriente de agua cristalina salpicaba contra las piedras, formando un angosto riachuelo que corría junto al camino.

Al llegar a la cumbre, apareció ante sus ojos una amplia pradera cubierta de amapolas rojas, inundada por la luz sonrosada de la mañana. Una brisa ligera arrastraba los pétalos sueltos y agitaba las ramas de los arbustos, que emitían sonidos parecidos a susurros. Una bandada de cuervos trazaba círculos en lo alto, graznando y chillando como si anunciaran su llegada.

La cueva donde se reunirían con el Principal no podía estar ya muy lejos.

Había llovido durante la noche y las casas de ladrillo oscuro de Lovaina parecían encorvarse bajo el peso de las tejas húmedas. En ese momento el cielo estaba parcialmente cubierto y el sol brillaba de vez en cuando entre los resquicios de las nubes.

«¡Que diferente al junio de mi tierra!», pensó Luis con una sombra de nostalgia cruzando por su mente. Se lo dijo a Frans y éste respondió con fastidio:

—Sí, un tiempo pésimo. Hemos tenido una primavera lluviosa y parece que el verano también viene húmedo. Al menos ahora no llueve y podemos dar un agradable paseo hasta la Biblioteca.

Ya hacía dos horas que habían empezado las clases, y sobre la calle embarrada se dibujaban los pasos de centenares de estudiantes que se movían en todas direcciones, como si la universidad fuera un enorme hormiguero. Era una multitud ruidosa, formada principalmente por jóvenes, pero también por gente de edad mediana y algunos veteranos. Todos hablando en voz alta y riendo. Los hombres ataviados al modo típicamente borgoñón: zapatos de largas puntas, sombrero afilado, mangas infladas con forma de globo y exceso de sedas y colores por todas partes. Las mujeres luciendo vestidos aún más extravagantes, con faldas abombadas que se hinchaban con la brisa húmeda de la mañana, provocando los comentarios pícaros de los estudiantes.

—Explícame el motivo por el que estás fumando *hashish* —le preguntó Frans a su amigo al cabo de un rato de caminar en silencio.

—Es por mi *Tratado del Alma*... Estoy en un callejón sin salida, ya lo has visto... Mi trabajo no ha avanzado gran cosa en los últimos meses.

—¿Y para solucionarlo fumas esa sustancia?

—Sí.

—Se dice que eso es lo que convierte a los sarracenos en asesinos dementes...

—Se dicen muchas cosas, pero ya sabes que sólo mediante la experiencia podemos decidir si son ciertas o no.

—Pero... —Frans sacudió la cabeza—. Lo que no entiendo es la relación de tu tratado con el *hashish*... ¿Esperas aprender algo sobre el alma... fumando?

—La mente es para el alma como la vaina para una espada...

—Sí, ya te he oído antes esa comparación. Aunque no veamos la hoja, por la forma de la vaina podemos inferir su forma, dimensión, peso, etcétera...

—Más o menos. Fíjate que el alma es algo que todos y cada uno de nosotros guardamos en nuestro interior. Y, sin embargo, no hay cosa más recóndita, ni más oscura y desconocida que el alma. Lo más cercano a nosotros es a la vez lo más inaccesible.

—¿Entonces?

—Estuve leyendo acerca de las experiencias místicas de los maestros sufíes

cuando toman esa sustancia. Se dice que al fumarla... *factus est in exthasi*, entran en éxtasis, lo que significa que logran separar el alma del cuerpo... Si esto es verdad sería como sacar la espada de la vaina, obtendría así una nueva y valiosa perspectiva para mi trabajo... Por eso quise probar el *hashish*.

—¿Y lo lograste?... *desenfundar* tu alma, quiero decir.

Luis hizo un gesto contrariado.

—Lo único que conseguí es una confusa sensación de euforia... y una hambre canina cuando me pasó el efecto. Acabé en casa de Escopas atiborrándome de comida. Pero al menos pude dormir una noche sin verme acosado por las pesadillas...

Frans sacudió la cabeza y pasó un brazo sobre el hombro de su amigo. Cada vez estaba más convencido de que Luis había perdido el Norte, como un barco extraviado en mitad del mar que confunde su dirección una y otra vez, y que navega en círculos. Le desesperaba esta idea pero no sabía qué hacer. Desde el momento en el que se habían conocido, unos años antes, durante la primera visita de Luis a la ciudad de Brujas, Frans tenía claro que su amigo era mucho más inteligente que él. ¿Cómo iba a aconsejarle? ¿Qué podía decirle para ayudarlo? Pero verlo así lo desesperaba. ¡Que diferente le parecía del muchacho recién llegado de la Sorbona con el que había entablado amistad!

—¿Qué te pasa, Luis? —le preguntó.

—No lo sé —admitió—. Ojalá lo supiera. Me cuesta dormir...

Al llegar a la biblioteca pública, atravesaron el pórtico y anduvieron por el patio central que daba acceso a varias salas. Numerosos estudiantes se reunían allí para realizar diferentes actividades. Al pasar frente a una de las puertas les llegó un gran escándalo desde el interior, como si dos ejércitos enemigos se desafiaran para la lucha. La costumbre era que los maestros expusieran conclusiones antagónicas para luego someterlas a debate, pero aquel griterío era extraordinario.

—Los libros que buscamos estarán en el primer piso —le dijo Frans.

—Espera un momento, espera... —le rogó Luis mientras le sujetaba la mano.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y aspiró lentamente el aire.

«¿Qué olor es ése?», pensó.

Recordó...

Su primer día en la Sorbona... Atrás quedó su tierra, a la que se había jurado no volver jamás, a no ser con el recuerdo, pero en París encontró lo que siempre había soñado. ¡Aquellas acaloradas discusiones de estudiantes entre clases de la Facultad de Artes! Y luego peregrinaba de aula en aula, siempre en busca de los maestros con más renombre, profesaran donde profesaran...

¡El ansia embriagadora de saber! ¿Qué podía compararse a eso?

Aquella fue una buena época de su vida, no lo podía negar, aunque a veces rememorara con amargura algunos de sus duros enfrentamientos con los seudodialécticos... Pero a pesar de todo fueron buenos aquellos años de la Sorbona... Hasta que las relaciones entre Luis XII y Fernando el Católico se fueron volviendo

cada vez más tirantes, y la posición de los españoles en París, más incómoda cada día.

Y así, al final, decidió trasladarse a Lovaina en busca de aires más amigables...

—Es asombroso, Frans —dijo Luis llevándose las manos a las sienes.

Su amigo lo miró asombrado y le preguntó:

—¿Puedes explicarme qué ha sucedido?

—He revivido con toda claridad mi llegada a la Sorbona, y luego se ha producido un torrente de recuerdos de esos años en París... Esos gritos del debate... el olor...

—¿Un olor? —a Frans no le pareció que eso tuviera ningún sentido.

—Ha sido muy intenso, como regresar al año mil quinientos nueve y pisar de nuevo la Universidad de París por primera vez...

—¿Y eso ha sido como consecuencia de un olor? ¿Qué olor?

—El olor de los libros. La biblioteca ha estado toda la noche cerrada y ahora, a primeras horas de la mañana, el olor del papel, el cuero y el pergamino está más concentrado. Lo mismo sucede con el sabor... Una vez en Valencia estaba con fiebre y comí cerezas; desde entonces, siempre que tomo esa fruta, no sólo me acuerdo de aquella calentura, sino que me parece tenerla en ese momento. *Recordatio gemina*. Se trata de la asociación de un recuerdo con uno de los sentidos... ¿Me entiendes?

Frans asintió y miró a su amigo con sincera admiración.

—¿Un nuevo apunte para tu tratado sobre el alma? —le preguntó.

—Sin duda. —Luis sonrió, feliz por primera vez en varias semanas—. Sí. Ha sido muy provechoso este paseo, amigo mío.

—¡Y tú que no querías levantarte de la cama! —le recriminó cariñosamente Frans—. Venga, vamos de una vez a por esos libros para Erasmo...

—Sí, vamos.

6

Las dos brujas caminaron en silencio, siguiendo el curso del afluente del Tarn. Era una ladera suave, con una senda natural que subía por ella sorteando los arbustos, hasta perderse de vista tras un bosque que se recortado contra el cielo a lo lejos.

Siguieron aquel camino hasta que dieron con las ruinas de un pequeño acueducto construido por los romanos. Cèleste observó los árboles que relucían bajo la intensa luz del sol, preguntándose qué aspecto tendría aquel bosque cuando cayera la noche.

—Tejos —le dijo Meg—. El árbol de la luz y la penumbra, de la vida y de la muerte. *Doire oigh*... Es la magia del bosque, ¿la sientes? Es poderosa... La entrada tiene que estar por aquí, muchacha... Mira, fíjate en eso...

Había una estatua rota al pie de los tejos y sus pedazos yacían esparcidos por la hierba. Era difícil reconocer si había representado a un hombre o a un animal mágico, porque el rostro estaba grotescamente mutilado y los brazos habían desaparecido. Pero lo que quedaba de su cabeza parecía estar rematado por unas astas de ciervo. Llevaba un carcaj lleno de flechas a la espalda, como si alguna vez hubiera representado la figura de un cazador. Se erigía sobre un gran trozo de roca erosionada por los milenios.

—Sí, éste es el lugar —aseguró Meg—. La entrada al *Sidhe*^[2].

Rodearon la arboleda hasta que apareció una masa de roca entre la hierba, tan compacta que daba la impresión de ser los restos petrificados de una gran ciudad olvidada desde la noche de los tiempos. Meg buscó una determinada configuración en aquellos megalitos y contó señalando con el dedo: uno, dos, tres... Se acercó a la base del cuarto y con sus viejas manos apartó los matorrales que disimulaban la entrada.

Se adentraron unos pasos en el *Sidhe* y esperaron para que sus ojos se fueran acostumbrando a la penumbra del interior. Pronto distinguieron un bosque invertido de estalactitas de color salmón, que relucían bañadas con la luz que se colaba por la entrada. En aquella cámara había sido cuidadosamente apilada una gran cantidad de leña seca. Al fondo se veía la embocadura de un túnel, tan negro como la garganta de un lobo, que parecía descender hacia las entrañas de la tierra. Y, junto a él, un sepulcro abierto, con la lápida de roca maciza partida en dos a su lado.

Cèleste se acercó a él. Un enorme esqueleto que yacía en su interior, cubierto por una pesada armadura de placas; un guerrero que en vida debió de ser un auténtico gigante. Mientras estudiaba las elaboradas runas grabadas en la espada que sujetaba entre sus manos, la luz se movió y la momia pareció cobrar vida.

Meg se acercó a ella con una lámpara de aceite brillando en su mano. Cèleste no sabía de dónde la había sacado; quizá estaba oculta detrás de alguna roca.

—Anda muchacha, sígueme —le dijo mientras se dirigía hacia el túnel.

La bruja echó una última mirada al sepulcro abierto, pero ya no distinguió nada.

Las sombras se habían tragado al enorme esqueleto como si alguien hubiera derramado tinta negra en el interior del sarcófago.

—¿A quién pertenecía esa tumba? —le preguntó a Meg.

—A un jefe de los alamanes que invadieron hace siglos esta región... Creo que está sujeto por algún hechizo particular para que guarde la entrada de la cueva. No estoy muy segura y, en cualquier caso, no tiene nada que ver con nosotras.

Fueron bajando con precaución por las rocas resbaladizas, en medio de la oscuridad que reinaba en el túnel. Ahora que habían perdido de vista la boca de la caverna, la luz incierta de la linterna comunicaba un relieve sobrenatural a millares de extrañas formaciones calcáreas y hacía que las puntas de las estalactitas brillaran como un cielo estrellado. Desde las tinieblas les llegaron los ecos de voces que cantaban y reían, el maullido enloquecido de algún gato, y los balidos de una oveja o una cabra.

El túnel desembocó en una caverna tan amplia que la catedral de Notre Dame de París hubiera cabido en su interior. Las voces y los cánticos retumbaban ya frente a ellas. Cruzaron por un puente de piedra, sobre un abismo lleno de estalagmitas erizadas como púas, y caminaron hacia el centro de un inmenso anfiteatro, rodeado de grotescas formaciones rocosas entre las que manaban cascadas de agua.

Al menos treinta hogueras crepitaban dispersas bajo la cúpula de piedra, iluminando a más de un centenar de siluetas que danzaban a contraluz. Sus sombras se proyectaban agrandadas contra las paredes de la caverna.

Una de aquellas sombras se acercó a ellas y cobró forma y dimensión cuando fue iluminada de frente por la linterna de Meg. Era un hombre joven, completamente desnudo, con el cuerpo un hermoso como el de una estatua griega. Con toda naturalidad les tendió a las dos brujas las copas de vino que llevaba en las manos.

—Bienvenidas —dijo con una sonrisa.

Ellas aceptaron el vino y bebieron. Cuando retornaron las copas al muchacho, Cèleste sonrió al ver que Meg no apartaba los ojos de sus generosos atributos.

—¡Menudo semental! —dijo la vieja guiñándole un ojo a su novicia mientras el chico se alejaba—. ¡Ay, si yo tuviera ahora tus años!

Las dos mujeres buscaron un rincón donde sentarse, cerca del calor de las hogueras. Meg hurgó dentro de la talega y extrajo una ennegrecida sartén de hierro, un cabo de vela, y varios frascos con semillas. Con su cuchillo cortó unas rebanadas de la vela y las dejó caer dentro de la sartén. La acercó al fuego para que el calor fuera ablandando la cera hasta volverla líquida.

—Ha llegado el momento de preparar la *sopa del sábado* —dijo Meg solemnemente.

—Como digas, maestra —dijo la novicia acercándose.

—Semilla de hierba hedionda, de beleño y de belladona... —enumeró la vieja mientras abría los frascos y agregaba un pellizco de cada una de las sustancias a la cera humeante—, todas recogidas durante su floración en la pasada noche de Santa

Walburga... Recuerda, Cèleste, que es muy importante ser cuidadosa con las proporciones. Son plantas malsanas y en un pequeño error te podría ir la vida... Habrás oído decir que en Italia hay mujeres que usan el extracto de belladona para dilatar las pupilas y así parecer más bellas... pero créeme si te digo que hay que usar estas sustancias con el respeto que merece su gran poder...

La cera se había convertido en un aceite denso en el que se fueron friendo muy lentamente las semillas. Meg las removió con un palito y siguió hablando:

—También habrás oído decir que algunas brujas emplean grasa de recién nacido en vez de cera, o que ésta es de velas consagradas y que provienen de la profanación de alguna iglesia... Esas historias circulan por ahí, pero espero que tú jamás intentes algo semejante. Aquí lo que de verdad cuenta es la proporción exacta de cada semilla y su lenta cocción hasta que queden bien tostadas... Y ese tipo de prácticas son las que le dan mala fama a nuestro oficio. No es que los inquisidores necesiten más motivos que los que ellos se inventan, pero tampoco vamos a ganar nada dándoles la razón cuando dicen que somos sanguinarias... Ajá, ya está. Dame el tamiz para que pueda filtrarlo.

Llenó una vieja media de lana con aquel humeante brebaje y la fue retorciendo para que el contenido fluyera a través del tejido hasta un tarro que había preparado.

—Y ahora sólo hay que dejarlo enfriar y estará listo para la noche —dijo cuando el tarro estuvo lleno—. Dime, ¿qué piensas hacer hasta entonces?

Cèleste se volvió hacia las hogueras. Había una gran actividad alrededor de cada una de ellas. Desnudos o ataviados con largas túnicas, las brujas y los brujos preparaban las pócimas y los ungüentos que iban a emplear esa noche. Mezclaban los ingredientes de su propia receta en marmitas de barro o cobre, que luego aproximaban a las llamas para que se fueran cocinando lentamente.

—Creo que daré una vuelta para ir conociendo a la gente —dijo.

Meg sonrió y le volvió a guiñar un ojo.

—Sí, ya sé yo a quién quieres conocer tú. Bueno, estás en la edad de esas cosas. —Volvió a sonreír, introspectiva, como si acariciara algún recuerdo agradable.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Cèleste con travesura.

—Cosas mías. No te importa, mocosa. Anda ve, que yo voy a descansar un rato; el camino ha sido largo y mis huesos son cada vez más viejos, pero tú diviértete.

Buscó un rincón tranquilo para tumbarse y al rato estaba roncando.

«Quizá lo de descansar sea una buena idea», consideró Cèleste.

Les esperaba una noche corta pero intensa. Claro que se sentía demasiado excitada para dormir, sabía que sería inútil intentarlo, así que se decidió a acercarse a la fogata en la que estaba el hermoso muchacho que las había recibido.

—¿Me das más de ese vino? —le preguntó.

Él se agachó para recoger una jarra que estaba apoyada sobre una piedra junto a la hoguera, y dijo mientras llenaba dos copas:

—Quiero que pruebes este otro y que me des tu opinión...

Le entregó una a Cèleste y levantó la que había reservado para él.

—*Vin si divin!* —exclamó con entusiasmo, mientras hacía un amplio gesto con la mano que sostenía la copa y derramaba un poco de su contenido.

Cèleste respondió al brindis y probó el nuevo vino. Estaba caliente, muy especiado. Alzó el cáliz a la altura de los ojos y lo estudió fascinada; parecía tallado en cristal de roca y despedía maravillosos destellos al incidir sobre él la luz de las hogueras. En su interior el vino era tan rojo como la sangre y casi igual de espeso. Volvió a tomar otro sorbo. El muchacho la miraba expectante.

—¿Te gusta? —preguntó.

Cèleste lo pensó un poco. Una de las especias parecía clavo y otra tenía un aroma almizcleño... La combinación era extravagante pero no desagradable.

—Sí... —dijo—. Creo que sí.

—Si prefieres el de antes...

—Seguiré con éste, gracias.

—Muy bien. Sólo deseo que te sientas como en casa entre nosotros.

Cèleste iba a responderle que ella no tenía ni idea de lo que era eso de «sentirse como en casa», pero se lo pensó mejor y dijo:

—Gracias. ¿Tú eres uno de los anfitriones?

El muchacho señaló a un hombre completamente calvo, de unos sesenta años, pero erguido y robusto.

—Ese de allí es Armand de Meyrueis, el Principal de nuestra comunidad, y vuestro anfitrión —dijo—. Yo sólo soy Christian, uno de sus novicios.

El Principal se cubría con una larga túnica de lino crudo decorada con runas bordadas con hilo de seda roja. Llevaba botas de una piel blanquísima, marcadas también en rojo con los signos del Arte, y una corona de papel virgen con cuatro nombres escritos: Ion He Vau He, al frente; Adonat, en la parte de atrás; Él a la derecha; y Elohim a la izquierda. Trabajaba, asistido por varios acólitos, en los preparativos de algún hechizo cerca de otra de las hogueras.

Cèleste lo miró durante un instante y luego se volvió de nuevo hacia Christian. Pero bajó al momento los ojos, ni siquiera a una bruja le gusta que la sorprendan con la mirada llena de deseo.

—Encantada de conocerte, Christian —dijo—. Soy Cèleste, y mi mentora es...

—Meg de Albi. Sí, he oído hablar de ella. En realidad, tu maestra y mi maestro se conocen desde mucho antes de que tú y yo nacióésemos. Y últimamente su nombre está sonando como la que tiene más méritos para convertirse en la próxima Principal.

—No sabía nada de eso. Somos Peregrinas y hemos viajado de un lado a otro.

—Ahora estás entre amigos —le aseguró Christian.

Se sentaron juntos a esperar la noche. Cèleste observó los glandes ojos de su acompañante, su rizado pelo castaño, sus manos fuertes, y pensó que el joven novicio de Armand de Meyrueis le recordaba a una impresionante estatua de mármol que había admirado en la plaza de la Señoría de Florencia, y que representaba al joven rey

David.

—Aquí están, maestro, todos los libros que me pediste: el *Doctrinale*, el *Catolicón*, *Hugocio*, *Papias*, *Sermonarios*, *Dialécticas* y *Físicas sofistas*... El repertorio completo de libros *bárbaros*^[3] —dijo Luis. Y añadió al instante con malicia—: El bibliotecario me rogó que no tuviera prisa en devolverlos.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo Erasmo con cansino humor—, hay quien piensa que sus hijos deben estudiar con los mismos libros con los que lo hicieron sus tatarabuelos.

Tenía un rostro enjuto, que podría parecerle severo a algunos, pero que estaba animado por un par de ojillos traviosos que le daban un aire de eterna rebeldía. Luis solía pensar que Erasmo hacía verdaderos esfuerzos para mantener controlada esa indócil mirada suya.

—De cualquier modo, te agradezco una vez más tu diligencia, amigo mío —siguió diciendo Erasmo—. ¿Te gusta el pollo? Creo que Pietro nos ha preparado unos pollos cocidos con lechugas, borrajas y escarola.

—Me encanta el pollo.

—En ese caso, vamos a cenar y dejemos los otros asuntos para luego.

Por una estrecha escalera repleta de libros apilados llegaron al piso superior donde estaba la vivienda de Erasmo. Luis observó que eran los voluminosos ejemplares de más de mil páginas del Nuevo Testamento, que se amontonaban en inestables torres por los rincones de la casa. Poco después de su llegada desde París, había trabajado para Erasmo en aquel Nuevo Testamento revisado. Organizó pliegos, corrigió copias, incluso viajó a Basilea para supervisar el trabajo en la imprenta de Johann Froben. Los moldes se demoraron una y otra vez, y surgieron todo tipo de problemas hasta que el libro salió al fin. Hacía cuatro meses de ello y él aún no había cobrado todo su trabajo.

Cenaron frente a frente, mientras Pietro servía los pollos cocidos y una fuente de arroz aromatizado con azafrán y aceitunas sazonadas. Erasmo bebió cerveza, y Luis, vino. Después de servir los postres, a los que Erasmo llamaba «el sello del estómago», el muchacho pidió permiso para marcharse y se quedaron solos.

Luis tomó una generosa porción de carne de membrillo con queso, mientras su maestro masticaba cilantro cubierto de azúcar y luego escupía la pulpa seca en un plato. Al fondo, las brasas de la cocina irradiaban un suave resplandor anaranjado en la creciente penumbra. Erasmo enroscó el pabilo de un candil y lo encendió.

—Parece que van a continuar las lluvias —dijo al ver que el aceite chisporroteaba—. ¿No echas de menos tu soleado Levante, amigo mío?

—A veces —admitió mientras esbozaba una sonrisa triste—. Pero en Lovaina hay otro tipo de luz que es justamente la que yo andaba buscando cuando vine aquí.

—La luz de su universidad —asintió Erasmo—. Dime, ¿qué tal llevas ese tratado

sobre el alma del que tanto me has hablado?

—Sigo trabajando en él, maestro —dudó Luis—. Pero no tan rápido como quisiera. Además de mis asignaturas en los Colegios, tengo que preparar e impartir dos clases privadas diarias, una de Plinio y otra sobre las *Geórgicas* de Virgilio, lo que no me deja mucho tiempo libre.

—Te entiendo perfectamente. Ya sé que es difícil dar las clases e investigar a la vez... Pero no puedes dejar nada porque necesitas el dinero ¿verdad? Por eso te he llamado, amigo mío, hay algo que quiero entregarte...

«¿Es posible que vaya a pagarme después de todo?», se preguntó Luis asombrado.

Inmediatamente tuvo sentimientos contradictorios; por una parte le hacía feliz cobrar, por otra lamentaba haber dudado de su maestro y se preguntó si no tendría más necesidad que él del dinero. Casi estuvo a punto de decirle que «no había prisa», pero Erasmo no le dio la oportunidad, pues se puso en pie para acercarse a un estante en la pared junto a la puerta y rebuscar entre los papeles allí amontonados.

Regresó al cabo de un momento con un documento que dejó sobre la mesa, frente a Luis. Lo primero que a éste le llamó la atención fue el sello real estampado en una gota de lacre. Luego vio la firma.

—¿Es?... —empezó a preguntar el valenciano.

—Sí, es una carta del señor de Chièvres —le explicó Erasmo de inmediato—. Me pide que le recomiende a un tutor para su sobrino y tocayo, Guillermo de Croÿ, el hijo segundo del conde de Porcián... Tengo entendido que es un buen muchacho, y su ascenso es imparable. Apenas tiene diecisiete años recién cumplidos y ya es obispo de Cambray... pero creo que su ambicioso tío aún tiene planes mayores para él.

El señor de Chièvres, el privado del rey, el hombre más poderoso de la corte.

—Había pensado en recomendarte a ti, Luis. Si estás de acuerdo, claro. ¿Qué opinas, mi querido amigo, accedes a ocuparte de la educación del joven señor de Croÿ?

Luis estaba tan sorprendido que se olvidó por completo del dinero que había esperado recibir y se quedó mirando a Erasmo, que sonreía divertido por su reacción.

—Yo... —musitó—. Me haces un gran honor al proponerme, maestro, pero... Me pregunto si estaré lo suficientemente cualificado para...

—Oh vamos, Luis, no seas tan modesto. Estás de sobra preparado y lo sabes perfectamente. Además, la paga es de doscientos ducados anuales. Si aceptas el empleo no volverás a tener problemas económicos y podrás dedicarte con más desahogo a tu investigación... Recuerda: *Primum vivere, deinde philosophari* —dijo con su sonrisa pícaro.

Desde luego, trabajar para el sobrino del señor de Chièvres, y con un sueldo tan generoso, le permitiría dejar algunas clases y concentrarse en su labor investigadora.

—Ese puesto también podría resultarte muy provechoso a ti... —dijo.

Erasmo alzó las manos como para defenderse de aquella idea.

—¿Yo? No, no, no, hijo mío. Ya trabajé en la corte durante una larga temporada, y te aseguro que no me apetece nada repetir la experiencia. No, gracias, prefiero seguir machacando el *Doctrinale* y anotando citas en mis cuadernos.

—Ahora lo recuerdo —dijo el valenciano llevándose la mano a la frente—. Fuiste el mentor del rey cuando éste aún era un niño.

—Por Dios que sí. Y fue el propio señor de Chièvres quien me apartó del cargo para ocuparse en persona de su educación. Él, que piensa que es hermoso y digno el no saber de letras. Te digo yo que la nobleza no se distingue por la vestimenta y las riquezas, sino por la vida y el juicio recto.

—¿Y qué tal persona era?

—¿El señor de Chièvres?

—No, el rey Carlos.

—Entonces aún no era rey, tan sólo un niño a quien Fernando el Católico reclamaba para convertirlo en su heredero, mientras que la nobleza borgoñona en pleno se plantaba ante la exigencia. —Agitó la cabeza preocupado—. Pero ¿quién podría haber previsto que el hijo de Felipe y de Juana se iba convertir en la única opción para el trono de España, y en el principal aspirante para suceder al Emperador?

—Fue muy extraño —admitió Luis—, pero la suerte le sonrió.

—¿La suerte? Di mejor «la muerte». La muerte le sonrió... Yo más bien diría que se carcajeó. Juana es el tercer hijo de los Reyes Católicos; y, por lo tanto, la tercera en la línea de sucesión. Muchos tuvieron que morir para que Carlos haya llegado a ser rey...

—Desgracias lamentables... —Luis miró a su maestro; su expresión se había vuelto de repente implacable, y muy, muy cauta. Ya no quedaba ni rastro de travesura en sus ojos. Después desvió la vista hacia sus propias manos que estaban entrelazadas sobre la mesa y añadió—: Pero la muerte no respeta ni a nobles ni a villanos...

—Aguarda, porque quiero contarte algo muy extraño. En el año mil quinientos llegó un correo desde Granada anunciando la muerte del príncipe Miguel. Y doy fe que llegó tan sólo once días después de que el pequeño expirara. Once días desde Granada a Gante, ¿no te parece asombroso? He calculado la distancia y son trescientas treinta y tres leguas, lo que representa recorrer más de treinta leguas cada jornada.

—Asombroso —dijo Luis—. ¿Quién era el correo?

—Un hombre del archiduque... no recuerdo su nombre, pero sé que trabajaba para él. ¿Es que Felipe el Hermoso estaba tan seguro de la inminente muerte de aquel pequeño como para ordenar que se le avisara con tanta prisa? —Erasmus hizo una pausa y añadió—: No imaginas los festejos que se celebraron en todo Gante para celebrar la muerte de la criatura... Vergonzoso, sí, pero así es la vida en la corte.

Luis tuvo la sensación de que su maestro había meditado mucho en todo aquello, pero que ésta era la primera vez que lo expresaba en voz alta.

—Creo que me estoy pensando lo de aceptar ese trabajo —dijo con una sonrisa amarga, sin entender por qué Erasmo le contaba esto precisamente ahora.

—No te lo digo para desanimarte, Luis —agitó una mano como para alejar esa idea—. Tan sólo quiero que estés avisado sobre el mundo en el que vas a entrar. Muchas veces hemos hablado sobre la corrupción y el envilecimiento en el que está hundiéndose nuestra Santa Iglesia, pero ya ves que estas enfermedades son hijas de nuestro tiempo, así que tenemos sólo lo que merecemos. Y no pretendo ser un modelo de conducta, yo mismo fui empleado en la Corte años después de esos acontecimientos, y colaboré con Adriano Florensz en la educación de Carlos... que no creo que fuera mal chico. Un poco consentido, pero eso no tiene nada de extraño. Le encantaba la cosmografía y, a pesar de su corta edad, era un placer conversar con él.

—¿Y por qué dejasteis su educación?

—Porque en el emperador, su abuelo Maximiliano en persona, impuso a Chièvres como el nuevo y único tutor del príncipe... Entonces me quitaron de en medio, y ahora no siento ningún deseo por regresar. Ya estoy demasiado viejo para ciertas cosas, pero tú eres joven, brillante, y una de las personas más honestas que he conocido. Ve a la corte, usa su influencia y el dinero que te proporcionará para sacar adelante tus proyectos, pero no dejes que su falso oropel te corrompa. Debes mantener la mente fría.

—Descuida maestro; tú me has enseñado bien. Dime, ¿crees que el carácter del rey Carlos habrá recibido más influjo del señor de Chièvres que tuyo o de Adriano?

—Es difícil adivinar en qué suerte de hombre se convertirá un niño —Erasmo se encogió de hombros—, sobre todo con las poderosas influencias que ahora lo rodean. Quizá sería bueno que los artistas de la corte lo representaran con la dignidad de un rey joven, sabio y grave, y que no abusaran tanto de referencias mitológicas y ridículas comparaciones con Hércules... Eso puede ser muy halagador para un muchacho de su edad, pero no creo que resulte conveniente para su formación... Rezo porque sea un hombre de paz. Al menos eso sí intenté inculcárselo, porque la guerra es la mayor y más lamentable de las contradicciones.

Luis asintió, pero pensó que la situación política de Europa estaba bastante lejos de los ideales de tolerancia y ecuanimidad de su sabio y bondadoso maestro.

—Pero, la verdad —añadió Erasmo con un gesto de indiferencia—, es que no creo que al final sea importante si Carlos es o no es un hombre educado, porque todo parece indicar que será el propio señor de Chièvres quien se ocupe en persona de manejar los hilos de su gobierno. Lo más seguro es que Carlos se convierta en el tipo de monarca aficionado a la caza y a la buena vida que deja hacer a sus ministros... Ya sabes: «Ríndanse los reyes a sus privados, fíenles el gobierno y piérdanse los reinos».

—¿Quién dijo eso?

—Pues el propio señor de Chièvres. Y es muy acertado, ¿verdad? Claro que viniendo de él parece un ejercicio de absoluto cinismo... —Se dio una sonora

palmada en la pierna—. Pero dejemos ese tema tan arduo, que no es conveniente hablar mal del que puede ser tu patrón en un futuro próximo. Lo único que espero y deseo es que este trabajo sea provechoso para ti, amigo mío. Y también para el joven obispo de Cambray, que sin duda resultará beneficiado por tu talento.

Las palabras dejaban traslucir una amarga ironía que no llegaba a aflorar sino en la triste y bondadosa sonrisa en la comisura de sus labios. La luz de la ventana se iba retirando poco a poco, reduciéndose sus últimos rastros sobre el muro, y Luis comprendió que la conversación había terminado. Recogió el documento con la firma del señor de Chièvres y lo contempló con detenimiento.

«Desde luego ésta es la oportunidad que he estado esperando», pensó a la vez que se sentía invadido por la nostalgia. «Ojalá que sirva para algo...».

«¿Y para qué iba a servir?».

Seguía engañándose a sí mismo. Las calamidades que en los últimos tiempos habían sacudido a su familia habían dejado en su alma una huella amarga: desolación, muerte, injusticia, distancia y dolor.

«Sí», pensó, «ése y no otro es el origen de mis pesadillas».

En ese momento vio claro que ni siquiera la proximidad a la corte del que ya era rey de España iba a servirle para nada. Su sangre no estaba limpia y eso zanjaba cualquier otro asunto. Aunque ahora en el horizonte se dibujaran bellos proyectos para él, su familia seguiría envuelta por la tormenta. Y de su conciencia sólo podía esperar algunas palabras de reproche por su buena fortuna.

Tragándose toda aquella amargura, se volvió hacia Erasmo, le sonrió, y dijo:

—Gracias una vez más por tu confianza, maestro.

Noche de San Juan de 1516

Desde la entrada de la cueva, Meg y Cèleste contemplaron el cielo estrellado, recortado a lo lejos por las afiladas siluetas azules de las montañas. El paisaje parecía bañado por una luz mágica. La pradera se ensanchaba formando suaves ondulaciones de hierba y flores, cubriendo el espacio entre el bosque de tejos y el riachuelo plateado que serpenteaba hacia las Gargantas del Tarn. Cèleste podía oírlo gorgotear y chapotear, un sonido que en aquel momento se le antojó como el más agradable del mundo.

—Es una noche maravillosa —musitó.

Christian, ayudado por varios acólitos, fue sacando la leña guardada en el interior de la cueva y disponiéndola en montones simétricos. Un poco después, Armand de Meyrueis llegó desde las profundidades de la caverna con una tea encendida y fue prendiendo las pilas de madera seca una tras otra.

Las llamas de las hogueras se elevaron hacia el cielo, mientras docenas de hombres y mujeres desnudos, de todas las edades y fisonomías, se fueron congregando a su alrededor, dando palmadas y marcando el compás de un ritmo monótono y extraño.

Los acólitos de Armand trazaban círculos protectores sirviéndose para ello de delgadas varas de nogal silvestre. Con ellas dibujaban sobre el terreno tres círculos concéntricos, separados el uno del otro por la anchura de una mano. En el externo, en la dirección de los puntos cardinales, escribían con ceniza los nombres de los cuatro grandes espíritus que los presidían.

Una de aquellas barreras mágicas fue situada en la parte más elevada del prado. En su centro clavaron un poste y allí ataron a un macho cabrío que iba adornado con una guirnalda de flores blancas.

Meg se desnudó también y se untó las axilas y las ingles con la pócima que había cocinado unas horas antes. A su alrededor todos hacían lo mismo usando sus propios ungüentos, aunque se lo aplicaban de forma muy distinta. Algunas mujeres habían embadurnado el palo de una escoba, o la rama descortezada de un árbol, con aquella pomada espesa y frotaban el sexo contra ellas, como cabalgándolas, para estimular así las mucosas sensibles de aquella zona. Otras se introducían directamente el palo en la vagina. Los hombres se aplicaban el ungüento alrededor y en el interior del ano.

—Toma —dijo Meg tendiéndole el frasco a su alumna.

Tenía las pupilas dilatadas y una sonrisa desvaída asomaba en los ángulos de sus labios. Cèleste se desnudó, llenó la palma de su mano con la pomada y se frotó el sexo con ella. Poco a poco, empezó a notar también el efecto de la droga. Los colores se volvieron más intensos, la oscuridad de la noche retrocedió, las hogueras brillaron con más intensidad, lanzando chispazos de luz hacia las estrellas. Se sintió flotar,

como si el peso fuera abandonando gradualmente su cuerpo y el cielo tirase de ella.

Se agachó para dejar el frasco de unguento sobre el montón de su ropa. Sus movimientos eran lentos, como si estuviera debajo del agua, pero de una precisión exquisita. Miró a su alrededor, todo parecía dotado de una luz mágica que destacaba los contornos. Podía seguir cada movimiento con una nitidez deslumbrante, obsesiva.

Hombres y mujeres saltaban como truchas alrededor del fuego, con sus cuerpos desnudos brillando a la luz naranja, agitando las manos y los pies en una especie de danza muscular, acompasada por las notas de varios instrumentos de viento. En aquel baile enloquecido alternaban ambas piernas, agitaban los brazos, saltaban y se revolvían en el aire, luego echaban los brazos hacia atrás mientras mantenían los cuerpos rígidos, inclinándose hacia adelante hasta casi tocar el suelo con la frente. La música, el canto y la danza eran sólo el soporte de la voluntad mágica que impregnaba el ambiente.

Alguien cogió a Cèleste de la mano y la arrastró hacia uno de los grupos de danzantes. Y empezó a bailar frenéticamente alrededor del fuego. Sus gestos y los movimientos de sus músculos se amoldaban sin ningún esfuerzo al más ligero capricho de los instrumentos musicales. Su larguísimo cabello negro le caía como una capa sobre él cuerpo delgado; la piel desnuda brillaba cubierta de sudor a la luz de las llamas.

Todo fluía. Fluía y se ondulaba como luz líquida a su alrededor.

Armand de Meyrueis se dirigió con paso lento hasta el lugar donde estaba atado el macho cabrío. Christian lo esperaba allí, con las pócimas y los utensilios para el sacrificio cuidadosamente ordenados sobre un pequeño altar cubierto con un paño consagrado de seda roja, perfumada con incienso y rociada con especias dulces. Colocó un barreño de cobre sobre la hierba y le tendió el cuchillo ritual a su maestro, que se arrodilló frente a la bestia para pronunciar con fervor y recogimiento las siguientes palabras:

—¡Recibid la sangre de esta víctima que sacrifico en vuestro honor! Dignaos en aceptar con agrado esta ofrenda para vosotros. Amén.

Con un rápido movimiento, Armand degolló a la bestia. La sujetó firmemente por los cuernos, cuidando que la sangre cayese en el barreño. Sin perder un momento, y mientras Christian le iba pasando los frascos, mezcló con la sangre algunos polvos de malvarrosa, lirio de Florencia y azogue. Luego se hizo un pequeño corte en el dedo corazón de la mano izquierda y añadió unas gotas de su propia sangre.

—Los dones planetarios —siguió invocando— se combinan sobre esta sangre que contiene metal, aromas y espíritus, para colmarla de las virtudes que os son atractivas...

Con el cuchillo que le había servido para el sacrificio, trazó sobre la superficie de la sangre varios rayos formando una estrella.

Y la luz de las hogueras empezó a menguar de intensidad. A pesar de que el cielo estaba despejado y la atmósfera era sutil, el humo no se elevaba de un modo normal, sino que se mantenía pesado, a poca altura, arremolinándose y sofocando las llamas.

Cèleste dejó de bailar. La tétrica imagen del humo sobre la choza del *batelier* regresó a su mente y un estremecimiento recorrió su espalda desnuda. Rápidamente se adentró en uno de los círculos protectores. El aire se había cargado de un inquietante hedor y ella se obligó a respirar lentamente para calmarse. Los pocos que aún seguían bailando alrededor de las hogueras se apartaron y tosieron. La luz de las llamas parpadeaba eclipsada por la humareda. Buscó con la vista a Meg y no la vio.

Uno de los danzarines se detuvo y salió del círculo, seguido de otros que hacían gestos de asombro e indicaban algo, con las manos señalando hacia el bosque.

Cèleste se volvió la masa de árboles pero la oscuridad no le permitió distinguir gran cosa. El viento arrastraba hacia allí el humo de las hogueras. El bosque exudaba vapores espesos, como los huesos de un dragón en descomposición, mientras el humo se desgarraba contra los tejos. Al poco se oyó un chasquido, semejante al producido por un pie que se introduce en el agua, y luego el sonido de algo que se estuviera desgarrando.

Varias formas pálidas aparecieron en el límite del arbolado, como una procesión de espectros envueltos en sudarios de humo. La niebla los cubría y avanzaba con ellos; debajo, apenas se intuían unos miembros blancos, extraños, retorcidos, que se

agitaban mientras las criaturas se desplazaban sobre la hierba con movimientos ondulantes.

Ya nadie danzaba ni reía. Todos habían enmudecido y mantenían los ojos clavados en aquellos fantasmagóricos recién llegados, que seguían surgiendo, uno tras otro, de entre los árboles. Cèlestes calculó que ya superarían la veintena.

—¡Manteneos en el interior de los círculos! —advirtió Armand de Meyrueis a sus acólitos—. Apartaos del paso de la *Mala Hueste*, porque si los tocáis os convertiréis en uno de ellos al instante. Os exhorto por los Santos Nombres Divinos a que ninguno de vosotros se mueva o cruce de sus lugares asignados.

Su voz les llegaba con un tono apagado, como si el mago se encontrase a una distancia enorme y el viento trajera los ecos de su grito de advertencia. Pero todos se apresuraron a obedecer.

Cèlestes se apartó un poco más hacia el interior del círculo cuando uno de los espíritus pasó cerca. Lo observó detenidamente, con una fascinación morbosa. Su «carne» parecía entretejida con delgados filamentos blancos, como un entramado lechoso asomando entre la bruma que parecía emanar de sus cuerpos y los envolvía como un sudario. Llevaba algo en la mano, largo y brillante como un cirio, con lo que iluminaba su camino como si se hallara en la más absoluta oscuridad.

Allí donde la *Mala Hueste* pisaba, la hierba se ennegrecía y moría al instante. Los espíritus trazaron un sendero oscuro sobre el prado mientras se dirigían en línea recta hacia el círculo en cuyo interior estaban Armand y Christian.

El Principal parecía tranquilo mientras empujaba el barreño rebosante de sangre fuera del anillo protector. Se cubrió la cabeza y el cuerpo con el paño de seda consagrada, y se postró a tocar la tierra con el rostro. Recitó la siguiente invocación:

—Vagale, Hamicata, Umsa, Terata, Yeh, Dah, Ma, Baxasoga, Un, Horah, Himesere; mandadme la inspiración de vuestra luz, hacedme descubrir las cosas secretas, cualesquiera que éstas sean, permitidme que las investigue por la ayuda de vuestros ministros, Raziel, Tzaphniel, Matmoniel. Escuchad, vosotros que habeis deseado la verdad en los jóvenes y en las cosas ocultas, mostradme ahora vuestra sabiduría. Recabustira, Cabustira, Bustira, Tira, Ra, A, Karkahita, Kahita, Ta.

Las criaturas se abalanzaron ávidas sobre el barreño, como bestias famélicas disputándose una presa, profiriendo estremecedores gruñidos y bufidos. Se alimentaron todas a la vez, a la luz de los velones ardientes, mientras sus cuerpos se fusionaban en una confusa masa de palpitanes tentáculos y guedejas de humo blanco.

Cuando se apartaron, hasta la última gota de sangre había desaparecido.

Entonces, Cèlestes vio algo que la hizo gritar de terror.

Se vio a sí misma de pie, en medio del prado. Su rostro estaba iluminado por una amplia sonrisa, su piel parecía brillar con más fuerza que las hogueras...

¡Uno de aquellos espíritus había copiado su aspecto y la estaba mirando!

La criatura dio unos pasos hacia ella y, durante un instante aterrador, la miró directamente a los ojos. Movía los labios como si pronunciase palabras, pero ningún

sonido salía de ellos. Sin embargo, Cèleste sintió en los huesos de su cráneo, en la mandíbula y en los senos nasales, una vibración que coincidía con los movimientos de aquella boca. Cerró los ojos y abrió su mente para escuchar la voz sin sonido, pero no vio más que negrura y una sola palabra flotando en la oscuridad como un trazo de luz palpitante.

—¿Bosque? —titubeó. Se pasó la mano por los cabellos y se apretó las sienes con tanta fuerza que se le marcaron profundamente los dedos.

Mantuvo los ojos cerrados y en la oscuridad se formaron unas imágenes que fueron apareciendo y desapareciendo a una velocidad vertiginosa, y aquella voz sin sonido se transformó en un grito que retumbó en su cabeza como un trueno:

«¡BOSQUE!».

Cèleste cayó de rodillas. Las imágenes y la reverberación en los tímpanos se extinguieron a la vez. Abrió los ojos, la criatura espectral estaba perdiendo consistencia, su rostro reflejado en ella empezaba a derretirse como la cera caliente y el color de su piel se tornó rojo intenso, mientras fluía como si la carne se estuviera transformando en sangre. Sus miembros se deshicieron en temblorosos regueros de líquido rojo.

Durante un instante de puro horror aún pudo reconocer sus propios rasgos, diluyéndose en una marea de sangre. Luego, la niebla volvió a envolverla y la criatura desapareció de su vista.

Los oficiantes guardaron silencio mientras los espectros regresaban al bosque de tejos con el mismo paso lento con el que habían salido de él, y se dispersaban entre los árboles. Las hogueras ardieron de nuevo con fuerza. La luz aumentó mientras el humo se dispersaba y la atmósfera recuperaba su transparencia.

Todo giraba enloquecedoramente alrededor de Cèleste. El suelo firme parecía deslizarse y rodar bajo sus pies como si fuera una placa de hielo en medio del mar. Extendió los brazos para guardar el equilibrio, pero no lo consiguió.

«Es una noche maravillosa», le recordó una irónica vocecilla de su interior.

Su rostro se estrelló contra la hierba y sintió que perdía la conciencia.

Una brisa agitó su pelo. Cèleste abrió los ojos.

Todo había terminado. El rescoldo de las hogueras irradiaba una luz rojiza y mortecina que apenas iluminaba a los pocos que aún se hallaban sentados a su alrededor. Las conversaciones se habían reducido a susurros.

Meg y el Principal se sentaron en la hierba a su lado. Cèleste observó el rostro marchito de Armand y se asombró. Parecía mucho más viejo que unas horas antes.

—Ellos te hablaron —dijo—. ¿Cuáles fueron sus palabras?

—No tenía sentido... —musitó Cèleste.

—Pero te hablaron —insistió Armand con impaciencia—. Aunque era yo quien oficiaba el sacrificio, fue a ti a quien se dirigieron. Eso es lo importante. Esos espíritus habitan en la frontera entre los mundos, sin sentir auténtica lealtad por nadie, pero aceptaron la ofrenda de sangre y te hablaron. Mientras desconozcamos la verdadera naturaleza de la amenaza, debemos aceptar cada señal.

—¿Recuerdas sus palabras, hija mía? —le preguntó Meg mientras colocaba una mano sobre la suya.

Cèleste contempló a su maestra con una sensación extraña en la boca del estómago, a la vez que caía en la cuenta de que Meg jamás la había llamado «hija mía».

—Tan sólo pronunciaron una palabra —dijo—: «Bosque».

—¿Bosque? —se extrañó Armand.

—Sí. Bosque. Sólo eso. No dijo nada más... ¿Qué puede significar? —meditó Cèleste—. ¿El bosque que está a nuestra espalda y del que salieron ellos?

—Cierra los ojos, muchacha, e intenta recordar —le pidió Armand con suavidad—, intenta revivir ese momento.

Cèleste se cubrió los ojos con el brazo. No quería recordar, pero se sentía incapaz de eludir su responsabilidad en presencia de Meg. Vio la palabra «bosque» flotando frente a ella; las letras parecían fuego verde en medio de la oscuridad, pero al concentrar su atención en ellas observó que en realidad eran zarcillos enredados... ¡Era una enredadera que trepaba sobre una piedra cubierta de musgo! Su visión retrocedió un poco, se alejó de aquel punto como si ella echara la cabeza hacia atrás, y entonces lo vio claramente. Se trataba de un cipo en un camino, casi tapado por la vegetación y manchado de humedad. Las letras pintadas en él apenas se podían leer, pero era evidente que era el nombre de un lugar...

—Bois... —leyó Cèleste con los ojos cerrados, concentrándose todo lo que le era posible en aquellas letras desteñidas—... le... Duc.

—¡Bois le Duc! —exclamó Armand.

Cèleste retiró el brazo de sus ojos y lo miró.

—¿Sabes a qué «bosque» se refiere?

—No es un bosque —le explicó Armand—. Es una ciudad de Brabante y allí vive

un hombre al que llaman «Bosque».

—¿Lo conoces?

—Sí. Tendrás que ir hasta Bois le Duc y encontrarte con él. Eso fue lo que te comunicó el espíritu y debes obedecerle.

—De acuerdo —asintió Cèleste. Si había que hacerlo, cuanto antes mejor. Se volvió hacia su maestra y le preguntó—: ¿Cuándo emprenderemos el camino?

—De inmediato —dijo Meg—. Pero esta vez tendrás que hacerlo tú sola.

—¿Yo... sola? —sacudió la cabeza—. Creo que no te entiendo...

—Irás sola, Cèleste —le explicó el Principal—. Tu maestra no puede acompañarte. Ya no eres una novicia, desde hoy perteneces al grupo de los Iniciados de primer grado, con poder y conocimientos para fabricar ponzoñas y maleficios. Lo que ha sucedido esta noche ha sido tu ceremonia de iniciación.

—¿Qué? —de repente la chica se sentía de nuevo como si el suelo desapareciese bajo sus pies—. ¿No vendrás conmigo, Meg?

Su maestra la miró con una mezcla de dolor y determinación. Dejó sobre la hierba la talega de paño pintada con una retícula multicolor. Allí estaban los frascos de pócimas y los utensilios que habían compartido durante su vida en los caminos. Con movimientos ceremoniosos, sujetó los cuatro extremos de la talega y ajustó las correas para cerrarla. Cèleste iba a decir algo más, pero Meg le pidió silencio con un gesto.

—Ahora todo esto es tuyo —dijo—. Tu herencia... Úsala con sensatez.

Cèleste tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedes dejarme ahora —musitó.

—Sabes perfectamente que hay razones poderosas para que yo desaparezca de tu vida —dijo la anciana lentamente—. Eres una bruja, y tendrás que caminar sola hasta que encuentres a tu propia novicia a la que educar, como yo hice contigo. Ésa es la cadena a la que estamos sujetas.

Armand se acercó un poco a la muchacha y le tendió una bolsita de cuero.

—Toma —dijo—, esto te será necesario...

Ella vació su contenido sobre la palma y lo miró a través de las lágrimas que empañaban sus ojos: Treinta monedas de plata con un peso de dos reales cada una. La chica abrió la boca para preguntar, pero el brujo se adelantó en su respuesta:

—Durarán dos meses aproximadamente, quizá un poco más; luego irán desvaneciéndose una tras otra. Las vas a necesitar para llegar hasta Bois le Duc lo más rápido posible, porque no debes acercarte a las ciudades. No puedes hacer magia para conseguir dinero, porque eso te pondría en peligro. Usa las monedas para comprar cuanto necesites en el camino, incluso para comprar el silencio de cualquiera que te descubra y pretenda denunciarte, pero no te detengas. Ahora lo único importante es que te reúnas con ese hombre.

Tras decir esto, Armand se puso en pie y se marchó. Cèleste permaneció junto a Meg, con los ojos llenos de lágrimas, sin saber qué decir o qué hacer a continuación.

—Por favor —le suplicó al fin a su maestra—, sigamos juntas un poco más... Al menos durante este viaje.

Meg sacudió la cabeza con un gesto de cansancio. Se puso en pie y la miró desde lo alto. Con un tono de voz duro, inflexible, dijo:

—Ellos te hablaron a ti, muchacha. Estás preparada y tienes que seguir tu camino. Yo ya no puedo enseñarte nada... Siempre has sabido que llegaría este momento.

—Pero tú eres mi única familia, Meg —dijo, y las palabras le salieron de tal modo del corazón que le tembló la voz.

—Eso no es cierto —la anciana parecía molesta—. Sólo soy tu maestra.

Cèleste no podía entender por qué aquellas palabras le habían desagradado tanto. Recordaba sus lecciones, cuando era una niña que apenas sabía andar, de un modo mucho más claro que cualquier otra cosa a lo largo de los años. Entre las dos había una comunicación que iba más allá de las palabras, e incluso más allá de los objetos, del tiempo y del espacio. Ambas, y todo cuanto las rodeaba, formaban un todo. A veces pensaba que eran una única conciencia despertando a otra, integrándose en otra.

—No sabes lo que es una familia —siguió diciendo la anciana—. En ocasiones se esconden los mayores horrores entre las cuatro paredes de una casa. Otras veces, una vida de ignorancia y mortal aburrimiento, sobre todo si has nacido mujer... Yo tuve que abandonar mi hogar cuando era muy niña, y desde entonces he vagado de un lugar a otro. Y te aseguro que nunca he sentido la tentación de mirar hacia atrás.

Cèleste no tenía ese tipo de recuerdos. Lo ignoraba todo sobre su verdadera familia. En su pasado sólo existían tenues amistades, siempre rotas por la distancia y por el tiempo, mientras que Meg y ella deambulaban de un lado a otro, sin detenerse demasiado en ningún sitio. Una pregunta que se había hecho tantas veces afloró a su mente y estuvo a punto de pronunciarla: «Dime, Meg, ¿quiénes eran mis padres?». Pero sabía que era una tontería hacerlo, porque ella no le diría nada. No podía responderle sin contravenir las leyes de su secta y no lo haría. Las brujas robaban a los niños de sus camas si sus padres se habían olvidado de persignarlos o preservarlos con agua bendita. Preferían a los que eran menores de cinco años para tomarlos bajo su tutela, y su origen y su pasado morían en ese instante.

—Me preguntabas cómo será la vida de esa niña que trajiste al mundo —añadió Meg—. Pues todo su futuro ya ha quedado marcado sólo por haber nacido hembra. Se partirá la espalda trabajando en el campo, sobre el fogón, ignorará el verdadero valor del placer físico que le permitiría amar a su propio cuerpo, nunca tendrá la sensación de poder a la que su esposo está acostumbrado... La brujería, en cambio, hará que tú controles tu propia vida. En esto ellos no son mejores que nosotras; ni en el valor de nuestra rebeldía, ni en el grado de nuestras emociones, ni en el éxtasis sensual. Acepta lo que eres, muchacha, y alégrate de ello. Somos extranjeras en todo tiempo y lugar; viajaras que siempre estamos de paso.

—Maestra... —musitó Cèleste. Seguía llorando, sus mejillas estaban totalmente

empapadas de lágrimas y temblaba casi imperceptiblemente—. Permíteme seguir siendo tu discípula por un año más.

Meg tenía los ojos fijos en las brasas de la hoguera más cercana.

—Tú siempre serás, estés donde estés —dijo sin mirarla—, mi discípula y mi compañera de viaje. Pero debes seguir tu destino. El destino corre como el hilo en el telar, y el resultado depende tanto de su calidad como de la habilidad del tejedor. Nadie puede trenzarlo por ti. Al final, mirarás el tejido completo de tu propia vida y sabrás si has logrado o no realizar el dibujo que querías... Toma...

Meg le entregó algo en la palma de la mano y añadió:

—Quiero que guardes esto y que no te separes nunca de él.

Era un medallón de plata, con una pequeña gema de un blanco lechoso en su centro. Colgaba de una cadena dorada de eslabones bastante gruesos.

—¿Qué es?

—Colócalo alrededor de tu cuello y llévalo siempre. Es mi último regalo.

Y sin decir nada más, dio media vuelta y se alejó.

El cielo empezaba a clarear por el este. Los asistentes a la ceremonia se iban dispersando, a la vez que la luz del día de San Juan enturbiaba el brillo anaranjado de las brasas y los rescoldos adquirían el tono gris de la ceniza.

Meg se unió a un grupo de personas y caminó junto a ellos, bosta que una loma la hizo desaparecer de la vista de Cèleste.

Cada jueves por la tarde Luis Vives solía acudir a las reuniones que su amigo Frans van Cranevelt organizaba en su casa de la calle Diest. En ellas nunca faltaba una abundante merienda con pan, mantequilla salada y ciruelas pasas; regada siempre con la roja cerveza de la región, tan floja que se corría el peligro de beber demasiado antes de darse cuenta de que ésta también acababa por subirse a la cabeza.

Pero lo más interesante de las reuniones solían ser los invitados de Cranevelt.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Luis a su amigo.

—Se llama Nicolás Copérnico. Es un canónigo polaco que está de paso por la ciudad. Tiene unas ideas de lo más ingeniosas sobre el movimiento de los astros en el cielo. Fíjate que dice que es el Sol y no la Tierra el astro que ocupa el centro.

—Bueno, eso no es nuevo, ¿no? Ya lo propusieron Pitágoras y Aristarco de Samos varios siglos antes del nacimiento de Nuestro Señor...

—Amigo mío, es que no hay nada nuevo bajo el Sol... O alrededor de él.

Copérnico pasaría de los cuarenta años; era delgado, seco de rostro y miembros. Hablaba con fluidez en latín, explicando sus ideas al grupo que se había congregado a su alrededor. Éstos eran profesores de la Universidad de Lovaina, como Gaspar van der Heyden, o alumnos destacados como Jacob van Deventer. De vez en cuando, Copérnico sacaba de una carpeta de cuero unos dibujos que él mismo había trazado y en los que se describían complejas órbitas y extravagantes figuras geométricas. Sus gestos y su disertación eran cualquier cosa menos apasionados. El polaco se expresaba en perfecto latín con un tono monocorde que pronto hizo bostezar a más de uno.

Al cabo de un rato, muchos de sus oyentes habían desertado para dirigirse a la mesa de las hogazas de pan, la cerveza, la mantequilla y las cerezas. Pero uno de ellos (alto, de piel morena, lampiño y ojos de color castaño), a quien Luis no había visto nunca, permanecía junto al polaco, pendiente de cada una de sus palabras.

En ese momento, uno de los criados de Frans trajo una bandeja con más pan caliente para untar en él la mantequilla. Pan tostado, humeante...

Su olor le provocó a Luis un inexplicable estremecimiento de terror.

—¿Quién es ese de ahí? —preguntó, intentando que no se notara su turbación.

—¿Quién? —su amigo bajó la jarra de la que había estado bebiendo. Tenía los mostachos salpicados de espuma—. ¿Te pasa algo? Te has puesto pálido de repente.

—No es nada importante... Me refiero al que está junto al polaco.

—Si no eres más preciso...

—El del ropón azul marino.

—No lo conozco. Pensé que había venido contigo.

—Pues no. —Luis estaba desconcertado por la intensa emoción que sentía.

—En ese caso no lo sé. Será el padre de alguno de los alumnos. Parece muy interesado en lo que dice el polaco, ¿verdad?

—Sí. —La sensación aún no había desaparecido, pero empezaba a dominarla—. Dime: ¿no ha publicado ese tal Copérnico sus teorías? No recuerdo haber leído nada sobre él.

—No. Y no lo ha hecho porque no es un insensato y no quiere poner en peligro su cargo de canónigo vitalicio de la catedral de Frauenburg.

—¿Por qué iba a ponerlo en peligro?

Frans dio un largo trago de cerveza antes de responder.

—No creo que a la Iglesia le agrade la idea de que la Tierra no es el centro del Universo. La mayoría de sus seguidores sirven a una corte de reyes, príncipes y emperadores y parece apropiado que ese mismo orden sea reproducido en el cielo por los astros... —Se encogió de hombros—. En realidad no lo sé con certeza, pero lo cierto es que él lo considera peligroso y lleva el tema con mucho sigilo. No quiere publicar y se limita a enviar cartas a personas de confianza. Y a dar charlas como ésta a grupos reducidos.

Luis volvió a mirar al desconocido que seguía la charla del polaco con interés y comprendió que la sensación de inquietud estaba relacionada con él y con el pan caliente.

—¿Quieres más cerveza? —le preguntó Frans.

—¿Qué? —la atención del valenciano se apartó del grupo que rodeaba a Copérnico y la concentró de nuevo en su amigo.

—Tu jarra lleva un buen rato vacía. ¿Quieres más cerveza? —repitió.

—Sí, por favor.

—Y hablando de reyes... —dijo Frans mientras llenaba la jarra de Luis y la suya—. He oído que vas a trabajar en la Corte... ¿Es eso cierto?

—No lo sé. Le ofrecieron a Erasmo el puesto de tutor del sobrino del señor de Chièvres, el joven obispo de Cambray, y él me lo ofreció a mí. Pero después de eso ya no he vuelto a saber nada más del tema. Me dicen que Guillermo de Croÿ está ahora en Roma, y que no regresará hasta el próximo Capítulo de la Orden del Toisón de Oro, pero temo que al conocer que no era Erasmo quien iba a ocuparse del asunto, sino un joven y desconocido español, se hayan echado atrás.

—No seas tan pesimista, amigo mío. Seguro que ese puesto es tuyo. Ten paciencia y espera hasta octubre. Porque es entonces cuando se celebrará el capítulo, ¿no?

—Así está previsto.

—Entonces, por los buenos trabajos y los jóvenes obispos —brindó.

Frans alzó su jarra y Luis hizo chocar la suya con la de su amigo.

—Y ahora —siguió diciendo Frans después de tomar un largo trago—, ¿qué te parece si vamos a escuchar un rato al polaco? Aunque sólo sea por cortesía.

Se acercaron al grupo que seguía atento a las palabras de Copérnico que, para su sorpresa, Luis encontró inmediatamente interesantes.

—Por otra parte —estaba diciendo con su perfecto latín—, esta teoría tiene la

ventaja de poder explicar los cambios diarios y anuales del Sol, y responde a inquietantes cuestiones que Tolomeo dejó sin resolver. Porque, si el Sol gira alrededor a la Tierra en la órbita fija de un círculo perfecto, ¿cómo explicar el cambio de las estaciones? ¿Cómo el que algunas estrellas y planetas varíen de posición de un año a otro? ¿Cómo el aparente movimiento retrógrado de Marte, Júpiter y Saturno? ¿Cuál es la razón por la que Venus y Mercurio jamás se alejan más allá de una distancia determinada del Sol?...

Siguió dando una larga lista de interrogantes resueltos y de razones por la que la teoría que él defendía era superior a las ideas de Tolomeo, hasta que el desconocido que había llamado la atención de Luis alzó la mano y le preguntó:

—Y, maestro Copérnico, ¿recordáis por casualidad el momento preciso en el que comprendisteis que la teoría heliocéntrica era la correcta?

—Sí, claro que lo recuerdo —dijo Nicolás con una sonrisa evocadora.

Guardó un breve silencio. Cuando siguió hablando al cabo de un instante, sus palabras tenían la emoción que hasta entonces les había faltado:

—Era el año mil quinientos dos. Por aquel entonces yo era profesor de astronomía en la Universidad de Roma. Un día, como tantas otras veces, enseñaba que la Tierra era el centro del Universo; y que el Sol, y la Luna, y los cinco planetas eran satélites que giraban en torno a nuestra mundo, trazando círculos perfectos, tal y como afirmó el gran Claudio Tolomeo hace más de mil quinientos años; y como confirmaban los sentidos...

»Recuerdo que ese día uno de mis alumnos me preguntó: “Distinguido profesor, ¿no rebatió esto un filósofo de Samos llamado Aristarco, diciendo que era el Sol y no la Tierra el que se encontraba en el centro del Universo?”.

»Yo estaba a punto de responderle, como tantas otras veces, que el gran Aristóteles había refutado categóricamente esta idea porque, siendo el hombre la obra maestra de Dios, la Tierra que habitaba tenía que ocupar el centro del Universo. Sin embargo, en esa ocasión, dudé y di por terminada la clase. Había ido acumulando dudas sobre la exactitud de la teoría tolemaica y, justo en ese momento, tuve la certeza en mi interior de que era errónea.

—Tuvisteis la certeza... —repitió el desconocido con lentitud—. Entonces fue una revelación...

—Así es —admitió Copérnico—. Por ello, después de tres años de dedicarme a la enseñanza, resolví renunciar. No deseaba seguir enseñando lo que yo mismo dudaba. Por ello decidí regresar a mi casa en Frauenburg para poder dedicarme a determinar con precisión, y para mi propia satisfacción, si Tolomeo tenía razón o estaba equivocado.

—Fascinante —dijo el desconocido con un tono casi de conspiración.

Luis ya no prestaba atención a Copérnico ni a lo que estaba contando, pues ésta se había concentrado de un modo terrible y morboso en aquel hombre alto, moreno, al que estaba seguro de no haber visto nunca, y que, sin embargo, no era un completo

desconocido para él. Sus gestos, su tono de voz, sus pausas al hablar, todo le recordaba a alguien. Parecía una locura, pero estaba seguro, tanto como lo estaba Copérnico de su teoría heliocéntrica, de que aquel desconocido, a pesar de no llevar hábitos ni tonsura, era en realidad un monje predicador.

Un dominico.

Auvernia, 3 de julio de 1516

Una sensación de languidez, de fluir mansamente hacia la oscuridad, se esparció por el valle a medida que el sol trazaba su arco descendente. El color púrpura del cielo se fue haciendo más profundo a la vez que perdía luminosidad.

Cèleste llevaba la talega abrazada frente a ella, como si fuera un escudo que la protegiera de todo mal. Mientras caía la noche, la apretaba con más fuerza contra su pecho. A un lado del camino, unas fascinantes chimeneas de lava solidificada se erguían como monjes petrificados. Al borde de la densa arboleda que cubría la ladera de las montañas volcánicas, las sombras del atardecer se coagulaban ya en la siniestra oscuridad de la noche. Aquel paisaje le producía un sentimiento de temor indefinible, y una sensación de que algo ominoso se cernía sobre ella.

El aire de la noche se había vuelto fresco. Se ajustó la túnica de lana alrededor del cuello mientras se estremecía, no tanto por el frío como por las sombras cada vez más profundas del bosque cercano, la ansiedad creciente que le producían aquellos impávidos centinelas de piedra, y las laderas cubiertas de maleza y árboles, que el viento agitaba y hacía susurrar tétricamente. Pero, sobre todo, porque por primera vez en su vida se sentía sola y perdida en la noche.

Se acurrucó junto a una piedra y se subió el cuello de la túnica hasta los ojos. Cruzando los brazos frente a su pecho, esperó dócilmente a que el sueño acudiera.

«Podría dormir... Podría si libero mi mente de temores...».

Meg le había enseñado a hacerlo:

«La utilidad de una taza es precisamente que está vacía», solía decir su maestra. «Tienes que aprender a vaciar tu mente cuando te sea necesario».

«Vaciar la mente...».

Se revolvió un poco y deslizó una mano bajo la túnica para apretar el medallón que su maestra le había dado. Aquel objeto transmitió a su mano un extraño calor. Una sensación agradable que la ayudó a relajarse y apartar de su cabeza a la Mala Hueste. Al fin estaba a punto de dormirse... El sueño ya le cerraba los párpados...

Una esfera de cristal estalla en mil pedazos. Entre los fragmentos aparece una cigüeña que remonta el vuelo. Mujeres y hombres, blancos y negros, se entregan a los placeres de la carne, mientras los cuervos y las cigüeñas se posan sobre sus cabezas... Una música extraña flota en el aire, una intrincada línea melódica acompañada de dos partes en movimiento más lento. No puede reconocer los instrumentos, pero aquel sonido crea una atmósfera inquietante, mientras ella camina por un sendero rural. A ambos lados crece la maleza verde que casi ha ocultado por completo un mojón de piedra gris manchada de humedad. Se agacha y puede leer: «Bois le Duc».

Y la música que no cesa y se vuelve cada vez más extraña...

Cèleste despertó, desconcertada por aquel sueño absurdo. Pero este parecía

continuar, pues seguía escuchando la música. Alzó el rostro y vio un débil resplandor que manchaba de rojo la densa oscuridad del bosque.

«¿Qué es eso?».

Permaneció un largo rato inmóvil, contemplando aquel fulgor como si intentara decidir si seguía soñando o era real. Arriba brillaban las estrellas y una finísima uña de la luna. Entre los árboles la oscuridad era total, pero aquella luz roja resplandecía como un faro en el centro del bosque, atrapando su atención como la luz de una vela atraería a una polilla. Era imposible volver a dormir con ese misterio enfrente. Podía quedarse aquí, agazapada toda la noche, o podía...

Se puso en pie. Se sentía mareada, aturdida, con la mente aún torpe por los vapores del sueño. Caminó muy despacio hacia la luz. Arrastraba los pies suavemente, intentando detectar cualquier grieta u obstáculo frente a ella. Al poco de penetrar en el bosque desapareció la luminosidad que la guiaba, así como la poca luz que le llegaba desde el cielo estrellado. El olor a humus y a hojas podridas saturó su olfato mientras el zumbido del viento agitaba las hojas de los árboles.

Se obligó a avanzar aún más despacio, palpando el camino con la punta del pie antes de asentarlo, porque temía enredarse con alguna raíz y caer de bruces. Tenía la sensación absurda de que si caía, algo saltaría sobre su espalda impidiéndole levantarse.

Algo le arañó la palma de la mano y, por un momento, imaginó que era la garra de una criatura horripilante. Incluso sus ojos formaron de la nada un rostro demoníaco frente a sí, flotando con las fauces abiertas en medio de la oscuridad total. Pero era sólo la astilla de una rama rota.

«No hay nada», se aseguró mientras cerraba los ojos con fuerza. «Tan sólo negrura que tu imaginación llena con temores...».

Respiró profundamente y los volvió a abrir.

Y entonces sí que vio algo. Era la luz rojiza que ahora estaba mucho más cerca. Su reflejo parpadeante le indicó que se trataba de una hoguera que ardía cada vez con más fuerza. Y también le llegó el sonido de aquella música tan extravagante abriéndose paso entre el continuo zumbido del viento entre los árboles.

Apartó algunas ramas y descubrió un claro en cuyo centro ardía la hoguera rodeada por un anillo de grandes carromatos. Sus conductores se habían congregado alrededor del calor del fuego. Hombres, mujeres y niños que formaban un grupo apretado y extraño. Los hombres iban ataviados con gruesos jubones negros salpicados por insignias de plata que reflejaban la luz roja como ascuas encendidas. Unos sombreros de ala ancha, adornados con plumas negras, caían sobre sus rostros ocultándoles las facciones. Las mujeres también vestían de negro, con amplias faldas que agitaban las llamas cuando pasaban cerca de ellas.

«Incluso los niños van de negro», pensó Cèleste mientras observaba a un bebé que gateaba jugando cerca de la hoguera.

—Acércate, muchacha, y siéntate junto a nosotros al calor del fuego.

El que había hablado era uno de los hombres que se había vuelto hacia ella y le hacía señales con la mano para que se aproximara. Apartó las últimas ramas que se interponían a su paso y entró en el claro. Algo ominoso empapaba el campamento. Caminó como una sonámbula hacia el centro del anillo de carromatos, mientras no dejaba de pensar que aún seguía dormida y que todo aquello formaba parte de su extraño sueño.

Varias mantas estaban esparcidas sobre la hierba, alrededor del fuego. El hombre que había hablado antes le hizo un gesto invitándola a que se sentara junto a él. Su rostro seguía oculto con la sombra proyectada por el amplio sombrero, pero su boca relucía con una sonrisa metálica. Todos sus dientes eran de oro y brillaban ferozmente a la roja luz de la hoguera.

Cèleste se sentó frente al hombre de la boca dorada.

—Estás entre amigos —dijo—. Ésta no es noche para andar sola por el monte. Por aquí acechan los lobos... y también otras cosas mucho peores.

Una mujer se le acercó y le ofreció una tazón con sopa caliente. Cèleste observó el rostro de la mujer y se estremeció. No había nada de extraño en su aspecto, incluso debía de haber sido atractiva cuando era más joven, pero en aquellos momentos su expresión estaba enturbiada por un sentimiento de dolor tan intenso que deformaba sus rasgos. La bruja apartó la vista rápidamente, conmovida y desconcertada.

—Bebe —dijo el hombre de la dentadura de oro—. Eso te calentará las tripas.

Cèleste tomó algunos sorbos de aquello que parecía un espeso caldo de nabos, mientras estudiaba a los nómadas a través del vapor que desprendía el tazón. Al otro lado de la hoguera, un par de ellos entonaban una extravagante canción en una lengua que la bruja intentó identificar. Un tercero hacía sonar un laúd de cuerdas dobles, arrancándole la insólita melodía que ella había oído desde lejos.

«¿Quiénes son y qué hacen aquí?», pensó. «Su acento no me es desconocido... Parecen gente del norte, alemanes quizá. Es posible que se trate de buhoneros, y entonces lo inteligente sería viajar con ellos, si es que llevan mi dirección...».

—¿Adónde os dirigís? —preguntó la muchacha.

El hombre de la dentadura de oro se inclinó un poco hacia ella y la luz le iluminó al fin todo la cara, que estaba completamente cubierta por profundas cicatrices.

—Llevamos tu mismo camino —fue su desconcertante respuesta.

—¿Y cómo sabéis...?

Se detuvo. El niño vestido de negro jugaba con un dado de madera que había empujado hacia sus pies. Era casi un bebé. Gateó detrás del juguete y sus manos diminutas y gordezuelas se extendieron para coger el dado.

Cèleste acarició su cabeza y el pequeño alzó el rostro hacia ella...

Sólo que no tenía rostro.

Su cara era una confusión de arrugas y pliegues de carne entre los que brillaban un par de ojillos negros, asimétricos, semejantes a los ocelos de una araña. La boca abierta era apenas un agujero negro y desdentado cubierto de babas.

Respingó y se echó hacia atrás por la sorpresa. Su cabeza chocó contra algo que colgaba de uno de los carromatos situados detrás de ella. El tintineo metálico la hizo volverse. Eran unas correas largas, trenzadas, rematadas por aguzadas puntas de hierro manchadas por una densa costra de color rojo oscuro. Miró atónita aquellos utensilios, sin saber exactamente qué eran, aunque empezaba a adivinarlo.

—Nosotros sangramos a menudo —dijo el hombre de las cicatrices en el rostro y los dientes de oro—. No te asustes, no pasa nada.

Mientras decía esto, soltó los cordones de su jubón y se lo quitó con un rápido movimiento, mostrándole el pecho y los hombros desnudos, surcados por espantosas cicatrices, algunas cárdenas y supurantes, otras cubiertas por una costra de sangre seca.

—Torturamos nuestros cuerpos por los pecados de este mundo —dijo mientras la locura hacía brillar sus ojos con más fuerza que el reflejo de las llamas en sus dientes de oro—. Nos hundimos en la corrupción y en la podredumbre para liberar a la humanidad de la corrupción y la podredumbre. Lavamos el mundo con sangre.

—¿Sangre? —musitó Cèleste.

—La sangre es el alma. Con ella renacerá nuestro Mesías-Imperador.

El bebé estaba llorando. La mujer que le había dado la sopa se acercó y lo recogió del suelo. Lo apretó contra ella ocultándole el rostro contra su pecho. Sus ojos llenos de reproche se encontraron con los de Cèleste.

«Lo siento», pensó ella avergonzada, «no debí de haber reaccionado así, pero... sí, quizá ése es el aspecto que hubiera tenido el bebé que salvamos Meg y yo hace unos días, de haber penetrado aquel espíritu maligno en su cuerpecito».

Cèleste miró con aprensión a su alrededor, buscando más rastros de posesión entre aquella extraña gente. Si los había, estaban bien ocultos bajo las ropas, pero ella ya no dudaba que todos y cada uno de aquellos cuerpos tendría su propia deformidad causada por la presencia de un espíritu maléfico en sus almas. Comprendió que estaba en peligro y que no podía hacer gran cosa para protegerse si ahora decidían atacarla.

«Tengo que salir de aquí».

Esforzándose por mantener la calma, se puso en pie y se dirigió hacia el perímetro de carromatos. Bocadorada la llamó varias veces, pero ella no se detuvo y volvió a meterse en el bosque. Avanzó de nuevo a tientas, dejando el fulgor de la hoguera a su espalda, hasta que salió de los árboles y regresó al sendero donde había acampado.

Recogió la talega y se alejó a toda prisa de allí. Caminó en silencio el resto de la noche, guiándose por las estrellas, mirando hacia atrás de vez en cuando.

Pero nadie la siguió.

TRACTUM

De cuatro distintas maneras se produce en nosotros el olvido: cuando la imagen pintada en la memoria se desvanece y borra por completo; cuando está como interrumpida o destruida en parte; cuando se oculta voluntariamente a nuestras pesquisas; y, por último, si se halla como tapada o cubierta con un velo, como sucede en las enfermedades o durante la excitación pasional.

Luis Vives, *Tratado del Alma*.

1

Bois le Duc, 8 de agosto de 1516

La música despertó a Cèleste y ella se mantuvo un buen rato suspendida entre el sueño y la vigilia. Dejó que el sonido la empapara. Se parecía un poco a la melodía que había oído en Auvernia, pero esta no tenía nada de inquietante. Al contrario, era una música sugestiva y le entraron ganas de ir a escucharla desde más cerca.

Pero se encontraba muy a gusto allí. Estaba tendida sobre un tibio lecho de heno y un muchacho desnudo la abrazaba mientras roncaba suavemente.

Recordó que el día anterior había llegado a Bois le Duc, y había conocido a su joven acompañante en la taberna donde había entrado para refrescarse. De inmediato se sintió atraída por él. Quizá era su pelo largo y rizado, sus brazos musculosos, o el parecido que le encontró con el hermoso novicio de Armand de Meyrueis.

«Si te gusta un hombre te lo zampas, y no le des más vueltas al asunto». Ese fue uno de los consejos que Meg le había dado; y ella intentaba seguirlo siempre que podía.

—Te invito a una cerveza —le dijo al muchacho.

El muchacho la miraba perplejo, sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué has dicho?... ¿Que tú me pagas una cerveza a mí?

—¿Qué pasa, es que nunca te ha convidado una mujer?

—La verdad es que no. Más bien suele ser al contrario...

—Siempre hay una primera vez para todo —le dijo ella con una sonrisa.

Para sorpresa del muchacho, Cèleste lo invitó a una cerveza tras otra, pagadas con la última moneda que le diera Armand y que aún no se había esfumado. Luego, aquel joven cuyo nombre no recordaba, la llevó al granero y le hizo el amor tres veces antes de caer sumido en un profundo sueño. Tenía que admitir que no había estado mal.

Le apartó el brazo que tenía sobre ella y rodó por la paja para dejarlo que siguiera durmiendo. Manteniendo los ojos cerrados, extendió los brazos y abrió las palmas de las manos, como si sobre ellas descansaran todos los planetas y todo el poder del universo. Durante un largo rato quedó sumida en su meditación, tal y como Meg le había enseñado a hacer, pues era en esos instantes durante los cuales los espíritus individuales se unían profundamente, se comunicaban y se integraban con el Gran Todo.

Su viaje desde las Gargantas del Tarn había sido una aventura interminable. Hubo momentos en los que llegó a pensar que toda su vida había transcurrido en solitario en aquel camino sin fin, y que el tiempo vivido con Meg había sido sólo un sueño, como una niebla descolorida y cambiante que se esfumaba si intentaba fijar los ojos en ella. A veces los demonios que había dejado atrás se le aparecían en sueños y despertaba aterrorizada, en mitad del campo, sin otra compañía que las estrellas.

Se incorporó, sacudió la paja que cubría sus ropas, y se abrochó el corpiño de

cuero. La puerta del granero estaba hecha con tablones toscamente unidos, la empujó para salir en busca del lugar del que venía la música. La noche anterior aquélla le había parecido una ciudad tranquila, pero ahora las calles estaban rebosantes de gente, mucha de la cual conducía a animales de carne o leche por el centro de las calles empedradas. El bullicio era impresionante, las risas y los gritos se mezclaban con la música. Calculó que todo aquel ajeteo provenía de la plaza situada frente a la gran iglesia dedicada a San Juan, cuya torre de ladrillo rojo se alzaba sobre las dunas de los tejados de las casas.

Hacia allí se dirigió.

Parecía que había llegado en un día de fiesta. El olor a asado empapaba el aire, y las familias se habían puesto su ropa más bonita para salir a pasear. Las calles estaban llenas de padres con sus niños, y de todo tipo de gentes que charlaban y reían. También olía a mantequilla caliente y a masa frita, y a bollos recién horneados. Se oían los cascotes de los caballos y sus relinchos por todo el pueblo. Los jinetes los hacían correr por las calles, ir al trote, parar en seco, dar vueltas... Era un espectáculo increíble. Todos parecían estar tan felices. Todo respiraba un ambiente de fiesta y alegría desbordante. De vez en cuando se detuvo para contemplar a grupos de amigos o familias enteras que, sentadas frente al portal de sus casas, saludaban a los conocidos que pasaban. Le gustaba ver esas muestras de cariño, la hacían sentirse menos sola. Se diría, incluso, que todas aquellas personas la miraban con simpatía, y pensó que si se dirigiera a alguna de ellas quizá podría hablarle como si fuesen viejos amigos.

La música se escuchaba cada vez más cerca, así como los gritos y las risas de la gente. Guiada por aquel bullicio, tomó un callejón que desembocaba en la plaza frente a la iglesia de San Juan.

Y una vez allí...

Cèleste se quedó sin respiración, como si una bola de hierro la hubiese golpeado en el centro del pecho. Durante mucho tiempo permanecería en su memoria aquel momento de puro horror, dolor, locura e inconsciencia.

La plaza estaba abarrotada y parecía que en ella ya no cabía ni un alfiler. Vio a los músicos tocando sobre un tablado que había sido construido frente a la fachada principal de la iglesia, y a la gente saltando, bailando y riendo a su alrededor...

Y, en el centro geométrico de la plaza...

Una gran pira ardía salvajemente lanzando lenguas llameantes hacia el cielo. En el corazón de la hoguera aún se distinguía un mástil con los restos de una figura humana encadenada a él. Apenas una sombra retorcida, consumida, calcinada hasta los huesos. Para llegar a aquel estado la «celebración» tenía que haber empezado poco después del amanecer. Algunos de los asistentes aún lanzaban objetos contra aquel despojo carbonizado, manzanas o coles podridas que hacían estallar una nube de chispas al golpearlo.

«El olor a asado...».

Cèste se llevó la mano a la boca para contener la arcada. Dio media vuelta y regresó a toda prisa a la segura oscuridad del callejón. Vomitó. Su cuerpo temblaba sin poder contenerse. De repente todo había cambiado a su alrededor, como si la realidad misma, que un momento antes le había parecido tan alegre y acogedora, se hubiese transformado en algo insoportablemente horrendo.

No era la primera vez que se enfrentaba a tan espeluznante espectáculo, que se había convertido en algo habitual en los pueblos y ciudades de Europa, pero nunca antes le había afectado de aquel modo. Quizá porque el horror y la injusticia de aquel acto se superponía a la pena de su soledad. Comprendió que su espíritu estaba tan ansioso de calor humano que un momento antes había deseado unirse a la conversación de los lugareños, abrazarlos y bailar con ellos al son de aquella música que la había despertado y que ahora se había transformado en un sonido tan terrible.

«¡Calor humano!», pensó con un humor cruel. Como bruja, ése era todo el calor que podía esperar de sus semejantes.

Se acordó entonces del muchacho con el que había pasado la noche. Era evidente que le había sorprendido mucho su actitud desinhibida.

«Quizá pensó que era una puta y que le pediría dinero al despertar», se dijo. «En ese caso se habrá extrañado al ver que había desaparecido. ¿Me denunciará?».

Sabía que eso no era probable. La mayoría de las desdichadas que acababan en una hoguera no eran brujas auténticas, sino pobres viejas denunciadas por algún vecino supersticioso. Pero aun así, debía tomar nota y ser más cuidadosa en el futuro.

Mientras seguía pensando en todo aquello, acurrucada en aquella estrecha callejuela, le llegó la conversación alegre y ruidosa de un grupo de hombres. Tuvo un presentimiento y se apartó rápidamente para escuchar oculta entre las sombras de un portal.

Un hombre delgado, de edad avanzada, caminaba rodeado por varios muchachos que le escuchaban con respetuosa atención. El anciano iba vestido con una loba negra que se ajustaba a su magro cuerpo, lo que lo hacía parecer aún más delgado. Sus movimientos eran nerviosos, rápidos a pesar de su edad, y su cabeza tenía la delicada estructura ósea del cráneo de un pajarillo. Mientras lo miraba, Cèste sintió que aquél era el hombre que había venido a buscar. Quién sería y cuál sería su ocupación.

Se preguntó quién sería y cual sería su ocupación. Se fijó en que los muchachos que lo acompañaban y que atendían reverentemente cada palabra, para luego entablar entre ellos una exaltada discusión sobre algún detalle de lo que el anciano había dicho, mientras éste simplemente asentía o sonreía.

«¿Un sacerdote?», pensó.

Su sobrio atuendo así parecía sugerirlo, pero ella estaba segura de que Armand no la enviaría a entrevistarse con un sacerdote sin antes avisarle de los peligros que esto podía conllevar... «Eh, muchachos, no apaguéis el fuego que tenemos a otra...».

No, eso no tendría sentido. Era más fácil suponer que aquel anciano era un brujo famoso en aquellas tierras, y esto también encajaba con su aspecto.

Al pasar frente al portal, el viejo de perfil de abubilla se detuvo y se giró hacia ella. Sus ojos también parecían pertenecer a una ave; pero a una rapaz en este caso. Eran penetrantes como los de la lechuza y, al parecer, perfectamente capaces de traspasar la penumbra en la que Cèleste se había resguardado.

—¿Os conozco? —preguntó el hombre. Su voz era suave y apacible.

La bruja dio un paso hacia la luz y su largo pelo negro, a pesar de estar sucio y salpicado de briznas de paja, brilló con reflejos casi metálicos. Los muchachos que acompañaban al anciano retrocedieron, intimidados por aquella mujer alta de aspecto extraño y penetrantes ojos azules, que parecía más fuerte que cualquiera de ellos.

—Quizá. ¿Sois el hombre que se hace llamar «Bosque»? —dijo ella.

—Mi nombre es Hieronimus van Aeken...

—Es ese caso ni me conocéis, ni yo tengo ningún interés en conoceros a vos.

—Pues yo creo que sí soy el hombre que andáis buscando.

—No si os llamáis van Aeken...

—Ése es mi nombre de pila. Pero también soy Bosch... «Bosque», como decís...
¿Cuál es vuestro nombre, señora?

—Cèleste.

Hieronimus van Aeken inclinó su cabeza de pájaro con una suave reverencia.

—Cèleste, ¿en qué puedo servir yo a una dama tan encantadora?

—No lo sé.

—¿No lo sabéis?

—No.

El anciano asintió como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

—Entonces lo averiguaremos pronto —dijo—. ¿Queréis acompañarme ahora a mi estudio? Es jornada festiva, pero no puedo evitar ir allí cada día. Y no me siento bien si paso mucho tiempo alejado de mis óleos y mis pinceles.

—¿Sois... pintor?... —preguntó Cèleste algo decepcionada.

—Así es —extendió hacia ella sus viejas manos manchadas por los pigmentos—. Pensé que eso tendría algo que ver con vuestros motivos para desear conocerme...
¿No lo sabéis? Bueno, acompañadme y hablaremos de ello.

2

La fachada principal del estudio daba a la iglesia de San Juan. En el portal se despidieron la mayoría de los muchachos que los acompañaban y sólo dos entraron con ellos. La planta baja de la casa era una gran nave dedicada a taller de pintura. Los frascos de pigmentos se alineaban cuidadosamente en estantes fijados a las paredes, etiquetados como «cochinilla», «palo rojo», o «lapislázuli». Los bancos de trabajo y los caballetes se superponían hasta desaparecer en la penumbra que ocultaba el fondo de la sala. Algunos retablos estaban a medio montar sobre una mesa de carpintero.

—Este taller ha pertenecido a la familia van Aeken durante generaciones —le explicó el artista—. Mi abuelo, mi padre, mi tío, mis hermanos, y ahora también mi hijo, todos nos hemos dedicado a la pintura. El taller familiar lo heredé de mi hermano mayor, Goosen, que trabajó aquí antes que yo. Mi hermano poseía la exclusiva para usar el apellido familiar, Van Aeken. Por ello tuve que buscar un nuevo nombre con el que organizar mi propio taller y diferenciarme de mi hermano. Así cambié mi apellido por el nombre de mi ciudad: S’Hertogenbosch. Bosch para abreviar...

La pared de la derecha estaba compuesta por una línea de amplios ventanales que iban del suelo al techo. Los jóvenes que acompañaban a Hieronimus recorrieron las cortinas que los cubrían y el lugar se inundó de luz. A unos cien pasos se elevaba la torre de la iglesia, de ladrillo rojo y piedra blanca en los campanarios, en la que aún se reflejaban los tonos anaranjados de la hoguera. El crepitar de las llamas se escuchaba con toda claridad, superponiéndose incluso a las voces de la gente y a la música.

—Os estáis perdiendo el espectáculo —dijo ella apartando la vista de la ventana.

—Soy un buen miembro de esta comunidad, pero eso no significa que participe de todos sus actos. Algunos me parecen ciertamente lamentables.

Les ordenó a los jóvenes que preparasen los pigmentos del día siguiente y les dio una lista detallada de lo que iba a necesitar. Luego, mientras sus aprendices se dedicaban a buscar los frascos y a ajustar la balanza para obtener las proporciones indicadas, Hieronimus pidió a la joven bruja que lo acompañara al piso superior.

—Creo que arriba tendremos un poco más de tranquilidad para hablar —dijo.

Por una escalera de caracol llegaron hasta la entrada a la torre.

Hieronimus empujó la puerta. No tenía cerradura, tan sólo un pestillo de madera que permitía atrancarla desde dentro. El techo cónico de aquella amplia habitación circular descansaba sobre una enorme viga de roble que ascendía desde el suelo como un eje central. Un anillo de divanes de madera circundaban la habitación y, desde las ventanas que cubrían las tres cuartas partes de las paredes, se dominaba toda la ciudad.

La mañana era gris, con sólo un retazo del sol asomando entre las nubes, pero aquel lugar parecía haber sido concebido para recoger hasta el menor rayo luminoso

emitido por el cielo. El griterío de la plaza de la iglesia seguía escuchándose allí; pero, ciertamente, más amortiguado.

—Éste es mi santuario —dijo señalando a su alrededor con un gesto amplio—, el lugar donde trabajo.

Junto a la viga central descansaba una robusta mesa de madera cubierta de papeles que eran iluminados por la luz de la mañana. Sobre caballetes, colgando de las paredes curvas, o simplemente apoyados contra ellas, había docenas de retablos y pinturas en distintas fase de acabado.

La bruja recorrió la estancia, aturdida por las imágenes terribles y fascinantes que allí se le ofrecían. Todos los personajes que Hieronimus Bosch había representado en sus pinturas parecían afectados por la locura, la necesidad, el frenesí o la más pura crueldad. Ambiciosos, intemperantes, ávidos de riquezas y placeres infinitos, esclavos de la codicia...

—Se diría que no os gusta demasiado el ser humano —musitó.

Se detuvo frente a un grupo de pinturas que representaban a una turba de seres contrahechos, mendigos cojos o amputados, que se apoyaban en muletas o reptaban por el suelo, exhibiendo con indecencia sus deformidades ante la multitud a fin de obtener alguna limosna. No había ni rastro de piedad en aquellas imágenes truculentas, tan sólo un humor brutal para representar sus miserias y lo mezquino de su existencia.

Cèleste se apartó de aquella feria de los horrores con un estremecimiento recorriéndole la espina dorsal al recordar su encuentro con los flagelantes. Se paró ante un caballete situado en el centro de la sala. Sujetaba tres paneles montados y pintados con escenas llenas de colorido. Tenían el aspecto de estar casi terminados, pero también apreció que el artista había trabajado en ellos hasta unas pocas horas antes, porque en algunas zonas, el óleo brillaba fresco.

—¿Habéis comido algo? —le preguntó Hieronimus—. Porque yo voy a pedir ahora mi desayuno.

Cèleste tuvo que reconocer que estaba en ayunas, mientras recordaba que había vomitado lo poco que tenía en el estómago. Hieronimus llamó a uno de los aprendices y le ordenó que trajese comida para los dos.

La muchacha se acercó a uno de los divanes de madera situados frente al tríptico, y se sentó en él depositando las manos sobre las rodillas. Lo observó.

Desplegado mediría cuatro codos de anchura. Mostraba la Creación de las bestias y del Hombre en la puerta izquierda, el Infierno en la derecha. Y, en el centro, las más variadas formas de la sensualidad que conforman la vida terrenal. Paisajes oníricos, monstruos, plantas antropomorfas, objetos imposibles... No podía apartar la mirada de las diminutas criaturas y los asombrosos artefactos de vivos colores que danzaban por las tres tablas ensambladas: lechuzas, petirrojos gigantes, redomas de cristal, un hombre en posición invertida que sujetaba un huevo rojo entre sus piernas abiertas, cigüeñas naciendo, decenas de mujeres y hombres desnudos, blancos y negros,

practicando el sexo apasionadamente...

Todo exactamente igual que en el sueño que había tenido en Auvernia.

Durante un momento pareció sumirse en sus pensamientos, mientras el anciano permanecía en silencio, a la espera de sus palabras. Lo miró de frente y le preguntó señalando el retablo:

—¿Cuál es su significado?

—¿Os parece interesante? —dijo Hieronimus mientras se frotaba la barbilla—. El huevo simboliza el atamor; es decir, el recipiente donde se produce la cocción de los elementos destinados a obtener la Piedra Filosofal. Mirad esta multitud de seres absortos en los placeres del amor... Fijaos en cómo evolucionan en el interior de esas esferas de cristal, evocando la unión del azufre y el mercurio, el oro de los filósofos engendrado en el interior del huevo hermético...

—¿Entonces sois alquimista además de pintor? ¿Buscáis una sustancia que convierta el plomo en oro?

—¡Sopladores! —bufó el anciano con sarcasmo—. Los que se limitan a buscar oro en su vulgar materialidad no son más que quemadores de hollín. Eso y nada más. Los alquimistas verdaderos prefieren ser conocidos como «filósofos», y desdeñan profundamente a esos ignorantes del verdadero significado de sus experiencias y su dimensión espiritual.

Cèleste estudió con detenimiento la expresión de Bosch.

—¿Eso es lo que sois? ¿Un filósofo?

Hieronimus sonrió como un niño travieso. Se encogió de hombros y luego extendió los brazos para volver a mostrarle los dedos moteados de pintura.

—Ya os lo he dicho. Sólo soy un artesano que se gana el sustento con sus manos y el talento que Dios tuvo a bien darle.

El aprendiz regresó con una bandeja en la que llevaba dos tazones de gachas de cebada, queso caliente aliñado con hojas de borraja y un platillo repleto de cerezas.

Cèleste aún sentía el estómago revuelto y el espectáculo de la plaza le había hecho perder por completo el apetito, pero comprendió que tenía que tomar algo. Dejó la talega a un lado y tomó un puñado de cerezas. Mientras las iba comiendo, señaló la primera tabla del tríptico que mostraba una fascinante imagen del Edén habitado por todo tipo de criaturas: alimañas, sapos y figuras de aspecto demoníaco convivían con unicornios, lechuzas, ciervos, garzas, una jirafa y un elefante.

—¿Habéis visto alguna vez esos animales tan extraños?

—Jamás. Pero los he soñado con todos sus detalles.

—¿Los habéis... soñado?

El artista se acercó al caballete y cerró los batientes del tríptico. Cerrado mostraba el instante de la creación del mundo pintado en grisalla. En la parte superior aparecía el Creador y una cita bíblica extraída de los Salmos: «Él lo dijo y todo fue hecho. Él lo ordenó y todo fue creado». Cèleste apenas pudo verlo durante un instante, pues Hieronimus se colocó entre ella y la pintura, ocultándosela por completo con su

cuerpo.

Su sonrisa amable se transformó en una mueca extraña cuando dijo:

—¿Me dejaríais ver vuestros ojos desde más cerca?

—¿Señor, os estáis insinuando? —Lo absurdo de la idea le hizo soltar una risita.

—Os lo ruego. Mi vista ya no es lo buena que era antes.

Cèlestes dejó en el suelo el plato de cerezas, se puso en pie y acercó su rostro al del anciano. Éste la examinó con detenimiento, especialmente su ojo izquierdo, y dio un respingo al distinguir la silueta de una rana dibujada en las manchas oscuras de su iris.

—¿Satisfecho? —dijo la chica al cabo de un instante, mientras se retiraba hacia atrás—. ¿Habéis encontrado lo que buscabais?

Durante un largo rato, el artista observó a Cèlestes en silencio, con los ojos un poco entrecerrados, como si estuviera calculando sus intenciones.

—Sois una bruja —concluyó, con el tono de voz de quien ve confirmados sus peores temores—. Una de verdad, y no como esa pobre desdichada que se consume ahí fuera. Sabía que tarde o temprano enviarían a una de vosotras para acabar conmigo, pero no imaginé que fuera una muchacha tan joven...

—¿Para acabar con vos? —repitió ella, desconcertada por completo.

Hieronimus sacudió la cabeza y sonrió con un gesto de amargura en los labios.

—Es asombroso.

—¿De qué os asombráis?

—De que tengo la sensación de que os conozco y eso es imposible...

—Ahora me parecéis un pozo oscuro. ¿De qué estáis hablando?

—Es una buena imagen —admitió él—, porque así siento que mi alma se hunde en un abismo sin fondo. Decidme, os lo ruego, ¿cómo pensáis matarme?

—¿Qué? ¿Mataros? ¿Yo? —exclamó Cèlestes, cada vez más asombrada por las palabras del anciano—. ¿Por qué pensáis algo así de mí? ¿Quién creéis que soy?

—No habéis llegado aquí por casualidad. Algo os ha conducido hasta mí...

—Así es, pero... —Cèlestes intentó ordenar su mente, que estaba cada vez más confusa—. Desde luego no es la intención de causaros ningún mal.

—¿Entonces?

La bruja le narró con detalle la ceremonia de la noche de San Juan y lo que un espíritu le había comunicado tras adoptar su aspecto.

—Un hombre llamado «Bosque»... —concluyó—, y Armand de Meyrueis os conocía. Fue él quien interpretó el oráculo y me puso sobre vuestra pista.

—Creo que sé por qué esas visiones os han conducido hasta mí —dijo Hieronimus con la voz ronca. Una gota de sudor recorrió su frente.

Cèlestes lo miró interesada.

—¿Qué es lo que sabéis? —le preguntó.

—En el año mil quinientos cuatro recibí un importante encargo del archiduque de Borgoña —tragó saliva—, Felipe de Habsburgo. Fijaos bien en la fecha; porque fue

justamente en el año en el que Isabel la Católica nombró regente de Castilla a su esposo Fernando, truncando con ello las aspiraciones de Don Felipe de llegar al trono que le correspondía por derecho de matrimonio... Pero las cosas cambiaron muy rápidamente.

—¿Qué encargo era ése? —preguntó Cèleste.

—El archiduque me encomendó que pintase un lienzo del *Juicio Final*, semejante a otros que ya había realizado, pero sobre lienzo y con un tema aún más oscuro. Sin Paraíso, sin espacio para el Hombre, tan sólo una puerta abierta a la oscuridad, a través de la cual los demonios podían penetrar en nuestro mundo...

Como Cèleste permanecía en silencio, asombrada por lo que el artista acababa de revelar, éste siguió hablando:

—¿Os extrañáis? El Arte o es mágico o no es nada. —Sonrió amargamente—. La inteligencia utiliza el cuerpo como instrumento, y el cuerpo se encarga de crear sus propias herramientas para alcanzar sus fines. Los primitivos ya representaban en piedra a las bestias que querían abatir. Y, desde la noche de los tiempos, los artistas hemos colaborado con los brujos en sus rituales de dominación mágica.

La bruja intentó mantener la calma, pero sentía cada vez con mayor certeza de que todo aquel asunto empezaba a ser demasiado grande, y que se le escapaba de las manos.

—¿Cómo pensáis que funcionará ese lienzo mágico?

—Para empezar, se necesitaría a un brujo para activarlo... Luego podría usarse para atraer a los espíritus del *Anntvñ* y obtener su obediencia... bueno, seguro que sabéis mucho mejor que yo todo lo que se puede conseguir con la ayuda de un demonio.

—Las alianzas con los demonios suelen ser inestables.

—Es posible —dijo Hieronimus—, porque Felipe el Hermoso se convirtió en rey de Castilla, tal y como era su deseo. Pero su reinado duró menos de tres meses y murió apenas dos años después de que yo pintase ese *Juicio Final* por encargo suyo...

—Dos años en los que se convirtió en rey, aunque no le correspondía serlo...

—Y murió. O al menos eso dicen. Tengo entendido que su cuerpo sigue sin enterrar, en una ciudad de Castilla llamada Tordesillas, pero que su corazón fue arrancado de su pecho y enviado a Bruselas en una caja forrada de oro. Pensé que con eso había terminado todo, pero las pesadillas no desaparecieron de mis sueños, y vuestra presencia aquí me ha confirmado que el problema sigue existiendo.

Cèleste respiró hondo. ¿Qué haría Meg en una situación así? Se sentía sola y pequeña ante la gravedad de lo que estaba descubriendo. Quizá lo mejor sería regresar para informar a Armand y dejar que otros con más experiencia se ocupasen del asunto.

—¿Cómo era ese lienzo? ¿Qué clase de criaturas estaban representadas en él? ¿Tenéis bocetos, dibujos?

—Por supuesto —dijo Hieronimus, ansioso por ayudar—. Os lo mostraré todo.

Hieronimus aguardaba en silencio, mirando sin atención hacia la ventana, su apariencia era distraída, como si estuviera pensando en algo. Tras los cristales con forma de rombo de las ventanas apenas se distinguía la línea rota de los tejados reflejando los últimos vestigios de claridad. Hacía horas que la gran hoguera de la plaza se había consumido y sólo era ya un montón de cenizas humeantes. La multitud se había dispersado y la ciudad de Bois le Duc regresaba a la tranquilidad.

Cèleste estaba sentada en el recio escritorio de roble donde el artista realizaba sus estudios y bosquejos, rodeada por una hojarasca de inquietantes dibujos trazados con pluma y bistre sobre un papel grueso y amarillento. Levantó una de aquellas imágenes a la altura de los ojos para observarla con más detenimiento. En ella estaba representado un caballero demoníaco de fantástico yelmo, que parecía vomitar fuego por las rendijas de la celada. La dejó y tomó otra: un banquete en el que los asistentes parecían monjas y frailes a mitad de transformarse en horrendos animales, con extraños objetos sobre las cabezas. Otro dibujo: un bosque de árboles muertos anidado de lechuzas, el símbolo de la herejía, que parecían haberse asentado en un árbol después de expulsar a otros tres pájaros que piaban y aleteaban con furia. A los pies del árbol se agazapaban un zorro y una serpiente, símbolos del Mal, esperando la solución de la contienda. Unas grandes orejas escuchaban entre los árboles, y los ojos que sustituían a las flores miraban fijamente desde el suelo...

—¿Y todo eso lo soñáis sin ayuda de ninguna sustancia? —preguntó ella.

Hieronimus estaba sentado en uno de los divanes, con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Jamás las he tomado, aunque conozco la composición de algún que otro brebaje —dijo—. Pero no lo necesito. Hay un instante en el que puedo abandonar mi cuerpo físico a voluntad. Es el momento de transición entre la vigilia y el sueño; entonces puedo emigrar conscientemente para desplazarme entre los Mundos Inferiores. Cuando deseo hacerlo, suelo acostarme boca arriba, con las plantas de los pies apoyadas sobre el lecho y las rodillas levantadas. Me adormezco y mi conciencia se despierta en el *Anwn*, sutil, como un leve vapor, capaz de moverse deliciosamente por esos planos...

—¿Son éstos los bocetos del *Juicio Final*?

—Sí, éstos son.

Cèleste fue pasando las hojas de papel, admirada por el extraordinario talento de Hieronimus. Dibujos magníficamente trazados de unas criaturas horripilantes, monstruosas, que parecían la mezcla perversa de hombres y bestias. Hocicos enormes, colmillos, cuernos retorcidos, ojos hinchados como los de los sapos.

—¿Sabéis? —dijo Hieronimus como si hablara consigo mismo—. A veces me pregunto si éste será de verdad su aspecto. Así es como los vemos, desde luego, pero es posible que sus formas sean tan extrañas en la realidad que, para visualizarlos,

nuestra mente tenga que acudir a detalles sacados del mundo animal, como todas esas pezuñas y cuernos, alas membranosas y colas.

Cèleste no dijo nada. El último espíritu que había visto tenía exactamente su aspecto, y sólo de recordarlo la cabeza le daba vueltas y volvía a sentir deseos de vomitar. Pero no podía tener mucho en el estómago. En el suelo, a un lado de la mesa, había una bandeja de madera negra con los platos del almuerzo. Los aprendices la habían traído al mediodía, verduras y pollo cocido que ella apenas había probado.

Apartó la vista de los dibujos. Sentía la mente tan confusa, los ojos tan cansados, que éstos parecían querer cobrar vida para escapar del papel y corretear por la mesa.

—¿Cuánto hace que conocéis a Armand de Meyrueis?

—Hace muchos años que sé de él, pero lo cierto es que apenas lo conozco. Él es un brujo y yo jamás sentí interés por la brujería. Al igual que los sopladores, los brujos habéis perdido la perspectiva real del Mundo. Usáis la magia como si de recetas de cocina se tratase, pero su funcionamiento es algo que estáis muy lejos de comprender.

Algo molesta por las palabras del anciano, Cèleste replicó:

—¿Y los filósofos tenéis una idea más clara?

—Os repito que sólo soy un artesano —se apresuró a decir Hieronimus—. Pero no voy a negaros que conozco el trabajo de los filósofos y de los *Homines Intelligentiae*... No quería contrariaros, tan sólo intentaba haceros ver que no soy un experto en magia, y que por ello, cuando en mala hora pinté ese lienzo, no conocía aún el uso que un brujo podría hacer de él.

—¿Os enterasteis del nombre del brujo que iba a realizar el hechizo?

—No.

Cèleste miró de reojo los estudios en papel y los bocetos para el *Juicio Final* que el artista había pintado por encargo de Felipe el Hermoso. Una caterva de monstruos asombrosos, híbridos de bestias y humanos, realizados con nerviosos trazos de tinta y sombreados con rojo bistre, le devolvieron una mueca burlona.

—Veamos —dijo Cèleste mientras seguía mirando los dibujos uno a uno—, recibisteis el encargo de pintar este *Juicio Final* en el año mil quinientos cuatro, y Don Felipe murió apenas dos años después de... ¿En qué fecha lo entregasteis?

—En los últimos días del mes de abril de mil quinientos cuatro. Tuve que viajar a Venecia^[4] para aprender la técnica de pintar sobre tela de sus maestros... Luego trabajé día y noche, como si yo mismo me hubiera visto poseído por un poder mágico, y...

Cèleste tomó otro dibujo, y el artista enmudeció de repente.

—¿Y...? —dijo Cèleste.

—No, nada más.

«¿Me está ocultando algo?», se preguntó ella.

Bajó la vista hacia el dibujo que acababa de coger. En su margen inferior estaban escritas cinco letras: «A, E, I, O, U», y contenía dos ilustraciones de un monstruo que

tenía cuerpo de sapo; pero invertido y erguido, como si caminase sobre las patas delanteras y le hubiesen sido mutiladas las ancas. El primero era un bosquejo general y el segundo dibujo era un detalle de la misma criatura en el que el torso del monstruo se había humanizado hasta formar un rostro que provocaba repulsión.

Era evidente que Bosch se había servido de un modelo humano para inspirarse, unas facciones que había exagerado hasta obtener la más cruel de las caricaturas. Tenía una barbilla huidiza, unos ojos abultados, viciosos, y una piel salpicada de verrugas. Llevaba colgando un medallón que, como era imposible colocárselo alrededor de un cuello que no tenía, se lo ataba a los brazos.

Había algo escrito dentro del medallón. Se inclinó sobre el dibujo para leerlo.

Decía: *Stupor Mundi*.

Alzó los ojos hacia Hieronimus que, a su vez, la miraba fijamente a ella. El artista se mordió el labio inferior. Por un momento pareció que iba a decir algo.

«Sí, me está ocultando algo que teme revelar...», comprendió.

Iba a preguntarle directamente por el significado de aquel dibujo, cuando se oyó un fuerte ruido en la planta baja. El estruendo de algo pesado al caer y el sonido de varios frascos de cerámica al romperse. Hieronimus se giró hacia la puerta y ella intentó incorporarse, pero un pinchazo en el centro del vientre la hizo doblarse de dolor.

—¿Qué os sucede? —el anciano se acercó a ella—. ¿Os sentís enferma?

—Estoy bien... —dijo logrando ponerse al fin de pie.

—Pero vuestro gesto...

—Estoy bien... ¿habéis oído eso?

Hieronimus se volvió hacia la escalera.

—Lo he oído, y me pregunto qué habrá pasado ahí abajo. Iré a ver.

—No. —Cèleste lo sujetó por el brazo—. Esperad. Esperad un momento...

—¿Qué...? ¿Qué sucede?

—No lo sé. Pero creo que es mejor actuar con cuidado.

—Mis aprendices están abajo... —exclamó el anciano alarmado por el repentino silencio. ¿Por qué no oía ahora el inevitable ruido que harían sus muchachos al recoger y limpiar lo que se había caído?—. Si hay algún peligro debo ir a advertirlos...

—Bajaremos juntos. Os ruego que no os separéis de mí.

El artista asintió con un gesto y le cedió el paso a la bruja.

—Sois joven y parecéis fuerte para ser mujer —dijo—. Id delante si os place.

Cèleste pasó junto al anciano y bajó por las escaleras despacio y vigilando dónde ponía los pies Hieronimus la seguía en silencio, un par de escalones detrás de ella.

Al cubrir los seis últimos peldaños que conducían a la planta baja, la bruja se detuvo. La oscuridad era casi total; las cortinas habían sido echadas y casi toda la luz llegaba del piso de arriba a través del hueco de la escalera. Todo parecía tranquilo.

Demasiado tranquilo en realidad.

—¿Es posible que vuestros aprendices se hayan marchado?

—No tienen costumbre de hacerlo sin avisarme —dijo Hieronimus.

La bruja asintió y se adentró con decisión entre las sombras. El aire estaba saturado por el olor acre de los pigmentos vegetales y el vapor de los disolventes. Miró hacia las estanterías donde se apilaban los tarros identificados con etiquetas. Una de ellas había sido derribada y lo que almacenaba estaba esparcido por el suelo. Pisó un fragmento de cerámica que chirrió como cuchillo contra un plato. Levantó el pie asustada, a la vez que sentía un vértigo extraño, como si estuviese suspendida sobre la nada. Se oían a lo lejos las roncadas voces de los comerciantes que recogían ya los tenderetes del mercado; afuera la tarde se iba poco a poco. A Cèleste le pareció que todo aquello sucedía en otro mundo.

—¡Pieter... Jean! —gritó Hieronimus—. ¿Dónde os habéis metido, muchachos?

La bruja se detuvo en seco, con sus sentidos alerta. El dolor en el vientre seguía, pero ya no le molestaba. Ahora sabía que era una señal de peligro y no iba a ignorarla.

—Quedaos quieto —susurró—. No deis un paso más.

Pero el anciano no le hizo caso. A tientas, se dirigió hacia las ventanas, y agarró una de las pesadas cortinas con ambas manos.

—Esto es muy extraño —dijo él con voz rápida y nerviosa, como si hablara consigo mismo—. Muy extraño... ¿Por qué está todo cerrado?

—Hieronimus... —quiso advertirle ella—, deteneos...

Él se dispuso a descorrer la cortina y, en ese mismo instante...

Hieronimus intuyó más que vio el siseante acero que buscaba su cuello. Dio un paso atrás para evitarlo pero ya era demasiado tarde.

Cèleste sí vio el trazo luminoso en medio de la oscuridad, como un relámpago sobre una nube negra. Ante los ojos atónitos de la bruja, el anciano artista se derrumbó con las manos en la garganta, sin emitir un quejido. Quedó tendido y agonizante en el suelo, con la sangre borbotándole en el cuello. En su sorpresa, ella sólo tuvo un instante para percatarse de la forma que apareció apenas contorneada por la claridad del exterior, que penetraba en la estancia gracias a la rendija de ventana que Hieronimus había conseguido descubrir antes de ser degollado. Era como una sombra sin dimensión, tan plana como una mancha de tinta sobre un papel. Le costó ver en aquella silueta la figura de un hombre embozado con una capa de un tejido tan

negro y opaco que, al no reflejar apenas la luz, parecía carecer de relieve.

Un segundo embozado se materializó también entre las sombras de la cortina. Dos manchas de negrura que cambiaban de forma mientras avanzaban hacia ella. Parecían dos demonios, y el débil contraluz apenas revelaba su naturaleza humana.

Uno la atacó de inmediato con su espada en alto. El acero tenía un diseño parecido al de las roperas toledanas, pero era mucho más delgado, casi una fina aguja de un metal tan brillante que lanzaba destellos por todo la habitación.

En un instante estaba junto a ella, y Cèleste lanzó una débil exclamación de sorpresa. Aquel tejido era tan oscuro que también hacía difícil calcular la distancia. El embozado le lanzó una cuchillada a la altura del abdomen. Justo allí donde le había estado doliendo durante todo el día. Logró esquivarla por poco, como en una pesadilla en la que todo sucediese a un ritmo más lento. Su atacante llevaba un sombrero de ala ancha que arrojaba profundas sombras sobre el rostro. Sus ojos le parecieron unos pozos de negrura aun más intensa, pero reflejaban el diabólico trazo de luz de la espada y eso le permitió distinguirlos. Oyó a ese brillo y descargó contra él un puñetazo con todas sus fuerzas. Oyó crujir sus nudillos, pero no le importó el dolor cuando vio que su atacante se derrumbaba ante la fuerza de su impacto.

No se quedó a celebrarlo; dio media vuelta y corrió hacia la escalera, pues había visto que el otro embozado se dirigía hacia la puerta de entrada para cerrarle el paso.

Así que la única vía de escape tenía que ser por arriba.

Tropezó con algo y cayó de bruces tan larga como era. Se trataba del cuerpo de uno de los aprendices, tendido boca arriba, con los ojos abiertos y una expresión de sorpresa en el rostro inerte. El otro estaba un poco más allá, junto a la estantería rota, tan inmóvil como el primero, rodeados de frascos rotos y manchados por los pigmentos. Apenas vio un poco de sangre en el cuello del que estaba más cerca; como ya había observado, aquellas delgadísimas espadas no necesitaban abrir grandes heridas para matar.

El primer embozado ya se había puesto de nuevo en pie y corría en pos de ella. Se lamentó de haber errado el golpe como consecuencia de los nervios, si le hubiera dado una pulgada más abajo, en el punto situado justo entre el párpado inferior y el pómulo, ahora estaría inconsciente y sólo tendría que preocuparse de uno.

Medio gateando, medio corriendo, Cèleste logró llegar a la escalera antes de que aquellas dos sombras la alcanzasen. Trepó a cuatro patas por los escalones de madera, jadeando como un animal acorralado. Ahora tenía la oscuridad a su favor; corría hacia la luz cuando sus ojos aún no se habían acostumbrado del todo a las sombras, y conocía el terreno que pisaba. Supo aprovechar esa pequeña ventaja para llegar arriba mientras los dos embozados perdían un instante precioso dudando ante el primer escalón. Cerró la puerta tras ella y trabó el pestillo de madera. Casi a la vez, un tremendo golpe combó la puerta hacia dentro. Pero ésta resistió, y también al siguiente embate.

No se paró a mirar. Recogió el dibujo del sapo humanizado y lo metió dentro de

la talega. Luego se anudó los extremos de ésta alrededor de la cintura, para que no le estorbases los movimientos que pensaba hacer.

Sus perseguidores habían dejado de aporrear la puerta. Una de aquellas largas agujas de acero se coló por el espacio entre dos tablones, justo bajo el pestillo.

El tríptico en el que Hieronimus estaba trabajando se estrelló contra el suelo, mientras la bruja agarraba el caballete y lo arrastraba hasta una de las grandes ventanas. Golpeó con él los vidrios romboidales sujetos por tiras de plomo. Pero el impacto rebotó sin causarle ningún daño a la ventana.

La delgadísima espada empujó hacia arriba el pestillo y lo levantó. La puerta se abrió y los dos embozados irrumpieron en la habitación. El primero se dirigió en línea recta hacia la bruja. Su brazo derecho estaba extendido y el largo agujijón de acero le apuntaba directamente. El otro lo seguía unos pasos más atrás, con su arma terciada.

Cèleste golpeó una vez más la ventana con todas sus fuerzas. El caballete rebotó de nuevo, pero ella pudo ver al fin una grieta que había aparecido en el cristal.

El embozado atravesó a la carrera el centro de la habitación. De repente, sus pies parecieron cobrar voluntad propia y saltaron adelantando a su cuerpo. Ejecutó una cómica voltereta en el aire y cayó de espaldas, aparatosamente, con gran estruendo, mientras la espada se desprendía de su mano y rebotaba varias veces contra las losas del suelo, emitiendo un vibrante sonido metálico. El otro se paró en seco y se tomó el tiempo de mirar a un lado y a otro, como si intentase comprender qué era lo que le había pasado realmente a su compañero. Estaban persiguiendo a una bruja y eso siempre era peligroso. Pero no tardó en ver que lo que lo había hecho resbalar era un simple plato con verdura y pollo cocido. El mismo que Cèleste apenas había probado y que había dejado olvidado en el suelo, horas antes, mientras hablaba con Hieronimus.

La bruja estrelló de nuevo el caballete contra la ventana, a la vez que lanzaba un grito. Y, ahora sí, los cristales con forma de rombo saltaron en mil pedazos.

Salió por la abertura irregular con mucho cuidado, evitando las afiladas astillas de vidrio, y saltó sobre el alféizar que, apoyado sobre jambas de roble, recorría todo el perímetro de la torre. Recobró poco a poco el aliento mientras avanzaba a tientas por aquel estrecho saliente, paso sobre paso, con la talega golpeándole la cadera y los frascos de pócimas tintineando suavemente dentro de ella.

Miró hacia atrás, temiendo ver a los embozados pisándole los talones. Y allí estaban. Uno de ellos asomó por la ventana rota y se volvió en su dirección. Ahora Cèleste sabía leer los detalles en su silueta recortada sobre el cielo azul oscuro; podía ver el perfil del sombrero de ala ancha y el abultamiento del brazo que sujetaba la espada bajo la capa. Su perseguidor pareció dudar entre seguirla o no; pero esto fue sólo durante un instante, porque acto seguido limpió las astillas de cristal golpeándolas con la espada y saltó al alero. Mientras avanzaba hacia ella, el otro embozado emergió también y se colocó un paso por detrás de su compañero.

Cèleste llegó al final del alféizar, donde este terminaba contra el remate de piedra

blanca que ascendía por el costado de la torre hasta la base del tejado cónico. Sus ojos se volvieron hacia sus perseguidores con una expresión alerta, calculando la distancia que los separaba mientras se quitaba la talega de la cintura y la cargaba sobre el hombro. Descalzó los pies, dejando caer al vacío sus desgastados escaupines de cuero, y empezó a trepar por el remate. No miró más hacia atrás. A cada momento temía ser apresada por el tobillo por uno de sus perseguidores, a los que escuchaba trepar tras ella, cada vez más cerca. Pero no podía apresurarse, los agarres que iba encontrando en la piedra eran muy estrechos y apenas lograba asirse a ellos.

Cuando llegó al punto en el que el tejado confluía con el remate, tuvo que pasar una mano sobre el resbaladizo canalón de plomo para impulsarse hacia arriba. Aterrizó sobre una quebradiza superficie de pizarra y gateó para alejarse rápidamente del borde del tejado. Las delgadas láminas de esquisto sujetas por un clavo, se partían con un chasquido cuando apoyaba las manos o las rodillas en ellas.

Algunas se desprendieron y resbalaron pendiente abajo para desaparecer por el borde del tejado; con el deseo de Cèleste de que fueran a darle en mitad de la cara a uno de los embozados que venían tras ella.

Logró ponerse en pie, pero con un equilibrio bastante precario. Se le hundían y deslizaban los pies desnudos sobre las láminas de tejas sueltas. Oyó un chasquido a su espalda, seguido por el repiqueteo de más tejas al romperse, y comprendió que sus perseguidores habían llegado por fin al gran cono que era el tejado de la torre. Sus botas de punta afilada tenían que ser tan buenas como sus dedos para sujetarse a los resquicios de la pared, o nunca lo hubieran logrado.

Ella siguió trepando, lentamente, hacia el vértice. A su espalda oyó el siseo de algo que se acercaba a toda velocidad, y sus brazos se levantaron instintivamente para contener el golpe de una teja lanzada por sus perseguidores. La desvió con el antebrazo, pero su movimiento fue demasiado brusco y no logró mantener el equilibrio. Trastabilló y cayó de bruces destrozando más tejas al hacerlo. La insegura superficie bajo ella se deslizó, y empezó a caer por el plano inclinado, justo hacia sus perseguidores. Intentó salir de aquella pequeña avalancha de lajas de pizarra, pero éstas la arrastraron inexorablemente. Todo fue inútil y sólo logró detenerse cuando su cuerpo chocó contra las piernas del embozado que iba delante.

El hombre de negro le lanzó una cuchillada apenas la tuvo a su alcance. Pero, afortunadamente para ella, él tampoco tenía los pies firmemente asentados. La suela de cuero de sus botas debían resultar muy resbaladiza, porque el asesino arqueaba su cuerpo hacia un lado mientras intentaba mantener el equilibrio. De modo que la estocada falló por un poco, y el acero atravesó limpiamente una de las tejas de pizarra situada junto a la cabeza de Cèleste.

El embozado tiró con fuerza de la espada para desclavarla. Y la bruja le propinó un patadón en la rodilla izquierda. Tumbada como estaba había recuperado la suficiente estabilidad para aplicar en aquel golpe una buena cantidad de fuerza.

Él gritó de dolor mientras la rodilla se le doblaba en un ángulo imposible y caía

hacia atrás. Resbalando sobre una rampa de tejas sueltas, intentó detenerse clavando desesperadamente las palmas de las manos y los tacones de sus botas, pero sólo logró girar sobre sí mismo y rodar pesadamente hasta el borde. Se precipitó hacia la calle en medio de la lluvia de negros fragmentos de pizarra que había arrastrado con él.

Cèleste permaneció muy quieta, mirando fijamente al otro embozado, desafiante y sin remordimientos. Habían venido a matarla y uno de ellos había perecido en el intento, ni más ni menos. Todo estaba silencioso, ahora, como si la ciudad estuviera conteniendo el aliento.

El segundo hombre de negro no se había movido. Estaba vuelto aún hacia el borde por el que había desaparecido su compañero, como si aún no se lo pudiera creer. En su caída había destrozado una franja del tejado y ahora él estaba en medio de un tramo lleno de pizarra suelta y cortante. Debía caminar sobre aquella quebradiza superficie para alcanzarla. Era más pesado que ella y no había tenido la prudencia de descalzarse; estaba en clara desventaja en aquel terreno inseguro y, aparentemente, intentaba decidir si su presa justificaba el riesgo. Se volvió hacia ella, pero no dijo una palabra.

—Estáis acostumbrados al dolor, ¿verdad? —dijo Cèleste mientras, con mucho cuidado, desclavaba la espada que seguía oscilando allí donde el primer embozado la había dejado—. Pero no a tanto dolor como una rodilla rota, por lo que veo...

Entonces el embozado sonrió y una destellante hilera de dientes dorados afloró en medio de las sombras de su rostro.

—Vaya —dijo con una voz que Cèleste recordaba perfectamente—, parece que me has descubierto, bruja.

Cèleste empuñó la delgadísima espada y apuntó con ella a Bocadorada. No tenía ni idea de cómo manejarla, pero sí la esperanza de que, al menos, su presencia contribuyese a que aquel mal nacido siguiera manteniendo la distancia.

—¿Me habéis seguido hasta aquí? —le gritó la bruja con todas sus fuerzas—. ¿Por qué habéis asesinado a ese buen hombre y a esos muchachos? ¿Por qué? ¡Habla!

Pero Bocadorada no dijo nada más. Una ráfaga de viento agitó su capa negra, y tan sólo este movimiento le demostró a Cèleste que no estaba hablando con una estatua.

—Muy bien —añadió la bruja al cabo de un rato—. Sigue mirándome si así lo quieres, pero no te atrevas a dar un solo paso más detrás de mí o juro que te arrepentirás.

Aún no había terminado de hablar y su baladronada sonaba ridícula incluso a sus propios oídos. Pero tuvo efecto, porque Bocadorada permaneció inmóvil, de pie en medio del tejado, con su capa flameando cada vez más intensamente, los dientes de oro reluciendo en medio de su rostro perdido en las sombras, y sus ojos invisibles (imaginó) clavados en ella.

—Así me gusta —dijo la muchacha mientras deseaba con todas sus fuerzas que una ráfaga de viento le arrancase el sombrero y pusiera fin a aquella pose de

fantasmón.

Se puso en pie y con mucho cuidado empezó a caminar. Los afilados bordes de pizarra le habían llenado los pies de cortes, y resbalaba sobre su propia sangre, por lo que tardó mucho tiempo en rodear el tejado y llegar al otro lado. De vez en cuando se volvía hacia Bocadorada. Seguía allí plantado, inmóvil, pendiente de sus movimientos.

«Quiere ver por dónde bajo a la calle para luego atraparme allí», comprendió.

En aquella vertiente del cono, la torre del desdichado artista asomaba sobre otra gran casona. Había un desnivel entre los dos tejados y Cèleste tuvo que sujetarse con las dos manos al canalón de plomo, descolgarse, y luego saltar. Gimió cuando sus pies heridos golpearon y rompieron algunas tejas más, cuyas aristas le hicieron nuevos cortes sobre los cortes anteriores. Ahora que había perdido de vista al embozado, lo imaginó descendiendo a toda prisa del tejado para entrar de nuevo en el estudio de los Van Aeken y correr escaleras abajo hasta la calle, donde la esperaría.

Tenía que darse prisa.

Trepó hasta la cima de tejas y bajó por el otro lado, desde donde pudo saltar a un balcón que recorría toda la fachada. De éste a un balcón inferior, y luego a la calle.

Cèleste buscó una zona en sombras junto al portal y allí se agazapó contra la pared, como un gato acosado, sujetando la espada frente a sí con ambas manos.

Estaba agotada. ¿Alguna vez se había sentido tan exhausta? Le dolían los nudillos de la mano con la que había golpeado el rostro del asesino de Hieronimus, y sus pies eran como dos masas de palpitante dolor. Pero aún no era el momento de preocuparse por las heridas. Respiró hondo y esperó a su cazador.

Pasó el tiempo y Bocadorada no apareció.

Al cabo de un largo rato Cèleste tuvo la seguridad de que había desistido de atraparla. Tenía sentido porque todo parecía indicar que su objetivo era asesinar a Hieronimus Bosch y que ella sólo había sido su involuntario aliado.

«Yo los he conducido hasta él», comprendió con horror. «Soy la responsable de su muerte... ¿Cómo es posible que me siguieran sin que yo lo advirtiese?...».

Sintió que las fuerzas la abandonaban. Sus piernas se doblaron y su espalda resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Allí empezó a temblar sin poder contenerse, dejando salir al fin todo el miedo que había contenido hasta entonces.

Recordó el pinchazo en el vientre que le había avisado y que, sin duda, había salvado su vida. Alzó el medallón que Meg le había dado poco antes de separarse y lo estudió con cuidado. Era un disco dorado, sin adornos excepto una pequeña gema blanca situada en su centro. Marie presionó sobre ella y el disco se abrió, mostrando que el medallón era en realidad una cajita hueca. En su interior había cinco cuñas diminutas, dispuestas como las porciones de una tarta, cada una hecha con una piedra distinta (amatista, azabache, serpentina, andalucita, sal gema) y con diferentes caracteres mágicos grabados sobre ella. Reconoció los símbolos de los cuatro elementos terrestres y del espíritu. Las cuatro cosas básicas de las que el cuerpo dependía para sobrevivir (aire para respirar, agua para beber, fuego para calentarse y la tierra para procurarse alimento) y el espíritu que relacionaba la materia con lo que había más allá de esta.

La propiedad de algunas piedras era que, interiormente, estaban formadas por una diminuta retícula cristalina, que era semejante en algunos aspectos a la propia Retícula del Inframundo. De este modo, era posible retener a pequeños espíritus protectores en su interior. Cada una de aquellas cuñas la protegería de un peligro concreto que pudiera hallar en su viaje, y quizá también la habían guiado fielmente hacia su objetivo.

De algún modo, la persona que le había entregado aquel amuleto seguía con ella, la acompañaba en su viaje.

Meg no había cortado aún todos los lazos con su antigua novicia.

La puerta del estudio del artista estaba abierta de par en par. Extremando las precauciones por si el embozado se había ocultado en el oscuro interior, Cèleste se acercó a Hieronimus que seguía allí donde había caído, boca arriba y agonizante. Se inclinó sobre él y pasó la mano por su frente empapada de un sudor helado. Sabía que no había nada que hacer, que moriría en un instante, y se preguntó si debía evitarle más sufrimientos. Pero el artista no parecía sentir ningún dolor.

Abrió los ojos e intentó enfocarlos en ella.

La escasa luz penetraba por entre las cortinas medio abiertas e iluminaba sólo una estrecha franja en torno a los ojos de Cèleste. El resto de su rostro estaba en sombra.

—Sabía que volverías para acabar conmigo... —dijo mirándole a los ojos—. Lo sabía... ¿Cómo has tardado tanto?

Ella lo miró desconcertada. ¿De qué estaba hablando? ¿Acaso seguía pensando que ella había venido para asesinarlo?...

—Yo no tengo nada que ver con esos hombres. Te aseguro que...

Los labios de Hieronimus Bosch dibujaron su última sonrisa antes de quedar inmóviles por completo, y Cèleste no pudo hacer más que cerrar sus ojos. Se incorporó apesadumbrada, aturdida por todo lo que había pasado.

Es como si alguien quisiera borrar sus huellas —pensó.

Tal y como Meg le contó mientras se dirigían hacia las Gargantas del Tarn:

—El cuatro de octubre de mil cuatrocientos noventa y siete murió el príncipe Juan, el heredero de la corona española. Su esposa, Margarita de Austria, estaba embarazada, pero el niño murió al nacer. Isabel la primogénita de los Reyes Católicos, quedó encinta y murió en el parto. Pero su hijo, al que bautizaron con el nombre de Miguel, el príncipe de la paz, se convirtió en la esperanza para unificar las coronas de Portugal, Castilla y Aragón. Sus reales y católicos abuelos, Isabel y Fernando, lo llevaron consigo a todas partes, allí donde viajasen, sin separarse ni un instante de la criatura, como si temieran que fuera a sucederle algo malo...

—Y no andaban muy errados, imagino —le dijo Cèleste a su maestra.

—No. Por desgracia para el pequeño, no. Porque el niño falleció sin haber cumplido los dos años de edad, en el año mil quinientos, cuando la corte española se encontraba en Granada. Justo en el año en el que Carlos nació en Gante... ¿No te parece extraño que el rey de Portugal permitiese que su único heredero viviera con sus abuelos maternos, viajando de un lugar a otro sin descanso? ¿Qué crees que significa todo esto?

—Magia negra. Aojamientos.

—Y muy poderosos, porque las casas reales son quienes tienen las mejores defensas contra ellos. Pero hay algo aún más preocupante. La magia implica siempre una alteración de las leyes naturales, y esta alteración es más peligrosa cuanto a más gente afecta. La magia es como un desgarrón en el propio tejido de la realidad, y cuan

mayor sea este, peor. Un aojamiento a un humilde campesino lo afectará a él, a su esposa, y a sus hijos. Un aojamiento a un miembro de una familia real puede cambiar la vida de una nación entera. Millones de personas que verán su destino alterado por ese hechizo.

Ahora Cèleste comprendía que la consecuencia de todos aquellos sucesos no fue sólo que Carlos alcanzase el trono de España, pasando por encima de los que estaban antes que él, sino que ya se perfilaba como el futuro candidato para suceder a su abuelo, el Emperador Maximiliano I, como próximo César del Sacro Imperio Romano.

Y, entonces, toda Europa sería afectada por aquella alteración.

Bruselas, 25 de Octubre de 1516

—Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, Aragón, Sicilia, Cerdeña, Nápoles y todos los territorios del Nuevo Mundo, Duque de Borgoña, Brabante, Limburgo y Luxemburgo, Conde de Flandes, Artois, Hainaut, Holanda, Zelanda, Namur y Zupthen, señor de Frisia, jefe supremo de esta noble Orden del Toisón de Oro. Muy alto, muy poderoso y excelentísimo príncipe, mi rey y señor, venid ahora a ofrendar a Dios.

Desde el Altar Mayor de la iglesia de Santa Gúndula, el Maestro de Armas de la Orden del Toisón de Oro ejecutó una profunda reverencia ante el joven monarca.

El rey Carlos contaba tan sólo dieciséis años, pero era tan delgado que aparentaba incluso menos. Estaba sentado a la derecha del Altar Mayor, feo como él solo, la boca entreabierta por el acusado prognatismo tan característico de los Habsburgo; el rostro angosto, salpicado con los granos propios de la adolescencia, que apenas lograba asomar entre los pesados adornos y ropajes. A Luis, que seguía la ceremonia desde el fondo de la iglesia, aquel muchacho tan poco agraciado le pareció incómodo, triste, abrumado por todo aquel boato. Su cuerpo insignificante se perdía en un enorme trono dorado, sobre cuyo alto respaldo lucía la nueva divisa de las Columnas de Hércules, con su recién pintado lema:

«PLVS OVLTRE».

Carlos se puso en pie y, titubeante, arrastrando la larga cola blasonada de su capa, se acercó al altar para hacer la donación de treinta piezas de oro para la cruz de San Andrés. Alguien le había contado a Luis que un pintor italiano había creado aquel nuevo emblema para Carlos, y que ésta era la primera ocasión en la que aparecía en público como testimonio de que aquel muchacho flacucho e imberbe era en realidad el Nuevo Hércules, el hombre más poderoso que pisaba la Tierra.

Un niño de unos ocho años, sin duda para ver mejor lo que sucedía en el altar, intentó trepar por el brazo derecho de Luis y le desgarró la manga del jubón. Él soltó una exclamación a la vez que apartaba a un lado al pilluelo. El gentío que lo rodeaba hombro con hombro lo miró con hostilidad por haber gritado.

—Ten un poco más de respeto, extranjero —gruñó alguien entre dientes.

Luis alzó la vista y sus ojos se encontraron brevemente con los de una muchacha alta, de pelo negro e increíbles ojos azules, que parecía más pendiente de él y sus dificultades que de la ceremonia que se estaba celebrando en el Altar Mayor.

Ella sonrió mientras que Luis lograba a duras penas esquivar por segunda vez al mocoso, que no desistía en su propósito de agarrarse a él, como si fuera una especie de garrapata de miembros huesudos. Se vio obligado a empujarlo, suave pero firmemente, hacia un lado, para que se buscara a otro incauto por el que trepar.

Los oficiales y los caballeros de la Orden hicieron su entrada. Caminaban de dos

en dos, luciendo sus hábitos de terciopelo carmesí largos hasta el suelo, y con las cabezas cubiertas con capuchas forradas de deslumbrante raso blanco. Sobre todos y cada uno de los ropajes centelleaban los collares de oro del Toisón. Tras hacerle reverencia al Rey, cumplieron también con sus ofrendas, mientras los chantres entonaban una hermosa misa en honor de Dios y de San Andrés, que resonó con vigor bajo la cúpula mayor, mientras las donaciones se sucedían hasta el final de la ceremonia.

Después de que el Rey y su séquito abandonaran la iglesia, Luis permaneció un rato en su interior, estudiando con desánimo el desgarrón en la manga, sin saber qué hacer con aquel problema que se le había presentado, especulando sobre si lo más conveniente en esos momentos sería buscar a una buena zurcidora.

«Pero eso va a ser difícil en este día festivo», pensó, «por no decir imposible. Además, aunque encuentre a alguien capaz de coserlo, siempre se va a notar el apaño... Y lo más lamentable es que se trata de mi mejor jubón, con el que tenía previsto presentarme ante el señor de Chièvres...».

Apartó la vista del roto y sus ojos se volvieron a encontrar con los de la muchacha alta de la túnica azul. Ajena al griterío de las que iban detrás del séquito real, ella caminaba despacio, con la cabeza erguida y una expresión de tranquilidad en sus ojos azules. Le sonrió y siguió deambulando por el interior de la iglesia. Su pelo largo y negro caía como una cascada hasta la mitad de su espalda; tenía la piel atezada y los rasgos marcados, sus ojos eran de un azul tan luminoso que resultaban desconcertantes en un rostro tan moreno. Había algo amenazador en el aspecto de aquella chica, pero le resultaba rabiosamente atractiva a pesar de ello. Fascinante.

Mientras la seguía con la mirada, un criado se acercó a él para informarle de que el señor de Chièvres lo recibiría en el Palacio Real esa misma tarde.

—Venid conmigo —añadió—, os acompañaré...

Luis le mostró la manga desgarrada.

—Como veis —dijo—, tengo un inconveniente.

—Disculpadme, pero no comprendo —parpadeó el criado.

—No puedo comparecer ante el Privado con este jubón roto.

—Oh —dijo el criado con indiferencia.

—Debo pasar primero por la posada en la que me alojo para cambiar de atuendo.

—Oh, vaya. Pero mi señor me indicó que debía llevaros a Palacio...

—Será cosa de un momento. No os preocupéis.

Salieron juntos de la iglesia. El sol de ese atardecer del mes de octubre se reflejaba en los cientos de charcos dejados por las últimas lluvias y arrancaba destellos de los tejados de pizarra. Desde lo alto de las escalinatas, Luis contempló cómo los nobles abordaban sus carruajes y cómo, sin muchos miramientos, la guardia real les abría un paso entre la muchedumbre que se agolpaba alrededor del templo.

Una mano le tocó suavemente en el brazo.

—Disculpadme, pero he visto lo que os ha pasado. Si lo deseáis yo podría

arreglaros ese roto. Sé coser y llevo aguja e hilo en la talega.

Era la chica de la túnica y los ojos azules. Su mano seguía posada en su brazo y sus ojos intensos, de largas pestañas negras, lo miraban desde dos palmos de distancia.

—Gracias... os lo agradezco mucho, señora, pero...

—¿Qué hacéis? —dijo el criado—, no tenemos tiempo para eso.

Luis se volvió hacia él. Ahora fue su turno de poner cara de no entender nada.

—¿Qué?

—No tenemos tiempos para galanteos. Mi señor aguarda.

—Sí, eso ya lo habéis dicho antes.

—Pues no perdamos más tiempo, os lo ruego.

Luis le dio la espalda al criado y siguió mirando a la chica. Observó que era algo más alta que él, con el cuerpo esbelto pero recio, pero su rostro, en el que destacaban aquellos increíbles ojos azules, transmitía una sensación de fuerza y sabiduría.

—Os reitero mi gratitud por vuestro ofrecimiento, pero, como ya habéis oído, me espera una persona de importancia...

Ella sonrió y se le formaron dos graciosos hoyuelos en las mejillas.

—Que os vaya bien entonces —dijo.

Se dio media vuelta y se alejó con pasos cortos, mientras Luis la seguía durante un momento con la vista, admirado por la gracia de sus movimientos.

—Estas putas ya no respetan nada —gruñó el criado por lo bajo.

Luis se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—En mi presencia, no volváis a hablar así de una mujer.

El criado parecía desconcertado, como si supusiera que bromeaba pero no pillara el chiste. Luego, al comprender que no lo hacía, se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, vayámonos ya.

Acompañado por el desagradable criado del señor de Chièvres, Luis regresó a la vieja casa en la que había alquilado una habitación. El vestíbulo y las escaleras eran oscuras y húmedas, y toda la vivienda exhalaba el hedor de mugrientas generaciones de viajeros. Frente al patio se amontonaban las sobras de comida podrida.

Cuando le anunciaron que debía acudir a la ceremonia del Toisón, había imaginado otra cosa. Quizá una invitación formal por parte del privado para ocupar uno de los codiciados bancos interiores de Santa Gúdula. Quizá. Por ello se había puesto sus mejores galas para la ocasión y había acudido con la cabeza llena de sueños. Ésta era su oportunidad de relacionarse con la nobleza y de andar por fin por la senda que tendría que recorrer si quería alcanzar la alta posición a la que aspiraba.

Pero su gozo en un pozo, como solía decirse. Todo había sido muy distinto a lo que había imaginado. Nadie había ido a recibirle a su llegada a Bruselas, y su nombre no aparecía en la larga lista de invitados a la ceremonia, por mucho que insistiera a un escribiente para que buscara, deletreándole su apellido de cinco letras una y otra vez. Al final, entre empujones y desgarrones, había logrado hacerse un hueco entre la

multitud.

Incluso había tenido que alquilar por su cuenta aquel alojamiento infecto.

—Esperad aquí —le dijo al criado.

Subió las escaleras saltando de tres en tres los escalones y entró en su habitación. Su valija estaba en el rincón donde la había arrojado unas horas antes, apresurado por no llegar tarde a la ceremonia. Había hecho el camino desde Lovaina a pie, y la lluvia lo había empapado varias veces. Su equipaje se había secado cerrado, y desprendía un intenso y desagradable olor húmedo. No podía hacer nada al respecto. Las mudas que llevaba eran ropa de diario, remendada y desgastada. Lo único presentable era la loba con la que impartía clase en su colegio de Lovaina, y era una suerte que se le hubiera ocurrido cogerla.

Entonces, mientras rebuscaba en la valija, dio con algo que casi había olvidado. Le hubiese gustado poder hacerlo, o que desapareciese de su vista en ese mismo instante, pero allí estaban las dos cartas llegadas desde Valencia unos días antes.

No las había abierto porque ya intuía su contenido. Y le aterrizzaba.

Y no iba a abrirlas ahora. Necesitaba pensar, y no podía hacerlo en ese momento, mientras el criado de Chièvres le esperaba abajo. Si le daba tiempo, el torbellino que era su mente se calmaría y quizá lograra enfocar todo el asunto desde una perspectiva racional, pero necesitaba ese tiempo del que ahora no disponía en absoluto. Así que se cambió rápidamente y guardó las cartas en uno de los bolsillos interiores de la loba.

Envuelto en unos trapos también llevaba un poco de queso y pan que le habían sobrado del viaje. De plantón durante toda la ceremonia no había tenido oportunidad de tomar ningún alimento y tenía hambre, por lo que consideró que aquélla sería una buena ocasión para comerlos, pero al abrirlo descubrió que estaban enmohecidos.

Resignado, arrojó la comida por la ventana y terminó de vestirse.

La bruja se detuvo para preguntar en la taberna que ocupaba el bajo de la casa de habitaciones donde se alojaba. Pero la mujer con la que había quedado no estaba allí.

El establecimiento se encontraba casi vacío, pues todo el mundo en Bruselas parecía seguir en los alrededores de Santa Gúdula. El tabernero le llenó un pote con estofado de carne con nabos y coles, y subió con él a su habitación. Cerró la puerta tras ella, y se sentó en la cama. En una mesita tenía una jarra llena de agua, tapada con un paño para que no le entrase ningún bicho. Bebió un trago antes de empezar con el estofado.

No estaba nada mal, tenía que reconocerlo. Llevaba más de un mes ocupando aquella habitación y le gustaban bastante el alojamiento y la comida. La única molestia era que cada tres días tenía que recoger sus cosas, bajarlas a la taberna durante unas horas, y simular que se marchaba para luego regresar. Así se evitaba incumplir la norma que prohibían a una taberna acoger huéspedes y alimentarlos durante más de tres días seguidos, suplantando así la labor de los mesones.

Mientras comía distraídamente, pensaba en el joven que había visto en Santa Gúdula. Había reconocido al criado del señor de Chièvres que lo había interpelado, de modo que no era demasiado aventurado suponer que aquel muchacho de ojos grandes y tristes, con la manga del jubón rota, era el erudito que había sido contratado por Chièvres para ocuparse de la educación de su sobrino favorito.

Durante el último mes, Cèleste se había dedicado a aprender todo lo posible sobre el privado, y había contado para ello con la ayuda de unas mujeres que siempre estaban al tanto de todo, pues eran requeridas tanto en las cabañas como en los palacios.

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta. Dejó a un lado el pote de estofado y desenfundó la daga que últimamente llevaba siempre consigo.

Fue a abrir con el arma disimulada entre los pliegues de su gonela.

Apoyada en el quicio vio a una mujer bajita y regordeta, con unos pechos enormes que se derramaban por encima de un viejo y deshilachado corpiño rojo. Sus cabellos formaban una aureola estropajosa de color granate alrededor de su rostro mofletudo e iban adornados con una guirnalda de flores, como era preceptivo para las putas.

—¿Tú eres Cèleste la Bruja? —le preguntó con una voz juvenil que contrastaba con su aspecto un tanto ajado.

—Sí. Y tú eres...

—A mí me llaman Annia la Tetas, y la que me manda es Petra la Griega, a quien tú ya conoces... —dijo mirándola con atención—. No te había visto nunca y creo que conozco a la mayoría de las brujas de por aquí. ¿De dónde has salido tú?

—De muy lejos —dijo Cèleste mientras devolvía la daga a su funda.

Annia alzó una ceja al ver el cuchillo, pero no hizo ningún comentario. Dio un

paso hacia adelante, se metió en la habitación, y dijo:

—Petra me habló bien de ti, dice que ha hecho buenos negocios contigo.

—Tu amiga me aseguró que podrías ayudarme en mi propósito...

—Oh, sí... Oye, este sitio no está mal —dijo Annia mientras examinaba rápidamente la estancia—. ¿Es cierto que cada tres días tienes que simular que te marchas?

Cèleste pensó que el tabernero también era muy estricto con las normas en lo tocante a evitar que se confundiese su casa con una mancebía, de modo que si encontraba allí a Annia lo más probable es que la hiciera abandonar definitivamente la habitación. Ya corrían demasiados rumores sobre ella. Rumores fundados, por otro lado. La bruja abrió la talega y le entregó a la puta una bolsita de tela cerrada con un cordel.

—Aquí lo tienes, filtros de amor y esponjitas con sangre de conejo para simular virgos. Los filtros han sido preparados en las horas apropiadas, con la Luna en creciente en el signo de los Gemelos. La sangre lleva una sustancia de propiedades especiales que la mantendrá líquida hasta final de mes...

—Más que suficiente —dijo Annia cogiéndola y guardándosela en su generoso escote—. ¿Y qué quieres a cambio? ¿Información? Petra me dijo que siempre andabas ansiosa por los cotilleos de la Corte. Por mí encantada de pagarte de ese modo...

—No. Esta vez quiero otra cosa.

—Tú dirás.

—Me he enterado por Petra de que en el puerto de Arnemuiden se está preparando una flota para llevar al rey a España por mar. Y que en una de las naos de esa flota va a viajar un nutrido grupo de putas, entre las que tú te encuentras.

—Sí, eso es cierto. ¿Y qué es lo que quieres?

—He hecho un largo camino para poder embarcar en esa nao.

Annia sonrió ampliamente, mostrando varios huecos en su dentadura.

—¿Buscando nuevos horizontes? —cloqueó—. Dicen que la gente de Castilla no gusta mucho de juergas, pero al final los más estirados resultan ser los mejores clientes.

—En España apenas se persigue a las brujas y yo ya estoy harta de ir de un lado a otro ocultándome. Quiero establecerme en alguna pequeña población y echar raíces.

—Entonces, ¿por qué en vez de dirigirte hacia aquí no cruzaste directamente los Pirineos? Si es verdad que vienes de tan lejos...

—Eso es cosa mía. Tú sólo tienes que conseguirme un sitio en esa nao.

—Bueno, pero eso te va a costar algo más que unos pocos filtros y esponjitas sangrantes para un mes...

—De hoy hasta el día en que partamos, te daré todos los filtros que necesites, así como hechizos para espantar las liendres y los escozores. Y cuantas esponjitas puedas usar hasta entonces. Ya sé que los virgos se pagan diez veces más que un servicio

normal, así que no intentes engañarme.

La puta rió, luego se escupió en la mano y se la pasó por la entrepierna antes de estrechársela a Cèleste.

—¡Trato hecho —exclamó—, y que sea en buena hora!

Lo que Cèleste no podía imaginar era qué clase de persona creería que Annia seguía siendo virgen. Pero había hombres muy tontos y eso no era asunto suyo.

—Hay una cosa más —dijo—. Hoy he conocido a un joven erudito del que ya me habló Petra. También quiero que me consigas información sobre él. No te preocupes, que sabré recompensar debidamente cualquier cosa interesante que puedas decirme...

—Tú sabrás lo que haces, que para eso eres bruja.

El banquete ya había empezado cuando llegaron, pero estaba previsto que durase hasta bien entrada la noche. El sirviente le pidió que esperara en el vestíbulo, mientras él iba a avisar a su señor.

Luis apenas pudo echarle un vistazo a la gran sala de banquetes a través de una puerta entreabierta. Sus paredes estaban cubiertas de hermosos tapices de oro, plata y seda, que representaban la historia del Toisón y las hazañas del gran Alejandro de Macedonia. Habían sido engalanadas tres mesas; la que estaba junto a la chimenea, elevada sobre un estrado y cercada por una celosía de madera adornada con flores, era la *grande table*, reservada para los caballeros principales (encabezados por el señor de Chièvres), y para su jefe y soberano, el cual se sentaba en el centro bajo un dosel. A mano izquierda, y sin estrado, estaba la mesa para los cuatro oficiales de la orden: canciller, tesorero, grefier y el maestre, también llamado Toisón. Y, frente a esta, otra mesa mucho más larga, donde se sentaban los caballeros a ambos lados. Sólo caballeros, porque ni siquiera las damas de los señores allí presentes podían ocupar estas mesas magníficamente atendidas, por lo que se veían obligadas a comer detrás de una tribuna oculta por una tupida celosía.

Todo esto lo pudo ver Luis a retazos, mientras los sirvientes iban y venían abriendo y cerrando puertas. Y, a pesar de que llevaba ya un año en el país, aún se asombraba por aquel gusto por lo estrafalario y lo espectacular que constituía parte inseparable de la cultura borgoñona. Así como por la desvergonzada exhibición de riqueza que era allí tan habitual, por aquellas fiestas suntuosas, por los banquetes un día sí y el otro también... En general, la turbadora opulencia del norte de Europa, tan densamente poblada, y tan diferente en fin de la austera España, lo desconcertaba y fascinaba a un tiempo.

En ayunas como estaba, Luis se sentía desfallecer mientras asistía a aquella interminable procesión de manjares cruzando frente a sus narices hacia la sala del banquete. Presentados en fuentes de plata por los maestresalas, acompañados de toques de trompeta, iban transitando pavos reales, cisnes, faisanes y perdices asadas, adornado todo con sus propias plumas, además de castillos, caballeros y sirenas de mar hechos con gelatina, mermeladas y pasta. Los intensos aromas de todas aquellas deliciosas viandas se convirtieron en una verdadera tortura.

También veía desfilar con paso apresurado a los caballeros convidados, a los que la abundante cerveza roja del país y los vinos servidos durante el banquete encaminaba inevitablemente hacia las letrinas. Uno de ellos, de largos bigotes blancos, de unos cincuenta y tantos años de edad, se acercó a él en la segunda ocasión que cruzó.

—Disculpadme, joven sacerdote... —le dijo mirando fijamente la loba negra de su colegio de Lovaina—. ¿Necesitáis alguna cosa?

—Nada, señor. Gracias por vuestro interés. Y no soy...

«No soy sacerdote», iba a decirle, pero el caballero se acercó más, un poco tambaleante, y le llegó el fuerte olor a vino de su aliento.

—Pero os veo aquí, de plantón todo el rato, y me pregunto si estáis bien.

—Sois muy amable, señor —respondió Luis, algo turbado por la atención del noble—, pero no quiero ser causa de vuestra preocupación, en absoluto, pues os aseguro que me encuentro perfectamente.

—¿Habéis comido algo? —insistió—. No, ya veo que no. Acompañadme entonces a la mesa, por favor, y tomad algo que parece casi un pecado que tanta comida se desperdicie mientras estáis aquí aguantando sin probar bocado.

Luis no conocía en detalle la etiqueta de un capítulo del Toisón de Oro, pero sí sabía lo suficiente como para tener la seguridad de que sólo los caballeros de la orden podían sentarse en las mesas del banquete oficial.

—Vuestra amabilidad me abruma —dijo rápidamente—, pero os aseguro que estoy bien aquí.

—No tenéis que preocuparos por nada. La divisa de nuestra orden es el comportamiento caballeroso. Y no tendría nada de caballeroso atiborrarse de comida mientras un joven al servicio de Dios desfallece a nuestras puertas...

Luis intentó rehusar de nuevo, pero el noble insistió con tozudez, e incluso lo tomó del brazo para conducirlo hasta su sitio en la larga mesa de caballeros.

—Mi nombre es Vauldre y simplemente así debéis llamarme —era alto, fuerte, de huesos grandes y un torso voluminoso que le daba el aspecto de un viejo oso. Calvo, con un rostro tallado en ángulos y alargado por una canosa perilla de chivo. Sus ojos grises parecían sonreír constantemente. Vestía el hábito de terciopelo carmesí de los caballeros del Toisón, con cenefas doradas a la antigua usanza y con una borla a la espalda. El emblema de su casa bordado con oro en su pecho era un pez armado con el cuerno de un unicornio—. Decidme vuestro nombre ahora, para que pueda presentaros a mis compañeros de mesa.

—Luis Vives, de Valencia.

—Pues andáis lejos de vuestra tierra, padre Vives.

—Veréis, en realidad no soy sacerdote.

—¿Ah no? ¿No habéis sido ordenado todavía?

—Soy profesor en la Universidad de Lovaina...

El noble asintió con indiferencia, como si aquel detalle careciera de importancia, y tomando un cubierto de la mesa, golpeó insistentemente una copa hasta que varios comensales se volvieron.

—Caballeros —dijo—, éste es mi buen amigo Luis Vives, de Valencia, profesor sapientísimo en Lovaina, y que ahora va a acompañarnos.

Nadie dijo nada. Todos eran caballeros de edad avanzada que se limitaron a mirar al valenciano con frialdad. Algunos cruzaron miradas significativas entre sí, como si Vauldre ya los tuviera acostumbrados a ese tipo de extravagancias. Otros, en cambio, entrecerraron sus ojos con una mirada de clara hostilidad. Consciente de que su

llegada no había hecho precisamente felices a los otros comensales, Luis inclinó la cabeza con la mayor humildad posible, en parte para ocultar que las mejillas se le encendían de vergüenza. Algunos le respondieron con secos cabezazos.

En la *gallée de la salle* se sentaban dos *huissiers d'armes* con sus bastones. Estaban encargados de reprender y apresar a cualquiera de los presentes que hiciese algo molesto a los ojos del rey. Pero si éste, o el señor de Chièvres, habían notado la llegada del español, y ésta les había incomodado de algún modo, no dieron señal de ello pues ambos siguieron comiendo con total indiferencia.

Ajeno a todo, Vauldre llamaba a gritos a un sirviente, al que pidió un asiento para su acompañante. Trajeron un taburete que era demasiado bajo y el caballero pretendió que lo cambiaran por uno mayor. Pero Luis ya se sentía bastante violento con la situación, de modo que dijo que así estaba bien y se sentó en él. Además, su estómago había empezado a gruñir ante la cercana presencia de tanta comida como había expuesta sobre la mesa. Sin más cortesías, se sirvió de una bandeja unos buenos trozos de carne de jabalí guisada, que colocó sobre una rebanada de pan del tamaño de un plato.

Mientras masticaba, satisfecho, Luis alzó la vista hacia los impresionantes tapices que rodeaban la sala. Vauldre vio su mirada y sonrió ampliamente, mostrando que a pesar de su edad aún conservaba todas las piezas dentales.

—Los caballeros del Toisón de Oro nos consideramos los auténticos herederos de los Argonautas, a la búsqueda del Vellochino. Fijaos allí... —Vauldre señaló uno de los grandes tapices que cubrían las paredes—. Ése es Frixo, sacrificando el carnero para ofrecer el Vellochino al rey... Ahí ves como Eetes lo consagra a Ares y lo cuelga de una encina del bosque dedicado a ese dios pagano. Día y noche lo guardaba un enorme dragón; vedlo ahí representado con todo realismo. Decidme, ¿qué opináis de su aspecto?

Luis conocía perfectamente la historia, y siempre le había parecido injusto el final que tuvo el pobre carnero después de su denodado esfuerzo por salvar a los dos hermanos, pero se abstuvo de hacer ningún comentario sobre esto y dijo:

—Bueno, no sabría decirlo porque nunca he visto a ningún dragón.

—¿Habéis oído hablar de esos huesos gigantes que se han encontrado en Sicilia? Aquellos que los han visto dicen que no pueden ser otra cosa que huesos de dragón.

Luis se sirvió otra generosa ración de carne y una tórtola asada mientras pensaba en qué responderle a Vauldre. Iba a abrir la boca cuando, en ese momento, se oyó un largo grito, casi un aullido, proveniente de la *grande table*.

Se volvió y quedó horrorizado al ver que era el propio rey quien había gritado tan estertóreamente. Se había puesto en pie mientras todo el cuerpo se veía afectado por espásticas contracciones musculares, tenía la cara lívida y espuma en la boca.

Lo primero que le vino a la cabeza fue que el pobre muchacho había sido envenenado, pero la actitud de los que tenía alrededor era de una sorprendente tranquilidad, como si ya estuvieran habituados a este tipo de espectáculos. En el

rostro de los nobles que intentaban sujetar al rey podía leerse vergüenza y también piedad, pero ni miedo ni sorpresa. El muchacho volvió a gritar y su espalda se arqueó hacia atrás de un modo tan violento que se liberó de los que le sujetaban y cayó hacia atrás, para dar contra la celosía de madera adornada con flores, que destrozó. Así quedó en el suelo, inconsciente, con su cuerpo recorrido por contracciones y relajaciones de los músculos. Alguien se arrodilló junto a él y le introdujo entre los dientes el mango de un cubierto.

—Dicen que le pasa eso desde que era un bebé —le susurró Vauldre—. Al parecer nació de mala manera. Juana tuvo que dar a luz sola, en un retrete, mientras se celebraba una fiesta en palacio, y cuando nadie se lo esperaba. Por lo que no fue asistida en el parto y el bebé no tuvo los cuidados necesarios. Dicen que su mente resultó dañada...

Luis observó que el privado no se había movido de su sitio y que asistía impasible, casi con expresión de aburrimiento, al desarrollo de aquel drama. De repente se levantó y le hizo una señal a un sirviente, que se acercó de inmediato a la *grande table*. Habló brevemente con él y luego bajó de la tarima para abandonar la sala por una de las puertas laterales. El sirviente se demoró un momento, recogiendo algunos alimentos en un gran plato, y fue tras su señor.

Mientras tanto, las convulsiones del rey se habían detenido y ya parecía respirar con normalidad, aunque seguía inconsciente. En toda la estancia se había producido un silencio tan denso que se diría que hasta el propio aire se podía untar en una rebanada de pan.

Cèleste había pasado el día en su pequeña habitación de la posada, concentrada en la preparación de más filtros y bebedizos con los que satisfacer la demanda de sus clientas. Sobre la mesilla arrimada a la ventana estaban esparcidas varias piedras mágicas de reconocida efectividad contra el aojamiento, como el azabache, el jaspe o la roca de san Pedro, y también frascos llenos de sangre menstrual seca y en polvo para fabricar filtros de amor, o hierbas desecadas como la cicutaria y el perifollo silvestre, con las que luego prepararía infusiones para interrumpir los embarazos no deseados. En ese momento juntaba un ramo de verbena, lavanda, valeriana, menta, hinojo, artemisa, romero, hisopo y albahaca (recogidas en el día y la hora de Mercurio, estando la Luna en creciente), y lo ataba con un cordel de hilo tejido por una niña. Más tarde lo llevaría a secar en el aire caliente del horno de la posada. Le *pagaba* unas monedas de más al posadero para que le permitiese colgar aquellas hierbas de un clavo en el muro situado junto al horno.

Aunque seguía lloviznando intermitentemente, las nubes del último aguacero estaban despejándose y el sol de aquella hora de la tarde empezaba a abrirse paso tímidamente. Una brisa húmeda se colaba por la ventana entreabierta y las deshilachadas cortinas de lana negra ondeaban sobre la mesa. Cèleste vio una mancha sobre la madera allí donde habían salpicado algunas gotas de lluvia, y pasó un paño sobre ella para secarla. Se detuvo a mitad del movimiento porque el amuleto que le había dado Meg empezó a vibrar sobre su pecho.

Oyó como un grupo subía por las escaleras y se detenía frente a la puerta de su habitación. Calculó que eran cuatro. El picaporte giró un cuarto de vuelta, pero al comprobar el que quería entrar que la puerta estaba cerrada con llave, se detuvo.

El posadero dijo:

—Señora, haced el favor de... abrir la puerta... —Era su voz sin duda, pero tenía una entonación extraña—. Aquí hay unos hombres que... quieren revisar la habitación.

—¿Unos hombres? —preguntó Cèleste con su tono más inocente mientras recogía a toda prisa los frascos—. ¿Acaso los conozco o ellos me conocen a mí?

La bruja metió los frascos dentro de la talega, pero dejó uno de ellos fuera. Éste lo envolvió con el trapo con el que había secado la humedad de la mesa.

—Son... alguaciles del ayuntamiento... Ya os advertí que esto podía pasar.

—Vamos, abrid de una vez —dijo otra voz, desconocida, desde detrás de la puerta.

—Aguardad un momento. Me estaba aseando y ahora mismo estoy desnuda.

—¡Apresuraos! —dijo la segunda voz en tono apremiante.

Cèleste cerró el fardo y anudó sus cuatro extremos. Se lo echó a la espalda y lo ató alrededor de la cintura como solía hacer. Se subió a la mesilla y atisbo con cuidado por la ventana. Por ella se veía la tranquila y estrecha calle sin salida que

terminaba en la orilla oeste del canal de Charleroi. El edificio de enfrente era una especie de almacén de la *guilda* que estaba cerrado en ese momento. No se veía una alma en la calle, y eso era sospechoso.

Muy sospechoso.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Abrid de una vez!

—Abrid, señora, que estos hombres amenazan con tirar la puerta abajo, y si se ven obligados a hacerlo... juro que os haré pagar una nueva...

—Sí, sí, ya estoy. Un momento... Es sólo un momento...

La puerta sonó con el estrépito de un golpe fortísimo. Imaginó que uno de los que estaban fuera se había lanzado contra ella en un intento de derribarla. La puerta aguantó aquel primer embate, pero se combó un poco hacia dentro.

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo y volvió a mirar hacia la calle. A ambos lados, aplastados contra las paredes, agachados detrás de las balas de lana cruda apiladas frente al almacén, distinguió una buena docena de sombras que blandían largos tubos de brillante metal negro, esperando a que ella se lanzase ciegamente a sus brazos.

Se dio la vuelta y examinó la habitación en la que se encontraba. Sólo ofrecía dos salidas: una era la escalera que estaba bloqueada, la otra era la ventana que los de fuera vigilaban perfectamente. Y esos tubos no podían ser otra cosa que arcabuces... Aunque estaba llovisnando y se preguntó cómo lograrían mantener las mechas secas.

Quizá no eran armas de fuego después de todo.

Tuvo la respuesta de inmediato. Un estampido salvaje abrió un enorme boquete en el centro de la puerta, a la vez que lanzaba astillas de madera por toda la habitación.

Entre el humo y la lluvia de fragmentos que se iba posando aparecieron dos hombres vestidos por completo de negro, con amplios sombreros cuyas alas estaban echadas sobre el rostro. Le apuntaron con unos extraños arcabuces en los que no se veía humear ninguna mecha. En vez de ésta, el mecanismo de disparo estaba formado por un artilugio con forma de rueda. Cèleste los miró fascinada durante un instante, antes de que entrase en la habitación el tercer embozado, que empujaba frente a él al desdichado posadero, al que mantenía amenazado con un cuchillo apoyado sobre una de sus temblorosas papadas. Llevaba el mandil de cocinar, como si lo hubieran sorprendido a mitad de preparar su famoso estofado. Su ancho rostro de luna estaba pálido, cubierto de sudor, y miraba a Cèleste con una mezcla de ira y de súplica en sus ojos diminutos. No dijo nada, pero el hombre que lo amenazaba sí habló:

—¿De nuevo pretendíais escapar por la ventana? —le preguntó con tono burlón—. Pero ya veis que esta vez estamos preparados.

Cèleste seguía sobre la mesilla, y desde allí no podía ver el rostro de aquel hombre porque estaba oculto por el ala del sombrero, pero había reconocido su voz.

Inesperadamente, y con un preciso movimiento de su brazo, clavó profundamente el cuchillo entre los pliegues de grasa y degolló al posadero. Luego empujó su cuerpo

a un lado. Cèleste dio un respingo y se quedó paralizada por la sorpresa mientras aquel desdichado se estremecía en el suelo con violentas convulsiones y su sangre salpicaba las paredes. Entonces, el asesino alzó el rostro y la miró. En su boca había una inquietante mueca parecida a una sonrisa que mostraba una hilera de dientes dorados.

—Matadla —ordenó a sus esbirros.

Cèleste recuperó de inmediato la compostura. Reaccionó lanzando contra el suelo, con todas sus fuerzas, el frasco de barro envuelto en el paño húmedo. Hubo un estallido y un fogonazo que dejó a los embozados deslumbrados. Pero la bruja había tenido la precaución de cerrar los ojos, pues lo que contenía aquel frasco eran sales de sodio.

Saltó de la mesa y arremetió contra el más cercano de los hombres que le apuntaba, mientras un humo acre llenaba la estancia y el trapo chisporroteaba en el suelo. Lo empujó, haciéndole perder el equilibrio, a la vez que el hombre accionaba el mecanismo de disparo de su arcabuz. Un muelle hizo girar la rueda frotándola contra un pedazo de piritita del que saltaron las chispas que prendieron la pólvora. Sonó otro estampido y la bala salió del arma para ir a incrustarse en algún lugar del techo.

Cèleste nunca había visto una arma así, ni imaginaba que existiesen, pero no se detuvo para contemplarla, pues sabía que el próximo disparo iba a ser más certero. Se abrió paso hasta la escalera, mientras el de los dientes de oro le lanzaba una cuchillada que resbaló por un lado de la talega y le hizo un corte no demasiado profundo en el hombro. Saltó por encima de los escalones de madera, bajándolos de tres en tres con una notable agilidad. Una pálida lengua de fuego estalló sobre su cabeza; la bala pasó muy cerca y sintió su cálido aliento en la oreja izquierda. Voces autoritarias resonaron en el aire detrás de ella, mientras llegaba al piso de abajo y saltaba sobre unas cajas amontonadas al pie de la escalera, que sin duda habían sido cuidadosamente dispuestas allí por los embozados con la mala intención de hacerle tropezar si intentaba huir.

Sabía que no podía salir por la puerta principal, pues allí la esperaban aquellos embozados con sus arcabuces inmunes a la humedad listos para ser descargados contra ella, así que echó a correr frenéticamente hacia el fondo de la cocina. Junto al horno había una trampilla de madera que el posadero usaba para arrojar las basuras a un estrecho callejón a espaldas de la casa. Mientras escuchaba los pasos y las voces dirigirse hacia allí, tiró de la cuerda que sujetaba la trampilla y saltó por ella al callejón. Escudriñó el camino estrecho lleno de basuras y ratas antes de cruzarlo, y comprobó que ambos lados estaban tapados por una valla de tablones clavados entre sí. La pared de enfrente era lisa y sólo tenía una puerta situada a la altura de un primer piso, a la que se podía llegar gracias a una vieja escalera de madera que terminaban en una plataforma carcomida. Las ratas huían delante de ella mientras trepaba a toda velocidad por la escalera.

Un ancho cerrojo de metal cerraba firmemente la puerta.

—¡Se ha metido por aquí! —oyó decir desde el otro lado, a la vez que la trampilla de la basura empezaba a levantarse.

El cerrojo estaba echado y bien echado, pero la madera estaba podrida. Empujó con fuerza uno de los tablones, lo suficiente para permitirle pasar, y se deslizó por él.

—¡Allí está!

Volvió a escuchar los estampidos de los arcabuces a su espalda y los impactos de las balas rebotando contra el muro. Ninguno la alcanzó pero no perdió el tiempo maravillándose por su buena suerte. Estaba dentro de un almacén que debía pertenecer también a la *guilda*. Las voces de sus perseguidores siguieron resonando tras ella mientras corría para alejarse de la puerta.

—¡Vamos, vamos! Rápido, subid de una vez por la escalera...

—Parece insegura...

—¡Deja de quejarte y tira la puerta abajo!

Cèleste se dijo que ahora parecían ser más de tres, quizá algunos de los que estaban apostados fuera se habían unido a la persecución. En ese momento se oyó un estrépito formidable, acompañado del crujido de la madera al astillarse y hacerse pedazos, y un coro de gritos y lamentos de dolor. Comprendió que aquella carcomida escalera no había podido aguantar el peso de todos aquellos hombres y se había derrumbado.

—¡Joderos! —les gritó con una salvaje alegría.

Pero no podía quedarse a celebrarlo. Pasó por entre unas pilas de paquetes, atravesó una puerta y entró en una planta destinada a almacén. Con su aguzado sentido del peligro guiándola, tomó una escalera que la condujo hasta la planta baja. Al fondo, casi oculta por los montones de balas de lana, vio una puerta que si su orientación no le fallaba daba a una calle paralela a aquella donde estaban apostados sus enemigos. No le resultó difícil abrirla, pues en lugar de cerrojo tenía un simple pestillo que se accionaba desde dentro.

Salió a la humedad del exterior, se apoyó contra la pared y respiró jadeante. Verificó que la talega estuviese bien sujeta a su espalda, y empezó a correr como alma que huye del diablo. Dobló dos esquinas, cruzó tres calles y llegó al margen del canal. Tropezó dos veces en el adoquinado desparejo, pero siguió corriendo. Ningún embozado surgiendo de repente a su espalda, ningún estallido de arcabuz, ninguna voz conminándole a que se detuviera. Sólo el velo gris del atardecer que caía cada vez con mayor intensidad sobre las cordilleras de tejados, envolviendo los colores con una mortaja, haciendo más profundo el silencio.

Sus piernas empezaban a temblarle agotadas por la desesperada carrera, cuando un tipo vestido de negro se interpuso en su camino. Resbaló sobre el húmedo adoquinado al detenerse, a la vez que una bala se estrellaba sobre el suelo frente sus pies y arrancaba esquirlas de piedra que golpearon dolorosamente contra sus tobillos.

El embozado arrojó a un lado el arcabuz y desenvainó una espada ropera que

parecía una larga y estrecha aguja de acero. Blandiéndola frente a sí, avanzó hacia ella.

—Lo siento —dijo Cèleste—, pero ya estoy demasiado cansada para pelear.

Dio media vuelta y se lanzó de cabeza al canal, su cuerpo chocó contra el agua y desapareció de inmediato con un espectacular chapoteo.

El embozado recogió su arcabuz y, situándose en la orilla del canal, lo preparó a toda prisa para realizar otro disparo. Esperó, pero la mujer no volvió a aparecer.

Cèleste emergió de las oscuras aguas del canal unas calles más abajo. Se agarró al muro de piedra y tosió con fuerza, escupiendo el agua infecta que se le había metido en los pulmones. Era una nadadora estupenda, Meg se había ocupado de enseñarle bien para que lo fuera. «Hay quien piensa que las brujas no podemos flotar en el agua, le dijo en una ocasión, pero eso no es más que otro mito estúpido sobre nosotras».

Cèleste había expulsado todo el aire de sus pulmones y, para que su enemigo no pudiera apuntar contra ella, se había dejado arrastrar por la corriente del fondo del canal. Había aguantado la respiración más de lo que nunca creyó que fuera posible. Se había obligado a permanecer sumergida, con la boca apretada, mientras sus pulmones clamaban dolorosamente por una bocanada de aire, hasta que consideró que estaba lo bastante lejos. Al final, mientras nadaba frenéticamente hacia la superficie, no había podido aguantar más y había tomado un buen trago de aquella agua apestosa.

Salió del canal en medio de una calle bastante concurrida. Iba cubierta de tarquín de los pies a la cabeza y dejaba sobre los adoquines charcos lodosos a cada paso. Muy pocas personas se acercaron a ella para preguntarle qué le había pasado, y a éstas las alejó rápidamente respondiéndoles con mal humor y una voz cortante:

—Me he caído al canal. Es bastante evidente, ¿no?

En una fuente se limpió lo mejor que pudo aquella porquería. Luego abrió la talega y buscó el frasco que contenía hojas de agrimonia; quitó el sello de cera y se metió en la boca un puñado que empezó a masticar. No tenía tiempo de preparar infusiones, pero era necesario evitar que el agua sucia que había ingerido le envenenase la sangre.

Espolvoreó un poco de hierba sobre la herida de su hombro.

Mientras se lavaba, su mano tropezó con el amuleto compuesto que Meg le había entregado. Recordó cómo había vibrado advirtiéndole de la llegada de los embozados, y una sonrisa se le dibujó en la cara. Pero al pensar en cómo podían haberla localizado, aquella sonrisa se le heló. Alzó el amuleto y lo contempló con detenimiento.

«¿Es posible que?». No, eso era absurdo, se avergonzaba sólo de haberlo considerado por un instante. Era imposible que su maestra pudiera haberle dado algo

que atrajera a sus enemigos hacia ella.

La gente ya estaba hablando de esa muchacha que había salido del canal, y eso no tardaría en atraer a aquellos malditos embozados.

«Bueno, no me volverán a sorprender, lo juro», pensó. «A partir de ahora no permaneceré mucho tiempo en el mismo sitio».

Volvió a guardar el frasco dentro de la talega y se la anudó de nuevo alrededor de la cintura. Tenía que buscar otro alojamiento, pero lo primero de todo era dar con Annia y las otras putas y advertirles para que no acudieran a su antigua posada.

Con la falda mojada pegándosele a las piernas, se alejó a toda prisa de allí.

El rey parecía haberse recuperado por completo de su ataque y, aunque pálido y apático, se sentaba de nuevo a la *grande table*. Poco a poco, todo había recuperado la tranquilidad y las conversaciones y el trasiego de sirvientes se reanudaron.

El criado de Chièvres regresó para anunciarle al valenciano que su señor se entrevistaría con él de inmediato. Luis se despidió de Vauldre, agradeciéndole de nuevo su hospitalidad, y abandonó la sala de banquetes caminando detrás de aquel hombre.

Salieron a un pasillo de servicio con las paredes de piedra desnuda y el suelo cubierto de serrín, por el que transitaban los sirvientes cargados con platos. Pasaron frente a una cocina en la que vio una gran olla sobre el fuego y a varios cocineros afanados a su alrededor. Siguieron por aquel oscuro corredor que, evidentemente, no debía conducir a los aposentos privados del señor de Chièvres, y llegaron frente a una tosca puerta de madera. Oyó ladridos al otro lado.

—Es aquí. Aguardad... —El criado entró y salió en un instante—. Mi señor os recibirá ahora. Podéis pasar.

Eran las perreras, claro. El privado se encontraba de espaldas, frente a una pared de piedra a la que estaban encadenados varios mastines de batalla. Los alimentaba tranquilamente con los succulentos trozos de carne que el criado había escogido un momento antes. Luis tuvo que esperar pacientemente hasta que todos los perros hubieron recibido su parte. Los animales parecían muy nerviosos; ladraban y saltaban para alcanzar las piezas que el señor de Chièvres sujetaba al extremo de su brazo. Más de una vez el valenciano temió que uno de ellos alcanzase el miembro de aquel poderoso señor y le arrancase de cuajo aquella mano derecha con la que tan bien se decía que servía al rey.

Cuando no quedaba más, el privado dejó sobre un poyo el plato vacío y se volvió hacia Luis. Era un hombre alto, de mirada esquiva y rostro salpicado de verrugas. Éstas le impedían afeitarse correctamente, lo que le obligaba a lucir una media barba que le daba a su rostro un tono azulado. Tenía verrugas incluso en los párpados.

De entre los pliegues del largo hábito rojo de la Orden sacó la carta de recomendación que iba firmada por *Desiderius Erasmus Roterdamus*. La sujetó con una mano en la que había restos de aceite y salsa de carne, y la leyó con parsimonia.

—Parece teneros en gran estima —dijo al fin—, incluso me hizo llegar el libro que publicasteis en París sobre Nuestro Señor Jesucristo. No pude leerlo porque me cansa el latín, pero Erasmo me dice que sois un hombre de gran talento, a pesar de vuestra juventud... Decidme, ¿es vuestro maestro?

—Así es, señor. Erasmo es mi maestro, pero también uno de los hombres más honestos y sabios que he tenido la fortuna de conocer. Es un hombre extraordinario, apasionado en su idealismo a la vez que cabal y moderado en sus acciones...

—Ya veo que el afecto es mutuo —dijo el señor de Chièvres con una mueca

burlona—, pero lo que nos ocupa ahora son vuestras habilidades. ¿Es cierto que habéis estudiado en las universidades de Valencia y París?

Luis asintió con un gesto respetuoso.

—En París, en el prestigioso colegio de Montaigu, aunque también estuve en los de Beauvais y La Marche. Llegué a Lovaina a finales del pasado año, señor.

—¿Podéis darme alguna referencia de vuestra familia en Valencia y la causa por la que abandonasteis esta ciudad?

—Sí, señor... —Tragó saliva, sintiéndose de pronto muy nervioso. Un detalle que no pasó inadvertido para el privado—. Mi padre pertenece a la familia Vives, caballeros que acompañaron a don Jaime, el conquistador de Valencia. Y mi madre, doña Blanca March, pertenecía a una de las familias más distinguidas de la ciudad. De mi primera educación se ocupó mi tío, Enrique March, que era profesor de derecho en la Universidad de Valencia, de modo que llegué a pensar que mi futuro estaba precisamente allí, al lado de mi familia y mis maestros... Pero, en el año de Nuestro Señor de mil quinientos ocho, la peste asoló cruelmente la ciudad y...

Se interrumpió. Sentía un nudo en la garganta.

—Y vuestros padres murieron... —concluyó Chièvres con frialdad.

—Mi madre, señor. La peste causó tan seria perturbación en la vida de mi ciudad que me vi obligado a viajar a París para continuar con mis estudios.

Tras decir esto, cerró los ojos por un momento y frunció los labios. No deseaba tener que hablar más del asunto, pues sabía que cualquier cosa que añadiera iba a sonar a falsa. Siempre le había resultado difícil ocultar sus sentimientos.

—Veo que la muerte de vuestra madre os sigue causando un gran dolor —dijo el señor de Chièvres mirándolo fijamente.

—Disculpadme, señor. Es sólo que...

El Privado alzó una mano para pedirle silencio.

—No tenéis que disculparos por algo así, porque es de buena ley que un hijo llore a sus padres muertos. Cambiemos de tema entonces... La misión que quiero encomendaros es de gran importancia. ¿No adivináis de qué se trata?

Luis se sintió desconcertado, pero el señor de Chièvres seguía mirándolo como si esperara una respuesta.

—Queréis que me ocupe de la tutela de su eminencia, vuestro sobrino... —dijo—. Al menos ésa era la misión indicada en la carta que me mostró Erasmo...

—Oh, sí, mi querido Guillermo de Croÿ —sonrió—. A su debido tiempo ya os ocuparéis de él, pero de momento sigue en Roma... Así que antes hay otro asunto que quiero encomendaros. Pensé en ello cuando leí las referencias que Erasmo daba de vos.

Luis recordó algo entonces. Erasmo le había dicho que el joven rey sólo hablaba correctamente el francés. Que tenía un conocimiento muy deficiente del latín, y que, a pesar de haber nacido en Gante, era incapaz de mantener una conversación en flamenco. No hablaba una palabra de alemán, el idioma de su tío el Emperador. Ni, lo

que era más grave, de castellano, el idioma del país que iba a gobernar.

—¿Queréis que me ocupe de la educación de su majestad? —aventuró.

El privado hizo una mueca sardónica.

—No, maese Vives. No seáis tan arrogante. El rey ya tiene un preceptor, que soy yo —cloqueó—. Y os aseguro que no se puede hallar uno mejor.

—Sin duda, señor —el valenciano bajó los ojos con humildad.

También le contó Erasmo que el privado había trasladado su lecho a la habitación del joven rey, para dormir junto a él y atenderlo en caso de que despertara en mitad de la noche. Sin duda era imposible mayor dedicación, aunque ésta no se hubiera visto reflejada en la erudición del monarca. Pero Luis se guardó mucho de decirlo.

El señor de Chièvres lo contempló en silencio durante un buen rato, manteniendo aquella mueca displicente en los labios. A diferencia del valenciano, él sí sabía ocultar perfectamente sus pensamientos y emociones. Sin embargo, cuando volvió a hablar lo hizo en un tono de mayor confianza, como si lo hiciera partícipe de una confidencia:

—Decidme una cosa, Vives, ¿creéis en la magia y en los seres sobrenaturales?

Luis frunció el ceño, extrañado por la pregunta.

—Sin duda hay cosas que... van más allá de nuestro entendimiento —dijo prudentemente—, pero...

—¿Pero?

—Señor, creo es necesaria cierta cautela a la hora de afrontar esos temas. El principio de economía debe regir la lógica, y como dijo el sabio de Ockham: «las entidades no tienen que ser multiplicadas sin necesidad y sin pruebas».

—Ciertamente nada es casual en este mundo de Dios —replicó el privado como si no hubiera oído una palabra de su respuesta—. Todo tiene un origen y un sentido, y la magia está detrás de muchas circunstancias que no sabemos explicar. Se trata de algo real. Me he encontrado infinidad de veces con ella. La magia blanca, natural y bondadosa; y la negra, que se obtiene gracias a la intervención de los demonios.

Luis parpadeó, incómodo por el curso que había tomado la conversación.

—Señor, una magia capaz de alterar la Voluntad de Dios... No sé, es...

—¿Sí? —preguntó Chièvres abriendo mucho los ojos.

Una mirada que hizo sonar una señal de alarma en la mente del valenciano.

«Será mejor que no continúe por ese camino...», se dijo. Pero descubrió que empezaba a estar harto de todo aquello y que sentía la necesidad de hablar con sinceridad. Aunque ello significase tener que renunciar a los doscientos ducados.

—Me cuesta aceptarlo, señor —dijo—. Opino como san Bonifacio que no es digno de un cristiano creer que el poder de la magia sea capaz de suplantar la Voluntad Divina para dominar y controlar la naturaleza. El propio *Canon Episcopi* niega absolutamente la posibilidad de los vuelos nocturnos de las brujas para someterse a la diosa Diana, y afirma que todos esos acontecimientos fantásticos se producen realmente en sueños. *In somnis, non realiter sed fantastice...*

—Os ruego que os ahorréis el latín.

—Quiero decir... que son fruto de los humores de la imaginación y de los...

El privado soltó entonces una carcajada que interrumpió sus palabras.

—Maese Vives, la verdad es que a mí me importa una higa lo que diga el *Canon Episcopi*, san Bonifacio y quien se tercié... Pero vos ya habéis dejado bien clara vuestra postura, y sois exactamente la persona que andaba buscando.

Luis le devolvió una mirada de desconcierto.

—Mi señor de Chièvres, aún no sé qué es lo que esperáis de mí.

El privado lo miró con una sonrisa dura, tan afilada como una navaja de barbero.

—Leyendo la carta de recomendación que Erasmo me envió, encontré el dato de que estabais elaborando un ambicioso tratado sobre el alma humana... El alma, qué fascinante. ¿De verdad confiáis en desentrañar sus misterios?

—Señor, nada más lejos de mi intención que averiguar lo que es el alma. Las bagatelas metafísicas no me interesan. Tan sólo quiero observar y describir cómo funciona, para así entender el mecanismo de las emociones humanas.

—¿Y también sus enfermedades?

Luis asintió.

—Sin duda, señor, pues el alma puede enfermar al igual que el cuerpo, como un complejo mecanismo que se desajustara...

—En vuestra ciudad natal hay un establecimiento en el que se pretende tratar a los locos como a cualquier otro enfermo... ¿No es así?

—Estáis en lo cierto, señor.

—Asombroso. ¿Y cuál es su nombre?

—*La Casa dels Fols*^[5].

En realidad, la visita a aquel centro en compañía de su padre, que solía beneficiarlo con sustanciosas donaciones, fue la inspiración de su trabajo sobre el alma.

—¿Sabéis que la madre de nuestro monarca, la reina doña Juana, está aquejada de una de esas enfermedades del alma? Y por ello ha tenido que ser recluida... Al parecer, se niega a cumplir con los preceptos religiosos, a escuchar misa, a confesarse y comulgar; dicen que no come, que duerme en el suelo, y que tiene frecuentes ataques de ira en los que arremete contra sus servidores... En pocas palabras, que está loca.

—Sí —dijo Luis prudentemente—, lamentablemente eso he oído, señor.

—Hay quien afirma que la buena madre de nuestro señor el rey está cautiva de hechizos en Tordesillas —dijo Chièvres con su habitual tono indolente y extraordinariamente lento—, pero yo os digo que simplemente está loca. Por eso quiero que nos acompañéis en el viaje que pronto vamos a emprender, para que podáis estudiar a Doña Juana y dictaminar si el mal que la aqueja responde o no a causas naturales.

—¿Queréis que... viaje a España? —el terror que Luis sintió de pronto le hizo

temblar la voz.

—¿Acaso tenéis algún inconveniente?

—Yo no... —intentó controlarse—. No lo tenía previsto, señor. Tengo compromisos y... mis clases en Lovaina... Mi señor de Chièvres, me es imposible...

—No me vengáis con eso ahora —dijo el privado con desprecio—. Desde que habéis entrado por esa puerta os habéis puesto a mi servicio y al servicio del rey. Nada puede ser más importante que esto, así que ocupaos de despachar rápidamente esos asuntos. Cuando llegue el momento de partir lo haréis en la misma nave que ocupe yo.

—Pero yo... no soy un cirujano capaz de extraer la piedra de la locura, señor.

—No espero que curéis a la vieja loca, maestro Vives... Lo que deseo es que confirméis que su locura es algo que responde a causas naturales y no al concurso de la brujería. Teniendo en cuenta lo que me habéis dicho antes, no os resultará difícil.

—Señor, yo... —musitó Luis. Pero se había quedado sin palabras.

—Es suficiente, maestro Vives —dijo el Privado con ausente crudeza—. Ya está todo dicho y no tengo tiempo para seguir escuchándoos. Empezad a disponer vuestros asuntos para el viaje que tendréis que emprender en breve... Pero no regreséis ahora al salón de banquetes. Es sólo para caballeros del Toisón de Oro y supone una gran descortesía que os sentéis en su mesa. —Alzó una mano para hacerlo callar cuando iba a disculparse—. Ya sé que el señor de Vauldre os invitó, incluso insistió en que os sentarais. Como veis, no pasa nada en este palacio que yo no conozca con pelos y señales...

—Él fue muy amable, señor, y yo...

Chièvres se llevó la mano a los labios con un gesto imperioso, indicándole que se callara, y Luis obedeció de inmediato.

—No volváis a interrumpirme. Nunca. —Dijo con un relámpago de ira en los ojos—. Os decía que ya sé que el señor de Vauldre os invitó. Es un hombre muy sabio, pero tiene demasiados años y, a veces, sus ideas no son todo lo claras que deberían ser. La de los ancianos es otra forma de locura, ¿no? No hace falta que me respondáis, porque no quiero seguir hablando de este asunto. Simplemente os digo que no volváis al salón... Ahora id con Dios y regresad, de momento, a vuestra casa y a vuestros asuntos.

Y no hubo más. Confuso, con la sensación de que la reunión había ido mucho peor de lo que había previsto, Luis hizo una profunda reverencia y abandonó la perrera.

Esa misma noche, de regreso en la habitación alquilada, Luis sacó las dos cartas del bolsillo interior de su loba. Las desplegó frente a él, sobre la mesa, y acercó la luz de una vela. Una de ellas llevaba el encabezamiento:

«*In Camera Sancti Officii Inquisitionis*».

Y decía en uno de sus párrafos:

«... *sentenciavit et declaravit Blanquinam Vives uxorem Ludovici Vives quondam mercatoris civitatis Valentiae comissise et perpetrare crimine heresis et apostatie propter quod memoria ejus fuit dapnata et estatua ejusdem tradita brachio seculari...*».

Es decir, su desdichada madre, muerta tantos años atrás, Blanca Vives, había sido condenada por hereje y apóstata. Y ni siquiera su fallecimiento iba a librarla del castigo. Su memoria sería mancillada y una imagen suya entregada al brazo secular para que fuese quemada en público. No siguió leyendo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo mientras estrujaba entre sus manos aquel terrible papel. Lo acercó a la llama de la vela y lo dejó consumiéndose en cenizas sobre un plato.

Tomó la otra carta. Estaba firmada por el dominico Martín Ximenes, y fechada en Valencia, el trece de septiembre de mil quinientos dieciséis.

Empezaba así:

«Muy erudito y no menos atento varón, filósofo y dignísimo maestro Luis Vives, residente en la Corte Real y Cortesano de la misma. Hijo mío, cuan grandes son los deberes para con la patria y los amigos que te quieren, gracias a Dios, tú que juzgas rectamente, como hombre de bien y honrado ciudadano de tu ciudad...».

Pasó por encima de varias líneas más de lisonjas y al fin logró averiguar lo que el dominico quería de él. En resumen, le pedía que intercediese a su favor en la Corte Real, para resolverle un pleito con un miembro de la curia romana que había llegado a la ciudad de Valencia con privilegios otorgados por el propio papa Borja, para ocupar el mismo puesto de relevancia en el Santo Oficio al que Martín Ximenes optaba desde hacía años.

Observó las cenizas de la carta del Santo Oficio y se permitió una sonrisa llena de amargura. No le sorprendería en absoluto que esa carta hubiera sido dictada por el mismo Martín Ximenes que solicitaba humildemente su ayuda en la otra, y que se permitía llamarlo «hijo mío». Como tampoco le extrañaba que su presencia en la Corte, y el entrar al servicio de Guillermo de Croÿ (algo que hasta esa misma tarde sólo había sido una posibilidad sin confirmar), llegase tan pronto a oídos del dominico valenciano.

Buscó su cuaderno de notas, tintero y pluma, y escribió:

«Tenemos memoria, recuerdo y reminiscencia. La sede y laboratorio de la memoria fue colocada en la nuca con admirable sabiduría por la naturaleza, porque contempla lo pasado y lo dejado a nuestra espalda a manera de un ojo más avizor que

si lo tuviéramos situado en la frente, como el que la fábula atribuye a Jano...».

Se sentía débil después de un día tan largo y lleno de emociones. Las líneas fluían perezosas y sus palabras nacían desgastadas. Apartó el papel de un manotazo y el tintero derramó su contenido sobre la mesa. Presa de una fuerte emoción, apretó con fuerza los puños contra los párpados cerrados, hasta que vio imágenes de círculos centelleantes surgiendo de la oscuridad.

Cuando su madre murió, su padre quedó desamparado. Cuando él se marchó de Valencia ya había transcurrido un año de su muerte, y su padre actuaba como si aún siguiera a su lado. No hacía ni decía nada que no hubiera sido del agrado de ella. Seguía manteniendo aquella apasionada fidelidad a alguien que ya no existía, como si su alma se hubiese quedado perdida en un tiempo pasado.

—Memoria, olvido... —musitó como si pronunciara un exorcismo, con tanta amargura que le dolió el corazón—. Recuerdos...

Su padre estaba ahora gravemente enfermo, consumido en vida después de sufrir años de encierro y torturas en las mazmorras del Santo Oficio... El patrimonio de su familia había sido confiscado, y sus pobres hermanas pronto no tendrían dónde vivir...

«Y ahora me dicen que van a arrancar los restos de mi madre de su tumba...».

Se llevó la mano derecha a la nuca y clavó allí las uñas con fuerza.

El dolor era un verdadero alivio. Se preguntó en voz alta:

—¿Qué clase de adhesivo mantiene los recuerdos fijados a nuestra alma?

Tenía la boca seca. Se levantó y se sirvió un vaso de agua que bebió con avidez. Sabía que iba a pasarse toda la noche trabajando, porque si intentaba dormir, las pesadillas lo acosarían implacablemente. Nunca lograba recordar ningún detalle al despertar empapado de sudor y con el corazón retumbando en su pecho, tan sólo el terror puro y crudo. Regresó a su escritorio y limpió la tinta con un paño húmedo. Volvió a llenar el tintero, mojó la pluma y escribió de nuevo:

«Tenemos memoria, recuerdo y reminiscencia...».

DIES IRAE

De allí a España, pero por mar, pues por tierra apenas puede uno sobrevivir en estos tiempos tan calamitosos. Lo he retrasado hasta ahora por si brillaba alguna esperanza desde España. Pero todo es tinieblas y noche, no mayor en los acontecimientos que en mi espíritu y en mis determinaciones, que me las arrancó todas la vehemencia de mis sufrimientos. Ni faltan quienes dicen que esto sucede para satisfacción de mi alma. ¡Ojalá no les sobrevengan a ellos tales satisfacciones! Pero dejémonos de quejas...

Carta de Luis Vives a Cranevelt.

Arenemuiden, 22 de julio de 1517

A fuerza de remos, navegando con las banderas desplegadas, las barcas desfilaban frente a los espectadores, que vitoreaban mientras sonaban trompetas, tambores y pífanos. Luego se fueron alineando en espera de la señal para comenzar la regata.

En el puerto, en una playa cercana, en barcas cercanas a la orilla, se habían congregado centenares de sudorosos ciudadanos de Arnemuiden. Hacía mucho calor. El invierno de aquel año fue largo, húmedo, y se había apropiado de una buena parte de la primavera. El verano había llegado inesperadamente, trayendo un calor sofocante, cargado de humedad y salitre que los vientos arrastraban desde el Océano.

Un cañonazo lanzado desde la nave capitana fue la señal para que los remos se clavaran en el agua y comenzase la competición.

—Vamos, Luis, que esto ya está visto —dijo el joven Guillermo de Croÿ con impaciencia, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de seda roja.

Resultaba evidente que sus aparatosas vestiduras de prelado no eran lo más apropiado para ese calor, pero Luis hizo un gesto con las manos pidiéndole calma a su pupilo. En aquella ciudad todo el mundo parecía nervioso, y todos los festejos y banquetes no hacían otra cosa que intentar enmascarar una situación complicada.

Ya se habían cumplido casi dos años de la muerte de Fernando el Católico, y la flota de naos que debía llevar a Carlos a España continuaba atracada frente al puerto de Arnemuiden. El propio rey y su consejo habían tenido que esperar en aquel lugar aburrido durante gran parte de ese tiempo. No había otra razón que dar a entender que se podía zarpar en cualquier momento, en cuanto los vientos se mostrasen propicios, aunque éstos no lo hubiesen sido en toda la estación. Se quería mantener esta apariencia porque una gran parte de la nobleza de Bruselas se oponía a la marcha de su señor hacia un país extranjero y había corrido el rumor de que todo aquello era un artificio. Que ni el rey ni sus acompañantes tenían verdadera intención de partir. Al poderoso señor de Chièvres le preocupaba que ese rumor pudiera llegar a relajar la confianza de los nobles que sí estaban dispuestos a viajar a España como séquito de Carlos, y que se produjeran deserciones y más retrasos.

A punto de terminar la estación, la flota seguía inmovilizada por vientos contrarios o desgracias inconcebibles. El otoño estaba a la vuelta de la esquina, y su llegada supondría tener que esperar un año más.

Mientras tanto, la nobleza se había instalado lo mejor que había podido en Middelburgo, la capital de la isla de Zelanda llamada Walcre. Cada tarde los dignatarios y sus esposas solían descender en barca por el canal que comunicaba la ciudad con el puerto de Arnemuiden, hasta las grandes naos ancladas. Para entretener la espera, los capitanes ofrecían fastuosas cenas a bordo de sus naves y organizaban regatas.

—Vamos, Luis, que no tengo ganas de aguantar bajo el sol otra absurda competición —dijo el cardenal mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la ciudad.

El joven Guillermo de Croÿ era el segundo hijo del conde de Porcián. Gracias a las influencias de su familia, con sólo diecisiete años era obispo de Cambrai, y dos semanas antes había recibido el capelo cardenalicio de manos del abad de la iglesia de Middelburgo, donde se celebró la ceremonia de investidura. Desde entonces, en vista que el viaje a España se retrasaba una y otra vez, Luis se había hecho cargo de la educación del flamante cardenal. Se sentía a gusto con Guillermo, que era un joven inquieto e inteligente, con quien había trabado rápidamente una sincera amistad. Pero, sobre todo, porque el viaje a España se retrasaba indefinidamente y el valenciano confiaba en que ahora que Guillermo estaba bajo su tutela ya no tendría que embarcar.

De modo que muy bien podía consentirle un poco de aquella impaciencia tan propia de sus años. Lo siguió en silencio por las callejas del puerto, hasta una de las casonas acondicionadas como alojamiento para los capitanes y jefes de la flota.

Subieron hasta una habitación del primer piso y Guillermo comprobó que sus criados le habían dejado una bolsa llena de ropa, tal y como les ordenara.

—Luis, tú que eres tan sabio —dijo mientras empezaba a desvestirse—, ¿puedes explicarme por qué las vestiduras cardenalicias son tan incómodas?

—Nunca me he ocupado en desarrollar una teoría que lo explicara, eminencia.

El joven arrojó a un lado la casulla y empezó a desabotonar la camisa.

—Llámame Guillermo. Solo Guillermo, ¿de acuerdo? No se te vaya a escapar lo de «eminencia» allí adonde vamos.

—Nada de esto me parece una buena idea.

Guillermo se colocó un jubón de paño azul con brahones en los hombros.

—Sí, ya sé. Me lo llevas repitiendo toda la tarde. La verdad es que tenía otra imagen de la gente de tu tierra. Tenéis fama de galantes y placenteros, y yo te imaginaba más decidido, Luis.

—Siento haberte decepcionado, mi señor, pero si le das el mínimo crédito a esa clase de tópicos, errarás siempre.

—En Roma contaban que las mujeres de Valencia van por la calle con los pechos al aire. Asomando los pezones por el escote de sus camisas...

—No es cierto. Se trata de otro mito.

—Qué pena —dijo el muchacho soltando una risotada.

Lucía una perilla bastante delgada, con aspecto de haber crecido con gran dificultad sobre su casi lampiño rostro de mozalbete. Alzó las cejas para indicarle a Luis que se trataba de una broma, pero al ver que éste permanecía circunspecto, añadió:

—Eres demasiado serio para tener casi mi edad, amigo mío.

—Tú puedes permitirte no serlo, eminencia. No arriesgas nada.

—¿Lo dices por mi tío?

—Por tu tío lo digo.

—¿Por qué? ¿Temes que no apruebe nuestra salida de hoy?

—Porque estoy seguro de que no va a aprobarla.

—Pero yo estoy decidido a ir a esa taberna. Lo de andar haciendo regatas de un lado a otro del puerto no es mi idea de pasar el tiempo, lo lamento. Y, en cualquier caso, mi tío agradecerá que tú me acompañes y que cuides de mí antes de dejarme ir solo.

—Me agradecería que hubiera tenido la inteligencia suficiente para quitarte esa idea de la cabeza. Igual que la de tu afición por los libros de caballería...

Guillermo se había ajustado unas calzas negras y largas, que sujetaba con agujetas al jubón. Terminó calzándose con botines, también negros.

—Ya estoy listo —dijo—, podemos irnos si te parece.

Suspirando, Luis abrió la puerta y le cedió el paso a su pupilo.

—Sobre la cuestión de los libros de caballería... —dijo Guillermo de Croÿ mientras descendían por las escaleras—, puedo asegurarte, Luis, que se puede aprender más de ellos sobre las cosas verdaderas del mundo, que en esos otros libros en latín y griego a los que tú eres tan aficionado.

El valenciano no se molestó en responder. Salieron a la calle y caminaron juntos, en silencio, por caminos estrechos y empapados por el olor a salitre y a pescado. Rodearon el canal hasta llegar a una pequeña taberna de fachada erosionada por el aire húmedo del mar, situada en una callejuela que no estaba muy lejos del puerto. Entre dos edificios asomaba un retazo de mar en el que se alineaba la flota cerca del horizonte. Y, aunque entonces era invisible para ellos, el barullo y la música de la regata les llegaba con toda claridad.

—¿Por qué ese interés por el vino español? —preguntó Luis a su pupilo.

Al parecer alguien había informado al joven cardenal sobre la llegada, esa misma mañana, de un barco con un cargamento de cubas de vino español, y que esa taberna había comprado una de ellas.

—En Roma probé el vino de allí y me gustó. Ahora que te conozco, amigo mío, quiero probar el de tu tierra.

Luis alzó la vista hacia el cartel oxidado e ilegible del antro e hizo un gesto de escepticismo.

—Nadie nos asegura que vaya a ser un vino de buena calidad.

—Por eso hay que comprobarlo, y tú me tienes que dar tu opinión. ¿No es eso lo que dices siempre, querido maestro, que hay que comprobar las teorías para hacerlas ciertas?

—Sin duda. Eso es lo que nos distingue de los bárbaros.

—Pues no seamos bárbaros y vayamos dentro.

Los dos se fundieron con el oscuro interior. Los olores de la taberna eran nuevos y sugerentes. Al cruzar la puerta les llegó el aroma a bollos de manteca, a lúpulo y a vino. El aire estaba saturado de voces y conversaciones, con un discurso que quizás

era menos intelectual que el de la universidad, pero igual de apasionado. Una vez que sus ojos se acostumbraron del todo a la penumbra, Luis pudo distinguir unas cubas al fondo, con las cédulas que indicaban el precio del vino colgando de ellas, y un mostrador con los instrumentos de medida para la venta al por menor. Las mesas y bancas de madera que llenaban el espacio intermedio estaban repletas de parroquianos, bebiendo y hablando a gritos. A los flamencos les gustaba la conversación por sí misma, e idolatraban los chismes y las historias de lances. Unos estaban concentrados en jugar a los naipes. Otros bebían. Algunas parejas, ajenas a todo, se acariciaban y besaban como si vivieran en un mundo aparte.

Las mesas se iluminaban con cabos de vela. Ardían en el centro de cada una de ellas, sobre colinas de cera, y parecían una constelación de estrellas enturbiadas por el humo. Guillermo le indicó a su maestro una mesa vacía cerca de la puerta.

—Ocupa ese sitio y espérame. Voy a preguntar a ver si tienen o no ese vino de España.

—¿No sería mejor que preguntase yo, y que tú me esperaras aquí?

—Con tu acento extranjero el tabernero podría tener la tentación de darte gato por liebre. No, es mejor que sea yo quien vaya a preguntar.

Mientras Guillermo se dirigía hacia la barra, Luis ocupó la mesa. El tablero de madera estaba empapado de vino y tuvo que andar con cuidado para no mancharse.

Una joven le sonreía y lo miraba fijamente mientras avanzaba hasta situarse junto a él. Tomó asiento en el banco de su lado.

—Lo siento, pero ese sitio está ocupado... —empezó a decir Luis.

—Decidme, ¿al final encontrasteis a alguien que os zurciese la manga?

Luis alzó la vista y contempló a la chica como si intentase hacer memoria.

—¿Acaso no me recordáis? —dijo ella.

—Claro que sí. Hace casi un año... en Bruselas...

—Casi un año, sí. ¿No os parece asombroso cómo pasa el tiempo? —Y antes de que él respondiera, añadió—: Escuchadme, necesito hablaros... Pero no ahora. No aquí.

—Cuando deseéis, yo...

La muchacha se giró hacia la barra para mirar durante un instante a Guillermo de Croÿ. Luego devolvió su atención a Luis.

—Me llamo Cèleste y necesito vuestra ayuda.

—¿Mi ayuda?... Claro, si hay algo que pueda hacer por...

—Quiero viajar a España a bordo de la Nao Real. Eso sólo sería posible si me convirtieseis en vuestra amante...

—¿Qué?

La sorpresa estuvo a punto de hacer que Luis se pusiera en pie de un salto, pero se controló rápidamente. Sonrió. ¿Era todo aquello una broma de Guillermo?

—Entendedme, sólo os estoy pidiendo que finjáis que somos amantes para...

—Yo estaría encantado —dijo Luis—, y os aseguro que es el mejor ofrecimiento

que me han hecho hoy. Pero me temo, Cèleste, que el viaje a España está prácticamente cancelado. Al menos por una estación más. Pronto cambiarán los vientos y...

—Os equivocáis —le cortó ella—. Ese viaje se hará, y muy pronto.

—No lo creo —repuso el valenciano algo nervioso—. En todo caso, yo estoy ahora comprometido en la educación de Guillermo de Croÿ, y no creo que...

Cèleste miró de nuevo hacia la barra y dijo:

—Parece que vuestro joven cardenal viene hacia aquí —se puso en pie y retrocedió un paso hacia la oscuridad—. Eso significa que tenemos que dejar nuestra conversación para otro momento. Hasta pronto, Luis Vives.

Esta vez el valenciano sí se levantó de un salto.

—¿Cómo sabéis mi nombre?

Cèleste sonrió. Caminó hacia atrás varios pasos, y su figura alta, sinuosa, desapareció entre el humo y la penumbra del fondo de la taberna.

—¿Qué sucede, Luis? ¿Con quién hablabas?

Guillermo de Croÿ sujetaba un pichel de vino en una mano y dos vasos en la otra.

—Con nadie, yo...

—Vi que había una chica a tu lado.

—Se sentó aquí un momento y luego se marchó. Creo que me ha confundido con otra persona.

Guillermo acercó un banco a la mesa arrastrándolo con un pie y luego se sentó en él. Dejó el pichel y los vasos sobre la madera húmeda de vino.

—Es posible que le gustases —sugirió mientras escanciaba.

—Eso es absurdo.

—¿Qué tiene de absurdo? Tú no estás sujeto como yo por un voto.

—Te aseguro que no sé quién era esa muchacha.

—En ese caso... —dijo Guillermo de Croÿ mientras le entregaba un vaso a Luis —, brindemos por esa bella desconocida. Porque algún día volvamos a encontrarla.

Alzó su vaso lleno de vino. El valenciano sonrió y brindó con el joven cardenal.

2

Después de dejar a Guillermo de Croÿ, Luis regresó a su habitación en Middelburgo. La tarde se desvanecía lentamente en aquella ciudad arrebatada a las aguas. La vida allí era un milagro de supervivencia en un medio hostil. Cuando paseaba por las calles o salía a los campos, la gente que encontraba en su camino, a la sombra de los grandes molinos, era muy diferente de los otros borgoñones que había conocido. Todos parecían allí vestidos de una tranquila gravedad. Incluso los niños parecían atesorar algún profundo secreto con sus risas y sus juegos.

Mientras preparaba su viaje a Zelanda, había reunido bastante documentación para seguir con su *Tratado del Alma* lejos de la biblioteca de Lovaina. Pero pronto descubrió que se había excedido, y ahora tenía que dedicar gran parte del tiempo a separar los datos que le iban a ser útiles de los que no. Se sentó en el escritorio y releyó con ojos críticos un texto que él mismo había copiado un año atrás, tachando todo aquello que le parecía fútil.

El rumor del mar, cuyas olas rompían contra las rocas del puerto cercano, traspasaba los muros encalados de la casa. Las ventanas que daban al patio estaban entreabiertas y por ellas entraba una fresca brisa del noroeste que olía a algas. Las cortinas de lana ondeaban suavemente.

«Que agradable...», pensó mientras seguía tachando.

En las últimas horas había empezado a hacer calor de verdad y aquel frescor se sentía como gloria. Pero también era para preocuparse, porque parecía ser justo lo que las naos estaban esperando para zarpar... Y eso, claro, no sería tan agradable.

Le costaba concentrarse. Se esforzó en ignorar el ritmo del mar y preparó una nueva pluma cuando la que estaba usando se despuntó al apretar demasiado en la última tachadura. Le limpió las barbas con el cortaplumas, luego cortó el extremo por los dos lados. Manejando la cuchilla con mucho tiento, le hizo el «ojo» y perfiló los dos piececitos para que el derecho fuera un poco más largo que el izquierdo.

Siguió trabajando. Al menos, la operación de preparar una nueva pluma había servido para relajarle. Así que se olvidó del mar y del sol, y de la posibilidad de que la flota zarpase pronto para España y de que él se viera obligado a marchar con ella.

Perdió la noción del tiempo, hasta que oyó las campanas de la iglesia que se levantaba en el centro de la ciudad anunciando la misa de vísperas. Pero su tañido quedó amortiguado por el insistente sonido metálico de la aldaba de su puerta.

Al abrir se encontró con la muchacha de los ojos azules esperando en el umbral.

—¿Me invitáis a entrar en vuestra casa? —preguntó ella.

Luis la miró sorprendido, pero se hizo a un lado para dejarla pasar.

Cèleste paseó por la habitación mientras practicaba su juego favorito de adivinar lo máximo con el mínimo de datos posibles. Era una habitación humilde, estrecha, lo que le confirmó que la posición de aquel erudito español en la aventura no podía ser muy destacada. La única ventana estaba cubierta por una cortina de lana que se movía

al compás de la brisa. Una vieja litera apoyada contra una de las paredes encaladas de blanco, una silla solitaria junto al escritorio de roble, sobre el que se amontonaban los papeles, un morterito de plomo lleno con tinta, una tarro con plumas sin preparar, cortaplumas, tijeras para recortar los bordes irregulares del papel, y la salvadera. El papel era del tipo corriente, del que se encuentra en cualquier sitio a la venta a ocho dineros el pliego o menos. La tinta aún brillaba húmeda sobre él... Todo esto lo captó ella con una rápida mirada. Incluso alcanzó a leer algunas líneas de lo último que él había escrito.

Se sentó en la litera y dejó la talega a un lado. Se quedó mirándolo, analizando la clase de hombre que era el que ahora tenía enfrente, asumiendo que en aquella estancia tan impersonal no iba a encontrar ningún indicio relevante sobre su carácter.

—¿Y bien? —dijo Luis al cabo de un momento, molesto por el descarado escrutinio al que lo había sometido la mujer—. ¿Puedo saber qué se os ofrece?

—¿Habéis considerado lo que os dije?

Ahora era el turno de Luis de mirar con descaro, pero lo cierto es que le resultaba difícil apartar los ojos de ella. Llevaba su gonela azul muy escotada, y un corpiño de cuero ajustado con cintas del mismo color que le levantaba el busto de un modo que a él le pareció espectacular. Sus ojos se detuvieron un momento allí, y luego se abrieron hacia el rostro de la muchacha. Aquella mirada azul era salvaje y libre a la vez. Parecía brillar con luz propia en un mundo de color gris.

—No puedo llevaros conmigo en la Nao Real —dijo al fin, lamentándolo sinceramente—. Eso está descartado; aun en el caso improbable de que zarpase la flota.

—¿Por qué os asusta eso? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—Cuando en la taberna os dije que muy pronto partiríais hacia España os preocupasteis. Y lo mismo os sucede ahora. ¿Por qué teméis regresar a vuestro país?

Luis contuvo el aliento, acentuando la sonrisa para ocultar su turbación.

—¿Es que sois adivina? —dijo, y él mismo notó que su voz sonaba ronca.

—Soy bruja.

Luis descubrió con sorpresa que aún estaba sujetando la puerta abierta. La cerró y caminó hasta el escritorio. Después de acercarse a la litera la única silla de la estancia, se sentó a horcajadas en ella, apoyó los brazos en el respaldo y miró a la chica.

—¿Bruja? ¿De las que devoran bebés y adoran a un macho cabrío?

—Se cuentan muchas cosas sobre nosotras... No lo creáis todo. He oído decir que los inquisidores españoles no admiten el poder de las brujas. ¿Qué opináis vos?

—San Agustín dijo que tan pagano es realizar los rituales y hechizos que se les atribuyen a las brujas, como creer en su poder real. ¿Cabalgáis sobre demonios o sobre una escoba? ¿Tenéis la habilidad de transformaros en lobo en las noches de luna llena? El ejercicio de esas facultades alteraría la Voluntad de Dios, lo que no es posible.

Cèleste soltó una carcajada.

—O sea, que pensáis que tan culpables somos las brujas como los inquisidores...

—Más o menos. Creo que el diablo sí que tiene que ver con todo esto, pero ejerciendo de gran farsante que engaña con sus fantasías tanto a brujas como inquisidores.

—Interesante. Veréis, mi maestra en brujería me contó que, en los primeros tiempos de la Iglesia, ésta se dedicó a negar el poder de las brujas, porque era un desafío para su propio poder. Pero ahora que el poder de la Iglesia está implantado de modo absoluto en toda Europa, les interesa a sus sacerdotes el disponer de algo con lo que aterrorizar a sus fieles. ¿Habéis pensado en ello?

Luis suspiró.

—A ver, eh... Cèleste..., ése era vuestro nombre, ¿verdad? ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Ya os lo he dicho.

—Pero eso es imposible. ¿Fue por eso por lo que me abordasteis a las puertas de Santa Gúdula? ¿Ya entonces pretendíais que os llevase conmigo a España?

Todo aquello le parecía cada vez más extraño.

—En aquella ocasión vi que hablabais con el criado del señor de Chièvres.

—¿Y qué con eso?

Cèleste sacó un papel que ocultaba en la manga de la gonela. Lo desplegó cuidadosamente y lo alisó sobre la falda. Luego se lo mostró a Luis.

—Fue realizado por un artista de Brabante —dijo—. Su nombre es...

—¿Este dibujo es de Hieronimus Bosch?

—Sí.

—Hieronimus Bosch murió hace un año —dijo Luis—. ¿Cuándo os lo entregó?

—Fue asesinado hace un año —precisó Cèleste.

—No oí nada de eso. Creo que su muerte fue natural... era muy anciano.

—Fue asesinado, os lo aseguro, delante de mí.

—¿Qué?

Luis tomó el papel y lo miró con detenimiento. Era un esbozo realizado con aquel extraordinario talento que había hecho famoso al artista en todo el mundo. Representaba a un demonio; una especie de híbrido entre hombre y rana. Su rostro monstruoso y lleno de verrugas era una grotesca caricatura humana.

—¿Lo reconocéis? —le preguntó la bruja.

—Es un retrato bastante cruel del señor de Chièvres. El privado del rey.

Cèleste señaló las letras escritas en el margen inferior del papel: «A, E, I, O, U».

—¿Conocéis el significado de estas letras?

—*Austria Est Imperate Orbi Universo* —dijo Luis sin dudar—. «Austria reinará sobre todo el mundo». El emblema del emperador Federico III, padre de Maximiliano.

—Fijaos en el texto del medallón que luce la caricatura.

—*Stupor Mundi*...

—¿Sabéis a qué se refiere?

Luis advirtió que la muchacha lo miraba expectante y dijo:

—Así es como era conocido el emperador Federico II...

—¿El asombro del Mundo? —preguntó Cèleste.

—O también: «la bestia que surge del mar llena de nombres blasfemos», como lo definió el Papa Gregorio IX... Pero no veo qué relación tiene esto con el asesinato de Hieronimus Bosch...

—No me creéis, ¿verdad?

—Me sorprende porque yo he oído otra versión sobre la causa de su muerte —razonó Luis—. Pero tenéis un dibujo suyo en vuestro poder, y eso demuestra que realmente lo conocisteis... Debo daros crédito entonces. Lo que me pregunto es cual era vuestra relación con él, y por qué os entregó uno de sus dibujos.

—Lo robé.

—¿Lo robasteis? Pues eso os convierte en la primera sospechosa de su asesinato.

—¿No decís que murió de muerte natural?

—¿Estáis intentando confundirme?

Ella ignoró su pregunta y le preguntó a su vez:

—¿Por qué creéis que Hieronimus representó al privado del rey Carlos con el cuerpo de una rana y un medallón con el emblema de ese Federico II inscrito en él?

—Más bien de un sapo, por las verrugas... ¿Lo habéis visto en persona, no? Se dice que Bosch tenía un humor cruel... y, la verdad, no creo que el privado se sintiera muy feliz si viera este dibujo.

—Yo creo, en cambio, que con este dibujo Hieronimus pretendía proclamar algo. Para sí mismo o para cualquiera que lo encontrara... Pude ver las pinturas de su taller... y os aseguro que estaban llenas de mensajes ocultos...

—Lo sé, conozco parte de su obra. Contiene una abundante simbología alquímica. Bien oculta para despistar a los inquisidores, pero fácil de leer para un iniciado.

—¿Sabéis algo de alquimia?

Luis se frotó la barbilla.

—Muy superficialmente. Tan sólo algunos aspectos que interesan a mi trabajo. Al perfeccionar la materia lo que realmente se pretende es perfeccionar el alma del hombre. El verdadero atanor, el utilizado para la Obra Mayor, es el propio cuerpo humano; la imagen a escala del Cosmos...

Cèleste se volvió brevemente hacia el escritorio de Luis y dijo:

—¿Estudiáis el alma? Parece un empeño muy ambicioso...

El valenciano siguió la dirección de su mirada. Asombrado, se preguntó cómo era posible que ella pudiera leer sus papeles desde aquella distancia y posición.

—Pretendo averiguar cómo funciona, no lo que es... El alma está encerrada dentro de los muros de la mente, y estudiarla es como escuchar voces a través de una

gruesa puerta... —Se detuvo durante un momento y añadió—: Pero... sigo sin entender vuestro propósito. ¿Por qué tenéis tanto interés en mis asuntos?

«Porque estoy sola y ya no puedo confiar en nadie», pensó Cèleste.

El ataque que había sufrido en Bruselas le había confirmado que Bocadorada la había elegido ahora como su objetivo. Quizá quería eliminar todas las huellas de su asesinato en Bois le Duc, no lo sabía, pero lo que sí era cierto es que tenía la asombrosa capacidad de encontrarla. Así los había conducido hasta el desdichado artista y luego hasta la taberna donde ella se había alojado. Desde entonces no había permanecido mucho tiempo en un mismo sitio. Tampoco había intentado establecer contacto con sus hermanos brujos, pues tenía la seguridad de que alguno entre ellos la había traicionado.

Así que le dijo a Luis:

—Necesito vuestra ayuda. A cambio, yo os puedo ayudar en vuestro trabajo... ¿Habéis oído hablar del unguento de las brujas?

—¿La *sopa del sábado*? —preguntó él con una sonrisa, pero intrigado a la vez porque empezaba a comprender por dónde iba ella.

—Ese nombre que os hace tanta gracia se lo pusieron los inquisidores, que llaman *Sabbat* a nuestras reuniones nocturnas.

—¿Me estáis hablando de esa sustancia que se dice que os permite volar?

—No os burléis. Como habéis dicho antes, eso no es posible para mí. La naturaleza de nuestro mundo es tan fuerte que se necesita un gran poder para alterar sus reglas. Pero os equivocáis al afirmar que todo es una fantasía inducida por los demonios. Existe un mundo espiritual llamado *Annwn*, que es paralelo al nuestro y está habitado por criaturas que sí poseen ese poder. Este unguento puede abrirnos la puerta de ese mundo.

—¿Qué me estáis proponiendo exactamente?

Cèleste abrió su talega multicolor y extrajo un frasco sellado con un tapón de corcho y cera. Lo retiró para que Luis pudiera ver la pomada de color marrón oscuro. Él acercó la nariz, pero se apartó al sentir el picante y profundo aroma que emanaba.

—La sustancia contenida aquí os permitiría visitar ese mundo espiritual. Seguro que eso sería muy valioso para vuestro trabajo.

—Es... tentador —dijo Luis recordando sus experiencias con la hierba de los sufíes—. ¿Ya cambio tengo que llevaros conmigo a España? ¿Por qué queréis ir allí?

Cèleste le volvió a mostrar el dibujo de Hieronimus y le preguntó:

—¿Sabéis lo que significa una rana o un sapo en brujería?

—Seguro que eso lo sabéis vos mejor que yo —dijo Luis.

—Es un instrumento. Una herramienta para realizar un hechizo.

—¿Me estáis diciendo que el señor de Chièvres es un brujo?

—No, justamente os digo que es un esbirro. Alguien que está siendo utilizado.

—¿Por quién?

—¿No os parece extraño el modo en el que Carlos ha llegado al trono?

Las palabras de ella le hicieron recordar a Luis su conversación con Erasmo, y también la extraña reunión que había mantenido con el señor de Chièvres. Pero no iba a tratar de ese tema con una desconocida, así que dijo:

—Carlos es el nieto de Isabel y Fernando. Tiene todo el derecho dinástico.

—También es el nieto del Emperador... —dijo Cèleste al tiempo que daba unos golpecitos con el dedo sobre la caricatura—. «Austria reinará sobre todo el mundo», vos lo habéis dicho, y éste es el mensaje que nos dejó el desdichado Hieronimus Bosch.

—¿Qué mensaje?

—Que se ha usado magia negra para llevar a Carlos al trono de España...

—Eso que decís es muy grave. No quiero oírlo.

—El señor de Chièvres es sólo un peón en esta trama. Pero ¿quién está de verdad detrás de ella? —volvió a señalar el dibujo—. Hieronimus nos lo está diciendo aquí.

Luis se puso en pie y paseó en un silencio tenso por la habitación. Cèleste lo siguió con la vista, hasta que, al cabo de un momento, se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Y cuál es vuestro papel en todo esto?

—Mi gente... es decir, mis maestros, detectaron que alguien estaba alterando el equilibrio de poder con magia... Por eso visité a Hieronimus Bosch, y él me confirmó que había pintado un retablo por encargo de Felipe de Habsburgo. Una pintura que puede ser utilizada para invocar a las criaturas que vosotros llamáis «demonios»...

—¿Nosotros?

—Los cristianos.

—Porque cuando decís... «mi gente», os estáis refiriendo a...

—A lo que la inquisición llamaría una secta diabólica —dijo ella con tranquilidad—. Pero mi religión es tan antigua como el propio mundo. Mucho más que la tuya.

—Oh, es asombroso —exclamó Luis llevándose las manos a la cabeza—. Lo único que me faltaba si regreso a España es hacerlo en vuestra compañía...

Ella volvió a percibir el temor de Luis ante la posibilidad de regresar a su país, lo anotó mentalmente para investigarlo más tarde. Le preguntó:

—¿Sabéis que la reina doña Juana se negó a que Felipe de Habsburgo fuese enterrado, y que repite una y otra vez que el rey sólo está dormido? Según Hieronimus Bosch, alguien se ocupó de arrancarle el corazón y enviarlo después a Bruselas, bien guardado en una caja forrada interiormente de oro, pero...

—¿Y eso qué significa? —Luis estaba cada vez más desconcertado.

—No lo sé. Bosch estuvo a un paso de revelármelo todo, pero fue asesinado ante mis ojos. Con vuestra ayuda podría averiguarlo, si me lleváis a la Nao Real.

Luis se acercó a la puerta, apoyó una mano en el pomo, y dijo:

—Lo siento, pero no puedo ayudaros.

—¿Por qué? ¿De qué tenéis tanto miedo?

—¿De qué? —Luis estuvo a punto de soltar una carcajada, pero la contuvo porque sabía que iba a sonar como la risa de un loco—. En un momento me habéis

hablado de brujería, herejía, lesa majestad, alta traición, y... bueno, y creo que algo más que se me escapa ahora... ¡Y venís a decirme todo esto sabiendo que estoy al servicio del señor de Chièvres! ¿Cómo es posible que tengáis tanta desfachatez?

—Sé que estoy corriendo un gran riesgo al deciros esto, pero no me importa. He venido a buscaros después de mucho tiempo y fatigas porque pensé que erais la clase de hombre que me ayudaría... ¿No queréis saber de qué va todo esto? ¿Acaso no os interesa nada de lo que os he contado?

—No os denunciaré, pero no voy a ayudaros. Y no quiero volver a veros nunca — Luis abrió la puerta e invitó a la bruja con un gesto a que saliera—. Aceptadlo, Cèleste, os habéis equivocado por completo al venir a verme.

La muchacha guardó un largo instante de pensativo silencio, con los ojos clavados en Luis. Se había preguntado qué clase de hombre era, y ahora empezaba a comprenderlo. Era un hombre con el alma perdida en la estrechez y el miedo. No imaginaba las causas de esa fractura interna que ahora le parecía tan evidente. Pero él no sabía quién era, y lo más seguro es que estaría en este desconocimiento durante el resto de su vida. No podía ayudarla, puesto que había sido incapaz de ayudarse a sí mismo para salir de aquella sima. Al final, Cèleste apartó la mirada y dijo:

—Sí, eso parece.

Luis abrió la boca, pero no dijo nada. Con un gesto menos cortés, señaló de nuevo la calle. Ella frunció el ceño. Con un movimiento rápido cruzó la puerta y le dio la espalda. Se marchó sin volver a dirigirle la mirada.

Middleburgo, 7 de septiembre de 1517

—Luis... —llamó Laurent Vital—. ¿Qué opinas de ésta?

Le mostraba una túnica de seda roja con bordados dorados en las orillas y mangas bombardas. Se la ajustó sobre el cuerpo para que pudiera juzgar el efecto.

—No sé —repuso Luis nada convencido—. Creo que no es de mi estilo.

—Pero España es un país cálido ¿no? Necesitas ponerte colores vivos encima, y claros a ser posible. Vestido de negro te vas cocer dentro de tus ropas, muchacho.

—Pero es la costumbre. En las telas que se usan en mi país suelen predominar los tonos oscuros o pardos.

—Pues no me parece que eso tenga ningún sentido.

Laurent era el camarero del rey, un hombre de mediana edad que empezaba a encanecer por las sienes. Siempre vestía colores verdes o azules pálidos, en raso o terciopelo, con aparatosos brocados en el cuello y las mangas, según la moda italiana. Tenía un aspecto bastante amanerado, pero en las pocas semanas que Luis lo había tratado había sido testigo del éxito que gozaba entre las mujeres. Se había ofrecido a acompañarle al mercado de Middelburgo, para aprovisionarse de las últimas cosas que iban a necesitar en el viaje.

—Dime una cosa, Laurent —le preguntó Luis mientras seguía revolviendo entre la ropa expuesta—, ¿tú estabas en la corte cuando murió el príncipe Miguel?

—Ya lo creo que estaba —exclamó el borgoñón—. ¡Menuda fiesta se montó!

—¿Es cierto lo que he oído, que el correo que trajo la noticia a Flandes hizo el trayecto en sólo once días?

Laurent se apartó un poco de la ropa y se quedó mirando al valenciano.

—No. No fue así en absoluto. Te lo han contado mal.

—Ya me parecía a mí. Es casi imposible recorrer en once días la distancia entre Granada y Gante. Por muy buenos que sean los caballos...

—El trayecto se hizo en once horas.

—¿Qué? Venga... No te burles.

El camarero real sonrió ampliamente y se acercó un poco a Luis. Al hablar de nuevo lo hizo bajando la voz hasta un tono confidencial:

—Créeme, amigo mío —susurró—. Yo estaba allí y lo vi con estos mismos ojos que ahora te miran a ti. El correo se llamaba Juan Vélez de Guevara, y era el espía del Archiduque en la corte de sus Católicas Majestades. Estaba en Granada cuando el pequeño príncipe murió, y unas horas después se encontraba en Gante informando cumplidamente a Don Felipe. Vi cuándo se presentó ante los archiduques porque yo estaba con ellos. Se dice que vino cabalgando sobre un demonio, pero eso ya no puedo asegurártelo porque eso no lo presencié.

—¿Cómo es posible tal cosa?

—Magia, hechizos... —Laurent se encogió de hombros—. Yo no entiendo de esas cosas, ni quiero entender... Se quiso llevar en secreto y la fiesta no se celebró hasta diez días después, pero te aseguro que al día siguiente de la muerte del príncipe Miguel todos estaban ya enterados en Gante.

—Es... asombroso.

—Sin duda. Pero los poderosos lo son por algo más que por un apellido ilustre.

«Es algo más que asombroso —pensó Luis—, parece del todo imposible...».

Después de su extraña conversación con la bruja, Luis había estado dándole vueltas al asunto de Federico II, el *Stupor Mundi* que aparecía reseñado en el dibujo que ella le había mostrado. Había leído un texto en la biblioteca de Lovaina sobre ese emperador que se proclamó enemigo de la Iglesia y pensó que podía tener relación con todo aquello. Pero no podía recordar los detalles, tan sólo que eran unas profecías de un abad calabrés llamado Joaquín de Fiore.

De modo que escribió a su amigo Frans Cranevelt y le pidió que le enviase esos libros. Los había recibido esa misma mañana, justo antes de que Laurent pasase a buscarlo para acompañarlo al mercado, y no había tenido tiempo ni de abrirlos.

Y ahora estaba impaciente por regresar a casa y sumergirse en su lectura...

Encontró dos gonelas de un azul tan oscuro que parecía negro. Las alzó para que el camarero real pudiera verlas.

—¡Mira, justo lo que buscaba! —exclamó ansioso por terminar con la compra.

—¡Pero si son exactamente iguales a la que ahora llevas puesta!

—Igual, igual, no —Luis sacó la tela a la luz para verla mejor—. Si te fijas bien hay una pequeña diferencia de tono...

—Ay, Luis, eres incorregible.

—Bueno, voy a pagar y regreso, porque tengo mucho trabajo pendiente...

En ese momento, y a la carrera, llegó al puesto un criado del rey. Tenía el rostro congestionado y cubierto de sudor. Apoyando las manos en las rodillas se inclinó hacia adelante para recuperar la respiración.

—¡Laurent... gracias al... Buen Dios... que... os encuentro al fin!

—Virgen Santísima, Pedro, tranquilízate que te va a dar algo. Ven y siéntate aquí.

—No hay tiempo para sentarse —dijo el criado irguiéndose rápidamente—. No hay tiempo... Laurent, el viento ha cambiado a oeste-noroeste y los pilotos de la flota fueron a la corte para avisar de que las condiciones eran idóneas para zarpar. El rey, las damas, y todo su séquito, cenaron temprano y partieron de Middelburgo hacia el mar en una caravana de carruajes. ¡La flota va a partir esta misma noche!

—Pero... ¿qué me dices, majadero? ¡Eso es imposible!

—Créeme, Laurent, el rey y su consejo ya están embarcados. Las naves saldrán con la marea y no van a esperar a nadie.

Laurent se llevó una mano a la boca para contener un grito de terror.

—¡Dos arcas del guardarropa del rey, de las ocho que tenía a mi cargo, aún están en mis aposentos! —exclamó—. ¡Son los trajes de gala que yo estaba limpiando y

organizando! ¡Sus mejores mantos, sus casacas... no va a tener nada que ponerse para presentarse ante sus súbditos españoles! ¡Jesucristo Misericordioso! ¡No, no, no!

...

Por un momento Luis creyó que Laurent iba a enloquecer y a rasgarse allí mismo sus propias vestiduras. Se acercó a él para intentar calmarlo.

—Laurent, aún no pueden haber partido. Tranquilízate.

—Así es —dijo el criado—. Aún estáis a tiempo de alcanzarlos, pero no debéis entreteneros ni un instante.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Laurent mientras salía disparado—. ¡Vamos, Luis, que ahora nos toca echar los hígados a nosotros!

El valenciano y el criado corrieron detrás de él, y el que también se unió a la carrera fue el dueño del puesto, al ver que sus dos clientes se marchaban cargando con varios artículos. Laurent tardó un instante en comprender la causa de los gritos de aquel hombre que los perseguía. Recordó entonces que no habían pagado y, sin detener el paso, le lanzó unas cuantas monedas al comerciante con las que sufragaba de sobra lo que se llevaban.

Afortunadamente, las casonas que ocupaban no estaban muy apartadas del mercado, por lo que lograron llegar en un santiamén.

—Eh... ¿adónde vas tú? —dijo Laurent sujetando al criado por un brazo.

—Yo... tengo otras cosas que...

—Tonterías. Nada puede ser tan importante como esto. Consigue un carruaje para cargar las arcas y alquila una barca para que nos espere en el canal. ¡Y busca a alguien más para que nos ayude a llevarlas! ¡Rápido, o el rey tendrá que acudir a la misa en la catedral de Burgos en calzas y camisa! ¡Ay Dios, ayúdame!

Laurent y Luis subieron los escalones de dos en dos y entraron cada uno en su habitación. Los libros que el valenciano había recibido esa mañana estaban sobre la litera. Sus títulos eran: *Concordia Veteri et Novi Testamenti* y *Expositio ad Apocalypsim*, ambos escritos por Joaquín de Fiore en el año mil ciento noventa y tantos. Pero eran ediciones recientes, con anotaciones que hacían referencia al propio Federico II.

Con un suspiro de frustración, los cogió y los colocó en el fondo de la valija. No sabía cuándo iba a disponer de tiempo para leerlos.

Al cabo de un instante, lo tenía todo empacado y se presentó en la habitación de Laurent cargando con su equipaje, que era un saco de cuero no demasiado grande.

—Yo ya estoy listo —dijo.

—¡Ay Dios, ay Dios! —murmuraba el camarero real mientras corría desesperado de un lado a otro de la estancia.

—¿Puedo ayudarte?

—¡Ni hablar, esto es cosa mía! Hay que ser muy cuidadoso con la ropa del Rey.

Pero al cabo de un rato había desistido ya de empacarlo todo ordenadamente y lanzaba las costosas prendas a puñados hacia el interior de los arcones. Para lograr

cerrarlos, los dos hombres tuvieron que encaramarse encima de ellos.

En ese momento apareció Pedro en compañía de otro criado.

—Solo he encontrado a Samuel para que nos ayude —dijo.

—¿El carruaje ya está esperando?

—Sí, Laurent.

—Pues tendremos que apañarnos nosotros. Luis, ¿te importa echarnos una mano?

—No, claro que no.

El valenciano se echó al hombro su valija y agarró con ambas manos el asa del lateral de uno de los arcones. Del otro lado sujetó Laurent y los dos criados se ocuparon del otro arcón. Bajaron el tramo de escalera a trompicones, resoplando y arrancando el yeso de las paredes con las esquinas reforzadas de los cofres. Al salir a la calle, el hombre que los esperaba a las riendas del carruaje se negó a ayudarles y tuvieron entre los cuatro que sudar un poco más para lograr cargar las aparatosas cajas.

—Creo que vamos a lograrlo —suspiró Laurent mientras se dejaba caer, agotado, al fondo del carro—. Sí, sí... creo que vamos a llegar a tiempo.

El cochero hizo restallar su látigo y el carruaje arrancó para atravesar a toda velocidad las callejuelas de Middelburgo. Llegaron poco después al canal y, afortunadamente, allí estaba la barca esperándolos. Esta vez sí recibieron la ayuda de varios remeros que saltaron a tierra para embarcar los cofres.

—Con cuidado, no vayan a caer al agua —suplicó Laurent—, que en cada una de esas arcas hay prendas por valor de diez mil florines.

Laurent y Luis subieron a bordo, pero no quedó sitio para los dos criados, que tuvieron que quedarse en el embarcadero. Solos, pues el carruaje que los había llevado hasta allí se había marchado ya.

—Laurent, ¿qué pasa con nosotros ahora? —preguntó Pedro mientras la barca se alejaba empujada por los remeros.

—No os preocupéis. Alguien vendrá a buscaros.

—¿Quién? —quiso saber Pedro con un punto de desesperación.

Laurent se encogió de hombros y se sentó de espaldas al embarcadero.

Se deslizaron ya por un estrecho canal flanqueado de casas de campo y molinos de viento. Para Luis seguía siendo asombroso lo apretada que vivía la gente en Flandes. Los pueblos se amontonaban uno al lado del otro y todos los campos estaban verdes y cultivados, como si se tratara de un enorme jardín. Pero era un verdor sin aroma, sin el romero y tomillo que flotaban siempre en el aire de las tierras del Mediterráneo.

Un grupo de mujeres se detuvo sobre un puente para verlos pasar. Los saludaron con la mano y Luis les devolvió el saludo. Miró a Laurent, que tenía su lujoso jubón empapado en sudor.

—Tranquilo —le dijo—. En menos de lo que se tarda en rezar un padrenuestro estaremos en Arnemuiden embarcando.

Laurent suspiró como si ya no le quedaran fuerzas para hacer otra cosa y se dejó caer hacia atrás. Cerró los ojos y metió una mano en el agua para que la fresca corriente le calmase los latidos del corazón que le pulsaban en la muñeca.

Al cabo de un padrenuestro seguía con los ojos cerrados, pero notó que la barca se agitaba sacudida por el oleaje del mar. Habían llegado a Arnemuiden.

—No están los navíos —dijo Luis.

—¡Qué! —exclamó Laurent incorporándose de un salto.

Los remeros también estaban asombrados e inmóviles, mirando estúpidamente hacia el lugar donde había estado anclada la flota, como si no pudieran entender qué extraño milagro los había hecho desaparecer.

—¡Han zarpado! —dijo el valenciano como si no pudiera creerlo.

—Esto no puede estar sucediendo... —Laurent enterró el rostro entre sus manos—. ¡No me puede estar pasando esto a mí!

Pero si Laurent estaba preocupado porque el rey se iba a encontrar sin sus preciosos vestidos de gala, Luis no lo estaba menos, pues había desobedecido una orden directa del señor de Chièvres y no había embarcado. No podía imaginar las consecuencias de esto, pero comprendía que su carrera en la Corte iba a ser lastimosamente breve.

«Y terminar casi antes de haber empezado...», pensó con amargura.

Miró al cielo. Estaba repleto de estrellas pero aún no había salido la luna. Pidió a los remeros que acercaran el bote a la orilla y saltó al embarcadero. Había visto a dos guardias del puerto sentados en un rincón, charlando y compartiendo una botella de vino.

—¿Hace mucho que partieron los barcos del rey? —les preguntó.

—Aún era de día —respondió uno de ellos.

Luis quedó asombrado por la respuesta. Laurent emitió un largo sollozo desde la barca. El guardia añadió:

—Se fueron a Flessinga, para recoger allí al rey y a su séquito.

Comprendieron de inmediato lo que había pasado. Alguien se había olvidado de advertirle al tal Pedro que, aunque la flota había estado esperando durante meses en el puerto de Arnemuiden (situado en una resguardada manga del mar), el embarque se iba a hacer en el puerto fortificado de Flessinga, que se localizaba más al sur. O quizá había sido al propio criado a quien, con los nervios del momento, se le había pasado revelarles ese importante detalle.

Luis regresó a la barca para discutir el asunto con Laurent.

—¡Maldito sea ese inútil majadero de Pedro! —exclamó el camarero real.

—Ahora no sirve de nada lamentarse ni maldecir —dijo Luis—. Tenemos que llegar cuanto antes a Flessinga.

Dibujó con el pie un círculo en la arena que cubría las tablas del embarcadero.

—Si la isla de Walcre fuera un reloj, pues su forma es más o menos circular, Arnemuiden estaría a las tres y Flessinga a las seis. —Marcó las dos horas—. Hay, por lo tanto, que recorrer ese cuarto de circunferencia de la forma más rápida posible.

—Sin duda —dijo Laurent tragando saliva—. No nos queda más remedio.

Y, volviéndose hacia los remeros, los señaló con un dedo y añadió:

—Debéis llevarnos vosotros.

—Eso es imposible, señor —replicó el jefe de los remeros—. Este bote no está hecho más que para circular por los canales. La primera ola nos hará zozobrar.

—Pues, ¡maldita sea!, tendremos que arriesgarnos, ¿no?

—Arriésguense vuestras mercedes si ése es su deseo. Porque yo les aseguro que no tengo intención de ir a parar al fondo de la manga en compañía de esos preciosos arcones.

—¡Es la ropa del rey!

—Bueno, tranquilicémonos un poco —intercedió Luis—. Al menos podréis acercarnos hasta ese batel...

Señaló una pequeña embarcación de una sola vela que distaba menos de una cuerda de ellos. Los remeros no vieron ningún problema en esto y los llevaron hasta ella. El batelero estaba bebiendo vino tranquilamente tumbado sobre la cubierta. Levantó un poco la cabeza cuando los vio acercarse, pero no hizo ningún otro gesto de interés.

Laurent se sujetó a las cuerdas que colgaban del batel y trepó por el casco. Una vez arriba empezó a negociar con el hombre.

Al cabo de un rato se volvió hacia el bote y dijo:

—Luis, sube que nos lleva... Y vosotros —añadió dirigiéndose a los remeros—, ocuparos al menos de cargar los arcones.

El valenciano trepó al batel, tal y como Laurent había hecho, y contempló atónito como su único tripulante iba de una borda a otra dando tumbos, mientras intentaba soltar los cabos para largar la pequeña vela triangular.

—Laurent —Luis sujetó al camarero real por un brazo—, ese hombre está...

—Completamente borracho, sí. Está jodida la cosa, ¿verdad?

—Pero...

—Dicen que Dios también ayuda a los borrachos. Además, estará borracho pero no tonto, porque de inmediato se ha dado cuenta de la gran necesidad que tenemos y me ha sacado una paga con la que sin duda podrá comprarse otro barcucho mejor que éste.

Un par de remeros del bote también subieron al batel. Desde su cubierta lanzaron unas cuerdas para izar los baúles reales. Mientras lo hacían, tuvieron que aguantar más exhortaciones al cuidado y más avisos sobre el enorme valor del contenido de aquellos arcones, lanzadas a voz en grito por Laurent, que parecía ponerse más histérico a cada instante que pasaba.

Cuando la carga estaba asegurada en la cubierta del batel, el jefe de los remeros se acercó a cobrar y a soportar otra tanda de recriminaciones del camarero real:

—No debería pagaros, pues no nos habéis llevado hasta la flota, que es donde habíamos acordado.

Entonces Luis vio que el barquero acariciaba la empuñadura de hueso de su cuchillo y se acercó a Laurent para decirle que no perdiese más tiempo con aquel

asunto y que pagase de una vez a aquellos hombres, que al final sí iban a extraviarse de la flota.

Después de haber cobrado, los remeros abandonaron la cubierta del batel y éste zarpó con su ebrio capitán haciendo equilibrios junto al timón. Pero navegaron sin problemas a través de la manga, y no pasó mucho tiempo antes de que avistaran las torres fortificadas de Flessinga.

Allí, tranquilamente anclada, estaba la flota del rey al completo.

Un sinnúmero de pequeñas embarcaciones a remo iban y venían de los muelles a las naos, llevando los últimos bagajes y avituallamientos para el viaje. Luis observó que había cierto desbarajuste en sus movimientos y cómo muchas estuvieron a punto de chocar entre sí o zozobrar.

Laurent miró desesperado a un lado y a otro de aquel caos.

—Bueno, ¿y dónde está la Nao Real?

La luna seguía sin asomar y la oscuridad envolvía a la flota. Tan sólo se veían sus siluetas recortadas contra el cielo estrellado, y con las velas recogidas era imposible distinguir una nao de otra. No les quedaba más remedio que ir de un barco al siguiente preguntando. Pero después de visitar varias naos, el batelero no se tenía en pie y empezaba a quedarse dormido sobre el timón. Luis se dio cuenta de esto cuando descubrió que se dirigían en línea recta hacia el costado de una de las grandes naves. Finalmente dieron con el barco de los ayudantes de cámara y subieron a él para que el batel pudiera regresar a su puerto.

En aquella nave permanecieron hasta que salió la luna, a eso de las dos después de la medianoche, tiempo que Laurent aprovechó para narrar con detalle la peripecia a sus colegas. Uno de los oficiales se les acercó a esa hora y les informó de que ya habían localizado la nave del rey. De modo que los dos abordaron la lancha que se dirigía hacia ella.

—Luis, amigo mío —dijo Laurent desde la popa de la embarcación, con las manos apoyadas en sus preciados arcones—, no me puedo creer que lo hayamos logrado.

El valenciano sonrió y se volvió para contemplar cómo se iban acercando a la impresionante mole oscura de la Nao Real.

Apoyada en la borda de la nao caballeriza, Cèleste contemplaba la confusa escena del bastimento de la flota. El mar hervía de barcas que se desplazaban en todas direcciones, acompañadas por los gritos de advertencia de los remeros y estibadores.

Una de las gabarras, que iba cargada con caballos cuidadosamente atados a un armazón central, dio un bandazo brusco para evitar el choque con otra barcaza, y varios corceles se soltaron. Enfurecidos y confundidos por todo aquel ajetreo, empezaron a dar coces y tres de ellos se fueron directamente al agua, entre los gritos de sus cuidadores. Durante un buen rato contempló los desesperados intentos de rescate. Pero los animales chapoteaban aterrorizados alrededor de la embarcación y fue imposible volver a subirlos, de modo que otra barca tuvo que empujarlos hasta la playa para volver a empezar.

Cuando una gabarra llegaba junto a la nao, sus caballos eran izados con la ayuda del cabestrante. A pesar de que llevaban los ojos cubiertos por un paño, las pobres bestias relinchaban aterrorizadas. Los marineros gritaban a coro una cancioncilla para tirar de las cuerdas a la vez. Sus cuerpos relucían sudorosos a la luz de los hachones.

—¿Es que quieres que te aplaste un caballo? —dijo Annia la Tetas a su espalda, tirando de la manga de su gonela—. Anda, muchacha, vamos a un sitio más resguardado, que a los hombres cuando trabajan no les gusta ver a las putas rondando.

Las dos mujeres descendieron hasta las entrañas de la nao por una escalera de madera que rechinaba a cada paso. Del fondo les llegaban voces y risas.

—¿Has cenado algo? —le preguntó Annia—. Yo creo que no. ¡Claro que no! Ven abajo con nosotras, muchacha, y toma un poco de sopa caliente.

La bruja dudó un momento, pero dijo al fin:

—Te lo agradezco mucho.

—Vamos —dijo Annia—, acompáñame a las entrañas de la nave de los locos^[6].

Conforme bajaban, el aire se volvía más denso y olía a coles, a nabos, a patatas podridas y a excremento de caballo. Las tablas de los mamparos desprendían también un hedor húmedo a salitre y a sudor. Con la cabeza casi rozaban las vigas del techo, que rezumaban humedad y podredumbre, Cèleste añoró de inmediato la fresca brisa del mar que se respiraba en el exterior, y así se lo dijo a Annia.

—El capitán Monstrichard es un buen hombre —le respondió—, te lo aseguro, pero no quiere que andemos por cubierta cuando hay jaleo. Y ya que estás aquí como mi invitada no te queda más remedio que obedecerme. Así lo acordamos, ¿no?

—Claro Annia —dijo Cèleste—. Era sólo un comentario.

—Esta noche nuestro sitio está aquí abajo, como debe ser... Como ellas...

Dos ratas grises corrían unas detrás de otra, pegadas a la pared, produciendo un ruidito con sus diminutas garras.

Cuando llegaron a la cubierta inferior, resultó que el lugar no era tan desagradable como Cèleste había esperado. Las paredes habían sido tapadas con unos lienzos de lona blanca que reflejaban la luz de unos cuantos hachones, y algunas mantas de viaje habían sido esparcidas por el suelo para suavizar las irregularidades de la tablazón. Unas cincuenta mujeres estaban allí, sentadas sobre las mantas, formando corros de conversaciones a gritos y risas escandalosas. En un brasero situado en el centro de uno de estos corros se calentaba una olla llena de sopa. Su olor acre era el que dominaba el lugar.

Una vieja alcahueta se acercó a Cèleste y Annia y les ofreció sendos cuencos de aquel humeante caldo verdoso.

—Tómala —le aconsejó Annia a la bruja—, la sopa de borraja es muy rica y buena para calentar la tripa, pero ten cuidado con quemarte.

Cèleste tomó el cuenco y sorbió con precaución. No estaba mal del todo.

Las dos fueron a sentarse junto a un grupo de mujeres que conversaban animadamente tiradas sobre una manta, tratando de contarse muchas cosas al mismo tiempo y de sacarle punta y doble sentido a todo. Mientras, una botella de aguardiente iba y venía tan rápida como las palabras, como combustible para la risa.

Poco a poco las mujeres fueron quedándose inconscientes, entre picantes relatos de amoríos, escandalosas canciones borgoñonas y tragos de licor. La mente de Cèleste danzaba en la frontera entre las risas, los ruidos del exterior y el sueño. Estaba atesorando sensaciones agradables que revivir cuando volviera a encontrarse sola, y se resistía a dormirse. Hacía mucho que no se sentía tan a gusto rodeada de gente. Quizá desde el inicio de aquella noche de San Juan. Las canciones fueron subiendo de tono, a la vez que su sonido invadía todo el espacio de la bodega. A veces su mirada se cruzaba con la de alguna de aquellas mujeres, y percibía en sus ojos algo de la inmensa fuerza y la alegría ardiente con la que se agarraban a la vida.

Lo último que pudo oír, justo antes de sumirse en la inconsciencia, fue una canción española que decía:

¡Oh, quién fuese hortelana
de aquestas viciosas flores,
por prender cada mañana
al partir a tus amores!

Luego se durmió con una sonrisa en los labios.

Zelanda, 8 de septiembre de 1517

Zarparon poco después de las cuatro de la mañana, cuando apenas despuntaba el día. El disco solar asomaba tímidamente en el horizonte y lanzaba rayos anaranjados contra la espectacular flota de naves de guerra.

Se dispararon tres cañonazos desde la Nao Real, a lo que respondió con otro la del Almirante de la flota. Era la orden acordada para desplegar las velas y hacerse a la mar. El viento y la marea no podían ser mejores, y las velas hinchadas, doradas por la luz del sol naciente, empujaron firmemente a las naves hacia mar abierto. El puerto de Flessinga se fue perdiendo rápidamente a popa, hasta confundirse con el horizonte.

Apoyado en la borda de la Nao Real, con el viento lleno de húmedo salitre azotándole el rostro, Luis sintió como el navío hendía el agua y avanzaba más veloz que un caballo a rienda suelta. Era magnífico. Intentó hacerse una imagen mental de la disposición de las naves: la nao del almirante, seguida por la del rey, eran la punta de una formación en uve, semejante a una inmensa bandada de gansos, de más de cuarenta naos perfectamente armadas y pertrechadas. A esto había que añadirle otros seis barcos más ligeros, muy rápidos y marineros, que hacían de exploradores y de medio de comunicación entre los grandes navíos. Esa cuña impresionante hendía el agua como la punta de una lanza, empujada a toda velocidad por la fuerza del viento y las mareas, en dirección hacia España. Hacia su país, el que se había jurado no volver a pisar...

Se acordó de Cèleste y se preguntó qué habría sido de ella. No había vuelto a verla desde aquella tarde en Middelburgo, pero, en ocasiones, le gustaba fantasear con la idea de que ella viajaba con él, en su camarote. Es su imaginación ella solía llevar sólo aquel viejo corpiño de cuero que tan fabulosamente realzaba sus pechos, o incluso menos ropa aún. Su vida había sido demasiado caótica durante los últimos años como para emplearse en buscar una buena compañera, pero se prometió a sí mismo que se pondría a ello tan pronto como pudiera regresar a Flandes. Una sana y robusta muchacha borgoñona, eso era todo lo que necesitaba para centrar su vida.

Llevaban recorridas unas cinco leguas, cuando la chalupa cuya misión era guiarlos a través de los peligrosos bancos de arena de la costa zelandesa se soltó de la Nao Real y emprendió el regreso al puerto. Luis vio alejarse a la pequeña nave, mientras a su alrededor los marinos subían y bajaban por las jarcias con una habilidad asombrosa, y él sentía una extraña euforia que le llenaba el pecho, de forma similar a como el aire hinchaba el velamen de la nao. El sol brillaba ya cegador en lo alto.

«En un día como éste es difícil creer que algo pueda ir mal», pensó. «Estoy en la corte, ¿no? En la mismísima Nao Real. Se podría decir que he triunfado...».

En medio de su euforia sintió un repentino malestar al acordarse del mal trance en el que estaba metida su familia en España. Luchó por apartar el dolor de su mente y

seguir disfrutando de aquel momento, pero sabía que ya era imposible. Era como intentar contener la sangre de una herida en el pecho; con cada latido todo se destrozaba más, y su dulce sueño de triunfo se convertía en hiel en su garganta.

Alzó la vista. En la vela mayor se agitaba por el embate del viento una representación de Jesucristo clavado en la cruz, entre las imágenes de la Virgen María y de san Juan Evangelista; todo ello situado entre las dos columnas de Hércules que Carlos había adoptado como emblema. Con las lonas estiradas al máximo era posible apreciar aquellas maravillosas pinturas que diferenciaban el barco real de cualquier otro de la flota.

Luis se puso de rodillas y enterró el rostro entre las manos. Les rezó a aquellas gigantescas imágenes policromadas y flameantes con tanto fervor que perdió la noción del tiempo. Quizá los que le veían rezar pensaron que era por temor al mar, pero él a lo que temía realmente era a la tierra firme que pisaría en unos pocos días.

Poco a poco iban saliendo los nobles de los camarotes.

Todos estaban ojerosos, con el aspecto de no haber dormido demasiado durante esa noche tan agitada, tan llena de ruidos y gritos de los hombres que trabajaban en el embarque de víveres y equipajes, y de los marineros que se preparaban para zarpar.

Luis se puso en pie al ver al conde de Porcián y a su señora; los padres de Guillermo de Croÿ a quienes había conocido durante la ceremonia de investidura en Middelburgo. Se acercó para saludarlos, pero en ese momento todo el mundo se volvió hacia la toldilla para ovacionar al rey y al señor de Chièvres, que al fin habían hecho acto de presencia.

Carlos miraba a un lado y a otro, como un idiota, como si todo le sorprendiera e intimidara, rodeado por los caballeros y los maceros, envuelto en un grueso manto de piel de cordero de Rommenye, que le mantenía calientes a la vez el cuerpo, el cuello y los brazos. Llevaba el pelo recogido con una montera forrada de seda escarlata que se anudaba bajo la barbilla para que el viento no pudiera arrancársela. Sus ojos estaban enrojecidos por el sueño, y parecía tan cansado como todos en el barco.

Pero, eso sí, iba magníficamente vestido para la ocasión por Laurent Vital.

El capellán del rey ofició una santa misa allí mismo y, acto seguido, los sirvientes montaron una larga mesa en la cubierta para celebrar el primer desayuno en el mar. La Nao Real era una verdadera corte flotante y en ella se sentó lo más granado de la nobleza flamenca. En la cabecera estaba el rey, junto a su hermana doña Leonor y la señora de Chièvres. Luego, el privado, los condes de Porcián, y otros muchos nobles principales como el señor de Fiennes y el vizconde de Carondelet. También el señor de Vauldre y varios caballeros del Toisón de avanzada edad; además de príncipes de la Iglesia como el señor de Amont, confesor del rey, y el obispo de Badajoz.

Luis pudo al fin presentar sus respetos a los condes de Porcián, y luego fue a sentarse a otra mesa menor, que había sido dispuesta para aquellos que estaban al servicio de la alta nobleza, como Laurent Vital, y para intelectuales como don García de Padilla, decano de Besançon, o el médico Juan de Hochstrate.

La comida fue la misma para todos: sopa de pasta con vino y capón cocido.

En el espacio entre el primer plato y el segundo, Luis había iniciado una interesante conversación sobre los seudodialécticos con el decano Padilla, pero fueron interrumpidos por una algarabía de risas desde la gran mesa. Los dos enanos favoritos del rey, Guillermo de Febvin y Jean Bobin, correteaban entre las piernas de los nobles, haciendo todo tipo de divertidas travesuras. Algunas de un humor bastante grueso, pues Bobin había untado con mantequilla las calzas del vizconde, mientras éste hablaba con la dama que tenía a su lado. El rey se rió tanto por la ocurrencia, que gruesos lagrimones corrieron por sus mejillas.

—Atrevidillo, el enano —comentó Luis, un poco asombrado por su desfachatez.

—Los enanos y los locos tienen ese privilegio —dijo García de Padilla mientras se apartaba un poco para que el criado colocase el plato de capón frente a él. Tenía el rostro delgado y los ojos grises e irónicos detrás de unos anteojos redondos que le daban un aire de sabiduría—, y no resulta elegante molestarse por sus bromas.

—«Goza de la compañía de los locos, pues de los cuerdos muy pocos dan alegría» —citó Laurent Vital, que seguía la conversación desde su lado de la mesa.

—Y así es —afirmó el decano mientras se llevaba un trozo de pechuga a la boca—. Los bufones, los enanos y los locos viven en la tierra de nadie. Por sus circunstancias especiales están mas allá del orden establecido y de las reglas de la sociedad. Y eso es lo que los hace tan divertidos, claro. Es como en un juego de espejos deformantes en el que nos sentimos reafirmados en nuestra galanura, y en la fortaleza de nuestros cuerpos y de nuestras mentes, al estar frente a esos desafortunados seres imperfectos.

—Recuerdo las galerías más sórdidas de una casa de acogida para locos que hay en mi ciudad de Valencia —dijo Luis—. El suelo cubierto de paja y los locos violentos desnudos y atados a las paredes... Allí la locura mostraba una cara menos divertida.

Hubo algunas toses incómodas por su comentario y alguno desvió la vista hacia el juglar que se había situado cerca de la cabecera de la gran mesa. Entonaba enamoradas canciones mientras las damas intercambiaban risitas y miradas llenas de intención.

Luis también se volvió hacia la gran mesa y sus ojos se encontraron con los del señor de Vauldre. El anciano caballero le hizo un gesto amistoso, invitándole a que se sentara junto a él y los otros caballeros del Toisón. Pero el valenciano le sonrió y le devolvió un saludo con la mano alzada, fingiendo que no había entendido su propuesta. No quería más rapapolvos de Chièvres por ese asunto.

Y de repente se quedó sin aliento. Se apretó el pecho intentando meter aire en sus pulmones y sintió que se le revolvía el estómago. Creyó por un momento que iba a vomitar, y luchó con todas sus fuerzas para contenerse. La sola idea de vomitar en medio de tanta gente de calidad le aterrorizó aún más.

«¿Qué me sucede?», se preguntó. «Pero si el mar no está agitado...».

Entonces vio que Jean Bobin se había subido a la mesa y bailaba sobre ella, dando saltitos con sus grotescas y cortas piernas. Pero lo que le asustaba en realidad eran los pantalones abombados que llevaba el enano...

«No, no los pantalones...», comprendió. «El dibujo de cuadros blancos y negros de los pantalones... ¡Pero eso es ridículo!».

Entonces vio la bandeja de pan tostado que uno de los sirvientes había dejado junto a él, y tuvo la seguridad de que era el olor del pan, unido al damero de los pantalones del enano, lo que le había provocado aquella sensación tan intensa.

«¿Por qué?».

Estaba a punto de recordar algo importante sobre su pasado en Valencia... Algo que su propia alma le había ocultado y que ahora la combinación de aquellas dos sensaciones, la olfativa y la visual, había desenmascarado. Se puso en pie y se dirigió a la borda para que el aire fresco le diera en el rostro. La sensación de náusea persistía, y si llegaba el momento de vomitar lo mejor sería echárselo a los peces antes que hacerlo sobre cubierta delante del rey. Pero, por encima de su malestar, se sentía excitado por aquella revelación sobre los mecanismos con los que funcionaba la mente.

—Qué buen viento tenemos —dijo alguien a su lado, mientras inspiraba profundamente—. Si continúa así, llegaremos a España varias jornadas antes de lo previsto.

Luis se volvió. Era Vauldre, que se había levantado y había ido junto a él.

—Eso sería bueno —dijo—. Creo que las tormentas en Calais no son agradables.

—No lo son, en efecto. Pero no es habitual que tengamos una en esta época... Aunque nunca se sabe... —Vauldre alzó sus blancas cejas de un modo enigmático—. Por cierto, me he enterado de lo accidentado de vuestra llegada...

—Tan sólo un criado atolondrado que no entendió el lugar de embarque —dijo Luis quitándole importancia al asunto.

—Nosotros también tuvimos que recoger nuestras cosas y partir a toda prisa... Y creedme, fue duro para alguno que ya no está acostumbrado a trasnochar de ese modo.

El valenciano se volvió para mirar hacia la gran mesa y dijo:

—Sí, ya he observado que la edad de los caballeros que os acompañan es bastante avanzada. ¿Cuál es la causa?

El anciano caballero del Toisón dejó caer sus hombros apesadumbrado.

—Lo que decís es cierto, pero los últimos años de nuestra orden no han sido precisamente gloriosos. Muchos caballeros han visto su nombre «blanqueado» de sus sillas^[7]. El ingreso de un nuevo miembro, que antaño era consecuencia de la pureza de su corazón y sus acciones heroicas, se ha convertido ahora en puro trapicheo de favores y vanas recompensas a cortesanos holgazanes. No son buenos tiempos sin duda, y para este importante viaje tan solo pude encontrar a esos seis caballeros de alma honesta. Pero, como veis, todos sobrepasan ampliamente la cincuentena...

—Sí, es una verdadera pena —dijo Luis sin ningún interés, mientras buscaba un modo de excusarse con Vauldre y volver a estar solo.

Además de las náuseas que sentía, y el temor de vomitarle al anciano encima, tenía la sensación de que la caja de su mente se había abierto. Necesitaba concentrarse en aquel asunto y explorar su memoria. Sabía que no era algo que le fuera a resultar agradable, pues las sensaciones que le provocaba aquel recuerdo eran terroríficas, pero también sabía que ahora ya no le quedaba más remedio que averiguar de qué se trataba.

—Desde que hablamos la última vez —dijo Vauldre sujetándolo por el brazo, como si advirtiese sus deseos de escarpase—, me siento angustiado por la impresión que debí daros con mis palabras. Quizá penséis que los caballeros del Toisón somos una especie de paganos por admirar así la gesta de Jasón...

—Oh no, en absoluto. Yo, en realidad...

—Es cierto que Jasón era un pagano de discutible conducta —siguió diciendo el anciano caballero—. Ladrón por robar el Vellocino y perjuro al repudiar a Medea para casarse con Creúsa. Pero lo único significativo de esa historia es el vellón que simboliza nuestra búsqueda eterna y nuestra lucha sagrada. ¿Sabéis a lo que me refiero?

—Creo que no —dijo Luis más por compromiso que por interés.

—A la búsqueda de la Pureza, simbolizada por el Vellocino. La lucha secular del hombre contra el caos y la imperfección. Tal y como manda nuestro ideal de caballeros. Estoy seguro de que un erudito como vos sabrá comprender la importancia de esto...

Pero el personaje que acababa de aparecer en la toldilla había hecho que Luis perdiera por completo del hilo de la conversación. Era un hombre alto, delgado, de rasgos y porte elegante, con la desenvoltura en los gestos habitual entre quienes han sido educados en la nobleza. Su rostro mantenía un equilibrio clásico entre la frente amplia y la nariz recta. Los ojos de color castaño, el pelo negro y crespo, la piel cetrina, lampiña. Sus labios eran finos pero estaban perfectamente dibujados. Todo en él daba una imagen de discreta elegancia y medida. Ya lo había visto antes, en casa de su amigo Frans Van Cranevelt, pero en aquella ocasión no vestía aquel hábito blanco y negro.

—¿Os sucede algo? —preguntó Vauldre, extrañado por su expresión de terror.

El dominico había cruzado la cubierta y hablaba animadamente con el obispo de Badajoz, que seguía sentado a la gran mesa. De repente alzó la vista y miró directamente hacia Luis. Una mirada de tal intensidad que lo hizo estremecerse de pies a cabeza.

—No tenéis buen aspecto —se preocupó Vauldre—. ¿Estáis enfermo?

—Sí, yo... creo que se me ha revuelto el vientre... Si me disculpáis...

Luis corrió hacia la popa del barco, alejándose tan aprisa como podía del asombrado Vauldre, que quedó atrás al igual que todas las otras cosas que viajaban a

bordo de aquel barco. Todo menos sus recuerdos.
Porque ahora, al fin, podía recordar...

Valencia, 12 de enero de 1500

Como cada anochecer, la pequeña campana situada en la Puerta de Serranos repicaba anunciando el cierre de la ciudad de Valencia. A partir de esa hora, los que llegaran con retraso se iban a encontrar con las puertas en las narices y sin otra opción que pasar la noche al raso, sobre los helados y húmedos bancos de piedra adosados al exterior de las murallas. La luna llena se elevaba sobre la ciudad. Los desdichados que habían quedado a la intemperie se envolvieron bien en sus mantas de viaje, envidiando a aquellos que estaban dentro de la ciudad y podían tenderse en un lecho caliente.

«Quedarse a la luna de Valencia», le llamaban a eso.

Pero no todos los ciudadanos dormían dentro de las murallas. Algunos aprovechaban la noche para deambular por las enroscadas y oscuras callejuelas de la ciudad.

—¡Sssssh!, no se mueva, padre, que ahí va otro grupo. Silencio todos atrás, no los vayamos a espantar...

El dominico Martín Ximenes se asomó un poco por la esquina tras la que se ocultaba y observó al pequeño grupo de personas que se escabullía amparada por la noche. El otro inquisidor, el que le ha pedido que no se moviera, era el padre Joan Peres, dominico también. Además, iban acompañados por cinco alguaciles armados y por un escribiente que estaba allí para dejar cumplida constancia de todo.

El grupo al que vigilaban se acercó a una puerta entreabierta que pertenecía a una vivienda de aspecto vulgar y de dos pisos de altura. Entre susurros temerosos, pero con rapidez, todos fueron desapareciendo en su interior.

—¿Eso es una sinagoga? —preguntó Martín Ximenes.

—No lo dude, padre. En Valencia hay multitud de éstas disimuladas con nombres de parroquias, advocaciones de santos, o casas comunes como ésa. Cuando algunos *marranos*^[8] dicen: «Hoy iremos a la parroquia de Santa Cruz», ya saben todos que se trata de juntarse en la sinagoga. En particular, tenemos constancia, por la denuncia de algunos vecinos, de que todos los sábados por la noche se encienden en esa casa multitud de luces de candela y lumbres hasta bien entrada la madrugada. Hemos sido muy pacientes, créame, y durante más de medio año se ha hecho un minucioso seguimiento de todos los que entran y salen de ella... Pero es usted afortunado, padre Ximenes, su primera semana en el Santo Oficio y, al fin, justo esta noche, se nos ha ordenado intervenir.

—Sí, qué suerte —dijo el otro no muy convencido.

Martín Ximenes había pasado los últimos años impartiendo clases a niños huérfanos en un colegio de Denia, pero un amigo le recomendó que fuera a Valencia y que solicitase el ingreso en el Santo Oficio. «Allí harás carrera», le había dicho.

No tuvo muchos problemas. Su hermana mayor vivía en la ciudad y se había alojado en su casa. Por otro lado, el Santo Oficio, con tanto *marrano* suelto por las calles de Valencia, estaba verdaderamente necesitado de gente, así que lo incorporaron de inmediato a sus filas. Pero le habían entrado las dudas al escuchar el tintineo de las armas de los alguaciles a su espalda y la estúpida excitación de su acompañante, que más parecía un cazador acechando a su presa que un honrado inquisidor al servicio de Dios.

—¿Quién vive allí? —preguntó.

—Es la casa de un converso llamado Miguel Vives —dijo Joan Peres.

—De un puto marrano —aclaró desde atrás uno de los alguaciles, con una risita.

Al parecer, la noche se presentaba divertida también para él.

—Bueno, bueno, menos risas y procedamos de una vez.

Se plantaron frente a la puerta principal de la vivienda. Joan Peres la empujó con la mano para comprobar que estaba cerrada.

—Con ayuda de Dios y el celo de la fe, unamos nuestras fuerzas y demos con esta puerta en tierra —dijo santiguándose.

Los alguaciles pasaron delante y todos empujaron a la vez. Los goznes de la puerta chirriaron y empezaron a desprenderse con el lamento del metal y el crujido de la madera. Por fin cedió la puerta y los inquisidores irrumpieron en la vivienda.

Se encontraron con una cámara que había sido perfectamente ataviada para el culto herético, con tres grandes lámparas encendidas además de un candelabro de latón que colgaba en el centro de la sala y en el que ardían siete mechas en aceite. A un lado había una mesa larga y estrecha, cubierta por una rica alcatifa y con un pequeño atril de lectura. En los cuatro cantones, en el centro, a un lado y otro de este altar, brillaban seis candelas de cera pintada de rojo con códigos sacados del alfabeto hebreo.

Joan Peres se volvió hacia el escribiente:

—Usted, tome nota de todo esto. No deje sin registrar ni un detalle.

Dos de los alguaciles se habían parado aterrorizados, santiguándose repetidamente con gestos rápidos y nerviosos, mientras musitaban: «Brujería... el demonio anda suelto por aquí». Joan Peres los empujó para que reaccionasen contra aquel miedo absurdo que de repente los paralizaba.

—¡Espabilad, que no es momento para eso! —gritó—. Tú y tú, cubrid la puerta y vigilad que no pueda escapar ningún hereje. Vosotros tres, venid con nosotros.

Los dos frailes, seguidos por los alguaciles con sus hierros terciados, penetraron con paso decidido en aquella casa convertida en sinagoga. En la habitación contigua encontraron a una docena de personas, hombres y mujeres, acurrucados estúpidamente en la oscuridad, en silencio y sin hacer el menor intento por huir. Joan Peres le ordenó a uno de los alguaciles que se quedase allí para vigilarlos, y luego subió a toda prisa por las escaleras en compañía de Martín Ximenes y los otros dos alguaciles.

En el piso superior sorprendieron a Miguel Vives intentando escapar junto con su mujer por una ventana abierta. Estaban a punto de saltar por ella, a pesar de hallarse a una altura desde la que fácilmente podían romperse una pierna, o la cabeza. Pero en su desesperación parecían dispuestos a arriesgarse.

Los alguaciles cayeron sobre ellos y los apresaron antes de que lograran huir.

—¿Dónde está Castellana Guioret, la viuda de Salvador Vives Valeriola? —preguntó Joan Peres sin dirigirse a ninguno de los dos en concreto.

—Ella... no está aquí... —dijo Miguel Vives mientras le ataban las manos a la espalda—. Ella... no sabe nada de todo esto...

—¡Mentira! —le gritó Joan Peres—. ¿Acaso no es tu madre y dueña de la casa?

—Hace un mes que anda fuera de la ciudad... —dijo la esposa de Miguel. Su nombre era Castellana, como la madre de éste. Se decía que era una de las mujeres más bellas de Valencia, pero ahora estaba pálida y con la expresión desencajada. Los labios le temblaban de miedo mientras balbucía—: Está en... Alcira... visitando a su hermana...

—Mentira —repitió Joan Peres con tranquilidad—. Hay testigos que hoy mismo la han visto entrar en esta casa.

Martín Ximenes rebuscaba por su cuenta por la habitación. Detrás de unos cestos de mimbre encontró a un niño agazapado. Agarrándolo del pescuezo lo hizo salir.

—Mirad lo que he atrapado, un pequeño diablillo escondido.

—¡Dejad al chico en paz! —suplicó Miguel con desesperación—. Él no tiene nada que ver con esto... Es el hijo de mi hermano y ellos no saben nada de la sinagoga. Nos lo dejan para que lo cuidemos cuando tienen que salir de la ciudad.

—Parece que mucha gente de tu familia anda fuera de Valencia en estos días —dijo Martín con socarronería—. Y tú no llores, hijo... No llores porque somos tus amigos y no te vamos a hacer ningún daño.

Pero el pequeño Luis era un mar de lágrimas. El dominico limpió la cara del muchacho con un trapo y se dirigió a él con palabras suaves, tranquilizadoras.

—No tienes nada que temer de nosotros. Ni tu tía abuela tampoco, porque sólo queremos ayudarla a salir de su error. Lo que se hace aquí es malo y le hace daño a Nuestro Señor. —Martín Ximenes sujetó el crucifijo que colgaba de su pecho y se lo mostró al pequeño—. Mira, él es tu Salvador, tu único amigo. Mírale bien; mira cómo sufrió por nosotros... y sigue, sigue sufriendo por causa del error de muchos. Por eso nosotros queremos hablarle a tu tía, sacarle de su falta y explicarle dónde está el verdadero camino del Señor... Sólo eso. Dinos dónde está, para que podamos ayudarla...

El niño se frotaba los ojos con un puño cerrado y no decía nada, sólo lloraba.

—¡Déjame a mí, que verás lo pronto que hago hablar a este pequeño marrano! —dijo el padre Peres yéndose hacia él con el puño preparado para asestarle un golpe.

Martín Ximenes lo sujetó entonces por la muñeca y el dominico se volvió hacia él con la ira fulgurando en sus ojos.

—No, padre —dijo Ximenes manteniendo la mirada—, eso sería inútil ahora.

Uno de los alguaciles levantó su arma para señalar un armario situado al fondo de la habitación.

—He oído un ruido proveniente de ahí —afirmó mientras se acercaba al mueble.

Estaba cerrado. El otro alguacil acudió en su ayuda y entre los dos destrozaron a golpes la gruesa puerta de madera de pino. En su interior hallaron a la anciana que buscaban, presa de un ataque de nervios.

La noche fue muy larga. Al amanecer, mientras esperaban a los alguaciles de refuerzo, los dos dominicos discutían acaloradamente frente a la entrada de la sinagoga.

—Si sabe lo que le conviene, padre, no vuelva a desautorizarme en público —decía Joan Peres con la barbilla temblándole de ira.

—Es un niño, y yo tengo más experiencia que usted en el trato con ellos.

—¡Es un hereje! —gritó Joan Peres con su puño cerrado frente al rostro del otro dominico—. Tan culpable como los niños de Sodoma y Gomorra o los primogénitos egipcios que tuvo que exterminar Dios. Si lo dejamos ir ahora, tendremos que darle caza más pronto que tarde, cuando se oculte para seguir practicando sus ritos obscenos.

—Es un inocente —replicó Martín Ximenes sin inmutarse—. Una vara que ha nacido torcida, sí, pero que aún estamos a tiempo de enderezar...

Al final fue Martín quien ganó la discusión, más por cansancio de Joan Peres que porque sus argumentos lo hubieran convencido, y se llevó al niño a la casa de su hermana. Tuvo que sacarla de la cama para que preparase el desayuno para ambos.

La cocina tenía una puerta entreabierta que daba a un establo. Luis podía ver los cuartos traseros de una vaca. Le llegaba el olor del animal, el de la paja húmeda esparcida por el suelo y el olor a leche rancia que impregnaba el aire de aquella cocina. Pero el olor del pan tostándose en el fogón se superpuso a todos los demás.

El religioso y el niño se sentaron frente a frente en una sólida mesa de madera apenas desbastada. Luis pasaba los dedos por la textura áspera de las vetas, mientras Martín le servía un gran tazón de leche con un dedo de nata. Luego empapó con aceite de oliva un pedazo de pan tostado y le restregó un ajo.

—¿Nunca has probado esto, verdad? —le preguntó el dominico—. Es mi desayuno favorito. El ajo es muy buen alimento y protege de las enfermedades... Delicioso, ¿a que sí? Prueba a mojarlo en la leche, verás como te gusta aún más.

Luis así lo hizo. Tras dar otro bocado al pan con leche y ajo, preguntó:

—¿Qué va a pasar con mis tíos? ¿Cuándo los van a soltar?

—No te voy a engañar, hijo —le respondió Martín Ximenes con expresión apenada—, eso va a depender mucho de ellos. Si están dispuestos a abjurar de su error, y a recibir de nuevo a Nuestro Señor en sus corazones, Jesucristo será

misericordioso con ellos y les dará el perdón de inmediato.

Luis asintió. Mojó de nuevo la tostada en la leche.

—Verás —siguió diciendo el dominico—, hay un camino recto que conduce a la Salvación y uno oscuro y retorcido que solo puede llevarte hasta las llamas del Infierno. Es muy fácil encontrar el camino correcto, pero algunos se obcecan en escoger el tortuoso... ¿Por qué? No lo sé. No puedo entenderlo.

Luis se llevó de nuevo la tostada a la boca, pero Martín le detuvo la mano y le miró directamente a los ojos. Entornó los párpados como si calculara.

—Dime una cosa, hijo; tus padres acudieron alguna vez a la sinagoga, ¿verdad?

—No —musitó Luis—, nunca. Ellos no sabían...

—Hijo mío —dijo el religioso con una expresión preocupada en su rostro—. Ahora mismo, en esta cocina, estás a punto de escoger un camino u otro. Mira bien lo que dices, porque una vez metido en el sendero equivocado te va a ser casi imposible salir de él. ¿Puedes imaginar los tormentos del infierno? Toda una eternidad abrasándote entre las llamas, rodeado de demonios que te torturarán durante cada instante de ese tiempo infinito. Tu carne cubierta de llagas se desprenderá una y otra vez, para volver a crecer y volver a desprenderse y abrasarse sin fin... Eso es lo que espera a los que yerran el camino... Eso... Para toda la eternidad...

Martín Ximenes soltó la mano del niño y se retiró un poco hacia atrás, repantigándose en su asiento. Luis estaba temblando como una hoja. El pan empapado en leche que seguía en su mano se rompió y fue a caer sobre la mesa.

—Te lo preguntaré una vez más, hijo: ¿Asistieron tus padres alguna vez a las reuniones que se celebraban en casa de tus tíos?

Noche del 8 de septiembre de 1517

Ese primer día de navegación se cenó pronto. El rey y sus nobles se retiraron a sus aposentos mientras el sol aún estaba sobre el horizonte. No había fuerzas para más, todo el mundo se sentía agotado por la apresurada partida y el intempestivo embarque. Además de los cortesanos que se habían mareado por la falta de costumbre de navegar.

Un marino tocó una campana como señal de que debían apagarse todas las luces, excepto la del farol de popa. Luis se quedó en la toldilla, agazapado entre los montones de aparejos y cuerdas donde había pasado todo el día apartado. Pensando.

La excitación de haber hecho un importante descubrimiento que incorporar a su tratado sobre el alma mitigaba el intenso dolor del recuerdo en sí. Se sentía asombrado por el modo en el que había funcionado su mente, ocultándole aquel terrible suceso de su infancia, y cómo el olor del pan tostado, unido a la tela con los colores blanco y negro, le había permitido recuperarlo. Comprendía que estaba más cerca que nunca de comprender cómo funcionaba la mente humana, aquello que, en toda la Creación, sólo el hombre compartía con Dios.

Pero su alma seguía ocultándole obstinadamente la verdad. Recordaba con claridad ese desayuno en la casa de la hermana de Martín Ximenes, y el olor del pan tostado se había quedado marcado para siempre en su mente, mientras el miedo se apoderaba de él. El miedo por sus tíos, por sus padres, por todo lo que estaba pasando y que su mente infantil no alcanzaba a comprender. Pero no recordaba su respuesta a la pregunta.

«¿Asistieron tus padres a las reuniones que se celebraban en casa de tus tíos?».

Eso era algo que su alma seguía negándole.

La brisa nocturna lo hizo temblar y se envolvió aún más en su capa.

—Si pensáis pasar la noche al relente, es mejor que os cubráis con algo más abrigado que esa capa —dijo una voz sobre él.

Luis no alzó la vista. Sabía a quién pertenecía la voz.

Una mano sujetando una gruesa manta de lana entró en su campo visual.

—Arropaos con esto, no vayáis a coger frío.

El valenciano tomó la manta y se la echó sobre los hombros. Entonces vio al dominico sentarse frente a él. Estaba de espaldas al farol y no pudo distinguir su rostro, pero el blanco de su hábito parecía brillar con luz propia.

—No es mala idea pasar la noche aquí —dijo—, sobre todo si sois propenso a los mareos. Abajo hace un calor sofocante y apenas se puede respirar del olor a vómito. Aquí arriba el aire es fresco y se puede mirar a las estrellas... Ellas no se mueven, os proporcionan un punto estático en el que fijar la vista y así vencer el mareo.

—¿Qué queréis de mí? —le preguntó Luis.

El rostro del dominico estaba a contraluz, pero pudo ver su sonrisa blanca y perfecta aparecer en medio de las sombras.

—Nos vimos en Lovaina, ¿verdad? Durante una velada en la que un polaco nos contó sus estafalarias ideas sobre el movimiento de los astros en el cielo... Sí, estabais allí, lo recuerdo perfectamente.

—Yo también os recuerdo. Entonces no llevabais los hábitos de vuestra orden...

—Es cierto. No los llevaba, no. A veces es conveniente un poco de discreción. Se puede aprender mucho más de los demás si éstos no saben a qué atenerse...

—¿Aprendisteis algo ese día sobre el polaco y sus teorías de la Tierra y el Sol?

—Sí. Ya que me lo preguntáis, sí. Aprendí que esas ideas son peligrosas y que tienen un alto componente desestabilizador. Como os dije antes, un cielo estático y perfecto es lo que necesitamos para sentirnos mejor, para vencer el mareo de nuestra existencia. A ninguno nos hará ningún bien el saber que la Tierra da vueltas como una peonza, ¿verdad? Pero, afortunadamente para todos, el polaco no es un hombre peligroso. Me percaté de inmediato de que era un cobarde integral que jamás se atrevería a publicar sus teorías. ¿Puedo confesaros algo, Luis?... Me gustan los cobardes. Los héroes y los empecinados son un verdadero incordio.

—¿Ya sabéis mi nombre?

—Sé el nombre y las historias de todos y cada uno de los que van en esta nave. ¿Acaso os preocupa eso, Luis Vives? ¿Os sentís en desventaja quizá? Yo soy el padre Bernardo, de la orden de predicadores. Bien, ahora ya están hechas las presentaciones. Ya nos conocemos.

—¿Y qué es lo que queréis de mí?

—Quiero vuestra ayuda, Luis.

—¿Mi ayuda?

—Así es. De todos los que van en esta nave, incluido el rey, sois la única persona en la que puedo confiar plenamente.

—¿*Incluido el rey*? Eso suena a traición.

El dominico se encogió de hombros.

—¿Y qué vais a hacer, denunciarme? ¿Vos?

Soltó una risita y a Luis le entraron ganas de agarrarlo del pescuezo y lanzarlo por la borda. Pero el padre Bernardo era mucho más alto y fuerte que él, así que se contentó con decir:

—No estéis tan seguro de todo.

—De vos estoy bien seguro, Luis. ¿Acaso no os marchasteis de Valencia cuando las cosas se pusieron feas? Pusisteis los pies en polvorosa mientras vuestra familia era destrozada. Os pusisteis a salvo, dispuesto a empezar una nueva vida en la que no os afectasen las desdichas por las que estaban pasando los vuestros...

—¿Y qué podía hacer yo para evitarlas? ¿Qué podría hacer ningún hombre?

—Nada. Nada en absoluto, tenéis razón. ¿Lo veis? Eso es lo maravilloso de los cobardes, que apreciáis ciertas cosas con más nitidez que los demás y sois capaces de

actuar en consecuencia. En vuestro caso, por ejemplo, no podíais (ni tampoco podéis ahora) hacer nada para ayudar a los vuestros. Por favor, Luis, estad bien seguro de este punto. Tan sólo habríais logrado veros envuelto en toda esa espiral de acusaciones, para al final acabar en la hoguera como vuestro tío Miguel o vuestra tía Castellana... Pero sabéis tan bien como yo que hay gente a la que ese temor no detiene. Y ese tipo de gente es nuestro quebradero de cabeza. Aquellos que siguen practicando sus ritos paganos a escondidas, jugándose la vida cada vez que lo hacen, pero sintiéndose fieles a sí mismos. Estúpidos. Todos locos y estúpidos... No como vos.

Luis enterró el rostro en la manta de lana. Se produjo un largo silencio, roto únicamente por el golpeteo firme y constante del agua contra la quilla.

El dominico se puso en pie, pero antes de marcharse añadió:

—No os molesto más, mi buen Luis. Imagino que ahora desearéis estar solo, pero no os preocupéis, ya tendremos ocasión de volver a hablar, y entonces os haré saber lo que espero de vos.

«Lo que espera de mí», pensó Luis, a la vez que comprendía que sus peores temores sobre aquel viaje se habían hecho realidad.

El sol apenas era una línea brillante trazada sobre el horizonte. Sus últimos rayos manchaban de rojo la parte inferior de las nubes. Cuando desapareció por completo, aquel color rojo persistió durante un buen rato en el cielo, pero al cabo empezó a enturbiarse como el vaso donde un pintor enjuagara sus pinceles.

La cubierta de la nao también estaba teñida de rojo, por la sangre de dos delfines que los marineros habían capturado y a los que habían troceado allí mismo. Algunos hombres echaban cubos de agua sobre la tablazón para diluir aquel otro rojo.

Cèleste iba a retirarse cuando vio a lo lejos una lucecita desfalleciente. Observó que estaba fuera de la formación. Se preguntó qué sería y si alguien más la habría visto.

«Por supuesto», pensó alzando los ojos hacia la cofa, «el vigía debe de estar atento, y si considera que es algo importante ya dará él el aviso».

Entonces se oyó un cañonazo en la distancia.

—Piratas —le explicó Juanín. Cargaba con un cubo rebosante de agua de mar.

Todos lo llamaban Juanín a pesar de que pasaba de los treinta y cinco años, pero era pequeño de cuerpo y de rasgos suaves como un niño. Era picador de la caballeriza y antes había sido servidor del tesorero real Roland Le Fèvre, por lo que era un hombre cultivado. Desde que la había visto se había empeñado en acostarse con ella y no la dejaba ni a sol ni a sombra. Y eso pese a que Cèleste ya le había aclarado que, aunque conviviera con las prostitutas, ella no estaba de servicio.

—¿Dices que son piratas? —preguntó Cèleste—. Parece absurdo que quieran atacar a una flota tan bien armada como ésta.

—Nos están siguiendo a distancia casi desde que zarpamos —dejó el cubo en el suelo y se desperezó como si quisiera estirar las articulaciones—. Actúan como una jauría de lobos que espera el anochecer para acosar a los barcos que se queden rezagados. Entonces, esos piratas tratarán de estorbar a algún navío a fin de hacerle perder la ruta para luego destrozarlo a gusto. Ese cañonazo ha partido de uno de los nuestros y les indica a los piratas que hemos descubierto su juego, para que no se acerquen más.

—Es posible, pero esa luz... Quita la mano de ahí, Juanín, o te la corto.

—Disculpa. Esa luz es parte de su artimaña. Se cruzan con nuestro barco más rezagado y le hacen creer que es el que le precede en la flota, para así conducirlo lejos del amparo de ésta...

Entonces Cèleste lo olió. Un aroma intenso y picante en el fondo de sus fosas nasales, como el que acompaña a una tormenta, pero diez veces más denso. El cielo estaba casi despejado, salpicado sólo por unas pocas nubes, por lo que no tenía sentido pensar que iba a iniciarse una tempestad justo en ese momento. El talismán de Meg que llevaba bajo la ropa, entre los pechos, empezó a ponerse caliente y a vibrar.

Se oyó un alarido de terror proveniente de la cofa. Ella y Juanín alzaron la vista y

vieron marañas de chispas azules y pequeños relámpagos que se retorcían mientras trepaban lentamente por las jarcias hacia el palo mayor.

—Fuegos de San Telmo —murmuró Juanín, aunque ni él mismo se lo creía.

—¿Y dónde está la tormenta, amigo mío? —dijo Cèleste—. ¿Quién ha visto jamás fuegos de San Telmo si no es en medio de una tempestad?

«Admite que está sucediendo algo sobrenatural».

Había sombras a su alrededor. Diminutas presencias casi invisibles, que se difuminaban cuando intentaba fijar la vista en ellas. Cèleste giraba rápidamente la cabeza, intentando enfocar a una de aquellas criaturas fantasmales, pero era imposible.

El vigía gritó aterrorizado desde lo alto. Cercado por los rayos y las chispas azules, intentaba desesperadamente salir de allí antes de que las centellas lo alcanzasen. Pero se vio envuelto en llamas. Con sus ropas prendidas y abrasándose no vio otra salida que lanzarse al vacío para poner fin a sus sufrimientos. Se estrelló contra la cubierta, a unos pasos de Juanín, que también gritaba de terror.

De repente, la cubierta se había llenado de gente. Juanín reaccionó y arrojó su cubo de agua sobre el cuerpo del vigía que seguía ardiendo sobre las tablas. Otros subieron a la toldilla e hicieron sonar las trompetas en señal de alarma.

—¡Será mejor que te vayas abajo! —gritó Juanín mientras corría para ayudar a un grupo que intentaba apagar las llamas que habían prendido en unas balas de paja.

«Sí», pensó Cèleste, «el capitán no quiere putas en cubierta cuando hay jaleo».

Cèleste bajó a toda prisa por la chirriante escalera entre cubiertas. El hedor picante del pelo al quemarse anulaba todos los demás olores habituales allí abajo. Un coro de relinchos aterrorizados llegaba desde las caballerizas. Vio algo enorme que venía hacia ella a gran velocidad, ocupando todo el espacio del corredor. Era una bestia que resoplaba a la vez que creaba un estruendo infernal con sus cascos golpeando en la madera. Se apretó cuanto pudo contra el mamparo y el caballo enloquecido cruzó frente a ella al galope. Aún llevaba colgando del lomo las fajas de lona con las que los mantenían inmovilizados en la bodega. Tenía las crines en llamas.

Oyó unos débiles gemidos al fondo del corredor y se acercó. Annia estaba tirada en el suelo, magullada. Al parecer, el caballo la había arrollado en su ciega carrera. La ayudó a levantarse. La puta se sujetaba el brazo derecho y estaba pálida de dolor.

—Me lo pisó —dijo con un gemido—. Creo que me lo ha roto.

—No —dijo Cèleste palpándoselo—. El hueso está entero. Intenta mover los dedos... Así, muy bien.

Annia asintió con los labios apretados para no gritar, pero logró abrir y cerrar la mano.

—Muy bien. ¿Lo ves? No está roto... Escucha, tienes que ir abajo y avisar a las demás. La cosa se va a poner muy fea.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos sufriendo un ataque.

—¿Piratas? —exclamó con horror.

—No. No es ese tipo de ataque... Tienes que avisar a las demás, para que estén dispuestas a saltar al mar si es necesario. A ti te harán caso, Annia.

—Pero ¿qué dices? ¿Que saltemos al mar? ¿Para alimentar a los peces?

La bruja se volvió cuando con el rabillo del ojo percibió un movimiento a su derecha. Apenas logró distinguir una diminuta chispa ardiente que se escabullía por el suelo del corredor. ¿Lo había visto realmente? Sí, allí venía otra. Cruzó junto a ellas a toda velocidad y se dirigió hacia las escaleras que llevaban a las cubiertas superiores.

Ahora Cèleste sabía a lo que se enfrentaban.

—Hay fuego por todas partes —dijo—. Es posible que la nao arda por completo.

—Ni yo ni la mayoría de nosotras sabemos nadar... ¿Qué esperas que hagamos?

Cèleste la miró con tristeza y se puso en pie, asumiendo lo mal que se habían puesto las cosas de repente. Quizá todos estaban ya condenados y éstos eran sus últimos instantes de vida. Pero ella no estaba dispuesta a esperar el fin sin hacer nada.

Otra chispa de fuego atravesó el suelo a toda velocidad.

—Tengo que ocuparme de algo... —le dijo a Annia mientras se alejaba de ella—. Avisa a tus compañeras y diles que estén preparadas para lo imprevisto.

Desoyendo sus gritos, corrió pasillo abajo siguiendo el rastro de aquellas diminutas lenguas flamígeras. Descendió hacia las profundidades de la nao y, al pasar por el rincón donde había dejado sus cosas, recogió la talega. Siguió bajando. La bodega principal estaba llena de humo y se escuchaban los enloquecidos relinchos que llegaban de las caballerizas en llamas, pero siguió descendiendo, pues aquellas llamitas venían de más abajo aún, de la sentina.

Allí el aire se había vuelto sofocante y casi irrespirable. El humo se concentraba en lo alto formando una espesa nube que ocultaba el techo; el hedor fecal, habitual en la sentina, se mezclaba ahora con el picante olor de la combustión, y la temperatura era tan alta que aquel hediondo aire quemaba los pulmones al ser aspirado. A su alrededor, las viejas y enmohecidas tablas de los mamparos parecían ondular por el calor, como si las mirara bajo el agua, con un fluir parecido al de un río. Al fondo, las vetas de la madera brillaban como si estuvieran incrustadas de madreperla.

Aun estaba intentando orientarse en aquel entorno cuando la criatura la atacó.

Cèleste sintió un calor abrasador cerca de su rostro y sólo pudo reaccionar echándose hacia atrás. Una gran llamarada lamió el aire sobre ella y a punto estuvo de quemarle el rostro y el cabello. Sólo cuando el fuego se extinguió pudo distinguir de dónde provenía el surtidor de llamas.

Era un gran yelmo de hierro, oscuro, groseramente remachado, que estaba tirado sobre una gran pila de cascotes que habían sido amontonados allí como lastre. La llamarada había surgido por entre los barrotes de una visera de reja, que ahora emitía un penacho de humo negro y aceitoso que se elevaba y se mezclaba con todo el humo que ya llenaba el lugar. Las diminutas lenguas de fuego surgían sin cesar de su

interior y luego correteaban sobre los cascotes, y por las paredes de la sentina, haciendo relucir la enmohecida madera como si tuviera luz propia.

Se acercó con precaución, dispuesta a tirarse a un lado al menor indicio de otra llamarada, y se asomó para mirar a través de la reja del yelmo. En su interior no pudo ver más que el brillo de algo incandescente. Al inclinarse aún más, distinguió que provenía de unas salamandras que correteaban frenéticamente en su interior. Dos de aquellas criaturas reptilianas corrían a gran velocidad una alrededor de la otra, y con cada vuelta nacía una nueva generación de salamandras de fuego, que abandonaban a toda prisa el recipiente de metal, saltaban sobre los cascotes y luego por las paredes.

Supuso que las salamandras se preparaban para lanzar una nueva llamarada, pero no les dio opción. Con todas sus fuerzas descargó una patada en medio de la rejilla de la celada, y la mandó rodando hasta el agua maloliente embalsada en el fondo de la sentina. La llamarada estalló de repente y envolvió el yelmo rodante en una espectacular bola de fuego que se extinguió cuando éste se hundió en el agua.

Cèleste se puso en pie y miró de nuevo alrededor. Decenas de salamandras de fuego saltaban por todas partes esparciendo llamas a diestro y siniestro. La mayoría había encontrado la escalera de salida de la sentina y se dirigía hacia las cubiertas superiores de la nao. El agua empezó a burbujear allí donde se había hundido el casco y se formó un surtidor de vapor. Mientras la bruja se preguntaba cuánto tardaría el calor que emitía el yelmo en evaporarla toda, su pie tropezó con algo. Tardó un instante en enfocar sus ojos llorosos por el humo en aquel objeto, y descubrir que era una vieja polea del barco, con un gancho de hierro oxidado y un trozo de cuerda mohosa. La cogió y se acercó al lugar donde se había hundido el yelmo y donde el agua borbotaba.

Se acordaba de la oración de las salamandras, y empezó a recitarla mentalmente para tranquilizar e intentar someter a aquellas flamígeras criaturas:

«Eterno, Inefable e Increado, Rey y padre de todas las cosas...».

Metió el gancho en el agua y lo pasó por los barrotes de la celada.

«Que eres llevado en el carro veloz de los mundos que incesantemente giran...».

Sujetando la polea por la cuerda, levantó con cuidado el yelmo. Era pesado y el calor que emitía tan intenso que le quemaba la mano a pesar de sus precauciones. Intentó mantenerlo lo más alejado posible de su cuerpo.

«Dominador de las etéreas inmensidades donde se levanta el trono de tu poder, desde cuya altura todo lo descubren tus ojos penetrantes, y tus oídos todo lo oyen...».

El humo negro y aceitoso que manaba sin cesar de su interior parecía tener voluntad propia y se pegaba a ella, ascendiendo por su brazo hasta llegar a su nariz y sus ojos. Sin embargo, pudo distinguir cómo las salamandras incandescentes que correteaban en su interior, empezaban a brillar con más fuerza, listas para lanzar la siguiente llamarada. Se cubrió los ojos con la mano libre para protegerlos del resplandor e intentó pensar rápido. ¿Qué podía hacer ahora?

«Atiende a tus hijos que amas desde el nacimiento de los siglos...».

Tan sólo se le ocurrió una cosa y no había tiempo para pararse a pensar si era o no la mejor opción posible. Con el caliente y pesado yelmo colgando al extremo del gancho, empezó a correr escaleras arriba, en dirección a la cubierta principal. Pensó que el casco de la nao tendría escotillas o ballestera, o cualquier otra abertura por donde pudiese arrojar aquella cosa al mar, y quizá más cerca, pero no se quiso arriesgar a buscar por todo el barco cargando con aquel objeto que estaba a punto de estallar en llamas.

«Porque tu áurea, grande, y eterna majestad resplandece por encima del mundo, del cielo y de las estrellas y sobre ellas te levantas. ¡Oh, fuego resplandeciente!».

Con grandes zancadas, saltando los escalones de tres en tres, sin atender a nada ni a nadie, con aquella cosa abrasadora bamboleándose al extremo de la cuerda, llegó a la cubierta principal. Al salir al exterior se detuvo un momento, desconcertada. Los límites de la nao se habían vuelto imprecisos, oscurecidos por el asfixiante humo que los envolvía como una mortaja. Las velas estaban en llamas y llovían fragmentos de lona ardiente y trozos de cuerda por todas partes. Un caos de relinchos de caballos envueltos en llamas que galopaban ciegos y desesperados por la cubierta. Hombres que gritaban de dolor mientras su carne se abrasaba. Un caballo apareció de repente entre los jirones de humo y ella tuvo que apartarse para que no la arrollara en su carrera desbocada.

Con los ojos llorosos y enrojecidos, en medio de unos fuertes accesos de tos y náuseas, bajó la mirada y vio que por las rendijas del yelmo escapaba una luz anaranjada cada vez más intensa. Las salamandras encendidas de su interior brillaban cada vez más a la vez que su calor aumentaba. Lo que sólo podía significar una cosa. Los lamentos de los hombres, los cascos de los caballos y el crepitar de las llamas, sacudían sus sentidos, pero ella se obligó a concentrarse en lo que debía hacer.

Agarró el yelmo entre sus brazos y corrió hacia donde pensaba que estaba la borda del navío. El metal ardiente le estaba abrasando la piel de las manos, pero ella no le hizo ningún caso al intenso dolor. Sin detenerse, llegó a la barandilla y saltó sobre ella. Un breve instante de caída y se hundió a plomo en las aguas negras.

El casco llameante la arrastraba hacia el fondo. Era como una linterna que iluminaba las profundidades y que emitía un compacto rastro de burbujas hirvientes. Y, a la vez, era tan pesado como un saco de plomo. Pese a todo, Cèleste no quería soltarlo, e intentó nadar hacia la superficie arrastrándolo detrás de sí.

Pero era imposible ascender braceando sólo con una mano. El casco tiraba de ella con firmeza hacia el fondo. La talega anudada alrededor de la cintura pesaba e impedía también sus movimientos. Los pulmones empezaron a dolerle, y comprendió que no iba a lograr aguantar mucho más tiempo la respiración. No le quedó más remedio que soltar el yelmo. Lo vio descender lentamente hacia el fondo del océano, reluciendo como una estrella fugaz en el cielo, mientras dejaba detrás de sí largas estelas de burbujas que ascendían a toda velocidad. Su brillo continuaba a pesar de todo y Cèleste pudo distinguir el lecho arenoso iluminado por su potente luz.

No se quedó mucho tiempo para mirar. Necesitaba aire urgentemente, y empezó a bracear de nuevo con todas sus fuerzas. El agua estaba tan fría que le entumecía las piernas y los brazos, con los que tenía que impulsarse. Mientras trepaba palmo a palmo, siguiendo la dirección de las burbujas, varias veces pensó que no lo lograría y estuvo a punto de rendirse.

Pero siguió luchando y, de repente, su cabeza rompió la superficie del agua.

Aspiró una desesperada bocanada de aire y miró hacia arriba. Lo que vieron sus ojos fue una imagen tan asombrosa que tenía que tratarse de una alucinación: un caballo blanco con la crin en llamas se precipitaba hacia el agua. Chocó contra su superficie con un espectacular chapoteo, pero logró levantar por un momento la cabeza; sólo entonces pudo distinguir que uno de sus lados estaba abrasado. El agua había apagado las llamas, pero el pobre animal, herido de muerte, no tardó mucho en hundirse.

A su espalda, una luz anaranjada iluminaba el agua con destellos infernales. Se giró y vio como la cubierta de la nao caballeriza era recorrida por una ola de fuego. Un denso humo negro se elevó en el aire, extendiendo un grasiento velo que eclipsaba las estrellas. Hombres y caballos saltaban por la borda envueltos en llamas. El fuego envolvía las velas y las llamas se abalanzaban fieramente hacia el cielo, creando un remolino de chispas y trozos de lona ardientes, que subían y se retorcían como en un embudo. Un seco estampido sacudió el aire y derribó el mástil mayor, lanzando una lluvia de astillas incandescentes sobre las negras aguas que rodeaban al navío, mientras una bola de fuego surgía de cada tronera abierta en el casco.

Las llamas habían alcanzado al fin la pólvora de la santabárbara. Y Cèleste comprendió que Annia y sus compañeras habían quedado atrapadas en la bodega, sin salvación posible mientras la nave se transformaba en una antorcha.

Siguieron más explosiones encadenadas, que lanzaron por los aires la tablazón de la cubierta, mientras otro de los mástiles se derrumbaba escupiendo chispas en todas direcciones. Una especie de hongo de fuego, que se elevó en medio de una columna de humo negro y alcanzó una altura impresionante, iluminando el mar a gran distancia.

Mientras contemplaba este espectáculo estremecedor, no dejaba de agitar las piernas para mantenerse a flote, pero las sentía cada vez más entumecidas por el frío, y el mar parecía seguir tirando firmemente de ella hacia el fondo.

Una tabla desprendida del casco flotaba cerca, con una cresta de llamas aún ardiendo en su superficie. Le dio la vuelta a la tabla para extinguir el fuego, y se abrazó a aquel madero salvador, decidida a esperar a que alguien acudiera en su ayuda.

—¡Mirad allí! —gritó el vigía desde la cofa—. ¡Una nave está ardiendo!

La Nao Real se había despertado en medio del caos, Luis intentó apartarse del paso de los hombres armados antes de que éstos lo arrollaran.

—¿La veis, Luis, la veis?

El valenciano se volvió para encontrarse con el rostro expectante de Vauldre. Aún parecía medio dormido, con el bigote del lado derecho aplastado contra su cara. Se había vestido apresuradamente colocándose el jubón y las calzas sobre la camisa de dormir. Luis alzó una mano y señaló hacia lo lejos.

—Allí —dijo—. ¿Veis ese resplandor?

—Sí.

—Es una de nuestras naves que está en llamas. Pero aún no se sabe cuál.

El rey apareció acompañado por el señor de Chièvres y uno de los guardias corrió para informarles de lo sucedido.

Luis estaba lo bastante cerca como para escuchar su conversación:

—¿Es posible que se trate de la nave del almirante? —preguntó Chièvres.

—Señor, no lo sabemos. El almirante debe de navegar un poco por delante de nosotros, pero en estos momentos no está a la vista.

—¡Ay, pobre de mí! —se lamentó el rey. Iba envuelto por su capa de armiño, que mantenía cerrada con una mano alrededor del cuello, por lo que Luis pensó que no había tenido tiempo para vestirse.

—En ella también estaban todas vuestras joyas, majestad —señaló Chièvres, que estaba ataviado con las mismas ropas que había llevado durante la cena. Se diría que el desastre lo había sorprendido mientras trabajaba, antes de desvestirse para ir a dormir.

—¿Y qué importa eso si en esa nave viajaba tanta gente querida? —le respondió Carlos con una voz que era casi un gemido.

El capitán de la Nao Real, un viejo marino llamado Jannet de Taremonde, se acercó a Chièvres y al monarca y les dijo:

—Majestad, el buque en llamas no responde a nuestras señales y no podemos distinguir la nave del almirante.

—Tirad un cañonazo y colocad dos linternas en popa y una en el mástil de mesana, para que se acerque alguno de los barcos ligeros —ordenó Chièvres.

Se efectuó el disparo y se colocaron los candiles, como había sido ordenado.

Pasada la medianoche, dos de las goletas rápidas se situaron a la altura de la Nao Real. Chièvres abordó una de ellas, acompañado por un escogido grupo de guerreros. Vauldre y varios de los caballeros del Toisón subieron en la otra. Desde la toldilla, Luis los vio alejarse en la dirección en la que el barco seguía ardiendo. Las llamas eran tan altas, e iluminaban de tal forma el agua, que parecía que el sol estuviera a punto de volver a salir por aquel lugar. Incluso desde tan lejos se escuchaban los

gritos desesperados. El capitán Taremonde ordenó que la Nao Real también se dirigiese hacia el lugar del desastre; aunque, forzosamente, su avance era muy lento.

Ya cerca de la nave en llamas, avistaron a la nao del almirante, a la *Ángela*, y a otras naves de la flota que del mismo modo habían acudido a socorrer a la siniestrada. Pero ésta parecía estar más allá de cualquier posibilidad de ayuda. Se había convertido en un verdadero infierno, en el cual apenas era posible distinguir difuminadas siluetas humanas abrasándose, gritando de dolor en medio de la humareda. Envueltos por el humo, corrían como espectros que se evaporaran cuando eran alcanzados por las llamas. El viento arremolinaba la humareda en siniestros torbellinos. Las llamaradas alcanzaban una altura asombrosa, alimentadas por el ricino y la brea con los que habían sido engrasadas las tablas del barco. Cuando el fuego alcanzaba alguno de los toneles de pólvora de la santabárbara se producían súbitas explosiones de una violencia estremecedora.

—¡Es el barco de las putas! —gritó alguien al reconocer la nao en llamas.

A pesar de la distancia les llegaron los gritos de los condenados, tan angustiosos que eran casi imposible de entender más que un largo alarido unísono. También vieron la confusión, el terror, los hombres pisoteados por los caballos que corrían enloquecidos por la cubierta en llamas y acababan saltando al mar.

Luis no podía apartar los ojos de aquel drama terrible. Se quedó en el castillo de popa, contemplándolo todo como hipnotizado, y lo mismo hicieron el resto de los cortesanos de la Nao Real, apelotonados sobre la borda, con los ojos muy abiertos, incluso cuando el humo negro los alcanzó y su acre olor los hizo toser y lagrimear.

Pero Luis vio algo más: algunos de los gritos provenían de gente que estaba en el agua, sujeta a algún madero para mantenerse desesperadamente a flote. Pero como aún no había salido la luna, aquellos desdichados apenas eran iluminados por las llamas.

—¡Hay hombres en el agua! —gritó mientras señalaba el punto exacto donde los había visto chapotear. Pero nadie le prestó la menor atención.

Corrió hacia el puesto del capitán, pero los guardias le impidieron llegar hasta él. Intentó explicarles que había gente ahogándose en el agua, pero en medio de aquel caos les debió parecer otro de los cortesanos que gritaban histéricos por toda la cubierta, y su misión era impedir que molestaran al capitán. Luis regresó a la borda para comprobar que aquellos desdichados seguían allí. Contempló con horror como la nao del almirante maniobraba sin haber detectado su presencia... y que les iba a pasar justo por encima.

Haciendo bocina con sus manos gritó a pleno pulmón:

—¡No... cuidado... que hay gente en el agua!

Pero ni él mismo se oyó en medio de todo aquel griterío.

La nao del almirante cruzó sobre aquellos infelices hundiéndolos, aplastándolos, silenciándolos para siempre. Luis no pudo hacer otra cosa que santiguarse y rezar para pedirle a Dios que concediera su perdón a las almas de todos aquellos

desdichados.

Entonces distinguió uno de los cuerpos que había logrado escapar por poco del paso de la nao. Vio que estaba sujeto a duras penas a un trozo de madera no muy grande y que tenía dificultad para seguir manteniéndose a flote. Su cabeza se hundía en las aguas y volvía a aparecer al cabo de un instante. Entonces la reconoció. ¡Era Cèleste!

Sin pensarlo dos veces, Luis se despojó de su jubón negro, de los zapatos, y se lanzó al agua. Se estrelló con fuerza contra su superficie y de inmediato empezó a bracear en dirección a la superviviente. Era un buen nadador, en Valencia solía recorrer a nado la distancia entre la playa de la Malvarrosa y el puerto sólo para ejercitarse, pero pronto comprendió cuál era el padecimiento de aquella gente que se había arrojado a las olas para salvarse de las llamas. El agua estaba helada; entumecía sus músculos a cada brazada y sentía como la vida y las fuerzas se le disolvían rápidamente en aquel frío líquido. Desde luego, aquello no era como nadar en el Mediterráneo.

Llegó hasta su objetivo. El rostro de la mujer, estaba pálido como una máscara de cera. Sus labios azules temblaban incontrolablemente. Una de sus manos estaba clavada como una garra en la tabla de madera que se había convertido en su salvavidas.

Luis nadó el último tramo hasta ella e intentó soltar la talega de muchos colores que la muchacha llevaba atada a la espalda, para así poder sujetarla mejor y arrastrarla con él. Pero Cèleste la asió aún con más fuerza con la mano derecha.

—¡Suéltala! —le gritó sin que ella le hiciera el menor caso.

Él intentó quitarle los dedos de la talega, uno a uno, pero ella la agarró con la mano izquierda y, con el puño cerrado de la derecha le dio un golpe en el pómulo. Luis, que no esperaba eso, se hundió y tomó un buen trago de fría agua salada. Agitando furiosamente sus piernas logró sacar de nuevo su cabeza por encima de la superficie.

—¿No ves que intento ayudarte? —le gritó a la mujer.

Nadó de nuevo hacia ella, pero esta vez se mantuvo fuera del alcance de sus puños, la rodeó e intentó pasar sus brazos alrededor de su cintura. Pero tropezó con la talega repleta de cachivaches, lo que le impidió asirla convenientemente por allí.

«¿Es que esta mujer va cargada con todo su ajuar?», se preguntó entre furioso y asombrado. «¿Cómo es posible que haya logrado mantenerse a flote hasta ahora?».

Al final, la agarró firmemente por el cuello, de tal modo que ella no podía hacer nada para alcanzarle por más que se debatiera y agitase los brazos. Teniéndola así bien sujeta, empezó a arrastrarla hacia la Nao Real. Pero al llegar junto al barco comprendió con horror la inutilidad de todo lo que había hecho. La quilla de éste se levantaba como una pared enorme y abombada frente a él. Un muro imposible de escalar y, además, no había forma de que los que estaban arriba pudieran escuchar sus voces pidiéndoles un cabo al que sujetarse. Como mucho serían arrollados, como

había sucedido con la nao del almirante.

La mujer seguía debatiéndose entre sus brazos y Luis sintió que aumentaba su ira contra ella. Le dieron ganas de soltarla para que se ahogara e intentar salvarse él solo, pero no lo hizo. En cambio la arrastró con él, chapoteando con las piernas para alejarse de la nao. Quizá desde una mayor distancia sería más probable que los vieran u oyeran, o... En cualquier caso, estando tan cerca sólo conseguirían morir aplastados.

Pero las fuerzas empezaron a abandonarle casi al instante. El helor del agua ya le había penetrado en los huesos. Sentía sus miembros rígidos e insensibles, como si pertenecieran a un muerto y acabaran de cosérselos al cuerpo.

«¿Es así como voy a morir?», pensó desesperado.

—¡Maldita seas...! —intentó gritar y se le llenó la boca de agua salada. Escupió y volvió a intentarlo—: ¡Maldita seas, mujer, suelta eso de una vez, o te suelto yo a ti!

Una gran sombra se interpuso en su camino y Luis alzó su mirada con horror, convencido de que era una de las goletas que iba a arrollarles. En efecto, era uno de los barcos ligeros, pero en lugar de pasar sobre ellos se situó a su lado. Desde su cubierta, un hombre sujeto por una cuerda saltó al agua.

—¡Aguantad un poco más, mi joven amigo, que ya llego! —gritó aquella persona mientras iba por el aire.

Luis reconoció la voz de Vauldre. Un chapoteo, y lo oyó bracear vigorosamente hacia ellos. A pesar de sus años, demostró ser un excelente nadador, pues tal como había prometido estuvo a su lado en un instante. Los sujetó con la cuerda que arrastraba con él, pasándola por debajo de las axilas de Cèleste y del valenciano, y luego alzó un brazo como señal a los que estaban en la goleta de que podían empezar a jalar.

No mucho después estaban los tres sobre la cubierta de la goleta, envueltos en gruesas mantas y quitándose las ropas mojadas.

—No esperaba tal demostración de valor por vuestra parte, Luis —dijo Vauldre con una sonrisa—. Pensé que lo vuestro eran las oscuras aulas de una clase.

—No imaginé que el agua estuviera tan helada... —Sonrió tristemente.

—Sois un hombre valiente —insistió el caballero del Toisón—, no intentéis quitaros ahora el mérito, amigo mío.

Cèleste oyó hablar a dos hombres que paseaban por la cubierta de la Nao Real.

—¡Vaya nohecita! —dijo uno de ellos.

—Y que lo digas —le respondió el otro—. Pero dentro de lo malo, es lo menos malo que podría haber sucedido. Pudo ser mucho peor...

Ella estaba en la toldilla. La luz del amanecer borraba los últimos resplandores del incendio en el horizonte. Esa noche habían muerto abrasadas o ahogadas más de ciento sesenta personas. Además de Juanín y de Annia, y de las otras prostitutas que viajaban en la nao incendiada, también perecieron muchos servidores de los nobles que navegaban en los otros barcos. Humildes trabajadores como Guillermo, el furriel de la caballeriza; Gallotín, el palafrenero; Toussain, el racionero; o Jean, un paje de doce o trece años de edad que era hijo del maestro artillero; o Juan de Basil, maestro de la armería real; y muchos otros que Cèleste había conocido brevemente a lo largo de ese primer día de viaje que iba a tener tan desdichado final.

«Sí, podría haber sido peor», pensó con amargura, «podría haber muerto uno solo de esos holgazanes y abotargados cortesanos, y eso sí que se hubiera considerado un desastre».

Se encogió de hombros, apretó en torno a sí la manta con la que se cubría, y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo. Había abierto la talega y estaba comprobando cuidadosamente que ninguno de los valiosos frascos se hubiera roto, y que el agua del mar no hubiese contaminado su contenido. Encontró el tarro que contenía el ungüento a base de miel, espliego y cenizas de gamón, y se lo aplicó en las palmas de las manos, allí donde el contacto con el yelmo ardiente le había quemado la piel. Inmediatamente notó una fresca sensación de alivio. Flexionó con cuidado los dedos para asegurarse de que las quemaduras no le hubieran dañado ningún nervio. Estaban bien.

Con la espalda apoyada en el palo de mesana, Luis observaba a la bruja sentada a lo lejos en la toldilla, apartada de todos y vuelta de espaldas. No podía ver lo que estaba haciendo, pero parecía muy concentrada en ello. Desde luego, cargar con ese pesado saco mientras intentaba mantenerse a flote en medio de un mar helado, no parecía lo más razonable del mundo. Se preguntó qué guardaría en su interior.

Alguien le tocó con algo cálido en la pierna y Luis se volvió. Tuvo que bajar la vista para ver el sonriente rostro de Jean Bobin y la taza de vino caliente que le ofrecía.

—Gracias. —El valenciano aceptó el vino y se sentó sobre las tablas de la toldilla. De ese modo los ojos del enano quedaron más o menos a su altura.

—Imagino que no has recibido muchas felicitaciones por tu noble gesta, ¿verdad? —le preguntó Bobin sin dejar de sonreír. Tenía el típico rostro arrugado de los enanos

y sus ojos eran como dos diminutos carbones situados demasiado juntos.

—No demasiadas —reconoció Luis. Sujetó la taza humeante entre sus manos y dejó que su agradable calidez penetrara a través de la piel. A pesar de las horas transcurridas, aún no había logrado librarse del helor en los huesos. Dio un sorbo.

—Te pusiste en peligro sólo para salvar a una puta. No esperes que ellos lo entiendan; a sus ojos lo que hiciste tiene más de necedad que de verdadero valor.

—Es posible —tomó otro sorbo y disfrutó de su agradable y cálido recorrido hasta sus tripas—. En todo caso, gracias por el vino.

Jean Bobin le señaló con uno de sus dedos cortos y gordezuelos.

—Te crees que has sido aceptado en su círculo, pero a sus ojos hay menos distancia entre tú y yo de la que nunca tendrás con ellos.

Luis frunció el ceño. Alzó la vista y vio al padre Bernardo paseando por el combés, aparentemente ajeno a su conversación. Pero no pudo evitar preguntarse si el dominico había enviado al enano para que le dijera esas palabras.

Empezó a incorporarse.

—Gracias por el vino —repitió con un tono menos amistoso, mientras se alejaba de él—, pero ahora debes disculparme...

Fue junto a Cèleste. Estaba envuelta en una manta porque no tenía otra ropa que la que llevaba puesta cuando cayó al mar. Aún estaba empapada, pero la había extendido sobre la cubierta para que se secara.

No tendría que esperar mucho, pues el sol ya se elevaba cálido en el cielo.

—Al final lo has conseguido —dijo—. Estás en la Nao Real.

La bruja apartó la vista por un momento de lo que estaba haciendo para mirarle con aquellos ojos azules tan intensos. Su pelo se había secado al aire y formaba una espectacular melena negra que le daba un aspecto leonino. Ahora que su rostro había recuperado el color, descubrió que era aún más hermosa de lo que recordaba. Hermosa, pero no bonita. Tenía los labios carnosos y la boca amplia; los ojos grandes, de ese color azul que le resultaba asombroso, por lo poco habitual en un rostro tan moreno. Su piel tenía un tono cobrizo, su nariz era recta y sus pómulos muy marcados.

Ella no hizo ningún comentario a su broma, y él le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo—. Pero no gracias a ti.

—No creas que no aprecio tu gratitud.

—¿Y qué esperabas? Estuviste a punto de lograr que me ahogara.

—Es curioso que yo lo recuerde justo al revés. —Se frotó el pómulo, que estaba dolorido allí donde ella le había golpeado—. Por aferrarte a ese pedazo de tela casi haces que nos ahoguemos los dos.

—Te empeñaste en arrastrarme hacia el casco de esta nao, con el peligro de que nos aplastara a ambos, porque no tenías ningún plan para volver a subir, ¿no es así? Yo intenté evitarlo, pero cuando me agarraste por el cuello me cortaste la respiración

y...

Aun así podría haberse librado de su presa. Una patada hacia atrás, bien dirigida, y él no hubiera tenido más remedio que soltarla. Pero era difícil calcular la fuerza de un golpe dado en el agua. Podría haberlo dejado sin sentido y entonces sería él quien se hubiera ahogado, y eso tampoco era algo que ella deseara.

—Bueno —dijo Luis dando una palmada—. Parece ser que el único admirador de mi hazaña es Vauldre el Loco, así que mejor voy a pavonearme delante de él.

Empezó a darse la vuelta, pero Cèleste lo sujetó por la manga de su jubón.

—No, espera, tampoco quiero ser injusta contigo. Ese Vauldre... ¿es el caballero que saltó al agua para rescatarnos?

—Sí.

—Pues no creo que lo hubiera hecho de no haber estado tú conmigo. Y eso sí debo agradecértelo.

—Ahí te equivocas —dijo Luis—. Vauldre es un buen hombre y hubiera actuado exactamente igual aunque hubieras estado sola.

—Es posible. Pero agradezco que en ese momento estuvieras conmigo.

Él asintió, y aprovechó el cambio de tono de la conversación para preguntar:

—¿Y qué es eso que tenías tanto empeño en salvar?

La bruja se puso en pie y palpó la ropa extendida para asegurarse de que ya estaba seca. Dejó caer la manta con la que se cubría y quedó completamente desnuda ante él. Era delgada, con los músculos largos y fibrosos de una gacela dibujándose bajo su piel morena. Al girarse, la luz del sol dibujó el contorno redondeado y firme de sus nalgas. Los pechos eran cónicos, con amplios y oscuros pezones. Antes de apartar la vista públicamente, Luis alcanzó a ver la espesa mata de vello negro que oscurecía su pubis.

—Mi herencia —dijo ella mientras se vestía—. Todo lo que mi madre me dejó.

Durante el segundo día de viaje el viento siguió tan favorable que la flota dejó atrás los mares de Inglaterra y se situó casi a la mitad del trayecto para llegar a España. Lo más difícil parecía haber pasado y todo presagiaba que el resto del viaje iba a ser pura rutina, y que ese mismo sábado ya tendrían a la vista su destino, que era el puerto de Santander.

Esa mañana, unos pasaban el tiempo leyendo libros de caballería, otros jugando al ajedrez, a las damas o a las cartas. Vauldre y sus caballeros practicaban esgrima en la cubierta. Laurent Vital presentó a Luis a un amigo suyo que era uno de los pilotos más veteranos de la nave. Su nombre: Jean Cornille. En ese momento parecía muy ocupado, pero Luis se encontró con él más tarde, en un lugar tranquilo del combés, y le dijo:

—Laurent me ha asegurado que estabais en la nave de la madre del rey, durante su primer viaje a Flandes...

—Era el ayudante del piloto español, que no tenía experiencia en los estrechos de Calais —dijo Cornille con una amplia sonrisa. Tenía todos los dientes, pero de un color tan amarillo que parecían de madera; el rostro curtido como cuero viejo, surcado de infinidad de pequeñas arrugas; las mejillas y el cráneo cubiertos por una pelusa blanca—. Yo en cambio he realizado ese trayecto tantas veces que casi he perdido la cuenta.

—¿Podéis hablarme de ese viaje? He recibido el encargo de estudiar la enfermedad de doña Juana, y quisiera estar al tanto de los antecedentes de su mal.

Cornille estudió a Luis entrecerrando los ojos. Aquel español era casi un muchacho y a él no le parecía capaz de curar ni un uñero. Pero preguntó:

—¿Sois médico?

—No, no... Soy profesor en Lovaina, y estudio...

—Andáis un poco errado entonces. Doña Juana no está enferma, está loca. Quizá necesite un cirujano que le extraiga la piedra de la locura de la cabeza, pero no a un médico o a un profesor de Lovaina.

—Digamos que estoy estudiando las enfermedades del alma... Y el señor de Chièvres me ha encargado que me ocupe del mal que aqueja a la madre del rey.

—En fin —dijo encogiéndose de hombros—, si el propio señor de Chièvres es quien os lo ha pedido... yo estoy a su servicio.

—Bien —le animó Luis—. Habladme entonces de ese primer viaje.

Con un gesto teatral, Jean Cornille se llevó una mano a la sien y simuló que se esforzaba por recordar con exactitud aquellos lejanos días.

—A veces la memoria es tan escurridiza como un pez embadurnado con grasa —dijo—, pero los acontecimientos de aquel viaje los puedo evocar sin mucha dificultad. Fueron días interesantes para mí.

—Por favor, contadme.

—Pues zarpamos de Laredo, a mediados del mes de agosto del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos noventa y seis. Doña Juana era entonces una princesa, casi una niña, enviada por sus majestades los Reyes Católicos de España para contraer matrimonio con el entonces archiduque don Felipe de Habsburgo. No fue un viaje fácil. Para no tener tropiezos con los franceses nos desviamos hacia el Norte, y los vientos nos empujaron hasta las costas de Portland, que malditos sean los ingleses y la suciedad en la que les gusta revolcarse. El aliento de un solo inglés es más que suficiente para abonar un campo entero...

—Decidme, ¿cómo era ella?

—¿La princesa? Era la muchacha más hermosa que yo haya visto jamás. Todo en ella resultaba gracioso y delicado. Su cuerpo era el de una mujer, perfecto en sus formas aunque no contaba más de dieciséis años. Tenía unos pechos bien plantados para ser tan joven... ya me entendéis. Pero su risa y la expresión de su rostro eran los de una niña. Bendita criatura... Durante el viaje, ella solía pasear por cubierta, siempre mirando hacia el horizonte, con temor o esperanza, no lo sé. Era lógico que le preocupara su futuro en un país extraño, casada con un hombre al que no había visto jamás, pero ella lo guardaba para sí y se mostraba amable con todo el mundo. A veces se paraba a hablar con cualquier marino, o sirviente, preguntándole por su trabajo como si fuera un viejo amigo y no existiera distancia entre sus personas...

«Y veinte años después», pensó Luis, «aquella deliciosa muchachita se había convertido en una mujer loca que había tenido que ser encerrada por su propio padre».

—¿Qué pasó cuando llegasteis a Flandes?

—Nadie nos esperaba.

—¿Qué?

—Así es. Llegamos a Arnemuiden, al mismo puerto del que zarpamos, y, extraña coincidencia, el mismo día ocho de septiembre, pero del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos noventa y seis. Y el mismo barco que llevó a doña Juana regresó a España con Margarita de Austria, la hermana de don Felipe, quien se convertía en princesa por su matrimonio con el príncipe don Juan. Así hacen las cosas las casas reales, matrimonios a pares... ¿No es asombroso?

—Me estabais contando de doña Juana...

—Oh, sí. Como os decía, llegamos a Arnemuiden... y no había nadie de la corte del archiduque esperando.

—¿No había nadie? Que extraño.

—Extraño, sí. El puerto vacío. Yo pude ver el desconcierto en los ojos de la princesa en un primer momento, y luego su amarga desilusión. Y la furia en los nobles españoles de su séquito, que se tomaron todo aquello como una afrenta. Pero así estaban las cosas. Cuando los españoles comprendieron que definitivamente no iba a acudir nadie a darles la bienvenida, tuvieron que montar ellos mismos el cortejo y ponerse en marcha. Durante más de un mes cruzamos las tierras flamencas en

dirección a Bruselas, ante la mirada asombrada de los lugareños, que nos veían pasar preguntándose quiénes seríamos. Al final fue en Lille, ya a mediados de octubre, cuando se produjo el encuentro entre la princesa doña Juana y el archiduque.

—¿Y qué sucedió entonces?

—La locura. —Cornille soltó una risita pícar—. Es evidente que el archiduque no tenía puestas muchas ilusiones en esa boda de Estado. Ya por entonces eran bien conocidos sus galanteos y su apostura varonil, pero cuando tuvo delante a la princesa... La locura, ya os digo. Se ve que no esperaba que fuera tan hermosa, no sé, lo cierto es que se produjo una extraña fascinación entre los dos y se rompieron todas las etiquetas y todos los planes previstos para la boda. No podían apartar los ojos el uno del otro; y, en ese preciso momento, el archiduque hizo llamar a un sacerdote para que los casara allí mismo, aunque el enlace oficial estaba previsto para dos días después en Bruselas.

—Asombroso —dijo Luis, conmovido por la historia.

—Así son los jóvenes. Ella tenía dieciséis y él dieciocho. Príncipes o mendigos, no importa, la naturaleza es igual para todos. El fuego prende fácil cuando son pocos los años, y no hay nada malo en ello si éste no llega a consumirles...

«Como parece que sucedió en este caso», completó mentalmente el valenciano. «La vida de doña Juana es sin duda una historia triste, pero no hay tristeza que no conozca sus momentos de dicha. Y ése fue uno, sin duda, pero... ¿qué pudo pasar luego para que las cosas terminaran tan mal para ella?».

—¿Volvisteis a ver a doña Juana?

—Volví a verla, sí, y al archiduque, cuando viajaron juntos hacia España tras la muerte de su católica majestad, doña Isabel. Doña Juana era entonces una persona completamente diferente a la que yo recordaba. Eso fue en el mil quinientos seis, y ella aún no había cumplido los treinta años, pero parecía mucho mayor. Envejecida por el dolor y la soledad. Retengo una imagen bien triste de ella en aquel viaje...

—¿Cómo fue esa travesía?

—Horrible. Peor que la primera. Viajamos en una buena nave, la *Julien*, escoltados por cincuenta navíos, pero sufrimos todo tipo de desdichas. Tuvimos que enfrentar una tormenta tan descomunal que dispersó la flota. Y la *Julien* sufrió un grave incendio. Ciertamente, nos vimos a las puertas de la muerte... Pero ¿sabéis una cosa?

—Decidme.

—Doña Juana fue la única que mantuvo la calma en todo momento. Cuando peor estaban las cosas, pidió que le sirvieran la comida como todos los días, y eso aumentó la confianza de los que la acompañaban. Y yo pensé que, a pesar de su aspecto cansado, Doña Juana seguía siendo la muchacha maravillosa que había visto en el primer viaje. En fin, fue un viaje muy infortunado. Ruego a Dios que no tengamos que pasar por lo mismo y que con ese incendio que hemos sufrido se hayan exorcizado todas nuestras futuras desgracias. La *Julien* quedó gravemente dañada y

no nos quedó más remedio que refugiarnos en las costas inglesas. Que no hay mayor desgracia que verse obligado a comer la bazofia que tragan esos malnacidos...

Durante un buen rato, Jean Cornille siguió despotricando contra los ingleses, pero Luis ya no le prestaba atención. Meditaba sobre lo que le había contado de Juana.

«¿Qué es lo que había sucedido en esos años que había cambiado de ese modo a una hermosa y valiente muchacha?», se preguntaba.

Luis creía que lo verdaderamente importante no estaba en el exterior sino en el interior. Que era posible ser muy feliz dentro de una chabola, o muy desgraciado en un palacio. Solía pensar que lo único que de verdad tenía, lo único que nadie podía quitarle, era su alma. Pero últimamente había empezado a ver el error de esa suposición. La mente podía enloquecer y el alma se podía perder para siempre en esa locura...

¿Cómo le había sucedido a Juana?

Si Felipe de Habsburgo aspiraba a ser algo más que rey consorte, la locura de su esposa resultó muy provechosa para él. ¿Acaso no lo fue también para su padre, Fernando el Católico, que gracias a su incapacidad pudo seguir gobernando en Castilla?

¿Y Carlos?

Cuando Juana abandonó Flandes por última vez, Carlos contaba sólo ocho años de edad, y no se habían vuelto a ver desde entonces. ¿Qué era Juana para él, su madre o su rival ante el trono? Porque si Juana no estaba loca, entonces, ella era la única y auténtica heredera de todos los reinos de España... Ni siquiera Fernando el Católico, su padre, tuvo derecho legal al trono de Castilla. Ni Felipe, su esposo y rey consorte, ni ahora su hijo Carlos. Juana era la única reina de Castilla. Pero era una mujer y había tenido que enfrentarse sola a un mundo dominado por los hombres.

Su padre, su esposo, y ahora su hijo.

«Después de todo», pensó, «quizá la locura no tenga nada que ver con esto».

OFFERTORIUM

Entre donde no supe
y quedeme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe dónde entraba,
pero cuando allí me vi
sin saber dónde me estaba
grandes cosas entendí.
No diré lo que sentí
que me quedé no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.

San Juan de la Cruz,
Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación.

1

Luis despertó con el cuerpo empapado de sudor, el corazón aleteando como una gallina sujeta por una ala. Como siempre, no podía recordar ningún detalle de la pesadilla, pero se sentía como si acabase de escapar de entre las garras de un monstruo espantoso. Miró a un lado y a otro, atemorizado por esa sensación. Estaba en su cámara.

Recordó entonces que después de la comida se había tumbado vestido en la litera y se había quedado dormido. Quizá había tomado demasiado vino y eso explicaría la pesadilla. Ya debía de ser tarde, pero sus compañeros de cámara no estaban. Oyó el canto del Ave María y el Salve Regina, y los imaginó rezando en el castillo de proa, rogándole a Dios que les siguiera enviando buena mar durante la siguiente jornada.

Decidió que lo mejor era que se uniese a ellos en los rezos, pues después del incendio ya no sentía deseos de pasar por más situaciones apuradas y necesitaba de la ayuda de Dios tanto como el que más. Abrió su valija para buscar algo abrigado que ponerse y su mano tropezó con los libros que había guardado en su interior sólo dos días antes. Dos días. Le parecía mentira todo lo que había pasado en esas horas. No era extraño que se hubiese olvidado momentáneamente de ellos.

Pero allí estaban, el *Concordia Veteri et Novi Testamenti* y el *Expositio ad Apocalypsim*, del monje Joaquín de Fiore. Al abrir los libros descubrió unas apostillas que hacían referencia a otro texto: *El libro de los cien capítulos*.

Se sentó en la litera con los dos ejemplares abiertos frente a él, y empezó a ojearlos a la vez, como si estuvieran en una rueda de libros. Pero le costaba concentrarse en su lectura. En su mente aún estaba fresco el recuerdo de la pesadilla, pero le era imposible concretarlo, pues las imágenes terribles se escabullían rápidamente cuando intentaba fijar la mente en ellas. Se acordó del pan caliente, del dominico, y de aquella noche en Valencia cuando él tenía ocho años. Pensó en cómo su alma andaba enfrentada a sus recuerdos, a la vez que los necesitaba para tener conciencia de sí misma. Y no podía librarse de esa dualidad. No podía.

Quizá allí estaba la propia esencia de la existencia individual.

Leyó: *Subito corpus frigidum et inflexible et simillimum mortuo efficiebatur...* y entonces una idea se le apareció nítida, aislada del resto de sus pensamientos, emocionante, como una criatura animada y autosuficiente que reclamara su atención.

Comprendió que en ese momento estaba más cerca de lo que nadie había estado de entender cómo funcionaban y cómo se relacionaban el alma y la mente. Pero para completar su trabajo iba a necesitar la ayuda de Cèleste.

Los rezos habían cesado. Cerró los libros y los volvió a guardar dentro de su valija. Luego salió de la cámara y se dirigió a la cubierta para buscar a Cèleste. Necesitaba hablar urgentemente con ella. No la había visto en todo el día y la nao no era un lugar tan grande como para que sus pasos no se cruzaran varias veces a lo largo de una jornada. Al salir fuera percibió un último rayo de luz teñido de verde

mientras el sol se hundía en el mar para iluminar el otro lado del Orbis Terrae. El mundo penetraba en la oscuridad mientras los colores se disolvían en un uniforme color azul.

Al acercarse a la proa, vio al dominico encaramado en ella, sujeto a unos cordajes mientras hacía sus necesidades. Fue algo totalmente inesperado para ambos encontrarse allí y en aquellas circunstancias. Bernardo alzó la vista hacia él, llevaba el hábito remangado y Luis pudo ver con claridad su sexo.

Y se giró de inmediato. Anonadado.

«¡Es una mujer!», pensó, paralizado por el asombro. «No puede ser...».

Empezó a caminar para alejarse de allí, pero una mano lo sujetó por el hombro y lo obligó a volverse.

—Decidme —le preguntó el dominico con la ira brillando en sus ojos, mientras se ajustaba el hábito con secos tirones hacia abajo—, ¿qué habéis visto?

—Nada, yo... No he visto nada...

«No puede ser», se repitió, a la vez que comprendía que era imposible que Bernardo, o Bernarda, o como quiera que se llamase realmente, no advirtiera su turbación. «Pero, qué diablos, si es una mujer, él... ella tiene ahora más que perder que yo...».

Bernardo lo miró durante un momento a los ojos. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una larga carcajada.

—Ya entiendo lo que habéis pensado —dijo riendo entre dientes—. Pero echad una mirada con más detenimiento...

Se remangó de nuevo y Luis apartó rápidamente la vista.

—No me apetece, gracias... —dijo.

—¡Que miréis os digo! —le gritó el dominico—. ¡Os lo ordeno!

Luis bajó la vista. Entre el vello púbico del dominico vio una ancha cicatriz.

—Lo llaman «a la turca» —le explicó Bernardo—. Cuando era un niño de diez años, los piratas berberiscos asaltaron mi ciudad y me capturaron junto a otros muchos rehenes. Pertenezco a una de las familias más ricas de Palermo, así que pidieron rescate por mí... Y cuando mi padre intentó negociar su cuantía ellos le mandaron mi pene y mis testículos en una cajita de madera. Me habéis confundido con una mujer, ¿verdad? Los piratas me trataron como tal durante los meses que pasé con ellos. Sin duda habréis oído a los predicadores aterrorizar a sus fieles con el Infierno... Bueno, pues yo os digo que después de esos meses, ya no puede haber nada en él que me asuste o me sorprenda.

—Lamento lo que os pasó —dijo Luis.

Bernardo bajó el faldón de su sotana. La boca se le retorció en una fea mueca que quería ser una sonrisa.

—No seáis hipócrita, no lo hacéis en absoluto. Pero no importa; aquel suceso me sirvió para encontrar mi camino. Yo era el hijo mayor y hubiera heredado las tierras que a raíz de aquello pasaron a mi hermano... Pero obtuve algo mejor que un puñado

de tierra: la oportunidad de servir a Dios. ¿No os parece que salí ganando con el cambio?

Luis notó la profunda amargura en su voz y permaneció en silencio. No habría sabido qué responderle, pero Bernardo tampoco le dio oportunidad de hacerlo, pues se dio la vuelta para irse. Pero cambió de idea y se volvió a mirarle de nuevo:

—Soy un hombre que conoce el infierno. Por lo tanto es imposible que nada de este mundo pueda intimidarme o conmoverme. Os lo aseguro, Luis, lo he comprobado.

Se alejó en dirección a los camarotes.

2

Uno de los marineros le informó de que había visto a la muchacha alta paseando por las cubiertas inferiores. Luis la encontró en la sentina, que era el lugar donde por pudor muchos bajaban a hacer sus necesidades.

Cèleste estaba oculta entre unas cajas, chapoteando en el agua maloliente que le llegaba hasta los tobillos, iluminada tan sólo por un cabo de vela que parecía a punto de extinguirse. Luis llevaba una linterna de aceite que colocó en un sitio alto y seco, sobre unos fardos para que iluminase lo más posible.

—Te he estado buscando —le dijo—. ¿Te interrumpo en algo?

Cèleste se volvió hacia él. Sus ojos reflejaban la luz como los de un gato.

—Hola Luis —dijo.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

La bruja le habló entonces de los demonios incendiarios que habían sido la causa de la desgracia de la nave caballeriza, y cómo se había enfrentado a ellos.

—Quiero saber si también se ocultan aquí.

—¿Y los has encontrado? —preguntó Luis.

—No. No crees una palabra de lo que estoy diciendo, ¿verdad?

Luis midió con cuidado sus palabras:

—Creo que es posible que un brujo o un alquimista pueda crear sustancias capaces de engendrar el fuego y provocar un incendio... Eso es algo que los griegos de la antigüedad conocían bien, y utilizaban precisamente para incendiar naves... Por ejemplo —dijo mirando a su alrededor con aprensión—, podrían haber ocultado una gran cantidad de sodio en un lugar como éste, y cuando la humedad lo tocase...

—No era sodio, Luis. Eran salamandras de fuego. Pero ése no es el asunto que me preocupa ahora, sino ¿por qué iba alguien a lanzar un hechizo incendiario contra una nave en la que sólo viajaban sirvientes, caballos y putas?

—Y una bruja.

—Sí, pero yo no soy importante... Es decir, hay algo que no te he contado, y es que los asesinos de Hieronimus intentaron acabar conmigo en dos ocasiones. Justo después de la muerte del artista y en una emboscada que me tendieron en Bruselas... —Le narró con detalle sus dos encuentros con Bocanegra y sus secuaces—. Pensé que al embarcarme había escapado de ellos, pero ese ataque a la nao caballeriza me confirma que siguen detrás de mí.

Luis había escuchado el relato de Cèleste con creciente preocupación. Cuando terminó le preguntó:

—¿Cómo lo interpretas?

—No lo sé. No soy una Principal, apenas tengo poder, pero parece que los que intentan matarme están convencidos de que puedo interferir en sus planes...

Luis se frotó la barbilla, pensativo, mientras intentaba racionalizar todo aquello.

—Dime, ¿para qué me buscabas? —le preguntó la bruja.

—Hay algo de lo que quiero hablarte, que quizá tenga que ver con todo esto.

—¿De qué se trata?

Luis le habló de los libros de Joaquín de Fiore que había recibido de la biblioteca de Lovaina, y cómo los había guardado sin leerlos hasta esa misma tarde.

—En el año mil ciento noventa y tantos, De Fiore inventó un método exegético para reinterpretar el Nuevo Testamento de un modo simbólico. Según él, la humanidad habría pasado en primer lugar por la denominada Edad del Padre, correspondiente al Antiguo Testamento, en la que el hombre serviría a Dios sólo por temor. Esta etapa daría paso a su vez a la Edad del Hijo, en la que él creía vivir aún, y donde la obediencia descansaría en la fe. Finalmente, según su cálculo de cuarenta y dos generaciones de treinta años cada una, se produciría el advenimiento de la edad definitiva...

—Cuarenta y dos generaciones de treinta años... Mil doscientos sesenta...

—Esa será la Tercera Edad. La Edad del Espíritu Santo, y se caracterizará por la plena libertad y caridad cristianas y por la extinción de todas las instituciones, la Iglesia incluida. Esos nuevos hombres espirituales vivirían en un paraíso terrenal bajo la obediencia de un Mesías-Imperador. Y casualmente esa fecha de mil doscientos sesenta anno Domini, calculada por De Fiore, coincidió con los años en los que el emperador del Sacro Imperio Romano fue Federico II...

—¡El *Stupor Mundi* al que se refería el dibujo de Hieronimus Bosch!

—Exacto. De Fiore pronosticó que el juicio de Dios heriría a la Iglesia por el poder de los «nuevos caldeos», es decir, los germanos. Y como Federico II se enfrentó abiertamente al poder del Papa, muchos concluyeron que era el Mesías anunciado.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? ¿Ves acaso que vivamos en el Paraíso? Pasó que Federico murió sin haber cumplido la profecía. Pero sus fieles, lejos de desanimarse, afirmaron que sólo está dormido. Se dice que su cuerpo permanece oculto en una cueva de las montañas Kyffhäuser, aguardando la llamada del pueblo germano para despertar. Entonces, su Mesías-Imperador degollará a dos mil trescientos sacerdotes al día, además de aniquilar hasta al último judío de Europa. Para «lavar el mundo con sangre», dicen. Necesitan sangre, y por ello sus fanáticos se flagelan por los caminos para que despierte.

—¡Flagelantes! —exclamó Cèleste—. Me encontré con ellos... Y me dijeron eso mismo: «Vamos a lavar el mundo con sangre».

—Sí, ésa es su idea. Todo esto estaba en una referencia de *El libro de los cien capítulos*, que por desgracia no tengo aquí... Por tu expresión veo que le encuentras un sentido a todo esto.

—Sí, claro que lo tiene —dijo ella admirada—. Esos fanáticos son los que me siguieron hasta Brabante para asesinar a Hieronimus Bosch. Y luego intentaron acabar conmigo en dos ocasiones, como te he dicho. Gracias... Creo que lo que has

descubierto es importante.

«Sí, muy importante» pensó Cèleste, «por fin empiezo a comprender lo que está sucediendo realmente. Pero ahora necesito una prueba».

Luis se pasó la mano por la frente. Tenía el pelo reluciente de sudor, y empezaba a chorrearle por la cara.

—¿Te importa si seguimos hablando arriba? Me estoy asfixiando en este lugar.

Ella recogió la talega y se la anudó alrededor de la cintura. Llevaba puesta su gonela de estameña azul, vieja y deshilachada, y una camisa blanca sin mangas. La forma en que su humilde atuendo desentonaba con el lujo y las joyas habituales en aquel barco le produjo a Luis un sentimiento de ternura.

—Claro, vamos —dijo ella.

3

Un tercio de la tripulación estaba de guardia por la noche; el resto dormía en la cubierta, echados por todos lados, componiendo un coro de ronquidos. Cèleste y Luis fueron hasta el castillo de proa, donde podían gozar de un poco de paz, y disfrutar de la brisa nocturna. Un grupo de delfines saltaba y se cruzaban frente a la quilla.

—Ayer por la tarde —dijo la mujer señalándolos—, antes del incendio, los marinos de mi barco capturaron a dos de esos peces. Resultó que eran macho y hembra. Al abrirlos, limpiarlos y trocearlos, descubrimos algo muy extraño. Por fuera parecían peces, pero por dentro están hechos como tú o como yo. El macho tenía un miembro así de grande... y testículos exactamente iguales a los de un hombre. La hembra tenía matriz y una cría a medio desarrollar en su interior...

—En el mar hay muchas cosas asombrosas, y sólo Dios tiene conocimiento de todas —dijo Luis, que algo había oído sobre aquellos peces con miembros semejantes a los humanos. Pero por un instante le pasó por la mente la horrenda imagen del pene y los testículos de un niño dentro de una caja de madera.

—Hay cosas extrañas en todas partes —dijo Cèleste con los ojos cerrados, deleitándose con el frescor del aire en el rostro—. A veces quisiera llegar a entenderlo todo, conocerlo todo, tener respuesta para cada una de las preguntas que nos plantea el mundo. ¿Crees que eso es posible o soy una ilusa?

La bruja volvió su mirada hacia el océano. Sus ojos brillantes y lúcidos parecían reflejar los cambios de luz que se estaban produciendo en el horizonte, se movían de un lado a otro, miraba a lo lejos y lo miraba de nuevo a él. Daba la impresión de ser intensamente consciente de cada uno de los detalles que los rodeaba. De repente, Luis se sintió más cercano a ella de lo que jamás se había sentido de ninguna otra persona.

—No sé si es posible —dijo—. Sólo sé que también he deseado eso mismo muchas veces.

Ella asintió, inclinándose hacia adelante, y dijo en voz baja:

—Dime, ¿qué es lo que quieres de mí?

Luis carraspeó mientras intentaba ordenar sus ideas.

—Llevo años escribiendo ese *Tratado del Alma* que viste en mi habitación —dijo—. Pero en los últimos meses me resultaba casi imposible trabajar en él. Buscaba cualquier excusa para no hacerlo... Me emborrachaba, mi mente se dispersaba, rompía una pluma tras otra... Y ahora comprendo por qué.

—¿Por qué?

—Mi alma no quería que mi mente recordase algo sobre mi pasado... Algo tan terrible que permanecía oculto dentro de mí por unos mecanismos que mi investigación para ese tratado estaba a punto de desentrañar. Por eso me impedía seguir trabajando...

—¿Qué?

—¿Cómo dices?

—¿Qué era lo que te impedía trabajar?

—Mi propia alma.

—¿Crees que tu alma quiere ocultarte algo?

—A eso voy. Ayer, mientras desayunábamos en cubierta, una asociación con un olor determinado, el del pan recién tostado, y los colores blanco y negro combinados en una tela, lo sacó por fin a la luz...

—¿Cómo?

—Es difícil de explicar en pocas palabras, pero... verás... Hace tiempo que descubrí que el espíritu va *a causa ad affectum, ab hoc ad instrumentum, a parte ad totum*... Perdón... Quiero decir que va del pensamiento al lugar; del lugar a la persona; de ella a sus antecedentes, en proceso indefinido... ¿Me entiendes? Son como partes de una impresión total en la que cada una debe tirar de la otra. Como una larga cadena de ideas asociadas, con sus eslabones más lejanos unidos por un mismo recuerdo...

—Y ese recuerdo es tan terrible que tu propia alma lo ha mantenido oculto...

—Sí.

—¿Y qué es?

Luis dudó un momento en responder, y luego enrojeció violentamente.

—Es algo que... No estoy aún preparado para contarlo... Pero necesito seguir investigándolo. Asimilarlo en todos sus detalles...

—¿Qué quieres de mí entonces?

Él se golpeó la frente con la palma de la mano e intentó tranquilizarse.

—En Middelburgo me ofreciste probar la *sopa del sábado* —dijo—. Pues... sí, quiero hacerlo. Si consigo penetrar en el interior de mi alma y esclarecer algo de su misterio, quizá pueda contestar algunas de esas preguntas que nos acosan.

—¿Qué esperas encontrar? —le preguntó Cèleste.

—Antes, mientras leía sobre Federico II, el emperador durmiente, hallé esta frase: «Su cuerpo está frío, rígido y tiene toda la apariencia de un cadáver». Así se describe también el éxtasis que algunos hombres santos son capaces de alcanzar mediante la oración... Y el que las brujas lográis con vuestro unguento... Entonces comprendí que todas esas experiencias deben de tener algo en común.

Cèleste asintió.

—Y así es. Cuando el alma se separa del cuerpo, y penetra libremente en el *Annwn*, el cuerpo se queda extático, incorruptible, durmiente.

—Doña Juana no admite que su esposo está muerto —dijo Luis—. Ésa es su locura. Asegura que tan sólo duerme, y por ello se niega a que sea enterrado...

—Y te estás preguntando si no estará loca, después de todo... —La bruja sonrió—. De acuerdo, tú me has ayudado y ahora te ayudaré yo a ti. Te acompañaré en tu viaje hacia el *Annwn*. Seré tu guía.

—Verás... Creo que será mejor que haga ese camino yo solo.

—No sabes lo que dices. Si tomas la *sopa del sábado* solo, jamás regresarás. La

mayoría de los hombres perderían la razón si tan sólo percibiera durante un instante lo que realmente nos rodea. Y ese unguento es una lente para ver lo que los sentidos nos filtran continuamente para evitar que enloquezcamos...

La brisa nocturna parecía estar aumentando en intensidad y agitaba los salvajes cabellos de la bruja. Luis insistió:

—Te aseguro que nada puede ser peor que esas pesadillas que me acosan. Y creo que debo enfrentarme solo a ellas. No puedes acompañarme...

—Pues no hay nada más que hablar —dijo ella terminante.

Luis meditó en todo aquello. Comprendió que estaba realizando dos viajes en aquel momento. Uno a través del mar, a bordo de aquella nave; y otro mucho más difícil y peligroso, hacia las más oscuras profundidades de su alma.

Era estremecedor, pero emocionante a la vez.

—De acuerdo —dijo al cabo de un momento—. Lo haremos juntos.

Luis paseaba tranquilamente por cubierta, rodeado por la niebla más espesa que jamás hubiera visto. Sus jirones parecían largos tentáculos blanquecinos que se enredaran en sus brazos y piernas mientras caminaba. Imposible ver nada más allá de la extensión de su brazo; incluso su mano parecía difuminada y pálida a esa distancia.

Desde luego, jamás había visto nada igual. Aquella bruma era extraordinaria; parecía casi tan sólida como la miel o la gelatina, y, sin embargo, podía respirarla sin dificultad. Al agitar el brazo, se creaba una especie de hueco en la niebla que dibujaba el rastro dejado por éste, y que al poco se iba llenando lentamente de aquella elástica sustancia. El efecto era bastante interesante, y Luis lo experimentó varias veces, trazando círculos en el aire que permanecían un momento, para luego desaparecer lentamente.

De repente se detuvo al comprender algo.

Ya no estaba en el barco. Le había costado darse cuenta de que ya no sentía el continuo balanceo bajo sus pies y el crujir incesante de las vergas y los cordajes.

Pero no recordaba el momento en el que había desembarcado. ¿Ya habían llegado a España? ¿Era ésta la niebla habitual de la costa cántabra?

Se agachó para tocar el suelo. Liso y suave como el mármol, pero tan cálido como la piel humana. Tenía exactamente el mismo color que la niebla y se le ocurrió pensar que era la misma sustancia solidificada. Pero eso no tenía sentido, claro.

Relámpagos de todos los colores brillaron frente a él iluminando la niebla. Las deflagraciones se repetían rápidamente, una tras otra, y formaban extraños dibujos geométricos al teñir con su cromatismo primario la perfecta blancura que le rodeaba. Siguieron los relámpagos, superponiéndose cada vez más luminosos, hasta que los colores se fundieron unos con otros y brillaron con una cegadora blancura.

Parpadeó deslumbrado y se tapó los ojos. Pero aquella luz era de tal intensidad que atravesaba la carne de las manos y los párpados y seguía cegándole.

Oyó una voz a su espalda que decía:

—¿Amanece o qué es tanta claridad?

Se puso de nuevo en pie y se volvió, pero no vio a nadie.

—¿Quién va? —preguntó con algo de temor.

—¿Hola? —dijo una voz distinta—. ¿Has oído?

—Sí, y también lo siento. Es un cuerpo caliente... —dijo el primero.

Luis entrecerró los ojos para intentar ver algo. Distinguió unas siluetas oscuras, con sus perfiles difuminados por la luz, que avanzaban hacia él.

—¿Nos dejas acercarnos? Sólo un poco...

El valenciano retrocedió un paso y dijo:

—¿Quiénes sois?

—Fijaros, puedo ver cómo circula la sangre por todo su cuerpo. ¡Es maravilloso!

Estaba rodeado. Calculó que debían de ser ya varias docenas e iban cerrando el

círculo. Tendían los brazos hacia él, sus miembros eran largos y delgados como palos, los dedos retorcidos como las ramas de una vid. Sus rostros eran todo sombra.

—Deja que nos acerquemos un poco más...

—¡Apartaos! —gritó.

—Luis...

Las palabras habían sonado justo a su lado derecho. Se volvió rápidamente. Era la voz de Cèleste, pero no había nadie junto a él.

—Luis —repitió—, no hables con ellos.

—¿Cèleste?

—Sí. No hables con ellos, ignóralos y no podrán hacerte nada.

—No puedo verte.

—Estoy justo a tu lado.

—Pero no te veo.

—Tranquilízate. ¿Qué es lo que ves?

—Una luz blanca, deslumbrante... Antes vi unos relámpagos que dibujaban una especie de arabescos de colores en el aire y luego esas criaturas me rodearon...

—Ya se han ido. Son espíritus perdidos. Suelen acudir al borde del *Annwn* para ver si consiguen algo de sangre de nuestro mundo. Pero no temas. No pueden tocarte porque yo estoy a tu lado.

—¿Has dicho sangre? Por el amor de Dios, ¿dónde estamos?

—Estamos en una pequeña cámara situada bajo la tolda, la que compartes con tus *camaradas*; es decir, con ese tal Laurent Vital y otros cuatro servidores reales...

—Sí, recuerdo haber entrado allí contigo... pero no se parece en nada a esto.

—Escúchame con atención e intenta recordar: los dos estamos ahora en tu cámara. Nos aseguramos de no ser molestados por nadie y tomamos juntos el ungüento. Tuve que preparar más cantidad porque mi reserva estaba casi agotada. ¿No lo recuerdas?

—Sí, sí. Me acuerdo. Lo untaste en mis axilas...

—Existen otros métodos más extravagantes de aplicarlo —rió ella—, pero no me parecieron oportunos... Dime qué es lo que ves ahora.

—Sigo deslumbrado por esa luz blanca y no puedo verte, pero te escucho perfectamente, como si estuvieras a mi lado.

—Es que estoy a tu lado. Lo que sucede es que tus ojos aún no se han acostumbrado a este medio. Es como cuando entras en una habitación casi a oscuras o cuando los abres bajo el agua. Tus sentidos deben aprender a ver en el *Annwn*.

—¿Esto es el *Annwn*?

—Estamos a sus puertas.

—También vi esos relámpagos de colores de los que te hablé...

—Sí, eso es la *retícula*. Es normal verla cuando se entra en el *Annwn*. Algunos brujos intentan interpretar esos motivos de colores.

—Era el mismo dibujo del tejido de tu talega —comprendió Luis.

—Sí, son motivos mágicos... Escucha, esa luz que ves es la energía radiante del Origen. La semilla de la que vienen todas las formas vivientes brota hacia fuera y golpea contra ti con una luz tan brillante que tú apenas puedes mirar.

—Así es.

—No te asustes, no rehuyas mirarla. Acéptala. No intentes entenderla, simplemente fúndete con ella. Déjala fluir a través de ti. Piérdete en ella...

—¡Espera! Creo que ahora te he visto... Sí, he visto agitarse la niebla luminosa frente a mí, como si algo se moviera en su interior.

—Sí, soy yo. Tus ojos empiezan a acostumbrarse al *Annwn*. Coge mi mano.

—¿Qué?

—La tengo tendida hacia ti. Fíjate bien.

Luis miró con más atención. Los jirones de niebla luminosa que se arremolinaban a su alrededor ya no parecían tan brillantes y se desgarraban como un velo. Vio un brazo de mujer flotando en el aire, desvaneciéndose a la altura del codo. Alzó su mano y estrechó la que Cèleste le estaba tendiendo. Sintió su calor y la textura de su piel.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora todo será más fácil. Vamos...

Tiró de él.

—¿Adónde?

—Exploremos un poco esto. No te preocupes, tu vista se irá aclarando.

—Oscureciendo dirás... Si no puedo ver nada es a causa del exceso de luz.

—Entorna los ojos. Dime si puedes ver de nuevo la *retícula*.

—¿La *retícula*?... Espera, creo que ahora puedo verla... ¡Es asombroso!

Al entornar los ojos y reducir aún más el brillo de aquella luz blanca, empezó a apreciar el policromado calidoscopio que los rodeaba. Caminaban por un túnel que parecía hecho con vidrieras de colores. Cèleste iba delante de él y le sujetaba la mano para guiarle. Estaba completamente desnuda, igual que él. La luz multicolor se reflejaba en sus pieles.

—¡Es increíble! —exclamó Luis—. ¿Qué es exactamente?

—La *retícula* es una especie de... membrana entre los mundos... Como una frontera. No, no te detengas. Tenemos que salir de este corredor o seremos absorbidos de vuelta.

—¿Estás segura de que esos... seres no van a regresar?

—Ya no nos molestarán más. Prefieren presas fáciles, como los bebés o los durmientes... Ellos son los responsables de las pesadillas, pero a ti ya no te harán nada.

Los colores de la trama empezaban a apagarse. Un instante después, desaparecieron por completo y fue como si caminasen por un túnel horadado en la roca. La única luz era la multicolor que provenía de su espalda y proyectaba sus sombras hacia delante.

Por eso no vieron el final del túnel y atravesaron su salida casi sin darse cuenta.

Ahora estaban en una caverna inmensa. La bóveda del techo estaba tan alta que por un momento Luis pensó que habían salido al exterior y que era noche cerrada. Pero al cabo de un instante sus ojos se acostumbraron a la oscuridad igual que antes se habían acostumbrado a la luz, y consiguió distinguir un bosque de estalactitas colgando sobre ellos a gran altura. Pero había otra fuente de luz. Cèleste se la señaló.

En el centro de la caverna se abría una enorme sima perfectamente circular. La luz que provenía de allí era azulada y proyectaba reflejos acuosos sobre las estalactitas.

Se asomaron a ella y contemplaron una escena asombrosa. Al fondo brillaba un gran lago circular repleto de criaturas rosadas y negras que se retorcían en el agua y en la orilla. Parecían simples gusanos, pero cuando comprendieron la colosal profundidad de aquella sima, vieron que eran seres humanos desnudos.

Junto a la orilla se desarrollaba una cabalgata, con los jinetes varones a lomos de unicornios, leones, osos, toros, panteras, jabalís, grifos y cabras, trotando todos ellos en círculo alrededor de un pequeño estanque donde se bañaban varios grupos de mujeres en espera de un encuentro carnal. Casi todas las mujeres llevaban algo sobre sus cabezas: animales como pavos reales y garzas; o frutas rojas de un tamaño gigantesco, semejantes a madroños, moras, grosellas, frambuesas, fresas y cerezas...

—¿Qué es? ¿Tienes idea de lo que es esto?

—Todo... esto... —musitó Cèleste—. Todo lo vi en un sueño... y, también, representado en una de las pinturas del taller de Hieronimus Bosch.

—Entonces todo esto es un sueño. El *Annwn* es el mundo de los sueños.

—No Luis. Todo es real, pero diferente del mundo que conocemos.

Un hombre no pudo resistir más la tentación, abandonó su montura y se precipitó al agua, donde fue recibido por una muchacha. Otro jinete se masturbaba lúbricamente mientras cabalgaba sobre un unicornio cuyo cuerno tenía forma de asta ramificada.

Cèleste parecía tan completamente absorta en todo esto que aunque Luis le habló varias veces ella no se movió ni apartó los ojos del fondo de la sima.

Pero él había oído un ruido a su espalda y estaba decidido a investigarlo.

Se apartó de Cèleste y caminó hacia la pared de la caverna. Allí vio la entrada a otro túnel con forma abovedada. Estaba seguro de que no era el mismo por el que habían llegado, pues aquél tenía una sección casi perfectamente circular.

Avanzó unos pasos por aquel túnel, y vio una figura recortándose contra la pared del fondo. Era un hombre cubierto de pieles, con un tocado de astas de ciervo sobre su cabeza. Lucía una larga melena encrespada y una barba que le llegaba a la mitad del pecho. Se iluminaba con una pequeña hoguera contenida en el interior de un cuerno.

Luis se acercó más a él para observar lo que el extraño estaba haciendo.

Se llenaba la boca con pigmento y luego lo escupía contra la pared. El pigmento era de color ocre, estaba diluido en agua y contenido en una calabaza vacía con la que

se llenaba la boca de vez en cuando. Usaba su mano derecha para enmascarar algunas zonas y luego escupía el pigmento con fuerza. Cuando el valenciano estuvo más cerca pudo ver que estaba trazando un complejo dibujo sobre la roca. El dibujo de un ciervo.

El hombre se volvió hacia él y detuvo su actividad. Dejó la calabaza con pigmento a un lado. Su rostro también estaba manchado de color ocre que se había secado y cuarteado sobre su piel. Sus ojos lo miraron, dilatados como si estuviera viendo una alucinación. Un sonido gutural escapó de su garganta.

—Tranquilo —dijo Luis—. No quiero hacerte daño.

Mantuvo la mirada, mientras sentía algo desconcertante. Aquel pagano salvaje cubierto de pieles estaba unido a él por lazos de sangre. Se trataba de un sentimiento remoto, olvidado durante generaciones de hombres, pero real. El salvaje asintió con un cabezazo, como si hubiera comprendido sus palabras, y alzó un brazo para señalar hacia el fondo de la cueva. Luis pasó junto a él y caminó hacia la oscuridad. Había algo que brillaba a lo lejos, y pensó que era eso lo que el salvaje había querido indicarle.

Conforme avanzaba, las paredes de la cueva fueron adquiriendo una textura diferente, más pulida y reflectante. Pasó las manos por su superficie y comprobó que estaba rodeado por paredes de cristal de roca; de un material translúcido con un brillo aceitoso.

Pegó el rostro contra una de las paredes y vio moverse una forma grande y oscura en su interior, como una oruga cambiando su posición dentro de su crisálida. Sus oídos captaron un levísimo crujido, casi como el que se produce al pisar una fina placa de hielo. La sombra palpitaba y temblaba durante un momento, después permanecía quieta un buen rato; luego volvía a temblar y a moverse, como si tratara de acomodarse a su angosto espacio. Luis acercó los labios al cristal de roca y susurró:

—¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta. O, mejor dicho, la respuesta fue que la sombra enterrada en el muro traslúcido se quedó perfectamente inmóvil, como expectante.

También creyó escuchar un gemido contenido, pero de esto no estaba seguro.

Luis aguardó un rato y luego siguió su camino. Ahora podía ver con claridad la luz que brillaba al final del túnel. Tenía la cálida tonalidad de la luz del sol, y si era así, eso significaba que aquel corredor de paredes de cristal de roca conducía al exterior.

En el aire flotaba un denso olor a pan tostado.

Y entonces, oyó:

—*Te lo preguntaré una vez más, hijo...*

La voz había sonado a su derecha. Luis se volvió pero no pudo ver más que el muro de cristal de roca, y otra sombra temblorosa que se agitaba detrás de él.

El olor del pan tostado inundó sus narices, tan intenso que era casi mareante.

—Dime, hijo, ¿sabes si tus padres asistieron alguna vez a la sinagoga?

Los suaves chasquidos que provenían de las paredes y que eran semejantes al hielo al romperse aumentaron su intensidad y se superpusieron hasta convertirse en una serie de secos estampidos que lo hicieron temblar y llevarse las manos a los oídos. Al mismo tiempo, el suave gemido que había escuchado antes se convirtió en el horrendo rugido de una bestia enloquecida. El muro de cristal se estaba agrietando y grandes pedazos se desprendían para ir a caer a sus pies. Se diría que alguien dotado de una fuerza inconcebible estaba empujando desde dentro y las paredes de la cueva se derrumbaban ante su embate.

—*Las reuniones que se celebraban en casa de tus tíos...* —dijo la misma voz que antes, con un sonido tan diáfano que se superpuso a todos los otros ruidos—, *¿asistieron tus padres alguna vez a ellas?...*

Por el rabillo del ojo, Luis percibió una enorme sombra que se abalanzaba contra el muro que estaba a su derecha. Era una criatura gigantesca, tan grande como un oso puesto de pie, y la pared de cristal crujió y estuvo a punto de saltar en mil pedazos.

Aterrorizado hasta casi enloquecer, tapándose los oídos con las manos para no escuchar los rugidos de la bestia, Luis gritó con todas sus fuerzas:

—¡Sí, sí, sí!

Algo lo sujetó por el brazo y tiró de él hacia atrás.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ahora!

Era Cèleste, que asía su brazo con ambas manos e intentaba arrastrarlo hacia el interior de la cueva. Pero no era hacia allí donde Luis quería ir.

—¡Espera! —señaló hacia delante con el brazo que Cèleste le había dejado libre—. Mira, allí está la salida de esta cueva...

—¡Nosotros no podemos ir allí!... Tan sólo los Principales pueden hacer ese camino y luego regresar. Tenemos que retroceder, volver a sus profundidades...

Pero a Luis le sobrecogía la idea de volver a internarse en la oscuridad, aquella luz le parecía mucho más atractiva y estaba mucho más cerca. ¡Tenía que salir de allí!

—Quiero... Necesito ver lo que hay en el exterior...

—¡No!

La bestia del muro volvió a embestir y abrió una gran grieta en la superficie de éste. A través de aquella fisura, Luis tuvo una confusa visión de la criatura que había al otro lado y que intentaba abrirse camino hasta él. Vio un revoltijo de garras amarillentas, pelo enmarañado y unas fauces abiertas con grandes colmillos que goteaban saliva.

Por encima de los bramidos de aquella bestia, Cèleste gritó:

—¡Tenemos que regresar ahora, o no podremos hacerlo nunca!

Luis intentó soltarse para correr hacia aquella luz y poder echar una mirada al exterior de la cueva... Sólo una mirada... Pero Cèleste lo rodeó con los brazos y las piernas y lo hizo caer de bruces contra el suelo. Entonces una fuerza irresistible tiró de ellos hacia atrás, arrastrándolos sin miramientos sobre aquel suelo irregular. Al

principio él pensó que era el monstruo del otro lado del muro, que al fin había conseguido liberarse de su prisión y los había atrapado. Pero no era así. Nada físico los sujetaba, era más bien como ser arrastrado por un torbellino en el mar. Una fuerza contra la que no podía oponerse ninguna resistencia. Y algo le decía que ni siquiera valía la pena intentarlo.

De nuevo, Luis se vio envuelto por la retícula de colores, atravesó el túnel que parecía hecho de vidrieras, y se encontró de repente en su camarote, tendido en una litera al lado de Cèleste. Sentía la cabeza como si estuviera a punto de estallarle.

La bruja se alzó un poco, apoyándose en el codo izquierdo. Lo miró fijamente.

—¿Estás aquí? —le preguntó.

Luis tragó saliva.

—¿Qué había en el exterior de esa cueva? —preguntó parpadeando.

—¡Eso era el Otro Lado! ¡Te dije que no estamos preparados para ir hasta allí!

Cèleste se detuvo un momento, respiró hondo para tranquilizarse, y añadió:

—Créeme, es mejor que no vuelvas a pensar en eso.

Luis pasó varios días encerrado en su cámara, aquejado de unos fuertes dolores de vientre. Haciendo continuos viajes a la sentina, por culpa de una persistente diarrea que le hizo temer que se moría. Hasta la mañana del jueves no se sintió lo bastante recuperado como para aventurarse a subir a cubierta.

El viento era más fuerte que en los días pasados y el mar se alzaba espectacular alrededor de la Nao Real, formando altas montañas y profundos valles de agua y espuma, de modo de los barcos del resto de la flota se perdían de vista de vez en cuando.

Se encontró con el piloto Jean Cornille que le aseguró que estaban a sólo cincuenta leguas de España, y que no se preocupase por lo picado que parecía el mar porque aquel viento los impulsaba firmemente hacia su destino. Pero esa misma noche, para desespero de todos, los vientos cambiaron y se volvieron contrarios. De modo que, a partir de entonces, las naves de la flota retrocedían cada día casi tanto como habían avanzado en las jornadas anteriores. Y en la tarde del sábado día trece, cuando muchos habían augurado que ya estarían atracando en el puerto de Santander, se levantó una bruma oscura y fría.

—Se avecina una buena tormenta —le aseguró entonces Cornille con pasmosa tranquilidad—. Pero no te preocupes, que la cosa podría ser mucho peor.

—¿Cómo?

—Te aseguro que las he pasado bien jodidas con tormentas como la que se avecina. Pero ahora la luna está en su máximo menguante y a punto de cambiar. Considerémonos afortunados por la debilidad de la luna, porque quizá gracias a ella logremos sobrevivir.

—¿Quizá? —exclamó el valenciano, atónito.

Hubiera querido que Cornille le aclarase hasta qué punto pintaba mal la cosa, pero ya no tuvo oportunidad. Un verdadero frenesí se apoderó de los ochenta hombres que formaban la tripulación de la Nao Real. Al son del silbato del contramaestre, los marineros corrían de un lado a otro por la cubierta, aseguraban los fardos, trepaban por los mástiles, recogían las velas para que el viento no las rasgara. Previendo que durante la noche iban a tener que trabajar en una oscuridad casi completa, apartaban los bultos que pudieran estorbarles el paso. Trasladaron gran parte del lastre y las cosas pesadas que había en el castillo de popa, y lo apilaron junto a la borda, para poder echarlo fácilmente al agua en caso necesario.

La tormenta empezó justo al anochecer, con un viento contrario que se estrelló contra las naves con la violencia de una bestia desbocada. Aquel viento levantaba olas que parecían montañas de agua que chocaban contra el casco con el estruendo de cañonazos. La Nao Real crujía y retumbaba ante su embate, como si fuera a partirse en dos de un momento a otro; y se alzaba y volvía a caer por sus pendientes líquidas en una danza frenética.

El capitán había ordenado a los cortesanos y sus sirvientes que permaneciesen encerrados en sus cámaras, y Luis se dirigió a toda prisa hacia el que compartía con Laurent Vital. No tenía esperanzas de que allí abajo fuese a estar más seguro, y comprendía que lo único que preocupaba a Jannet de Taremonde al dar aquella orden era que los pasajeros no entorpecieran el duro trabajo de los marineros. Sobre la cubierta barrida por las olas, sus hombres se jugaban la vida a cada instante para intentar salvar la nave. Otros en la sentina se partían la espalda contra las bombas, achicando el agua que ingresaba torrencialmente por todos los orificios del barco y que amenazaba con llevarlo a pique. Mientras tanto, los pasajeros temblaban, vomitaban, lloraban presos del pánico, invocaban a Dios y a todos sus santos, y prometían peregrinaciones a Santiago.

Luis no tenía problemas para asumir que en una situación como la presente, el pasaje no era más que peso muerto en la nave. De modo que se dirigió hacia la falsa seguridad de su cámara, decidido a cumplir con su papel de lastre y su cuota de rezos, cuando se encontró con Cèleste en la escalera. Ella subía mientras que él bajaba.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Afuera.

—El capitán ha ordenado...

—Sí, ya sé lo que ha ordenado, pero yo no tengo cámara en la que esconderme de lo que está pasando ahí fuera.

—Ven conmigo. Podemos compartir mi litera...

Cèleste abrió la boca, pero no dijo nada. Iba a contestarle con alguna chanza, pero se lo pensó mejor. No estaba de humor para las bromas.

—Acompáñame —insistió Luis—. Jean Cornille dice que la situación es seria.

—No, lo siento. No quiero morir encerrada ahí abajo. Si el barco se va a pique no tenemos salvación, pero al menos en cubierta me enteraré de lo que está pasando en vez de morirme de miedo a cada instante. De todos modos, gracias por la oferta.

—Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—De lo que pasó el otro día. De lo que vimos en ese... lugar.

—¿Por qué quieres hablar de ello precisamente ahora? Hace días que no te veo.

—He estado... indispuerto. Parece que la *sopa del sábado* no le sentó muy bien a mi estómago. Además, no estaba preparado para hablarte de algo que comprendí cuando me adentré en ese túnel...

—¿Y ahora sí lo estás?

—No del todo, pero si vamos a morir, nada importa, ¿no?

—¿Y si no morimos?

—En realidad quiero contártelo ahora —dijo él con impaciencia—. Y también quiero que me ayudes a entender todo lo que pasó. ¿Vas a venir conmigo?

Cèleste hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, si lo que quieres es hablar, vamos.

El aire en el interior de aquel estrecho habitáculo parecía empapado por el olor a vómitos y por una sensación de terror profundo que flotaba en el ambiente. La nave se estremecía ante el embate de las olas, las cuadernas crujían como si la madera fuese a estallar de un momento a otro. Laurent y los otros hombres con los que Luis compartía la cámara eran siluetas casi inmóviles acurrucándose en la penumbra, pero no era difícil imaginarlos pendientes de cada uno de los movimientos del valenciano y la bruja.

Cèleste se había sentado en su litera con las rodillas recogidas contra el pecho y esperaba sin demasiado interés en sus grandes ojos azules a que él se decidiese a hablar. Luis se tumbó junto a ella y acercó sus labios al oído de la muchacha. Era consciente de lo que aquello debía de parecerles a sus camaradas, pero no tenía más remedio que proceder así. En cualquier caso su actitud poco tenía que ver con la ansiedad sexual; la proximidad de sus cuerpos sobre aquella estrecha litera y el hablarse en susurros era la única intimidad que podían tener en esas circunstancias.

—He tenido el mismo sueño durante años... —dijo Luis—. Una pesadilla llena de sombras amenazantes y gritos en la oscuridad. Máquinas de tortura, potros desgarrando la carne, mazas aplastando dedos... Gritos de dolor, rezos, golpes, súplicas, más gritos. Un amanuense tomando minuciosa nota de todo, indiferente al dolor mientras escribe; moja la pluma y escribe... y los gritos continuaban. Luego, cesaban todos los sonidos y sólo escuchaba el *sssh sssh* de la pluma al deslizarse sobre el papel... entonces mis ojos se abrían en la oscuridad de mi habitación en París, o en Lovaina, y despertaba aturdido desconcertado, sin saber dónde estaba, con el cuerpo bañado en sudor y el corazón desbocado, mordiéndome el puño para no gritar y no alarmar a mis compañeros de habitación. Intentaba entonces recordar el sueño, pero lo había olvidado todo en un instante...

Luis le habló a Cèleste de su familia de ricos mercaderes conversos. Su padre, Luis Vives Valeriola, mercader de paños, lo había educado en una sincera fe en Cristo. Un hombre honrado y respetado en su ciudad. Pero en el año mil quinientos fue descubierta la sinagoga que un matrimonio de conversos mantenía oculta en su casa. Eran el hermano y la cuñada del padre de Luis. Y él, que casualmente se encontraba en aquel momento en casa de sus tíos, fue interrogado por un dominico llamado Martín Ximenes.

—Yo entonces contaba con sólo ocho años de edad, pero ahora sé que aquel acontecimiento siempre ha estado conmigo, atormentándome en mis sueños, aunque no podía recordarlo porque mi alma lo había ocultado a mi memoria... Hasta ahora.

—¿Por qué?

—Porque no era algo que yo quisiera saber sobre mí. Delaté a mis padres, que eran inocentes... Los delaté sólo porque... no sé por qué. Aquel dominico me dijo que era lo mejor para ellos, y yo estaba asustado y le creí porque fue amable

conmigo... Mi padre fue encarcelado y torturado. Mi madre enfermó de dolor y murió poco después... Dicen que fue la peste, pero yo sé que fue la pena lo que la mató. Y ahora quieren desenterrar sus huesos para quemarlos... ¡Malditos sean! Ni después de muerta la van a dejar descansar en paz...

Luis se cubrió el rostro con las manos. Cèleste alargó la mano para tocarle.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Qué fue de tus tíos?

—Los dos murieron en la hoguera. A mi padre lo encerraron en una húmeda mazmorra durante años y luego lo soltaron cuando estaba tan enfermo que los médicos del Santo Oficio pensaron que iba a morir de un momento a otro. Él jamás admitió las acusaciones, a pesar de la tortura. Era inocente. Su fe en Cristo era sincera y su voluntad más fuerte que la de sus torturadores.

—¿Y tus tíos no eran igual de sinceros en su fe, fuera cual fuera ésta? ¿No crees que tan inocentes eran unos como otros? Y tú fuiste una víctima más; inocente y engañado por aquel dominico.

—Sí, ahora lo entiendo. Es decir, lo vi claro cuando penetramos en la caverna... Sentí el terror de aquel momento liberándose como si lo estuviera viviendo de nuevo, y comprendí que yo sólo era un niño asustado que intentaba ayudar a sus padres...

—Así es —le aseguró Cèleste—. Tiene que ser duro vivir con ese miedo oculto, acechándote siempre... Ahora que te has enfrentado a él comprendes mejor su naturaleza.

Se hizo el silencio, hasta que Luis reunió valor suficiente para plantear la pregunta que le había estado rondando por la cabeza desde que regresaron del *Annwn*:

—Pero... ¿qué era ese lugar? ¿Un sueño?

—¿Has escuchado esa historia árabe que cuenta cómo unos marinos desembarcaron en una isla cubierta de vegetación en busca de agua y alimentos? Y cuando encendieron un fuego sobre ella, resultó que la isla era en realidad una gigantesca ballena dormida... Así es el Mundo, lo que vemos de él, apenas es una pequeña costra que sobresale de un mar inmenso. La mayor parte permanece siempre oculta a nuestros ojos, y por ello no podemos confiar en nuestros sentidos porque nos engañan... Es como cuando viertes agua en una jarra y el agua se adapta a la forma de ésta; de la misma forma se adaptan las sensaciones del mundo real a la capacidad de nuestros sentidos para captarlas. La sustancia que tomaste tan sólo te ayudó a ver más allá de los límites de tus sentidos.

Luis pensó que todo aquello era extraordinariamente interesante, y que abría un sinfín de nuevos caminos a su investigación. ¿Sería posible algún día usar el ungüento de las brujas, o cualquiera de sus derivados, para penetrar en el alma enferma de un loco y curarlo? Él hubiera deseado tomar algunas notas en ese momento, pero no podía hacerlo a causa de la oscuridad de la cámara y el continuo zarandeo de la nave.

—Platón decía que el Hombre es el resultado de una unión entre la *psyche* inmortal, y el cuerpo, material y corruptible, dos realidades distintas que se

encuentran unidas en un solo ser de modo provisional —dijo.

—¿Plutón?

—Platón, un sabio griego eclipsado por la fama de su discípulo Aristóteles. Aseguraba que hay dos formas distintas de realidad, dos sustancias básicas: *psyche* y materia. La *psyche* es consciencia en estado puro. La materia, por el contrario, ocupa un lugar en el espacio, puede ser observada por nuestros sentidos y puede dividirse en partes cada vez menores hasta llegar a los átomos... Pero en realidad todo proviene de Dios, tanto el alma como la materia.

Cèleste asintió con gesto grave.

—Ese griego tenía parte de razón. Lo físico y lo espiritual son las dos caras de una misma moneda. Lo que tú llamas «*psyche*», mi maestra lo llamaba «*hamr*»... Todos los *hamr* individuales son partes de un Gran Espíritu Central o *Hugr*... Al entrar en el *Annwn*, tú y yo nos movimos por un espacio común, pero de haber seguido avanzando, nuestras almas se hubieran mezclado con las de todas las criaturas que viven o han vivido alguna vez en este mundo... Y entonces difícilmente hubiéramos logrado regresar, y seguiríamos perdidos en esa vorágine.

—¿Y qué lugar ocupa Dios en todo eso?

—Quién sabe. El Principio Vital engendró todo el espíritu del universo. Tiene muchos nombres: Ion He Vau He, Adonat, Elohim, pero apenas sabemos nada de Él.

—¿Y los demonios que vimos ocultos en las paredes?

—Su origen es muy diverso —le explicó Cèleste—. Hay de todo, desde criaturas que han nacido en ese mundo espiritual y que jamás han tenido contacto con nuestro mundo, hasta espíritus de hombres que han vivido y muerto en nuestro mundo material, y que luego han extraviado su camino para salir del *Annwn*. Si los consideramos ángeles o demonios, depende de la actitud que tome cada uno de ellos para con nosotros. Lo cierto es que toda la brujería se basa en la relación o el negocio con esos entes, mediante conjuros, amuletos, o atrayéndolos con el olor de la sangre, por el que tienen una extraña fascinación.

Luis se dejó caer sobre su camastro, se puso una mano encima de los ojos y reflexionó durante un buen rato sobre todo esto. Se sentía como un descubridor penetrando en una tierra incógnita. La sensación de peligro le rodeaba, pero, a la vez, la importancia de todo aquello era demasiado grande como para darle la espalda. Tenía la oportunidad de aprender más que ningún otro hombre sobre aquel territorio fascinante e inexplorado donde habitaba la psique humana. Pensó que, con la ayuda de Cèleste, podría regresar una y otra vez al *Annwn*, incluso que trazaría mapas de las rutas que fueran descubriendo, como haría un navegante al visitar por primera vez otro mundo. Viajar hacia ese nuevo horizonte rompiendo los velos que lo ocultan. Ver más allá del campo de la vista al penetrar en el entramado de la realidad.

A las ocho de la mañana del domingo, con el mar más calmado, los pilotos comprobaron que habían perdido el rumbo por completo. La tormenta los había empujado firmemente fuera de su ruta, hacia el mar del Norte, de tal modo que estaban casi peor que al principio del viaje, y con el agua de las cubas a punto de corromperse.

Y el viento contrario persistía.

Los pilotos fueron llamados a consulta por el rey y su privado. Más tarde, ese mismo día, Cornille les habló de esa reunión a Luis y a Laurent:

—Las cosas se han puesto tan feas que hubo quien sugirió regresar a Flandes y esperar allí la llegada de una nueva estación propicia.

—Eso sería desastroso para los planes del rey —dijo Laurent.

—Precisamente —asintió Cornille mientras masticaba un mendrugo de pan untado con escabeche, pues su idea era que el mareo había que combatirlo comiendo—. Por eso mismo dije: «Majestad, aunque el viento haya sido y sea todavía contrario, no obstante, hablando con todo respeto hacia mis compañeros, pienso que dentro de dos o tres días habrá cambiado el tiempo por el cambio de la luna, y espero que será mejor que el presente. De no ser así, con la ayuda de Dios, podríamos alcanzar en veinticuatro horas las costas de Inglaterra, o Sorlinge, o Bretaña, o donde gustéis».

—¿Y qué se decidió al fin? —preguntó Luis, conteniendo la náusea. Había pasado todo el día muy mareado y ver ahora comer al piloto no le ayudaba precisamente.

—Seguir mi consejo —dijo Cornille con orgullo, lamiéndose los dedos.

Tal y como el piloto había augurado, el tiempo cambió. Pero no llegaron vientos propicios, sino una calma que hizo muy feliz a damas y cortesanos, que al fin podían salir a tomar el sol por la cubierta, y contemplar los peces y delfines en un mar que parecía haberse transformado en un gran embalse. De repente, el ambiente era de fiesta; se diría que todo el mundo quería olvidar el miedo pasado. Uno de los músicos hizo sonar su trompeta, y a su sonido los delfines sacaban la cabeza para lanzar extraños grititos, como si intentasen cantar, con gran regocijo de las damas que aplaudían entusiasmadas.

Pero Jean Cornille miraba muy nervioso hacia el cielo.

—¿Por qué esa cara de preocupación? —le preguntó Luis—. Acertaste en tu consejo al rey. El tiempo ha cambiado tal y como auguraste.

—Pero no para bien —se lamentó el piloto—. No hay nada que un marino tema más que una calma chicha. Como poco supone un retraso; pero es que, además, pueden anunciar la llegada de tormentas mayores. Se gastan los víveres, se estropea el agua y hasta el aire se corrompe. En medio del mar, puede acabar con todos nosotros.

—Dios no lo quiera —dijo Luis mientras miraba con preocupación a las damas que arrojaban alegremente trozos de pan a los peces.

—Recemos todos para que esto se acabe pronto...

En ese momento se produjo una ovación, pues el propio rey había subido a cubierta. Iba exquisitamente ataviado con un jubón de raso carmesí de cuello alto y un colete forrado de piel de marta que le llegaba un palmo por debajo de la cintura. Después de saludar a su hermana, y a las damas y doncellas, subió ceremoniosamente a la toldilla y se puso de rodillas sobre uno de los cojines que allí habían sido dispuestos, frente a un gran crucifijo de oro, para cumplir con las plegarias prometidas si salían con vida de la tormenta. Chièvres y su esposa, y otros muchos altos cortesanos, se arrodillaron detrás del monarca.

Cèleste sabía que las oraciones del rey se iban a prolongar, al menos, durante una hora, y eso le daba un buen margen de seguridad para lo que pretendía hacer.

Sigilosamente entró en la cámara de Luis, se quitó la gonela azul y la dejó cuidadosamente doblada sobre una de las literas. Cubierta sólo con la camisa, abrió la portilla de la lumbrera y sacó medio cuerpo fuera. Era tan estrecha que tuvo que contorsionarse para que sus hombros pasaran por la abertura. La parte superior del castillo de popa estaba decorada con una talla de madera estofada que representaba a Hércules separando las dos columnas, y sobre ésta colgaba el gran farol de bronce que remataba la nave y un largo gallardete triangular con los colores reales que ondeaba empujado por el viento. El flamear de la tela y el ruido del mar casi ocultaba cualquier otro sonido, pero logró oír el murmullo de las oraciones que llegaba desde la toldilla. Sujetándose con ambas manos a los anchos pies de Hércules, terminó de salir de la cámara y quedó suspendida sobre el remolino de espuma que se formaba en la popa de la nao, estrellándose y salpicando contra la aleta vertical del timón. El viento agitaba su camisa blanca como si quisiera arrancársela.

Pudo introducir los dedos en los resquicios del artesonado de madera policromada; pero estaba húmeda y resbaladiza, y fue muy difícil sujetarse a ella mientras se estiraba para alcanzar con la punta del pie la balaustrada que rodeaba el castillo de popa. Una vez hizo contacto, se soltó y aterrizó como una gata en el interior de la galería.

¡Tump! Justo allí se encontraba la lumbrera de la sala de la guardia, y comprendió que su caída había provocado un gran estruendo, de modo que permaneció durante un buen rato agazapada y en completo silencio. Luego se asomó con cuidado y vio a varios soldados en torno a una mesa. Afortunadamente para ella, estaban tan concentrados en su juego de dados que ninguno se giró para investigar el origen del ruido.

Desde allí era más fácil, pues los balaustres le proporcionaron un asidero perfecto para descolgarse por la paneladura hasta la galería inferior. Estaba empapada en sudor, tenía los brazos entumecidos y los dedos le temblaban por el formidable esfuerzo que había realizado, pero ya estaba frente a su objetivo: la lumbrera de la cámara real.

Se asomó con cuidado, por si había guardias en su interior, pero estaba vacía. Lógicamente, éstos estarían apostados frente a la puerta de la cámara, pues nadie podía imaginar que hubiera gente tan loca como para hacer lo que ella estaba haciendo.

«Lo más difícil será volver a subir», le advirtió una clara vocecilla de su interior.

Bueno, ya se preocuparía por eso a su debido tiempo. De momento, empujó la portilla y entró. Atravesó pausadamente la pequeña habitación y se detuvo junto a la puerta. Sí, podía escuchar a los guardias hablando al otro lado.

Una rápida ojeada a la cámara y comprobó que al fondo estaban los arcones de Carlos y de Chièvres. Aparte de eso, la estancia era casi tan sobria como cualquier otra en el barco. Disponía, eso sí, de dos literas individuales separadas por una cortina, un par de sillas, y una pequeña mesa de una pata adosada al mamparo de estribor. Todo estaba perfectamente ordenado y recogido, lo cual le convenía, pues sería más fácil dejarlo de nuevo así.

«Necesito una prueba», se dijo mientras recordaba lo que Luis le había contado sobre las profecías de De Fiore. Desde entonces sabía lo que se ocultaba detrás de toda aquella intriga, pero necesitaba comprobarlo por sí misma. Verlo con sus ojos.

Abrió uno de los arcones, el que estaba más cerca de la lumbrera, y rebuscó en su interior. Estaba repleto con la ropa que el rey usaba a diario. Sin sacar nada de él, fue metiendo la mano entre los pliegues de las telas y palpó con cuidado, pero no halló nada. ¿Dónde estaría escondido? La base del arcón estaba elevada sobre cuatro patitas, y ella buscó a tientas en el espacio debajo de él. Nada. Con cuidado de no hacer ruido, movió entonces hacia adelante el arcón para apartarlo del mamparo y tampoco halló nada detrás de él.

Se pasó la mano por la frente; estaba empapada de sudor y pensó que hacía un calor terrible allí. Pero comprendió que aquel calor salía de dentro de ella. Tenía que reconocer que aún seguía agitada por el descenso, y por el tiempo que pasaba inexorable sin que encontrase lo que había venido a buscar. Podía ser algo muy pequeño, no mayor que un puño, y estaba segura de que se ocultaba en algún rincón de la cámara.

Buscó las huellas del hechizo, pero no las vio. Seguro que las habían borrado, pero no dejaba de resultar inquietante. Bueno, en ese caso no podía hacer otra cosa que ser meticulosa. Abrió el arcón de Chièvres, que también estaba lleno con su ropa, y volvió a introducir la mano en cada pliegue, uno a uno.

«¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Desde aquí no se escuchan los rezos... Estoy segura de que Carlos regresará a su cámara tan pronto como termine la ceremonia. Podría aparecer en cualquier momento».

Sus dedos tocaron algo oculto entre la ropa. Al tacto parecía una caja de cuero...

«Sí, aquí está...».

Pero sólo era un libro. Cèleste lo ojeó rápidamente; parecía un tratado militar. El título era: *Libro de los cien capítulos*. Recordó que Luis lo había citado, quizá era importante, pero ella no tenía tiempo. Lo devolvió al interior del arcón y cerró la tapa.

Buscó cada rincón y esquina del camarote, e inspeccionó a fondo uno por uno todos los utensilios de aseo que estaban repartidos por la habitación: cepillos, orinales, espejos, palanganas, frascos para guardar los afeites... Nada. También había un montón de libros apilados sobre una tarima al fondo, y un tablero de ajedrez con sus piezas.

Entonces oyó un golpe seco al otro lado de la puerta. ¿Era un taconazo de los

guardias que anunciaba que el rey estaba de regreso?

Cèleste contuvo el aliento y se irguió. ¿Qué iba a decir si la encontraban allí? No había explicación posible para una situación como ésa. Pero la puerta no se abrió.

Sonó otro golpe. Comprendió que no provenía de los guardias de la puerta, sino de los que jugaban a los dados en el piso de arriba. ¿Acaso se estaban peleando?

Alzó la vista y... Sobre su cabeza el candil de aceite se balanceaba rítmicamente.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Cèleste arrimó una de las dos sillas y subió sobre ella. Quitó la tapa del candil y miró dentro.

¡Allí estaba! Una figurita de cera, blanca como la leche, flotando en el aceite de oliva que llenaba el depósito del candil. Tendría un palmo de largo y estaba modelada para darle la apariencia de una tosca figura humana. Dos brazos y dos piernas extendidos como aspas. Una cabecita con algo más de detalle: dos agujeritos como ojos, una nariz hecha con un pellizco en la cera, y una boca en la que la mandíbula inferior sobresalía grotescamente de la superior. La figurilla se le resbaló entre las manos y cayó dentro del depósito con una gran salpicadura de aceite. Cèleste respiró hondo, apretó los puños e intentó tranquilizarse.

«Sí, aquí está, tal y como había imaginado. Pero antes de irme debo averiguar exactamente de qué se trata. Debo saber la clase de hechizo que es...».

Volvió a coger la figurilla, le dio la vuelta y clavó una uña en la parte de atrás del cráneo. Con cuidado separó las capas de cera para dejar al descubierto una especie de diminuto cerebro oculto en el interior de la cabeza del muñeco. Estaba vivo, se lo veía palpar y moverse levemente dentro del angosto espacio que ocupaba. Sólo que no era un cerebro, sino una gorda oruga grisácea que se alimentaba de la cera a la vez que crecía.

En ese momento, el amuleto que colgaba sobre su pecho empezó a vibrar y a ponerse muy caliente. La sorpresa estuvo a punto de hacerla caer, pero se concentró en volver a cerrar la cabeza del muñeco y en dejarlo todo tal y como lo había encontrado dentro del aceite. Bajó de la silla y la devolvió a su sitio.

—¡Majestad! —oyó la voz de los guardias al otro lado de la puerta, y (esta vez sí) un taconazo.

La puerta empezó a abrirse a la vez que ella saltaba por la lumbrera y se agazapaba en un rincón de la galería, esperando que no la hubieran visto. Sonaron las voces de Chièvres y el rey conversando en el interior. El ruido del mar le impedía entender sus palabras, pero el tono tranquilo le demostró que no habían percibido nada extraño.

«¿Cómo voy a salir de aquí? Es imposible que pueda volver a trepar sin que me vean. Lo único que puedo hacer es esperar escondida hasta que los dos abandonen de nuevo la cámara, y entonces...».

Pero sabía que eso podía significar pasar en esa posición un día entero, o más, completamente inmóvil, bajo el sol del día y el viento helado de la noche. Iba a ser muy duro, pero si no tenía otra alternativa lo superaría. Y rogaba para que ni al rey ni

a su privado se les ocurriera salir a la galería en ningún momento.

Casi había aceptado ya su triste situación, cuando sucedió algo increíble. Una sogá cayó desde lo alto, como un regalo del cielo. No lo podía creer. Cèleste se asomó un poco y vio que provenía de la cámara de Luis. La sujetó con una mano para que el aire no la agitara y golpeará los cristales de la lumbrera delatándola.

Empezó a trepar por ella, sigilosamente, sujetándose firmemente con las piernas y tirando con las manos, palmo a palmo. Al pasar junto a la sala de la guardia, oyó voces airadas y el sonido de una reyerta. Alcanzó la cámara de Luis y se metió, reptando como una serpiente en un nido de ratones, por la estrechísima abertura de la lumbrera.

Allí no había nadie. La sogá estaba atada al palo vertical de una de las literas. Cèleste la desató y la enrolló antes de arrojarla lejos, hacia el mar.

Luego volvió a ponerse sus ropas y abandonó la cámara.

Al amanecer del octavo día de viaje, los vigías de la flota avistaron a lo lejos un navío de gran tamaño y dieron la señal de alarma a la vez que señalaban su situación.

Algunos de los pasajeros más madrugadores de la Nao Real se congregaron en la banda de estribor para observar cómo dos de los barcos ligeros de la flota se dirigían hacia la nave desconocida para comprobar su procedencia e intenciones. Luis estaba entre ellos, y se volvió cuando escuchó la voz de Cèleste susurrar a su espalda:

—Gracias por tu ayuda.

El valenciano miró a la muchacha intentando adivinar a qué se refería.

—De nada... Pero estamos hablando de...

—De la cuerda que me tendiste para que pudiera salir de mi apuro...

—¿La... cuerda? ¿Qué apuro?

—¿Entonces no fuiste tú? Que extraño...

Ensimismada, Cèleste se iba a dar la vuelta, pero Luis la sujetó por el brazo.

—Por favor —dijo—, explícame a qué te refieres.

Mientras la bruja hacía un relato de su aventura, la expresión de horror en el rostro de Luis se fue intensificando con cada palabra.

—Que tú... ¿Te descolgaste desde mi cámara hasta la del Rey?

—Sí. Pero tenía verdaderas dificultades para regresar, hasta que alguien me lanzó una cuerda. Pensé que habías sido tú, pero si no es así... bueno, ¿quién fue?

—Por el amor de Dios... ¿Por qué hiciste eso? —Luis se dio cuenta que tenía que emplear toda su voluntad para mantener la voz baja y no gritar.

—Tenía una sospecha, y sólo la podía confirmar registrando la cámara real. Y estaba en lo cierto. Encontré allí lo que buscaba...

—¿Puedes imaginar lo que hubiera sucedido si alguien te llega a ver en...? Eh, ¿qué es lo que encontraste?

—Un *vulto*.

—Un... ¿qué?

—Un *vulto*. Una sencilla figura de cera preparada mágicamente para que se convierta en el simulacro de una persona y funcione como un imán para su espíritu.

—¿Cómo?

—Es un procedimiento sencillo, pero hay que ser muy cuidadoso en su preparación. La cera debe ser virgen, de abejas que la han hecho por primera vez y que nunca haya sido empleada para ningún otro propósito, recogida con tus propias manos y reducida a pasta sin tocarla con ningún instrumento, para que no sea profanada por él. De este modo, la cera atrae al *hamr* y lo atrapa para que funcione como fermento de un maleficio. Al ser dañado, el *vulto* transmite sus heridas al cuerpo del que es imagen.

—Entiendo. Y encontraste uno de esos... *vultos* en la cámara del rey.

—Sí, su retrato modelado en cera. Y un gusano se le estaba comiendo el cerebro.

—En nombre de Dios, ¿por qué? ¿Qué significa todo esto?

—No te lo puedo asegurar aún, pero...

—¿La destruiste?

—¿Qué?

—Esa figura mágica de cera... ¿La destruiste?

—Por supuesto que no. Eso no haría más que fijar el maleficio en el cuerpo del rey. No es así como se hacen las cosas en brujería; es bastante más complicado.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Tengo que pensarlo...

Sonaron unos vítores a su alrededor, y esto interrumpió su conversación.

Luis miró hacia la nave desconocida y vio que había arriado una vela de la cofa. Esto era una señal de saludo y respeto hacia el Rey Carlos, lo que había tranquilizado de inmediato a todos y había provocado aquella espontánea exclamación de júbilo.

Poco después, llegó hasta la Nao Real un bote de remos con una delegación procedente de la nave desconocida. Eran comerciantes vizcaínos y, por lo tanto, fieles súbditos de Carlos. Transportaban en su barco frutas tempranas, que habían cargado en Andalucía para llevarlas a Flandes, y traían como presente varios capazos repletos de uvas, granadas, alcaparras, aceitunas, naranjas e higos. Los tres que subieron a bordo parecían entusiasmados por haberse encontrado con la flota del rey, y no dejaban de repetir que así tenían algo valioso que contar cuando llegasen a Flandes. Eran hombres recios, todos de una buena altura, aunque uno de ellos era casi un gigante. Por indicación del señor de Chièvres, Jean Cornille se acercó a ellos y les explicó el problema en el que andaba la flota:

—El viento nos ha arrastrado fuera de nuestra ruta, y ahora esta calma nos impide recuperar el buen rumbo que llevábamos.

Uno de los comerciantes dio un paso al frente e hizo una profunda reverencia ante Chièvres. Era de estatura media, rasgos angulosos, ojos pequeños, azules, vivaces, y una salvaje mata de pelo color arena.

—Señor —dijo—, estos dos hombres y yo nos ofrecemos para quedarnos a bordo de esta nao y conducir a vuestra flota hasta el puerto de Vizcaya...

—Nuestro destino es Santander —le interrumpió Chièvres.

El vizcaíno asintió respetuosamente y dijo:

—Yo conozco la ruta hasta Vizcaya como la palma de mi mano, mi señor; y os aseguro que esta ciudad no dista más de cien leguas de nosotros. Y es un buen puerto que acogerá a su majestad como merece.

Chièvres meditó un momento y dijo que tenía que consultarlo con el rey. Pero Luis sabía que si la opción era regresar a Flandes o buscar ayuda en un puerto inglés, la cosa estaba bastante clara. Además, una vez en Vizcaya no sería difícil costear hasta Santander.

Al cabo de un rato, el privado regresó a cubierta y se dirigió hacia los vizcaínos para decirles que aceptaba su oferta. De este modo, los tres se trasladaron inmediatamente a la nao, mientras que su mercante seguía viaje hacia Flandes.

—No me gusta esto —le dijo Cèleste a Luis poco después.

—¿A qué te refieres?

—Ese hombre..., el jefe de los vizcaínos...

—Parece ser que nuestros pilotos andaban bastante desorientados, y ellos nos han ofrecido su ayuda. Debemos estarles agradecidos.

—No me gusta porque ese hombre es un brujo. Y no conozco sus intenciones.

—¿Un... brujo? ¿Cómo lo sabes?

—Créeme, lo sé.

18 de septiembre de 1517

—¡Tierra! —gritó uno de los vizcaínos desde la proa.

Su agudeza visual tenía que ser asombrosa, pues ni siquiera los vigías que iban en las cofas la había visto aún. Eran las ocho de la mañana y el horizonte estaba aun neblinoso, pero un par de horas después las montañas se dibujaban claramente a los ojos de todos.

Unos días antes el viento se había vuelto favorable, pero tan débil que apenas se avanzaba quince o dieciséis leguas en veinticuatro horas. Por lo tanto, todos estaban ansiosos por llegar de una vez. El rey había prometido una botella de su mejor vino al primero que viera la costa española, de modo que el vizcaíno acudió de inmediato a la cámara del monarca, para anunciarle que los montes de Vizcaya ya estaban a la vista.

Pero de nuevo fue Jean Cornille quien puso la nota discordante.

—Acordaos mañana de lo que os voy a decir ahora... —dijo enigmáticamente.

Laurent y Luis, que estaban inclinados sobre la borda intentando divisar también aquella tierra que tanto habían anhelado alcanzar, se volvieron hacia el piloto.

—¿Qué sucede ahora? —quiso saber el valenciano.

—Fijaos bien —les reveló Cornille—: eso que tenemos enfrente no es Vizcaya.

—¿Qué? —exclamó Laurent.

—Es cierto que los picos y montes de Vizcaya son altos como los de esa tierra que vemos, pero calculo que estamos mucho más hacia el Oeste.

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Luis.

—Amigos míos —dijo el piloto con suficiencia—, mañana comprobaréis que os he dicho la verdad. No en vano he realizado este viaje tantas veces...

—Lo que me sorprende es que esos vizcaínos no reconozcan su propia tierra —dijo Laurent.

—Sí, a mí también me asombra —reconoció Cornille—. Es muy extraño.

Recordando lo que Cèleste le había advertido sobre aquellos hombres, Luis dijo:

—Debemos avisar al rey de inmediato.

—¡Por supuesto! —coincidió Laurent bastante alterado.

—No creo que haya ningún peligro —dijo Cornille—. Y es sólo una suposición mía. Mañana sabremos la verdad fuera de toda duda. Además, ya cometí un error ante el rey al predecir que el tiempo cambiaría con la luna. No quisiera volver a equivocarme...

—¡Y cambió! —dijo Luis—. Eso no fue una equivocación.

—Cambió para peor. Sin duda que muchos hubieran preferido fondear en algún puerto inglés y esperar allí la llegada de los vientos favorables... A veces, calladito estoy más guapo.

—Pero acertaste en tu predicción —insistió Laurent—. Y seguro que ahora aciertas de nuevo.

—Entonces, creedme si os digo que ya no tenemos más remedio que atracar en esas tierras. Ni los vientos ni las mareas nos permitirían dirigirnos ahora hacia Levante, y necesitamos víveres urgentemente. Por lo tanto... ¿para qué hacer un sobresalto con esto? Mañana por la mañana todo el mundo sabrá la verdad.

—No —dijo Luis—. Si esa gente ha mentido, el rey debe saberlo de inmediato.

Informaron a Jannet de Taremonde. Pero el capitán tenía sus dudas sobre lo que afirmaba el piloto e insistió en que Luis y Cornille lo acompañaran ante el rey.

Carlos Primero los recibió en su cámara. No era muy espaciosa, pero cada rincón estaba perfectamente aprovechado. Tenía, incluso, una pequeña biblioteca apilada contra el mamparo del fondo, y Luis observó con amargo humor que los libros de caballería eran los más abundantes.

El rey y el señor de Chièvres tomaban juntos unas naranjas sanguinas, cortadas en rodajas y azucaradas con vino. Su majestad estaba envuelto en una manta forrada de piel; parecía mustio y cansado. El privado llevaba un jubón de raso negro y tenía el mismo aspecto depredador de siempre. Un tablero de ajedrez, con una partida empezada, había sido retirado a un lado, como si hubieran hecho un alto en el juego para tomar un refrigerio.

—Jean Cornille, debes de tener razón —dijo Chièvres cuando Taremonde dejó de hablar, mientras engullía su última rodaja de naranja—, pues conoces como nadie esta costa. Pero también es cierto eso que dices que ahora no tenemos más remedio que desembarcar. Todo el mundo está cansado de esta travesía, y su majestad el que más.

—¿Qué peligro puede acecharnos en estas tierras? —preguntó Carlos con un hilo de voz. Luis lo miró con preocupación; estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos.

—La cuestión, majestad —dijo el capitán—, es que no sabemos dónde estamos.

—Pero sabemos que nos hemos desviado hacia el Oeste, ¿no?

—Así es, Majestad —intervino Jean Cornille—. Y yo, además, apostaría a que esos que se ven son los montes de Asturias y no otros...

—En cualquier caso estamos en España, ¿no? Si los vizcaínos nos hubieran conducido hasta las costas francesas... bueno, eso sería ciertamente sospechoso.

—Es posible, Majestad —dijo Luis dando un pequeño paso hacia adelante y haciendo una reverencia—. Pero lo que nos preocupa es el motivo por el cual esos vizcaínos mienten. Me parece imposible creer que confundan su propia costa con otra.

—Imposible, sí —dijo el piloto con una sonrisa—. ¡Pero si andan todo el día señalando a lo lejos y diciendo que ése es el pico tal y ése el monte cual!

—¡Yo necesito pisar tierra firme de una vez! —gimió Carlos con su pronunciada

barbilla temblándole. Un hilillo de baba resbaló por ella y se limpió con un pañuelo—. Chièvres, no puedo aguantar ni un día más en este maldito barco... ¡Ya no puedo más!

—Tranquilizaos, majestad —dijo el privado.

Las manos del rey temblaban incontroladamente sobre la mesa. Parecía a punto de sobrevenirle un ataque. Abrió mucho los ojos, como si acabara de comprender.

—Y esto les dará más tiempo a los partidarios de mi hermano —murmuró—. Todos estos retrasos... en tierra... en el mar... ahora... Todo esto beneficia a Fernando sin duda.

—Lo malo es que en el puerto de Santander se habrán reunido los más fieles de los nobles españoles para recibirnos, y habrá una gran inquietud cuando no nos vean llegar... Claro, que si esas tierras que vemos son las del Norte de España, podemos ir costeando... ¿No es así?

La pregunta de Chièvres iba dirigida a Taremonde y al piloto, pero éstos se miraron uno al otro sin saber qué decir. Estaban bastante alterados por ver al rey en ese estado.

—El viento sopla de Levante —dijo al fin Cornille—. Hubiera sido bueno para viajar de Vizcaya a Santander por mar, pero si ahora estamos al Oeste de Cantabria, como yo creo, el viento nos sería contrario de nuevo y eso supondría más retrasos...

—¿Lo ves, Chièvres? —dijo el rey volviéndose hacia su privado—. Tenemos que desembarcar de una vez por todas.

—Sigamos adelante entonces —accedió éste—, y veamos qué nos depara el destino. Pero mantengamos los ojos bien abiertos...

—Señor —dijo el capitán—, me ocuparé personalmente de avisar a la guardia para que tengan cuidado con esos vizcaínos.

Chièvres asintió y los despidió con un gesto. Cuando los tres hombres abandonaron la cámara real se miraron significativamente el uno al otro, pero ninguno dijo nada.

Al anoecer, Luis buscaba a Cèleste para hablarle de los temores de Cornille sobre los vizcaínos, que parecían confirmar los suyos. Pero no había visto a la muchacha en todo el día y seguía sin aparecer. Contrariado, iba a regresar a su cámara, por si estaba allí, cuando oyó unas voces que hablaban en susurros en un oscuro rincón del castillo de proa. Reconoció una de las voces que decía:

—No veo qué pretendéis lograr con esta farsa, pero no os va a salir bien. Varios miembros de la tripulación ya se han dado cuenta del engaño y el rey ha sido advertido.

Era la voz de Cèleste.

—Tú mantén la boca cerrada, *sorguiña*, y la lengua quieta si no quieres quedarte sin ella —era el acento brusco del jefe de los pilotos vizcaínos.

¿*Sorguiña*? Luis se retrepó contra un sombrío mamparo y contuvo la respiración.

—Os estáis arriesgando mucho con esto y no puedo permitirlo... —Cèlestes de nuevo.

—¿Que tú no puedes permitirlo...? ¡Ja! ¿Y quién te has creído que eres? Ni siquiera deberías estar aquí. Nadie te ha invitado.

—Si yo no hubiera estado aquí, ahora no sabrías a qué te enfrentas.

—Eso es lo que tú dices, pero nada hay seguro. En todo caso tú ya no tienes ni voz ni voto en todo esto. Sólo te voy a hacer una sugerencia: no te cruces en mi camino.

Hubo un silencio y el vizcaíno repitió:

—No te cruces o te pesará, *sorguiña*. Y te lo aseguro.

Tras estas palabras el hombre se dio media vuelta y se marchó con paso furioso. Cruzó frente a Luis sin verlo. Éste se apretó un poco más contra la oscuridad hasta que el vizcaíno se hubo alejado. Entonces salió de su escondite.

Distinguió la silueta de Cèlestes junto a la borda, recortada contra el cielo nocturno. Detrás de ella, las estrellas brillaban con fuerza.

19 de septiembre de 1517

Los pilotos vizcaínos parecían sinceramente avergonzados una vez que su error se hizo manifiesto. Estaban frente a una costa desconocida, cuando el día anterior afirmaban con toda seguridad que ya se veían las montañas de su tierra.

Luis observó cómo el rey aceptaba sus disculpas con un gesto frío y distante, a la vez que se mantenía a una segura distancia de ellos, rodeado por una fuerte escolta de sus arqueros. La confianza había desaparecido por completo en aquella nave.

También entre él y Cèleste. Aunque la muchacha había intentado hablarle en un par de ocasiones, Luis se había disculpado diciendo que andaba muy ocupado; y no se separaba de Laurent ni un momento para que ella no pudiera encontrarlo a solas. La estaba evitando y ella se había dado cuenta, pero no sabía qué otra cosa hacer. Dirigió una mirada fugaz en dirección al dominico; el padre Bernardo nunca andaba muy lejos, y cuando sus miradas se cruzaban le parecía que ya lo sabía todo.

—Juraría que ya no estamos a más de una legua... —dijo, intentando que su voz sonase natural. En ese momento se sentía transparente, como si estuviera hecho de vidrio y cada uno de sus gestos delatase sus pensamientos.

—Pues te equivocarías —objetó Cornille—. Si, como creo, eso es Asturias, la altura de esas montañas te engaña. En realidad distamos más de seis leguas de la costa.

—¿Tan altas son? —preguntó Laurent.

—Altas e infranqueables. Ésos son los montes de Europa. Los mismos vientos cargados con la humedad marina son detenidos por ellas. Por ese motivo la meseta castellana es tan árida mientras que esas tierras de Asturias parecen empapadas de agua. No podremos cruzar a su través, eso seguro. Tendremos que ir pegados a la costa, buscando los pasos entre las montañas.

El conde de Porcián y otros nobles se reunieron en el puente con el rey y con el señor de Chièvres. La mayoría opinaba que era mejor no desembarcar en esa playa inesperada y continuar por mar hasta Santander.

—A pesar de los vientos contrarios —dijo el señor de Amont—, siempre será mejor que continuar a través de infames caminos de cabras para atravesar las montañas.

—Podríamos esperar los vientos favorables para navegar hasta Santander —sugirió el conde de Porcián.

—Señores —dijo Chièvres a los nobles—, en el mar no hay nada seguro, eso ya lo hemos comprobado de sobra. Seguir el viaje por él podría darnos algunos días de ventaja pero también podría retrasarnos mucho más de lo que ya vamos. Aprovechemos la oportunidad que tenemos ahora de pisar por fin suelo español.

Cuando estaban a unos dos tiros de ballesta de la costa, distinguieron un pueblecito diminuto, de casas blancas amontonadas alrededor de una playa semicircular. Los barcos de la flota recogieron las velas y echaron el ancla. Un tropel de naves de remos y velas partió de inmediato hacia tierra cargadas con los furrieles y servidores que iban delante para preparar el alojamiento de su majestad y de los nobles de su corte.

Mientras los barquitos se alejaban, Jean Cornille se acercó a Luis y le dijo:

—Si yo estoy en ese pueblecito y me veo llegar una flota de naves de guerra como ésta, con ese enjambre de botes viniendo hacia mí..., me cago las patas abajo.

El valenciano se volvió hacia el piloto y forzó una sonrisa:

—Ojalá se limiten a eso y no decidan cagarnos a nosotros —dijo.

—¿Quieres decir que se pongan violentos?

—Sí.

—¿Y qué pueden tener ahí que nos cause problemas? ¿Piedras y palos..., alguna alabarda oxidada?

—Para el rey sería empezar con muy mal pie, ¿no crees?

—Eso sí.

La lancha de desembarco del rey fue cuidadosamente enjaezada sobre cubierta. Laurent Vital supervisó los detalles y se ocupó personalmente de elegir los ricos tapices con los que fue revestida, los cojines bordados con hilo de oro al más puro estilo borgoñón, y las banderas blasonadas con las armas del rey. Cuando todo estuvo dispuesto, la lancha fue elevada con ayuda del cabestrante, para llevarla así hasta el agua. Pero al llegar a cierta altura, una de las poleas cedió y la embarcación estuvo a punto de estrellarse contra la cubierta. Las damas de la corte, que estaban presenciando la maniobra, gritaron de terror. Luis vio que Laurent también gritó lo suyo, y se llevó las manos a la cabeza. Pero la lancha no cayó; los marinos tuvieron que sudar y esforzarse, pero consiguieron bajarla lentamente hasta la superficie del mar; con lo que se ganaron el aplauso entusiasmado de las damas.

Laurent se pasó las manos por la frente y, tras secarse el sudor, se acercó a ellos.

—Hemos estado al borde de la tragedia —dijo—. Esa barca pesa más que diez toneles llenos de vino, y si llega a caer desde esa altura, nos revienta una cubierta tras otra y nos manda derechos al fondo del mar. ¡Menuda entrada hubiéramos hecho!

—Habría causado sensación y sería comentada durante años por los lugareños —dijo Cornille con una risa burlona—. ¿No es eso lo que pretendes con tanto adorno?

—Busco sorprender, pero no de ese modo.

Poco después, el rey, su hermana, junto con todas las damas y doncellas, y también los grandes dignatarios y señores, encabezados por el señor de Chièvres, subieron a la lancha y ocuparon sus respectivos sitios. El oficial al mando hizo sonar una corneta y a fuerza de remos se dirigieron hacia tierra con los estandartes flameando ruidosamente.

Luis sintió una mano sobre su hombro y se dio la vuelta. Era Cèleste.

—Necesito hablar contigo —dijo ella mirándole a los ojos.

—¿Te parece que lo hagamos más tarde? —le preguntó él con gesto aparentemente inexpresivo.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

Por el rabillo del ojo, Luis vio que Laurent y Jean Cornille fingían seguir atentos al desembarco, pero que tenían las orejas bien enfocadas hacia ellos.

—Ahora no podemos hablar, lo siento.

Luis se dio la vuelta y esperó sin mover un músculo hasta que oyó cómo la chica se marchaba. Luego miró a los dos que estaban a su lado y que eran todo sonrisas.

Laurent le dio un codazo, guiñó un ojo y le dijo:

—A veces es difícil quitárselas de encima, ¿eh compañero?

El valenciano sonrió desmañadamente, pero no dijo nada. Decidió que hablaría con Cèleste en cuando estuvieran en tierra y pudiera alejarse de la influencia del dominico. Por nada del mundo quería que la muchacha se viera envuelta en la trama de lo que fuera a suceder con aquellos vizcaínos.

Volvió a concentrarse en la lancha que ya estaba junto a la costa.

Un pequeño grupo de nativos se había congregado en ella para recibirlos. Uno de ellos se metió en el agua, se acercó respetuosamente a la lancha y cargó sobre sus espaldas al nuevo rey de España.

De ese modo llegó Carlos hasta la orilla y pisó tierra española por primera vez.

La ría discurría inmensa, plácida como un lago de aceite, mientras el sol del atardecer creaba cambiantes reflejos rojizos sobre la superficie gris azulada de sus aguas. Los graznidos de las gaviotas resonaban incansables; sobrevolaban una y otra vez las barcas que remontaban la ría, como niños pordioseros esperando una golosina.

Luis estudió la tierra que había más allá de los márgenes de la ría. Colinas que se elevaban y hundían suavemente, con riscos rocosos cuyas cimas estaban cubiertas de árboles, y angostos cultivos en las pendientes más bajas. Algunas toscas chozas de piedra con techo de paja, aquí y allá. La corriente había cavado playas arenosas en las márgenes bajas, limitando con ellas la exuberante vegetación del paisaje. A lo lejos, las montañas se levantaban sólidas, azules, como un interminable lienzo de muralla.

Tazones, que así se llamaba la aldea a la que arribaron, había resultado ser demasiado pequeña para alojar al monarca y a su comitiva. Siguiendo las indicaciones de los lugareños, remontaron la ría de Villaviciosa hasta llegar al pueblo del mismo nombre. Se aconsejó a una parte de la nobleza que permaneciese en las naos, donde estarían más cómodos, pues en Villaviciosa tampoco había suficientes alojamientos para todos, pero Luis y Laurent subieron a la siguiente embarcación, junto a otros servidores reales.

Villaviciosa era una población pequeña, apenas unas filas de casas grises y el campanario de una iglesia que destacaba entre ellas. Asomada entre brumas a las aguas de la ría, en las que se reflejaba como en un espejo deslucido.

Desembarcaron y Luis vio a Vauldre un poco más abajo, en la misma playa, supervisando la operación de descarga con ayuda de una robusta cabria de unos enormes cajones de madera que habían transportado en una barcaza. Se preguntó qué contendrían.

—Espérame un momento —le dijo Luis al camarero real—. Quiero saludar al señor de Vauldre.

El valenciano avanzó a grandes zancadas por la arena y se plantó junto a él.

—Un gran saludo, mi señor —dijo.

—Ah, hola, Luis. Me alegro de veros ya en tierra.

—Ahora mismo me dirigía en compañía de Laurent Vital al centro del pueblo, donde se dice que se ha preparado un gran banquete de bienvenida. ¿Queréis acompañarnos?

—Os lo agradezco de verdad, amigo mío, pero no puedo confiar en nadie para que trate con el debido cuidado y amor estos pesados cajones.

Luis alzó la vista hacia la cabria e hizo un gesto de asombro.

—De verdad que parecen pesados.

Una de aquellas cajas fue descargada de golpe sobre una carreta y las ruedas de ésta se hundieron un palmo en la arena. Las acémilas se espantaron y empezaron a dar coces y a rebuznar. De modo que la carreta se venció hacia atrás y el cajón se

estrelló contra el suelo con el estrépito de la madera astillándose. La paja que lo llenaba para proteger lo que había en su interior se esparció por la arena.

Vauldre les gritó a los que operaban la cabria que tuvieran más cuidado, y corrió hasta el cajón para comprobar que su contenido no se había dañado.

Luis se quedó donde estaba, pero tuvo una fugaz visión de lo que había dentro de aquella gran caja de madera. Era una especie de sarcófago de bronce, de formas redondeadas y cuya tapa estaba cerrada con unos gruesos pernos. Le recordó a una «dama de hierro», aquel espantoso utensilio de tortura; pero pensó que tenía que ser más bien algún tipo de horno. Un atanor como el que usaban algunos alquimistas.

Ayudado por sus hombres, Vauldre se apresuró a cubrir el objeto con una lona.

—Ya veo que estáis muy atareado, señor —dijo Luis desviando la vista.

—Sí, eso me temo. Y ya os digo que no puedo delegar en nadie este cometido.

El caballero parecía nervioso e incómodo por su presencia.

—Entonces nos veremos más tarde en el centro del pueblo... —le dijo Luis.

—Sí, sí... Tened la seguridad de que allí estaré, amigo mío.

Luis y Laurent tomaron una calle principal que era más o menos paralela a la ría. Había comercios y viviendas en ambos lados, con arcadas y enredaderas tapizando los muros. La calle estaba llena de gente y la música de gaita les indicaba el camino. Siguiendo su sonido caminaron por un pasaje angosto y atravesaron un arco que conducía a una plazuela. Estaba a espaldas de la iglesia, en el corazón de la villa. Los primeros pisos de las casas, estaban sustentados por rechonchos pilares de piedra y se proyectaban hacia delante como largos balcones, ocultando con su sombra los comercios y portales que se abrían bajo ellos.

Allí estaban todos reunidos, con un despliegue de bollos, queso, picatostes, pan y vino, cacerolas y delantales. En el centro mismo de la plaza se había encendido una gran hoguera y se estaban asando unos corderos. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres se esforzaban para procurarles una cena improvisada a los recién llegados; y se diría que lo hacían con sinceridad y alegría, no como un trabajo inesperado que les había interrumpido el sueño.

El rey y su hermana habían sido alojados en una gran casa de piedra con balcones de gruesa y oscura madera de roble que daban a la plaza.

—Iré a ver si su majestad necesita algo —dijo Laurent mientras se dirigía presto hacia la entrada de aquella casa.

Luis paseó solo por la plaza, a la vez que observaba atentamente a los lugareños. Los hombres iban vestidos con humildes ropas de lana oscura, muy desgastadas por el trabajo. Pero ahora todos bebían alegres y algunos bailaban al son de las gaitas. Las mujeres iban sin calzas y con botas como los hombres. Las más jóvenes llevaban las orejas perforadas, y se colgaban de ellas cascabeles, crucecitas de azabache o abalorios de plata. Las de más edad lucían un adorno sorprendente sobre las cabezas:

unos cilindros de algún material recubierto de tela blanca, que se elevaban a gran altura, y que parecían incómodos y difíciles de llevar. Una anciana con el pelo recogido bajo uno de esos adornos, se le acercó para ofrecerle una hogaza de pan y un grueso pedazo de queso. Luis los aceptó y siguió su camino mordiscando distraído.

—Disculpádnos —dijo alguien detrás de él—. Nos han dicho que sois español.

Al volverse vio a un hombre de edad avanzada, de hirsuta barba blanca, alto como un junco pero algo encorvado y cubierto con un sombrero negro. Tenía la cara quemada por el sol y era tuerto del ojo izquierdo. Iba ataviado con una zamarra de piel de cabra y tenía el aspecto de acabar de bajar de las montañas. Junto a él vio a varios campesinos con sus toscas ropas de lana, y, entre ellos, a un muchacho de veintipocos años, corto de estatura pero con buena planta y una mirada de extraordinaria fiereza.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó Luis.

—Nosotros venimos de Tazones —dijo el montañés tuerto—. Fuimos los primeros que avistamos la flota del Rey...

—Cuando vimos esos cuarenta grandes navíos —dijo uno de los campesinos—, con sus velas hinchadas de viento... Verá, señor, aquí no tenemos costumbre de ver cosas así. Nos vinieron a la memoria los ataques que el Gran Turco se dice que hace en otras costas cristianas, y pensamos que habían llegado hasta aquí... Eso pensamos todos.

—Por eso reunimos a todos los hombres que pudimos, armados con lo que fuera, jabalinas, puñales, horcas, daba igual, la cuestión era plantarle cara al Turco... —añadió otro—. Pero nuestra intención no era desafiar u ofender al rey su majestad...

—Es lógico —dijo Luis—. Dadas las circunstancias, creo que el rey estará de acuerdo en que hicisteis lo correcto. Nadie es culpable de esta situación; fuimos desviados por una tormenta y así llegamos hasta vuestra playa...

—Os diré una cosa —dijo el joven, hablándole con un tono bravucón muy distinto al que habían empleado los mayores—. No importa que fueran mil guerreros magníficamente equipados para la guerra y nosotros sólo cien, jamás hubierais podido cruzar los desfiladeros de esas montañas en contra de nuestra voluntad. Ejércitos mayores se han detenido aquí. Cincuenta hombres pueden defender un paso entre las montañas contra diez mil.

—Estoy seguro de que así es —dijo Luis estudiando a aquel muchacho. Su acento no era asturiano, y su actitud no parecía la de un campesino. A pesar de su juventud, el pelo le empezaba a clarear en lo alto, tenía los pómulos grandes como dos muslos de pollo, y unos ojillos oscuros y vivaces—. ¿Y en qué momento salisteis de vuestro error?

—Cuando vuestras gentes desembarcaron —dijo el montañés tuerto— no vimos más que señores sin armas, con sus damas y doncellas. Al final, uno de nuestros exploradores se acercó encubierto entre setos y zarzas, y reconoció el blasón de Castilla y la insignia real.

Luis se volvió hacia el joven.

—¿Fuiste tú ese explorador?

—Así es, señor —respondió con una sonrisa lobuna.

Luis lo había deducido porque el joven no parecía pertenecer a su comunidad. Por lo tanto, si los acompañaba, tenía que ser por una razón especial.

—¿De dónde eres?

—De donde pueda servir mejor a mi rey —dijo con descaro.

—Lo has servido bien aquí —reconoció Luis—. Has evitado que se produjera un lamentable malentendido.

—Y de ello me felicito.

«Este joven pertenece a una familia noble. Y juraría que es vizcaíno también... En ese caso, ¿qué hace aquí? ¿Por qué se oculta detrás de esas ropas de campesino?».

—Le hablaré de ti al rey —le aseguró Luis—. Estoy seguro que deseará recompensarte por tu buena vista. ¿Cuál es tu...?

Iba a preguntarle su nombre, pero el joven se le adelantó diciendo:

—No es necesario, señor, porque no lo hice por ninguna recompensa.

—Eres vizcaíno ¿no? —le preguntó Luis.

Por toda respuesta, el joven sonrió enigmáticamente y, sin decir nada más, se dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Los otros se despidieron también con una respetuosa reverencia y Luis siguió su camino con la cabeza llena de dudas. Los pasos lo llevaron hasta el centro de la plaza. La hoguera se había reducido a una brasa en la que se asaban los corderos en espetones hincados en el suelo. Un par de hombres untaban los costados de la carne con manteca.

Alguien le tendió una jarra de vino. Cuando se volvió vio con un sobresalto que era el padre Bernardo quien se la ofrecía.

—No, gracias.

—¿No tenéis sed?

—Cada vez que se me ofrece algo de vuestra parte, junto con el ofrecimiento me llegan también algunos insultos de regalo. No, gracias. Prefiero procurarme yo mi propia bebida, si no os importa.

—Sois muy susceptible. No era mi intención molestaros de ese modo. Tan sólo quería establecer vuestra posición en este gran juego en el que andamos metidos.

Luis empezó a darse la vuelta.

—No sé a qué os referís, pero ya hablaremos de ello en otra ocasión. Ahora tengo que averiguar dónde van a alojarme...

El dominico lo sujetó por el brazo.

—¿Al final la bruja ha dejado de perseguiros? —le preguntó.

El valenciano se quedó paralizado y sin saber qué decir.

—¿Qué?

—La bruja que salvasteis de morir ahogada. Fue un gesto muy valeroso. ¿La

conocíais de antes? Por favor, ahora decidme la verdad.

—¿Estoy bajo interrogatorio?

Bernardo sonrió:

—No quisiera tener que llegar a eso. Tan sólo sed sincero conmigo, os lo ruego.

—¿Cuál era la pregunta?

—La bruja que viajaba en la nao incendiada... ¿cuándo la conocisteis?

Luis se lamió los labios, de repente tenía la boca seca, y el ajetreo, la música, las voces y las risas que llenaban la plaza parecían amortiguados por una sordina. Miró a su alrededor, buscándola con la mirada, pero Cèleste tenía que seguir en la nao, pues, hasta ese momento, tan sólo unos pocos nobles y sus servidores habían desembarcado.

Se volvió hacia el dominico e intentó interpretar sus intenciones; pero con sólo uno de sus lados iluminado por las brasas, su rostro era como una máscara de cera. Era imposible adivinar sus pensamientos. Bajó los ojos y vio la jarra de vino que el dominico aún sujetaba en su mano. La tomó y dio un largo trago antes de contestar:

—La primera vez que la vi fue en Bruselas, durante el Capítulo del Toisón.

—Interesante. —Los labios de la máscara se estiraron en una sonrisa—. ¿Qué clase de bruja es?

—No os entiendo.

—Oh, los discípulos de Satanás tienen su propia jerarquía. Están los novicios. Los Iniciados de primer grado, que ya son capaces de fabricar ponzoñas y maleficios. Los Iniciados de segundo grado, que son propagandistas, incitadores, y tutores de novicios. Y, finalmente, los Principales... ¿Qué categoría tiene vuestra Cèleste?

—No tengo ni idea de esos asuntos. Vos parecéis saber más que yo.

—Apostaría a que es una iniciada de primer grado, puesto que viaja sola y no me parece lógico que envíen a una misión como ésta a una novicia. Tampoco creo que siendo tan joven sea una Principal... Os vi hablando con ella durante el capítulo, así que habéis hecho bien en no mentirme. Colijo que los vizcaínos que nos condujeron hasta aquí son también brujos, pero desconozco cuál es su relación...

—Cèleste me previno sobre ellos —Luis decidió callarse la conversación que había escuchado entre la bruja y el vizcaíno, rezando para que el dominico no estuviera también enterado de esto.

—Y avisasteis al rey del peligro que representaban los vizcaínos... Eso también lo sé. ¿De modo que fue ella la que os advirtió?

—Ella me dijo que esos hombres podían ser una amenaza para su majestad.

—Muy loable.

—¿Quieren un poco de carne, señores? —dijo una voz de mujer.

Uno de los corderos había sido apartado del fuego y varios lugareños estaban cortando grandes tajadas de él y las iban amontonando en una bandeja. La mujer que les había hablado les ofrecía un gran pedazo pinchado en una forcina.

—Ahora no tengo hambre —dijo Luis rechazando la tajada de carne.

—Pero es mejor que coma algo —le aconsejó Bernardo—, o este vino acabará por subírsele a la cabeza.

La mujer les sirvió sendos pedazos de carne sobre dos grandes rebanadas de pan. Luego, el dominico condujo a Luis detrás de uno de los pilares de piedra que rodeaba la plaza. Se sentaron en un poyo que estaba adherido a la pared de la casa. Bernardo sacó un pequeño cuchillo de entre los pliegues de su hábito y empezó a cortar trozos de carne que se fue llevando a la boca pinchados en la punta del propio cuchillo.

El valenciano dejó a un lado la suya sin tocarla.

—¿Sabíais que toda esta gente es noble? —comentó el dominico mientras señalaba hacia la plaza con un gesto amplio de su cuchillo—. Aunque pobres, todos son de alta alcurnia, tanto como cualquiera de esos cortesanos que viajan con el rey. Como ellos, están libres de pagar tributos, y si ahora nos ofrecen su alimento y su hospitalidad, es porque lo desean y no porque estén obligados. Ganaron esos privilegios cuando sus antepasados montañeses se enfrentaron en estas tierras a los sarracenos y los derrotaron. Aquí todos son cristianos viejos, no existe duda alguna sobre la pureza de su sangre; y, sin embargo... —Se llevó un nuevo pedazo de carne a la boca. Masticó—. Y, sin embargo, la brujería es todo un problema aquí en el Norte. El propio rey Enrique, el cuarto de su nombre, tuvo que tomar cartas en el asunto y otorgarles poderes especiales a los alcaldes de las villas norteñas, para que reprimiesen el aumento imparable de los brujos. Pero no sirvió de mucho; esos montes que nos rodean son un refugio perfecto para ellos. Es curioso, ¿verdad?, donde no hay marranos y moriscos hay brujas, y viceversa... ¿Cuál creéis que será la causa de esto?

—Es posible que el Santo Oficio necesite objetivos a los que perseguir...

Bernardo lo miró muy fijamente y dijo.

—¿O de otro modo no tendría sentido su existencia?... ¿Es eso lo que pretendéis decir? ¿Acaso os parece injustificada la persecución hacia vuestra raza?

La mirada y la voz del dominico le hicieron sentir un escalofrío por toda su espalda. Recordó a su familia perseguida, a su padre encarcelado, y dijo:

—Os puedo asegurar que se han cometido tremendas injusticias con mi familia.

—No os quejéis tanto. ¿Es que acaso no os parece justo que toda vuestra maldita raza sufra por haber asesinado al Salvador?

Luis se esforzó por mantener la calma.

—Tengo documentos que acreditan que mis antepasados, al igual que la mayoría de los judíos españoles, llegaron a estas tierras con la diáspora del siglo sexto antes del nacimiento de Nuestro Señor.

—¿Y eso qué importancia tiene? —Bernardo hizo una mueca de desprecio.

—Que no tuvieron nada que ver con la muerte de Cristo.

—¿Una excusa más para cuestionar los procesos de nuestra Santa Inquisición? ¿Acaso os gustaría ver a la Iglesia desarmada frente a sus enemigos?

—Yo...

El religioso alzó una mano para pedirle silencio. Dejó a un lado la comida y dijo:

—Estoy al tanto de las ideas críticas de vuestro mentor, Erasmo de Rotterdam, hacia nuestra Iglesia, de su denuncia de la corrupción del clero, y de su encendida defensa del cristianismo primitivo, de vivir la religión como una experiencia interior, lejos de los rituales, de los procesos inquisitoriales, de la espectacularidad de la liturgia... Y, ¿sabéis una cosa?, lo peor de todo es que no es el único. Hay muchas otras voces críticas y mucha gente descontenta, enloquecida, o hambrienta. Sinceramente, no sé dónde vamos a parar con todo esto. Quizá estemos a las puertas de un nuevo cisma, ¿quién sabe? Vivimos tiempos difíciles, y por ello vosotros los marranos, y también los brujos, a vuestro pesar, cumplís una función importante para nuestra Santa Iglesia.

—¿Una función para la Iglesia?

—Sin duda. Al trasladar hacia vosotros la responsabilidad de todos los males que nos acechan, la Iglesia no sólo se libra de la culpa, sino que, además, se convierte en el único baluarte de los hombres frente al ataque de los demonios... Preocupados por las actividades de los demonios y los herejes, las masas hambrientas y furiosas, atribuyen sus desgracias al influjo de Satanás, en vez de a la corrupción de los ministros de la Iglesia y a la rapacidad de los nobles.

—Parece perfecto —dijo Luis apretando los dientes con rabia ante el increíble cinismo de aquel hombre.

—Es perfecto —le aseguró Bernardo—. Pero hay un problema. Seguro que sabéis a lo que me refiero... ¿Habéis leído el *Malleus Maleficarum*? Sí, claro que lo habéis leído. Entonces os habréis dado cuenta de que el libro de mis hermanos Kramer y Sprenger es una herejía en sí mismo. Es una herejía merecedora de la hoguera el afirmar, como se hace en ese libro, que Satanás goza de un poder semejante... Un poder capaz de desafiar a Dios...

—Creo recordar —dijo Luis sin entender muy bien adonde quería ir a parar el dominico— que hay un pasaje en el que se afirma que estos prodigios de las brujas sólo son posibles gracias al permiso de Dios...

—*Deo permittente*... Sí, sí lo dice. Pero ésa sería una excusa muy pobre frente a un tribunal inquisitorial. En otros tiempos, Kramer y Sprenger hubieran acabado en la hoguera, porque su libro, el *Malleus Maleficarum*, se opone a la doctrina, expresada con toda claridad en el *Canon Episcopi*, de que las hechicerías y otras intervenciones satánicas no son otra cosa que producto de la locura de los hombres. Algo que puede suceder dentro de sus mentes o en sueños inducidos por sustancias maléficas, pero no en la realidad, pues significarían un desafío intolerable al Poder Divino.

—El papa Inocencio VIII, les dio la razón con la bula *Summis Desiderantes*.

—Cierto —dijo Bernardo con un gesto de tristeza— y ahí está el problema. Recientemente he descubierto que el hermano Jacobus Sprenger era un devoto practicante de las mismas artes mágicas que denunciaba en su libro.

—¿Qué? —Luis miró atónito al dominico.

—Sí. Cuando hablaba del poder de los hechizos y de las rutinas para invocar a demonios, lo hacía con conocimiento de causa. ¿Podéis imaginar lo que representaría esto para nuestra Iglesia si llegara a saberse? El propio papa quedaría en entredicho y, quizá, hasta aceleraría ese cisma que tanto tememos algunos. Ésa es mi misión. Soy una especie de... digamos... inquisidor de inquisidores. Estoy especializado en las desviaciones de la doctrina que se producen dentro del seno de nuestra comunidad de monjes predicadores... Debo encontrar el rastro mágico de Sprenger y destruirlo. Con discreción absoluta, para que la imagen del papado no resulte dañada.

Luis sonrió con amargura e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Claro —dijo—; ahora entiendo por qué me confiáis todo esto. Sabéis de sobra que si intentara revelarlo acabaría en la hoguera más aprisa que esos corderos de ahí.

—Digamos que el testimonio del miembro de una familia de marranos que está bajo proceso inquisitorial, acusando de herejía a un papa, no tendría demasiado peso. Pero a mí, en cambio, me podéis ser muy útil, por vuestra cercanía al rey y al señor de Chièvres...

—¿Por qué? ¿Qué tienen ellos que ver con vuestra investigación?

—Sé que Chièvres tuvo contacto con los discípulos de Sprenger, y que existe sospecha de brujería tras las muertes en la familia real que favorecieron la llegada de Carlos al trono. Así como en la locura de su madre... También habéis oído esos rumores, ¿no?

Luis asintió. ¿De qué le serviría negarlo? Al menos ahora sabía que el dominico no iba detrás de él o de Cèleste; y eso representaba un alivio momentáneo.

—Decidme —le preguntó el padre Bernardo bajando un poco la voz, mientras se acercaba más a él—. ¿Qué es exactamente lo que quiere de vos el señor de Chièvres?

—Cuando lleguemos a Tordesillas... —empezó Luis. «¿Debo decírselo? No, la pregunta era si me queda otra opción... Estoy frente a un inquisidor del Santo Oficio».

—¿Sí?

—Quiere que estudie el comportamiento de la reina, doña Juana, para...

—Para averiguar si está loca o no.

—Sí, así es.

El padre Bernardo se quedó un momento pensativo, con la mano en la barbilla.

—Interesante —dijo—. Espero que a partir de ahora me tengáis informado de todo.

Luis asintió con un gesto pensativo. El blanco y el negro del hábito de los predicadores dibujaban una red en la que había estado atrapado desde que era niño. Luchaba con todas sus fuerzas por escapar de ella, pero cuanto más se debatía, más se cerraba en torno a él. Al cabo de un rato de silencio dijo:

—Por supuesto.

En ese momento, los alcaldes de la villa se presentaron frente al alojamiento del rey para presentarle sus respetos. Carlos y su hermana asistieron asomados desde un

balcón de la casa que ocupaban, acompañados por el señor de Chièvres y su esposa.

Un poco más lejos, al otro lado de la plaza, Luis vio al joven bravucón de grandes pómulos conversando con los campesinos de Tazones y el montañés tuerto. Miró a su alrededor. Los soldados y la guardia del rey estaban por todas partes, con sus armas preparadas y listos para la acción. Quien pretendiera atacar allí al monarca tendría que estar loco... O disponer de un ejército mayor...

«¿Partidarios de Fernando, el hermano del rey?...».

Para muchos españoles, Carlos I no era más que un usurpador extranjero. Preferían al otro hijo de Juana, Fernando, que había crecido y se había educado en España. Esto era algo que todo el mundo sabía en Flandes, pero de lo que no se hablaba mucho. La imagen de los españoles ansiosos por recibir a su joven rey era la que se había difundido desde la corte, pero Luis sabía que la realidad era muy distinta. Una gran parte de la nobleza española miraba con recelo a aquel muchacho que no hablaba una palabra de castellano y que viajaba rodeado por una corte totalmente extranjera. Y el apoyo a Fernando había ido aumentando día a día, mientras los barcos de Carlos seguían atracados en Flessinga por culpa del mal tiempo. Ésa era la explicación de la apresurada partida, apenas se produjo una ventana de bonanza en el clima.

Y ahora él estaba allí, atrapado en medio de todo aquello.

23 de septiembre de 1517

—Todo el que quiera desembarcar tendrá que hacerlo ahora —advirtió Jannet de Taremonde a los hombres y mujeres congregados en la cubierta de la Nao Real.

El capitán alzó la mano para calmar el aluvión de preguntas y siguió hablando:

—La flota se dirigirá de inmediato hacia el puerto de Santander —explicó mientras señalaba hacia el Este, donde el sol apenas despuntaba—. Los que quieran hacer el trayecto por tierra, en compañía de su majestad, tendrán que desembarcar ahora.

Cèleste hubiera querido bajar a tierra cuatro días antes, pero no se lo permitieron. Esta vez estaba decidida a hacerlo y no consintió que la dejaran atrás. Se coló a codazos entre las damas nobles y bajó junto con ellas a la primera lancha. Cuando ocupó su puesto en la embarcación, su mirada se cruzó con la de Jean Cornille, que estaba al mando de la misma.

El piloto le sonrió y le guiñó un ojo con picardía.

«Todos creen que soy una puta», consideró mientras le devolvía la sonrisa acompañada de un gesto lascivo, «y eso me conviene».

Los remeros impulsaron la lancha hacia la costa mientras los nobles y las damas que la ocupaban lanzaban risitas nerviosas cada vez que una ola chocaba con ellos. Cèleste se volvió y vio que otra embarcación se había acoplado al costado de la Nao Real y se estaba llenando rápidamente.

«Casi todos los que iban en compañía del rey quieren seguir con él. Aunque eso represente un viaje más incómodo y peligroso, seguro que tiene una recompensa final».

Distinguió a los tres vizcaínos entre los que se estaban acomodado en esa segunda lancha. Se sintió nerviosa y se volvió para mirar hacia la costa que, a pesar de los esfuerzos de los remeros, parecía permanecer siempre a la misma distancia.

Miró las altas cumbres envueltas en la pálida neblina del amanecer que parecía fluir de un modo ominoso alrededor de los picos más altos; en algunos puntos se distinguían espirales de una sustancia más oscura, que fluían y se dividían como ríos de humo. Se decía que los picos de aquellas montañas era lo único que sobresalía de Europa en los tiempos en los que todo el continente aún estaba sumergido bajo el mar. Aquellas tierras formaban una pequeña península que se unía al gran continente de la Atlántida por un estrecho istmo. En aquel entonces, las cumbres aún eran más altas que ahora, pero el tiempo y los elementos las habían ido desgastando. Aun así eran impresionantes.

«¿Por qué nos han traído hasta aquí?».

No había conseguido averiguar sus motivos. Sabía que los vizcaínos tenían un plan, pero no habían querido compartirlo con ella. No parecían dispuestos a confiar

en una extranjera, una desconocida, que no sabían de qué parte estaba.

Las casas de piedra de Villaviciosa rodeaban el vértice de la ría, cada edificación se apoyaba en la contigua hasta formar una única pared carcomida por el salitre. Una decena de viejos barcos pesqueros estaban amarrados a lo largo del fondeadero situado frente a las casas. Las lanchas atracaron entre ellos y sus pasajeros saltaron a tierra. Algunas damas se fueron al suelo con un revuelo de faldas mientras las demás reían. Acostumbradas al constante bamboleo del mar, eran incapaces de mantenerse en pie ahora que estaban sobre suelo firme. Muchos hombres también parecían confundidos por ese efecto, pero intentaban disimularlo permaneciendo lo más quietos posible.

Cèleste no tenía tiempo para juegos. Decidió que debía perderse lo más rápido posible en la villa, antes de que alguien se interesase por lo que hacía allí. Vio que Cornille caminaba hacia ella con el paso firme de quien está acostumbrado a esos tránsitos entre la cubierta de un barco y la tierra firme. Ella no se sentía tan segura, pero se dio la vuelta y se dirigió hacia una callejuela serpenteante, tan estrecha que un hombre no la podría recorrer a caballo. El piloto la alcanzó antes de que lograra alejarse mucho.

—¿Vais en busca de vuestro amado? —le preguntó con descaro.

—¿Y eso por qué preocupa a vuestra merced? —replicó Cèleste sin reducir el paso.

—Porque creo que él ya no está interesado en vos.

—¿Acaso sois su confidente en temas de amoríos?

—No diría tanto, pero he tenido la oportunidad de ver cómo os evita, y aun así seguís insistiendo e insistiendo... Eso no está bien para una dama tan hermosa... Deberíais buscaros un novio más complaciente.

—¿Cómo vuestra merced? —Soltó una risita burlona.

—¿Y qué hay de malo en mí? —le preguntó el piloto algo amoscado.

—Que sois un viejo, y que no me gusta tragarme las babas de un viejo.

—¡Pues sí que me habéis salido melindre para ser tan puta!

Cèleste se detuvo y se volvió para enfrentarse a Cornille. Era casi una cabeza más alta que él.

—¿Es que no tenéis que regresar a bordo? Sois piloto de la Nao Real.

—Tan sólo he bajado a tierra para despedirme de mis amigos. Esta noche partiremos con la marea y debo dirigir la nave hacia Santander...

—¿Entonces?

El piloto hizo tintinear una bolsa de monedas frente al rostro de Cèleste y dijo:

—Venga, uno rapidito ocultos en uno de esos portales... No os llevará más de un momento satisfacerme. Como bien decís, soy un viejo y no aguanto mucho.

—De acuerdo —dijo Cèleste mientras le tendía la mano—. Si a vuestra merced

no le importa...

—¿No me importa, qué? —preguntó Cornille con una sonrisa mientras rebuscaba en la bolsa.

—Contagiaros de las fiebres que me han salido en esa zona... Por eso me dejé vuestro amigo, pero me alegro de que vuestra merced no sea tan melindre como él.

El piloto tardó menos de un segundo en volver a cerrar la bolsa y alejarse en silencio calle arriba. Cèleste sonrió y siguió su camino.

Poco después lo volvió a ver en la plazoleta situada detrás de la iglesia, donde estaban todos los viajeros congregados. Lo vio al lado de Luis y de Laurent, despidiéndose de ellos tal y como le había dicho. Al pasar, sus ojos se cruzaron con los del valenciano y éste rehuyó su mirada con una expresión de tristeza.

Los furrieles de la guardia real habían pasado esos cuatro días visitando los alrededores para contratar carretas y mulos con los que llevar las valijas del rey y su gente. En ese momento los estaban cargando con la ayuda de algunos campesinos.

Los vizcaínos llegaron a la plazuela y se acercaron a un grupo que charlaba junto a los restos de una hoguera. Los que más le llamaron la atención fueron un anciano montañés de larga barba canosa y un muchacho. El viejo era tan alto que el jefe de los vizcaínos apenas le llegaba a la barbilla. Pero era muy delgado. Llevaba una zamarra de piel de cabra y un sombrero negro de ala ancha. Sus movimientos eran lentos, suaves; su único ojo era de color gris pálido. El joven, por el contrario, era bajo y fornido, medio calvo, con unos ojos negros tan vivos como brasas. Mientras hablaba se llevaba la mano a la cintura como si buscara apoyarla en el pomo de una espada que no estaba allí. Fingía ser un campesino pero para Cèleste era evidente que era un guerrero.

«¿Quiénes son esos hombres?».

Se acercó a ellos y su conversación paró al instante.

—¿Qué buscas aquí, *sorguiña*? —dijo el jefe de los vizcaínos.

—¿Quién es esta mujer, Agote? —preguntó el montañés tuerto.

«¿Agote, así es como lo llaman?».

En la nao se había negado a darle su nombre, pero esa palabra quizás era sólo un mote.

—Quiero que contéis conmigo —dijo Cèleste—. No soy vuestra enemiga.

—Debería cortarte la garganta aquí mismo —dijo Agote entre dientes.

—Ya basta —susurró el montañés—. Vayamos a hablar a un sitio más tranquilo.

La tomó del brazo y caminaron unos pasos por una callejuela oscura.

—Dime, muchacha —le pidió el anciano mientras andaban. Su voz era suave y templada como el buen acero—: ¿Quién te manda?

—¿Conocéis a Armand de Meyrueis?

—He oído hablar de él —dijo con el ceño fruncido. Su ojo derecho estaba clavado en ella, como si calibrara sus intenciones. El párpado cerrado del izquierdo se combaba hacia dentro, revelando que aquella cuenca estaba vacía—. Siempre se ha

ocupado de su región y yo de la mía. Jamás se ha inmiscuido en mis planes.

—¿También sois un Principal, señor? —le preguntó Cèleste.

—Soy Xoan Cabritu —dijo el anciano con calma, como si con esto quedase todo explicado—. Dinos qué es lo que buscas.

Cèleste le habló de su visión en las Gargantas del Tarn, de su viaje hasta Brabante y el encuentro con los flagelantes, de la muerte de Hieronimus Bosch a manos de los mismos enmascarados que luego intentaron asesinarla a ella, del incendio de la nao caballeriza, y del *vulto* que encontrara en la cámara del Rey.

Xoan Cabritu parecía admirado; se acarició pensativo la barba blanca y dijo:

—Ha sido una gran aventura, hija mía. Todo lo que cuentas es impresionante. Pero, tal y como yo lo veo, la misión que te encomendó tu Principal terminó cuando Hieronimus fue asesinado. Entonces deberías haber regresado a tu tierra.

Cèleste sacudió la cabeza. No era tan sencillo.

—Los asesinos conocían mis movimientos con precisión. Esto me llevó a pensar que alguien me había traicionado. Por ello me escondí y decidí continuar sola. Quería encontrar el rastro de ese lienzo mágico que Hieronimus pintó para Felipe el Hermoso.

El Nuberu se volvió un momento hacia los otros hombres y luego se dirigió a la bruja en voz muy baja:

—Nuestro adversario quiere mantener ocultas sus intenciones. Por eso quisieron acabar también con tu vida, muchacha. Pero, por lo que sabemos, ese lienzo mágico aún no ha sido utilizado. Aunque es muy preocupante saber que existe.

—Siempre hemos sabido que nos enfrentábamos a un gran poder —dijo Agote con obstinación—, pero no por ello voy a apartarme ni una pizca del plan trazado.

—¿Y quién puede ser más poderoso en esas montañas que el Nuberu? —dijo el muchacho disfrazado de campesino.

—Eres joven e impulsivo, como debe ser —dijo Xoan—. Pero yo soy más viejo de lo que imaginas y debo escuchar la voz de mi experiencia. Por encima de todo, no quiero que ese muchacho sufra daño por causa de nuestra intervención...

—Si no hacemos algo inmediatamente —dijo Cèleste—, podéis tener la seguridad de que Carlos está condenado.

—¡Ya basta! —exclamó Agote—. La *sorguiña* no puede estar aquí, escuchando todo lo que decimos.

—¿Por qué no podéis confiar en mí? —les dijo Cèleste—. Os he ayudado. He viajado desde muy lejos para que ahora me echéis a un lado.

—Pues jódete, mujer —dijo Agote—. Que nadie te ha dado vela en este entierro.

—No podemos confiar en ti —le explicó el anciano—. Aunque queramos, no podemos. Lo único que sabemos de nuestros enemigos es que vienen del otro lado de los Pirineos; de modo que tú y tu señor Armand de Meyrueis podríais muy bien trabajar para ellos.

—No es así.

—En ese caso no estamos siendo justos contigo. Pero no podemos arriesgarnos.

El joven la sujetó por la muñeca. A pesar de su escasa estatura, era fuerte como un toro. Cèleste sintió su mano como una tenaza.

—Será mejor que te vuelvas por donde viniste —dijo con una sonrisa desdeñosa.

La bruja retiró la mano y se frotó la muñeca. Sintió deseos de clavar su rodilla en la entepierna de aquel animal, pero se contuvo. Ya había demasiada tensión allí.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Muchacha, no me mires con tanto odio en esos ojos tan hermosos —le dijo.

Se mantenía muy erguido, como si pretendiera ganarle unas pulgadas más a su estatura. Ella imaginó que era ese tipo de hombre que, sin tener ningún motivo, se considera irresistible para las mujeres.

—Regresa a tu tierra y dile a tu señor de Meyrueis que nos has ayudado bien. Dile que yo, Xoan Cabritu, le agradezco personalmente su interés —la voz del anciano era agradable, decía cosas razonables, pero su ojo era como una lasca de pedernal enterrada en hielo—, pero que a partir de ahora ya nos ocupamos nosotros.

—Pero yo...

—Por favor, te ruego que nos dejes solos. Tenemos asuntos que tratar.

Pero Cèleste no se movió. Siguió allí sin saber qué hacer, con un silencio hosco. ¿Había recorrido un camino tan largo y había pasado tantos peligros y penalidades para ahora dar media vuelta y regresar a casa? Pero ¿qué podía hacer?

Xoan Cabritu se inclinó hacia ella y observó su rostro desde un palmo de distancia. El aliento del anciano le llegó, pero no era desagradable. Olía a hierba verde.

—Tu ojo izquierdo es fascinante —dijo—. ¿Tienes visiones con él?

—A veces, sí.

—Mi ojo izquierdo era igual que el tuyo... Cuando aun lo tenía...

—¿Cómo lo perdiste?

—Dicen que Dios hizo a los hombres para poder ver el mundo que había creado a través de los ojos de éstos. Con mi ojo podía ver a las criaturas que habitan el *Annwn* cuando éstas se aproximaban a la *retícula*. Pero, como todas las ventanas, funcionaba en las dos direcciones, y también permitía que los espíritus malvados me espieran a través de él... Por eso tuve que arrancármelo. Te aconsejo que hagas lo mismo.

A su pesar, Cèleste se estremeció. Xoan siguió hablando:

—¿Lo ves? Aunque ésa no sea tu intención, puedes igualmente traicionarnos. Dime una cosa, hija mía, ¿cómo te explicas que tus enemigos te localizaran una y otra vez? ¿Cómo te siguieron hasta la casa del artista? ¿Cómo sabían los que mandaron a los espíritus incendiarios que tú estabas es la nao caballeriza? ¿Ves a lo que me refiero? No sabemos nada de ti, ni tampoco con quién has estado en contacto, que pueda haberte infectado con hechizos que desconocemos. Tu misión ha terminado, muchacha; regresa a tu tierra e informa a Armand de que otros se ocupan del asunto. Aquí ya no te queda nada que hacer.

El anciano se dio media vuelta y se encaminó hacia la plazoleta seguido por Agote y sus hombres. El joven bravucón se detuvo ante ella para dirigirle una última y larga mirada. Cèleste le iba a preguntar que a qué se debía aquel escrutinio, pero él ya se había dado la vuelta y caminaba en pos de sus camaradas.

De repente, en los ojos del joven vizcaíno había aparecido un extraño desconcierto; como alguien que hubiera visto un antiguo conocido, pero no recordase exactamente quién era, e intentara sin éxito buscarlo en su memoria.

La bruja pasó mucho rato meditando sobre aquella mirada.

Recordó que Hieronimus Bosch también creyó haberla reconocido.

El primer día de viaje por tierra las cosas no pudieron ir peor. La mañana amaneció brillante. Por las ventanas entraba la luz, esparciéndose por todas partes en un desorden de colores. Al salir de Villaviciosa lucía el sol en el cielo y la temperatura era agradable. Los lugareños salían a los caminos para saludar al rey y a su comitiva, el aire olía maravillosamente y los sinsabores de la larga travesía por mar parecían haber quedado atrás. Pero cuando apenas llevaban dos leguas recorridas, el tiempo cambió. Una bruma gris y helada bajó de las montañas, ocultando el sol como si la noche hubiera llegado de repente.

Empezó a llover con una fuerza inusitada. Casi todos los cortesanos viajaban a caballo o en carromatos descubiertos, por lo que quedaron calados hasta los huesos y tiritando de frío.

En esas condiciones lograron llegar hasta la población de Colunga, donde tuvieron que hacer noche. Apenas habían recorrido tres leguas durante la jornada, y todo el mundo estaba desesperado y con la moral por los suelos, mientras intentaban secar sus caras ropas empapadas en las humildes lumbres de aquella villa.

La lluvia no cesó en toda la noche y en la jornada siguiente tuvieron que chapotear por caminos embarrados que atrapaban como cepos húmedos las ruedas de las carretas, especialmente la que transportaba las cajas de madera de Vauldre, que eran extraordinariamente pesadas. Los guardias que las custodiaban se veían continuamente obligados a saltar al lodo y a hacer enormes esfuerzos, empujando las ruedas desde atrás para que siguieran avanzando. Todo esto acompañado por un coro de toses y estornudos por parte de los nobles, que echaban ya de menos sus incómodos y estrechos, pero relativamente secos, camarotes de las naos.

Uno de los guías locales que los acompañaban caminaba junto a la carreta del rey, y no dejaba de mirarlo. Al final dijo algo dirigiéndose a él, y Carlos preguntó a Juan de Ávila, su confesor, por el significado de sus palabras.

—No tiene importancia, majestad. Son gente sencilla y sin mala intención.

—Pero ¿qué ha dicho? Parecía querer advertirme de algo.

—Ha dicho: «Cierre la boca, mi señor, que las moscas de este país son muy traviesas». Eso es lo que ha dicho, majestad.

Su siguiente destino fue Ribadesella, un pequeño y tranquilo puerto pesquero. Pero para llegar a la población era necesario atravesar una ría que tendría la anchura de dos tiros de ballesta. Los lugareños habían llevado unas barcas para cruzarles, pero éstas se bamboleaban peligrosamente por el embate de las olas y los caballos se encabritaron cuando los intentaron subir a ellas.

El rey, acompañado por Chièvres, algunos nobles principales y sus mujeres, cruzaron en una de las embarcaciones. Pero el resto se vio obligado a rodear la ría por un peligroso sendero entre los acantilados, por encima de las nubes hinchadas de humedad que ocultaban el mar y la población de abajo. Tuvieron que desmontar para

avanzar penosamente por aquel suelo resbaladizo, rezumante de agua que corría formando diminutos riachuelos, mientras los guijarros sueltos creaban aludes de piedras que se precipitaban en lo que a primera vista parecía un abismo sin fondo. Las gaviotas revoloteaban a su alrededor, chillándoles con descaro, como si los desafiaran o se burlaran de ellos.

—Te juro, amigo mío, que yo no lo esperaba —confesó Laurent Vital a Luis, en un momento dado—. Ni en mis peores pesadillas pude imaginar un viaje como éste.

—Se dice que... —tosió—... vamos a alojarnos varios días en esa población.

—¡Eso creo! Yo no puedo más, e imagino que la mayoría está en mi situación. Me duele todo el cuerpo, hasta la mismísima raíz de los pelos, y creo que tengo fiebre... Pero lo que no me gusta nada, es esa tos tuya...

—Nada de qué preocuparse. Anoche cogí un poco de frío, eso es todo... —Luis tosió de nuevo—... Pero los levantinos estamos acostumbrados a la humedad.

—Se supone que los borgoñones también lo estamos, pero la humedad se ve distinta sentado cómodamente junto a un hogar y con una taza de vino caliente en la mano.

Sin embargo, Luis empezaba a sentirse bien en aquel viaje. Cruzando pueblos, respirando el olor de la cultura que los soportaba. Las señales de su antigua identidad aparecían a cada paso del camino, en las diminutas ermitas de piedra construidas con las propias manos de los aldeanos, en los vastos espacios verdes empapados por la lluvia y la vegetación que crecía exuberante, cubriendo rápidamente cualquier obra humana. Aquel paisaje de ondulantes colinas y acantilados abiertos al mar lo llenaba también de melancolía, miraba a su alrededor y sentía deseos de atrapar en su memoria aquel color puro que reclamaba constantemente su atención.

El nativo que habían contratado para que los guiara era un hombre bajo, robusto, de cabello color paja y el rostro curtido por el sol. Iba todo el tiempo a unos pasos delante de ellos, eligiendo las sendas más seguras para cruzar. De repente se separó de la comitiva para internarse en un campo a un lado del camino. Llevándose dos dedos a la boca, silbó para llamar la atención del grupo y exclamó con entusiasmo:

—¡Fíjense señores! Vengan aquí porque esto vale la pena verlo...

Luis se acercó junto con Laurent y la mayoría de los hombres, pero lo único que vieron todos fue un campo labrado y un surco bastante profundo que cruzaba el sembrado transversalmente.

—¿Y qué es esto? —preguntó alguien.

—El rastro de un cuélebre —dijo—. Es como... una serpiente grande que exhala de sus fauces un hálito fétido e infecto, a modo de humo espeso a más no poder...

—Un dragón —dijo Laurent—. ¿Y qué tiene ese surco que ver?

—Los cuélebres tienen alas de murciélago, pero sus cuerpos son tan pesados que apenas pueden levantar completamente el vuelo y siempre arrastran por el suelo el extremo de sus colas. Por eso dejan con ellas surcos en los campos por los que cruzan...

—Oh —exclamaron a la vez varios de los hombres.

Luis volvió a mirar el surco con escepticismo.

—Son criaturas que gustan de vivir al borde del mar —seguía diciendo el hombre—, ocultándose en las cuevas que se abren entre los acantilados. En el centro de las escamas les crecen unas verrugas que con el paso de los años se transforman en diamantes de gran valor, y cuanto mayor es el cuélebre, más tamaño alcanzan estas piedras. Si alguno muere, siempre busca exhalar su último aliento en las profundidades de su caverna, que acaba sembrada de las joyas que se desprenden de las escamas. Pero es muy desaconsejable bajar a buscarlas al fondo de la cueva, porque allí donde hay un osario de cuélebres siempre andan otros cerca, dispuestos a darse un atracón con los que osen invadir sus catacumbas.

—¿Entonces nadie se aprovecha de toda esa riqueza? —preguntó otro de los atentos espectadores.

—Oh, sí, algunos lo hacen sirviéndose del ingenio... Atan grandes trozos de carne cruda a largas maromas y las arrojan al fondo de las simas. Luego las recuperan y rara es la vez que no suben los pedazos de carne con varios diamantes incrustados...

Hubo más exclamaciones de asombro. Al cabo de un rato todos regresaron junto a los caballos y los criados, y continuaron el camino.

—Es fascinante, ¿no crees? —le preguntó Laurent al valenciano.

—Sí —admitió éste—. Pero lo único que hemos visto realmente es un surco en la tierra...

—El rastro dejado por la cola de un cuélebre.

—O por un arado...

—Quizá —dijo Laurent guiñándole un ojo—, pero es más emocionante pensar que ha sido hecho por uno de esos dragones, y que en algún lugar cerca de aquí hay una cueva repleta de enormes riquezas. ¿No te parece?

Luis tuvo que admitir que su compañero tenía toda la razón.

Cuando al fin llegaron a Ribadesella, la cena había terminado. Un grupo de lugareños estaban asando unos nabos en las brasas sobrantes de donde se había preparado la carne, y eso fue lo único que pudieron tomar antes de ir a ocupar el humilde jergón en el alojamiento que les habían asignado a Laurent y a él. Pero a Luis no le importó, porque se sentía tan agotado que muy bien podría haberse dormido sobre el palo de las gallinas.

A día siguiente le esperaba un delicioso y abundante desayuno preparado por la dueña de la casa, que consistía en picatostes, leche cuajada, almidón^[9] y miel. Se enteró de que, para que ellos pudieran dormir en esos jergones, toda la familia había pasado la noche sobre las frías losas del suelo. Pero si esto les importunó de algún modo, la dueña no lo demostró en absoluto. Estuvo atendiéndoles con dedicación, casi obligándoles a que dieran buena cuenta de todo, pues se había enterado de que la noche anterior había llegado tan tarde que apenas habían cenado.

Esa mañana la emplearon entera en curarse el agotamiento de los días anteriores, y por la tarde se dirigieron a la plaza de la villa para presenciar el espectáculo taurino que se había organizado en honor del rey y sus cortesanos. Encontraron las calles llenas de soldados alemanes que iban en su misma dirección. Serían unos trescientos lansquenetes, jóvenes y fuertes, que desfilaban con las banderas desplegadas al son de las flautas y los tambores, con sus vistosas armaduras y el acero de sus picas reluciendo al sol.

Cuando Laurent le preguntó en alemán a uno de los *doppelsöldner*^[10], éste le informó de que habían llegado esa misma mañana y que su barco estaba fondeado en el puerto. Al parecer, era el propio emperador quien los había enviado con la misión de reforzar la escolta real. Los habían estado esperando en Santander durante varios días y al final su comandante, preocupado por la tardanza, había decidido salir en busca de noticias sobre su paradero, con la buena fortuna de que los habían encontrado allí.

Mientras Laurent le traducía la conversación a Luis, el *doppelsöldner* se alejó con paso firme en compañía de su tropa, haciendo repicar los tacones de sus polvorientas botas militares contra las piedras de la calle.

«Qué asombrosa casualidad», se dijo Luis. «Después de tantos días y tantas vicisitudes llegan aquí casi a la vez que nosotros...».

Laurent, sin embargo, se alegró de la seguridad que aquellos hombres representarían cuando se adentrasen en los oscuros caminos entre las montañas. Pero Luis miró con preocupación la expresión de los lugareños y no estuvo tan seguro de celebrar la presencia de las tropas imperiales. Al verlos desfilando por aquellas estrechas calles, profusamente armados y protegidos por el hierro de sus armaduras, se diría que se trataba de una invasión en toda regla. Pero la preocupación que había visto

asomar en los rostros de los vecinos de aquel pueblo era por la certeza de que aquellas tierras eran demasiado humildes para sostener el paso de una tropa así y no verse perjudicados en sus reservas para el invierno.

Uno de los soldados alemanes sonrió al pasar y Luis se quedó mirándolo sorprendido de que todos sus dientes estuviesen enfundados de oro.

En la plaza mayor de la villa, el rey y su hermana Leonor esperaban a las tropas alemanas sentados en un palco engalanado para la ocasión, con Chièvres y su esposa sentados tras ellos. Los lansquenetes desfilaron por la plaza, con las banderas desplegadas, para hacerle reverencia al rey, que presencié impasible los honores, como un muñeco de cera, pálido y tembloroso, su rostro afilado apenas asomaba por encima del cuello de piel de su capa.

Luis llegó junto con Laurent poco después. Alrededor de la plaza se habían dispuesto unos entablados y la muchedumbre que se amontonaba tras ellos estalló en alabanzas y aplausos cuando el Rey alzó una mano temblorosa para saludarlos.

«Cada vez tiene peor aspecto», pensó Luis, «con sólo diecisiete años casi parece un anciano. Se diría que el agotamiento le está afectando a él más que al resto».

Distinguió a Cèste entre varias damas de la corte, no muy lejos del balcón real, y sintió un fuerte deseo de acercarse a ella para saludarla después de tantos días. Se preguntó si el dominico andaría por allí. Lo buscó entre la gente, pero no lo distinguió. Sí vio, en cambio, a los vizcaínos y al montañés tuerto apostados al otro lado de la plaza.

—¿Por qué crees que éstos siguen en nuestra compañía? —le preguntó Luis a Laurent señalándolos—. ¿No lo encuentras extraño?

—Vienen por si aún consiguen algo —le dijo Chièvres sin darle ninguna importancia—. Dejaron sus barcos, se pusieron al servicio de su majestad... y fallaron miserablemente. Seguro que se las prometían muy felices cuando nos hallaron en alta mar.

Luis comprendió que el privado podía ser muchas cosas, pero desde luego no era un hombre confiado o ingenuo. Y la presencia de aquellas tropas alemanas en la escolta real desbarataría cualquier plan contra el monarca.

Los alguaciles despejaron la plaza de toda la gente que no estaba designada para intervenir en el festejo y, poco después, el sonido de una trompeta anunció que iba a empezar la corrida de toros. Laurent, que jamás había visto este espectáculo, se sintió fascinado.

Varios hombres jóvenes y fuertes, vestidos sólo con calzas y jubón para que nada entorpeciera sus movimientos, salieron al centro de la plaza, entre los vítores de los espectadores. Todos llevaban una espada desenvainada en la mano, y saludaron con ella hacia el palco de Su Majestad. Sonó otra vez la trompeta y se retiró una de las barreras que había sido colocada para cerrar una calle. Y una bestia enorme y negra

irrumpió en el recinto.

El toro corrió de un lado a otro, confundido por toda aquella muchedumbre que le rodeaba, aturdido por sus gritos y sus movimientos. Rodeó la plaza como si buscara salir por donde había entrado. Pero la barrera había sido colocada de nuevo, y al animal no le quedó más remedio que enfrentarse a su destino. Un mozo se había subido en la fuente que estaba en el centro de la plaza, y sujetaba entre sus manos una lanza bastante larga con un rejón de hierro en la punta adornado con cintas de colores. Cuando el toro lo embistió, el mozo dio un espectacular salto y clavó con destreza la puya en la cerviz del animal. La bestia bramó y se lanzó enfurecida de un lado a otro, alrededor de la plaza, intentando acorralar a sus atacantes. Pero los mozos esquivaban al toro con elegantes quiebros, mientras le iban clavando más y más lanzadas, hasta que pronto tuvo una docena de banderillas multicolores colgando de sus costados.

Al cabo de un buen rato de realizar este ejercicio, el animal parecía agotado y con las fuerzas mermadas. Con la lengua fuera esperaba casi inmóvil a que fuesen sus enemigos quienes se pusieran al alcance de sus astas. En ese momento, otro de los mozos se acercó a pecho descubierto para enfrentarse al animal sin otra arma que una espada delgada. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, la bestia embistió. El mozo se hizo a un lado y le clavó profundamente su acero en la cerviz.

Todos estallaron en vítores mientras unos caballos arrastraban al toro fuera de la plaza. Y Laurent era de los que más aplaudía.

—Parece que te estás divirtiendo —le dijo Luis con una sonrisa.

—Puedes jurarlo amigo mío. Además, intento guardar cada detalle en la memoria.

—¿Y eso?

—Estoy tomando notas de este viaje, y cuando regrese a Flandes pienso escribir el relato de esta fabulosa aventura que estamos viviendo.

Luis le dijo que le parecía una idea magnífica, y luego se disculpó para ir en busca de Cèleste. Se abrió paso hasta ella y la saludó agitando tímidamente la mano. Ella contestó con una leve inclinación de cabeza.

—Siento haberte evitado, Cèleste —murmuró él—. No fue ésa mi intención.

—Lo sé. Ya he visto que el dominico siempre anda rondándote.

Parecía cansada y estaba algo más delgada.

—¿Dónde te has alojado desde que bajaste a tierra?

—Por ahí... No te preocupes por mí, no tengo ningún problema para dormir en cualquier rincón. Siempre lo he hecho, desde que era muy pequeña.

De repente Luis se sintió embargado por la sensación de abatimiento e impotencia. Miró a su alrededor apretando los dientes, conteniendo un fuerte deseo de gritar.

—Pues se acabó —dijo al fin—. A partir de ahora vas a venir conmigo, te alojarás donde yo me aloje, y comerás de lo que yo coma.

—El dominico ya sabe que soy una bruja, ¿no?

—Sí, pero no me importa. Ahora ya no puede hacerte nada.

—Pero a ti sí, mi querido amigo converso.

—Que lo intente. Estoy bajo la protección del señor de Chièvres.

—¡Menuda garantía! —Sonrió con tristeza—. Acepta que estás solo, que sólo dependes de ti, y te irá bien. Creo que lo mejor es que sigamos así, cada uno por su lado.

—¿Qué sabes de esos hombres? —Luis señaló con la barbilla en dirección a los vizcaínos y el anciano tuerto—. Ya sé que me mentiste, te escuché hablando con los vizcaínos cuando estábamos en la Nao Real y te llamaron *sorguiña*.

—Así es como llaman a las brujas en su lengua. No te mentí, Luis, ya te dije que eran brujos, pero desconocía sus intenciones.

—Cuando hablabas con su líder parecías saber lo que pretendían hacer.

—Intentaba averiguarlo haciéndole creer que sabía más de lo que realmente sabía. Pero no sirvió de nada. No confían en mí.

—¿Y ahora sabes lo que va a pasar?

—No del todo. Pero, sea lo que sea, ya es inminente, como demuestra la presencia de esos lansquenets enviados por el emperador.

—¿Crees que la vida de Carlos corre peligro?

—No. De lo único que estoy completamente segura es de que a nadie le interesa que el rey sufra daño alguno.

La corrida se desarrolló sin incidentes importantes hasta que el último toro salió a la plaza. Era una bestia descomunal. Apenas pisó la arena, embistió a uno de los lanceros y le desgarró el vientre con los cuernos. Sus compañeros intentaron socorrerlo, se lanzaron contra el animal, dándole de puyazos y cuchilladas en los costados para intentar apartarlo de su víctima; pero el toro no atendía a nada excepto al cuerpo que empujaba de un lado a otro con sus cuernos. Sólo cuando el toro se cansó de cornearlo y se revolvió en busca de nuevos enemigos, lograron retirar el cadáver del desdichado mozo.

La bestia daba vueltas y vueltas por la plaza como si estuviera ansiosa de encontrar otra víctima. Pero para los lanceros era casi imposible acercársele, porque el animal atacaba directamente al que tenía enfrente, sin atender a los de alrededor, y apenas había recibido dos puyas, por lo que estaba con todas sus fuerzas. Derribó una de las barreras y arremetió contra los espectadores, hiriendo a algunos y lanzándolos por los aires.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Cèleste aturdida por todo el griterío que se había levantado en torno a ellos—. ¿Cómo van a sacar a ese monstruo de la plaza?

—Mira allí —dijo Luis señalando hacia una de las callejuelas.

En ese momento entraba por ella uno de los oficiales alemanes montado a caballo. Se echó contra el toro y le clavó varias veces su espada en la grupa. La bestia

se revolvió, ensartó al caballo y lo levantó por encima su cabeza. El alemán se estrelló contra el suelo y gritó. Se había oído con claridad el chasquido de uno de sus huesos al romperse. Lo que lo salvó fue que el toro, mientras tanto, seguía ensañándose con su montura, que pataleaba indefensa mientras era corneada una y otra vez en el vientre.

Dos lansquenetes irrumpieron entonces en la plaza con sus arcabuces preparados. Apuntaron con ellos a la bestia.

—Están locos —dijo Luis—, en el estado de frenesí en que está el animal, esos disparos no van a hacer otra cosa que enfurecerlo aún más.

Otra persona saltó a la plaza. Luis reconoció al joven vizcaíno de los pómulos grandes. Con su espada ropera desenvainada se dirigió directamente hacia el toro. Éste se había cansado al fin del caballo y lo había dejado agonizante patas arriba. Parecía decidido a ir contra el jinete, que intentaba desesperadamente arrastrarse fuera de su alcance.

El vizcaíno se interpuso y les hizo una señal a los arcabuceros para que no disparasen. Como una enorme y negra bala de cañón, el toro cargó contra él. El muchacho aguantó la embestida sin moverse un palmo de donde estaba y, en el último momento, hizo un quiebro, saltó y clavó profundamente su espada en la cerviz del animal. Medio muerto ya, pero arrastrado por el ímpetu de su carrera, el toro hincó profundamente las astas en el suelo de la plaza, y aquella montaña de carne efectuó una espectacular voltereta para acabar patas arriba, agonizante, sobre la arena.

Todo el mundo en la plaza estalló en aplausos. Hasta el rey, que había asistido indolente y ajeno a la corrida, se puso en pie entusiasmado. Luis miraba a aquel joven, asombrado por el valor y la fuerza que había demostrado al enfrentarse así a la bestia.

Aquello le confirmó lo que ya había supuesto; que aquel pequeño vizcaíno era un hombre de armas. Y que, sin duda alguna, se trataba de un guerrero muy peligroso.

LUX AETERNA

Habrías visto que el sol, al salir, se desviaba de su caverna hacia la derecha y, al ponerse, los rebasaba hacia la izquierda, mientras ellos estaban en una oscuridad de ella. Ése es uno de los signos de Alá. Aquél a quien Alá dirige está bien dirigido, pero para aquél a quien Él extravía no encontrarás amigo que lo guíe.

Les hubieras creído despiertos cuando, en realidad, dormían. Les dábamos vuelta a derecha e izquierda, mientras su perro estaba en el umbral con las patas delanteras extendidas. Si los hubieras visto, te habrías escapado de ellos, lleno de miedo.

Sura 18 del Corán - La caverna (*Al kahf*).

1

Un ruido despertó a Luis en mitad de la noche. Desconcertado, aún medio dormido, se incorporó apoyándose en los codos. Estaba en un cuarto que no reconocía, acostado sobre un jergón relleno de paja. Las vigas del techo eran de una madera recia y oscura, ennegrecida por el tiempo.

«¿Ésta es mi habitación de París... de Lovaina?...».

Y entonces lo recordó todo. El apresurado embarque, Cèleste, el largo viaje por mar, la tormenta... Estaba en Asturias, en España... Al fin había regresado a su país.

Recordó que el día anterior llegaron a Llanes; un pueblecito que distaba cinco leguas de Ribadesella. Allí también se había celebrado otra corrida de toros y, a continuación, tal y como venía siendo costumbre en un pueblo tras otro, más festejos. Gaiteros, danzantes, bebida abundante hasta la madrugada. Sí, tenía que ser eso, había tomado demasiado vino, o demasiada sidra del país, porque ahora la cabeza le zumbaba como si se le hubiera colado una avispa por la oreja.

Pero había algo más... Un hálito espeluznante empapaba la habitación.

Los ruidos que lo habían despertado provenían del exterior de la casa. El golpeteo de unos pasos apresurados calle abajo... El rumor de muchas voces mezcladas que se expresaban con susurros nerviosos...

«¿Es posible que aun continúe la fiesta? Quizá sólo he dormido un par de horas... Pero... ¿qué es esto? ¡La habitación está llena de humo!».

El recuerdo de la nao incendiada espantó por completo su somnolencia a la vez que le aceleraba el corazón. Se levantó de un salto y se fue hacia la puerta. Por debajo de ella se colaban volutas de humo. Dudó antes de abrirla por si el incendio estaba justo al otro lado.

Olió. Aquello no era humo. No olía a quemado. Era una especie de vapor.

La abrió bruscamente, apretando los labios en una mueca de miedo, sintiendo un hormigueo que le recorrió todo el cuerpo. Apenas se veía nada. Una niebla densa ocultaba la mayor parte de la calle y apenas se distinguía la fachada de la casa de enfrente. Y, al abrir la puerta, todo sonido cesó de repente. La calle estaba vacía y silenciosa, como si una enorme criatura se hubiera replegado entre la niebla para esperar a que abandonase el refugio seguro de la casa.

Se quedó inmóvil en el umbral durante un largo rato, sin saber qué hacer.

Entonces se decidió a dar un paso hacia adelante y...

No supo qué fue exactamente lo que lo salvó. Tal vez una intuición milagrosa, o quizá oyó el siseo imperceptible del acero rasgando el aire. Llevado por este impulso se agachó y la ancha hoja de un montante pasó rozándole el cráneo y se clavó profundamente en el marco de la puerta.

Se volvió para mirar a su silencioso atacante. Era un lansquenete; un alemán descomunal, de brazos poderosos y hombros anchos, con una impresionante barba roja y rizada. Vestía al estilo tudesco, con calzas de rayas blancas y grana, y un jubón

de cuero negro con anchos brahones de tiras rojas. Con las dos manos arrancó el espadón de largos gavilanes que había quedado incrustado en el quicio con su primer golpe y lo alzó por encima de su cabeza, dispuesto a descargar el segundo golpe. Luis vio su propia muerte reflejándose en el pálido acero y en los fieros ojos azules de aquel hombre.

Con un gruñido de satisfacción, apretando la empuñadura con sus manos enguantadas, el lansquenete golpeó de nuevo. La hoja de acero hendió el aire, trazando un limpio arco descendente, y...

Y se detuvo a mitad de su recorrido.

Luis alzó los ojos con una especie de incredulidad aturdida y vio cómo un enorme lobo negro, con las orejas enhiestas y los ojos amarillentos, había apresado entre sus fauces el brazo derecho del lansquenete.

¡Un lobo!

Las babas de la bestia goteaban de su oscura boca y resbalaban por el brazo del alemán. Soltó el espadón, que repicó al chocar contra el suelo, y gritó de dolor mientras el lobo lo derribaba. Luego lo arrastró por el barro, siempre sujetándolo por el brazo. Otros lobos surgieron de la niebla y se lanzaron sobre aquel desdichado, haciendo chasquear las mandíbulas mientras le lanzaban dentelladas, y empezaban a morderle por todas partes. El lobo que parecía mandar la manada clavó sus colmillos en el grueso cuello del hombre y se oyó el repugnante crujido húmedo de la carne y los huesos al ser desgarrados. Saltó un impresionante surtidor de sangre y los gritos del lansquenete se interrumpieron de inmediato.

Ese mismo lobo soltó un ladrido ronco y se volvió hacia Luis. Luego se separó del cadáver del alemán y de la manada, y se aproximó a él con un andar pausado, casi perezoso. Su hocico empapado en sangre goteaba lentamente, su lengua roja colgaba de las fauces abiertas. Levantó la cabeza con forma de cuña y lo miró con un ojo amarillo y reluciente, lleno de inteligencia. Su otro ojo, el izquierdo, estaba en su cuenca, pero parecía helado y sin vida, como el de un animal dormido.

«Estoy asustado», pensó Luis. «Estoy muerto de miedo».

Retrocedió hasta que su espalda se topó con la pared de la casa y se quedó allí, aterrorizado e inmóvil, mientras el lobo lo miraba con una intensidad que jamás habría creído posible en un animal. Sintióse incapaz de moverse o de apartar la mirada de aquel ojo diabólico.

Había otros lobos correteando por todo el pueblo. Oyó los aullidos que llegaban desde todas las direcciones, así como los gruñidos y los gritos humanos de dolor. El olor a sangre estaba empapando rápidamente el aire.

Entonces percibió un movimiento a su izquierda y se volvió para ver qué era.

Varios lobos colaboraban entre sí para arrastrar un bulto por el suelo. Lo hacían con una asombrosa suavidad, tirando de aquí y de allí, con cuidado de no dañar lo que transportaban, cambiando de posición para combinar mejor sus esfuerzos. Luis no tardó en distinguir que aquel bulto era un cuerpo humano envuelto por una tela

amplia, quizá una manta o una cortina, que sólo dejaba al descubierto su cabeza.

Y cuando estuvo más cerca, pudo reconocer al muchacho inconsciente que era arrastrado tan cuidadosamente por los lobos.

Era Carlos.

Cèleste tuvo que meterse la mano por el escote para coger el amuleto de Meg, que se había puesto asombrosamente caliente y le estaba quemando los pechos. Al sujetarlo sintió cómo vibraban las piedrecitas de su interior, e imaginó a los pequeños espíritus atrapados dentro de ellas debatiéndose nerviosos en sus estrechas celdas. Dejó el amuleto sobre la ropa, donde seguía sintiendo su intenso calor pero ya no había peligro de que le quemara, y empezó a caminar por la plaza cubierta por la niebla.

Por todas partes se veían cuerpos inconscientes, esparcidos por el suelo en las más variadas posiciones. Ella los había visto caer de repente, casi al unísono como si se tratase de un paso de baile perfectamente ensayado. Pero incluso los gaiteros se habían derrumbado, y la música cesó en ese mismo instante. Cèleste lo había comprobado, sólo estaban dormidos. Profundamente.

Se acercó a la gran hoguera central donde la carne se tostaba en los espetones dispuestos junto a ella y apartó al cocinero que había caído cerca de las brasas. Su brazo derecho extendido se había quemado al contacto de éstas y la bruja le aplicó el ungüento de miel, espliego y cenizas de gamón, para que le aliviase el dolor cuando despertase.

Mientras atendía al cocinero, una mano de acero la agarró por el cuello y la obligó a levantarse. Tiró de ella con tanta fuerza que rompió los eslabones de la cadena de oro que sujetaba amuleto de Meg. El medallón cayó al suelo y se abrió, esparciendo por el suelo las piedrecitas que había en su interior.

Cèleste lanzó una patada hacia atrás, esperando alcanzar a su atacante en la entrepierna, pero oyó un sonido metálico allí donde su pie lo golpeó.

—Nos volvemos a ver, bruja —dijo una voz que reconoció de inmediato.

Cèleste se volvió para enfrentarse al hombre que la había estado siguiendo tenazmente desde Auvernia. Ahora vestía como un lansquenete, con armadura completa de factura italiana, pintada con negro barniz de brea para proteger el metal de la corrosión, lo que le daba el insólito aspecto de un insecto gigante con la dentadura de oro.

Ella le lanzó las manos al rostro, intentando arrancarle los ojos, pero él le clavó profundamente una daga en el vientre. Entonces la soltó y Cèleste se derrumbó sobre el polvo salpicado con su propia sangre. Se tocó la herida con la mano y comprobó que era grave. Muy grave.

—Pero me temo que ésta será la última vez... —añadió Bocadorada—. Porque vas a morir.

Desenvainó una larga espada bastarda. La sujetó con ambas manos y se dispuso a decapitar a la mujer tendida en el suelo...

Y recibió un balazo en el centro del pecho que abrió un orificio perfectamente redondo en el peto de su armadura.

El impacto lo hizo retroceder varios pasos, pero no cayó al suelo.

—Si te disparan en el pecho, lo más educado es caer —dijo alguien.

Era el joven vizcaíno. Arrojó a un lado el arcabuz humeante, su mano derecha se cerró sobre la empuñadura de la ropera. La desenvainó con un elegante movimiento y, con extraordinaria chulería, la blandió frente a sí.

—¿Y quién eres tú? —Preguntó Bocadorada tambaleándose.

—Soy Íñigo de Oñaz y Loyola... y tú eres quien va a morir ahora.

Bocadorada retrocedió un par de pasos más. La sangre se escurría abundante por debajo de su peto y parecía aturdido. Pero agarró con fuerza la empuñadura de su espada de «mano y media» y gritó desafiante:

—¡Entonces ven a por mí, perro!

Íñigo saltó hacia adelante. Su enemigo intentó recibirle con un mandoble que pudo partirle el pecho en dos, pero él se agazapó con una actitud felina que puso de relieve su extraordinaria agilidad. Era consciente de que su ropera se rompería si intentaba parar con ella un tajo de la bastarda, pero también de cómo los movimientos de su enemigo se veían entorpecidos por la negra coraza que llevaba. En realidad aquello no era muy diferente al enfrentamiento que había tenido con el toro. Ejecutó una breve finta para esquivar la nueva acometida de Bocadorada (que resultó moverse más rápido de lo que esperaba), un sonido metálico cuando los hierros se rozaron apenas, y el vizcaíno lanzó un golpe fulgurante que penetró justo por el agujero que la bala había abierto en el peto de la armadura. La afilada punta de acero le atravesó limpiamente el tórax y chocó contra la cara interior del espaldar.

Bocadorada cayó de rodillas y permaneció un momento así, como si rezase. Luego se derrumbó de lado y sus piernas patalearon con los estertores de la muerte.

Íñigo se acercó para darle el golpe de gracia.

—Cuidado —dijo una voz muy débil a su espalda—. Apártate de él... Está poseído por un demonio...

Mientras Cèleste lanzaba su advertencia, el cuerpo del moribundo se estremeció una vez más y una nube de humo negro le salió a borbotones por los orificios de la nariz, la boca y las orejas y se esparció por el aire. Íñigo retrocedió a tiempo y alzó un momento su espada como si pretendiera protegerse con acero de aquella siniestra criatura inmaterial. Luego enfundó la ropera y recogió la espada bastarda que había quedado tirada en el suelo; se acercó al cuerpo caído y de un tajo lo decapitó. Sólo cuando comprobó que el hombre de la armadura había quedado definitivamente inmóvil, se volvió para socorrer a la muchacha. Cortó la tela empapada en sangre y estudió su herida.

De un palmo de longitud. Profunda. Tenía los bordes hinchados y amoratados, pero parecía que empezaba a formarse una costra. Unas finas líneas de sangre irradiaban desde la herida, resbalaban por el vientre y formaban un charquito en el

ombliigo.

—Estoy... lista —dijo ella con fatalidad, tan pálida como un muñeco de cera, los labios resecos. La herida le latía como si el corazón se le hubiese bajado hasta allí. Los músculos del abdomen empezaban a entumecerse—. Esta cuchillada es mortal. Sé lo que me digo.

—No —dijo él—. Fíjate, apenas sale sangre ya.

—No puede ser...

Cèleste bajó los ojos, pero no logró enfocar la vista en la herida. Todo empezó a darle vueltas y comprendió que iba a desmayarse de un momento a otro.

—¿Qué? —musitó.

—Te llevaré con el Nuberu y él te curará. Vamos.

Intentó levantarla en brazos, aunque ella era mucho más alta que él.

—Espera —le rogó la muchacha—. Déjame en el suelo, por favor...

—Estamos del mismo bando y te voy a ayudar —le aseguró él—. Confía en mí.

Pero Cèleste ya había perdido el sentido.

27 de septiembre de 1517

Ese domingo, el rey no acudió a celebrar la santa misa con sus cortesanos, tal y como estaba previsto, en la Iglesia Mayor de Llanes. El señor de Chièvres anunció que su majestad se encontraba algo indispuerto, y que por ello recibiría los oficios en sus habitaciones.

Al terminar la ceremonia, Laurent Vital charlaba animadamente con un hombre fornido que iba cubierto por un mandil de cuero y sujetaba una gubia en su mano derecha. Al parecer era el imaginero que estaba trabajando en el nuevo altar de la iglesia (un retablo en el que figuraban las tallas de los cuatro evangelistas, sentados ante sus pupitres y ocupados en escribir los Evangelios), y había interrumpido su labor para que se celebrara la misa.

Luis se acercó a los dos hombres y dijo:

—Laurent, necesito hablar contigo.

—Ah, hola amigo mío —le saludó el camarero real con entusiasmo—. Ven, quiero presentarte a este buen artesano. Su nombre es León Piccard, tiene su mujer y su hogar en Burgos, y ha sido enviado a esta villa para ejercer su oficio de tallista, pero fíjate que es natural de Saint-Omer, y me estaba preguntando por las nuevas de Flandes.

—Laurent, es muy importante que hablemos ahora.

—¿No puedes esperar un momento? —le preguntó Laurent, dirigiendo una mirada de disculpa al imaginero por la descortesía de su amigo—. León y yo estábamos hablando de...

—No, no puedo esperar.

Luis jadeaba levemente, y a la luz de las velas se le veía el rostro congestionado y brillante de sudor. Sus ojos iban nerviosos de un lado a otro, como si temiese que algo unimaginable estuviera al acecho dispuesto a saltar sobre él. Laurent nunca había visto a su amigo en ese estado, ni siquiera durante los peores días de la tormenta en alta mar, y se asustó. Se despidió de León Piccard, diciéndole que hablarían más tarde, y acompañó obedientemente a Luis hasta el exterior de la Iglesia.

—De acuerdo —dijo—. Dime qué es lo que sucede.

—¿Qué tal dormiste anoche?

El camarero real miró a su amigo como si no pudiese creer lo que había oído.

—¿Qué?

—Anoche, ¿qué tal dormiste?

—Para... ¿para preguntarme eso interrumpes la conversación que estaba manteniendo con el imaginero?

—Por favor, Laurent, respóndeme.

—Dormí estupendamente. A pierna suelta, como se suele decir. ¿Y tú?

—¿Has visto al rey esta mañana?

—No, no lo he visto. Me avisaron de que se encontraba indispuesto y no necesitaba de mis servicios. Luis, me estás preocupando con todas estas preguntas. ¿Qué te pasa?

El valenciano parpadeó y le miró como si acabase de despertar de una pesadilla.

—Yo... —murmuró.

—¿Sí? ¿Qué sucede? Se diría que has visto un fantasma.

—No —dijo Luis intentando controlar el temblor de su voz—. Un fantasma no... Perdóname, lamento haberme comportado antes de un modo tan brusco...

—No tiene importancia, Luis, pero me tienes que decir qué es lo que sucede...

El valenciano se dio media vuelta y empezó a caminar en dirección al puerto, con los hombros caídos y alzando una mano para despedirse de Laurent.

—No pasa nada —dijo—. Te pido de nuevo perdón. Hablaremos más tarde.

El puerto de la villa tenía que ser muy peligroso para los barcos que se viesan obligados a atracar en él. Las olas batían incesantemente contra las rocas, metiéndose por sus intersticios, espumando y mugiendo de un modo impresionante, y los arrecifes que salpicaban la ensenada parecían imposibles de detectar si no era en bajamar.

Quizá por eso el edificio que lucía un llamativo cartel que rezaba: «Casa de la Ballena», se encontraba ahora desvencijado y abandonado.

Luis recordó que durante la fiesta del día anterior alguien le había contado que durante siglos los marineros llaniscos salieron a la caza de la ballena, en algunas ocasiones asociados con arponeros de Fuenterrabía; sin embargo, la retirada de las ballenas de estas costas y el mal estado del puerto habían llevado a estas actividades marineras a la decadencia. Aquel edificio tenía que haber sido el lugar donde se despiezaban y subastaba la carne y el aceite de aquellas enormes bestias. Al rodearlo, Luis se encontró con un esqueleto de ballena casi completo, enclavado al borde mismo del acantilado.

Se sujetó con una mano al hueso blanqueado de una costilla y se asomó para mirar. Bajo él, surtidores de agua a presión saltaban a gran altura, y las olas redoblaban contra las piedras provocando un estruendo semejante a cañonazos. Hacía viento y lloviznaba, y él se sintió como si se hallase al borde mismo del Infierno, presenciando un espectáculo estremecedor de ver y oír. Buscó con la mirada un cuerpo perdido entre aquellas rocas afiladas y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Cèleste!

Gritó hasta que le dolió la garganta, pero con el fragor del mar casi no se oía ni él. Entonces percibió una presencia a su espalda y se dio la vuelta. El padre Bernardo se encontraba a dos pasos de distancia, con su sonrisa cínica en los labios, el pelo empapado sobre el rostro y rodeado de huesos de ballena, como si se tratase de una

criatura inconcebible recién surgida de las profundidades del abismo.

—También os despertasteis anoche —afirmó.

—Cèleste ha desaparecido —dijo Luis—. ¿Sabéis dónde está?

—Imagino que se marchó con *ellos* —dijo mientras hacía un gesto breve y cortante en el aire con el canto de la mano—. ... Con los otros brujos.

—Esto es una locura —se volvió para señalar hacia la villa—. Anoche un lansquenete intentó asesinarme y vi como el Rey era raptado por unos lobos que se comportaban como si fueran seres racionales... Y esta mañana el señor de Chièvres asegura que Carlos se encuentra en sus habitaciones, indispuerto... Y Cèleste ha desaparecido...

—*Lobis-home*.

—¿Qué?

—*Lobis-home*, *l'home llobu*, o *gizosto*; así se los conoce aquí, en el norte de España. Fue eso lo que visteis anoche. También se los llama *Llobos Meigos*, lo que quizá sea más exacto, pues algunos brujos tienen ese poder de transformarse en bestias... Esperad, ¿adónde vais?

—Necesito... —Luis se pasó la mano por el pelo empapado por la llovizna. Tenía las ideas tan revueltas como el mar que rompía bajo ellos—. Necesito averiguar dónde está Cèleste...

—Si habláis de esto con alguien y llega a oídos de Chièvres, os cortarán el cuello de inmediato. Habéis dicho que anoche fuisteis atacado por un lansquenete, ¿no es así?

—Sí, pero...

Luis estaba tan confundido que, ignorándolo, iba a empezar a caminar de regreso a Llanes, pero el dominico lo sujetó por el brazo y lo obligó a volverse hacia él.

—Es evidente que no quieren que se sepa que alguien ha sido capaz de raptar al rey. Anoche todos cayeron en un sueño profundo y sólo unos pocos permanecimos despiertos, por eso creen que pueden mantener esta pantomima hasta que logren rescatar a Carlos. Pero si aparecéis diciendo que sabéis la verdad... os aseguro que os matarán...

—Debo...

—Yo sé dónde está la bruja ahora... —Bernardo gritó para que Luis oyera sus palabras por encima del ruido de las olas. Las gotas de lluvia resbalaban por su rostro—. Haced el favor de acompañarme a un lugar resguardado y os lo contaré...

Fueron hasta la Casa de la Ballena y se ocultaron debajo del alero saliente de la puerta.

—Sí, aquí se está mejor —dijo el dominico con alivio.

—¿Sabéis dónde está Cèleste?

—Anoche os despertasteis, igual que yo... —Bernardo lo miraba con los ojos inexpresivos y aburridos, como si le desagradase el tener que contarle todo aquello—. Eso significa que habéis estado al Otro Lado... No, no intentéis negarlo. Habéis

tomado la *sopa del sábado*, quizá os la dio a probar vuestra hermosa bruja... ¿no es así? Por curiosidad, ¿cómo os la aplicasteis?... No queréis contestar, pero vuestros ojos os delatan. No os preocupéis, yo también la he probado en alguna que otra ocasión. Por eso un sencillo hechizo del sueño como el que anoche cayó sobre la villa no tuvo efecto en nosotros... Hemos estado al Otro Lado y eso nos da cierta inmunidad. Pero, a diferencia de vos, no soy un ignorante en estos asuntos y me guardé mucho de asomar la nariz fuera de mis aposentos durante esa fatídica noche. Os aseguro que estáis vivo de milagro.

—¿Dónde está Cèleste? —repitió Luis con gesto cansado.

—No muy lejos... A sólo unas horas de camino de aquí. Pero debemos ponernos en marcha de inmediato, porque nuestros enemigos también saben dónde está, y, lo que es más importante, dónde se encuentra el rey, y lo que piensan hacer con él los que lo han raptado. Nuestra única ventaja es que ellos tienen que mover un ejército de obtusos lansquenets y nosotros sólo somos dos. Pero debemos emprender el camino ya.

—¿Nuestros enemigos? ¿Os referís a los partidarios de Fernando, el hermano menor del rey?

—Venid conmigo y lo averiguaréis. Vamos. No podemos perder más tiempo.

3

*El rey manda a sus siervos que se callen,
cuando la reina duerme.*

*El rey mira a la reina desde un balcón,
pero el espectáculo que ve es para él como un clavo en un ojo,
porque la reina duerme con una sierpe...*

Cèlestes despertó y siguió escuchando la música y la canción que sonaba en sus sueños. También oyó el bramido de un torrente, o una cascada mezclándose y superponiéndose con la canción como un extraño acompañamiento. Abrió los ojos y vio el abovedado techo de piedra de una cueva. Miró en torno: estaba en una pequeña celda excavada en la roca, tumbada sobre un poyo de piedra. Más allá del extremo de ésta se levantaba una pared hecha con tablas de madera. Girando con muchísima cautela el cuello, que sentía rígido y dolorido, buscó el origen de la tonada que seguía sonando.

El que cantaba era uno de los vizcaínos, Agote, y, aunque no le resultaba nada simpático aquel tipo, Cèlestes tuvo que reconocer que no tenía mala voz. Estaba sentado sobre un tocón de piedra y tañía una cítara a la vez que cantaba:

*«Oh, reina falsa —canta el rey doliente—
que perdió la corona y el honor.
Cuando la reina es en salud, se satisface con poco
y cuando es enferma, no se deja satisfacer sensualmente.
La reina no peca si al novilunio
el sol no da luz y las estrellas no dan esplendor».
Canta el rey con un dulce instrumento
y la reina no desea oírlo.
No quiere abrir las orejas,
pero el rey grita fuertemente.
Es gran locura despertar a la sierpe,
porque mientras duerma, la reina está segura.*

Cèlestes intentó incorporarse y descubrió que estaba completamente desnuda, tapada sólo con una vieja piel de oso que se escurrió de su cuerpo y cayó al suelo. Sintió una fuerte punzada de dolor en el vientre, un espasmo que se extendió por los músculos entumecidos de su abdomen, y que le hizo dar un respingo.

—Va a ser cierto eso de: «La mujer es a la espada parecida, que mata más desnuda que vestida»... —dijo alguien a su izquierda.

Se volvió para ver a Íñigo de Oñaz y Loyola, de pie junto a ella, con los ojos

ávidos paseándose por su anatomía. Se había librado de sus ropas de campesino y ahora llevaba un elegante jubón de cuero con más acuchillados que un duelista borracho y unas calzas verdes con una protuberante *bragueta* que protegía y resaltaba sus partes viriles. Apoyaba la mano derecha en el pomo de su espada y sujetaba un libro con la izquierda. Cèleste alcanzó a leer el título; era el *Amadís de Gaula*, de Garci Ordóñez de Montalvo.

Pero vio algo más; el lugar estaba atestado de gente a la que no conocía, sentados en el suelo o con la espalda apoyada contra las paredes. Parecían guerreros que hubieran estado limpiando sus espadas, cuchillos y lanzas hasta un momento antes. Pero de repente se había hecho el silencio y todos ellos se habían detenido a mitad de un movimiento, con sus armas o sus cotas de malla en una mano y el trapo empapado en grasa en la otra, boquiabiertos y con el rostro vuelto para mirarla. Todos aquellos ojos confluyendo a la vez en ella la hicieron sentir más desnuda que nunca en su vida.

Durante un instante permaneció quieta y silenciosa observando la escena, intentando hallarle algún sentido. Luego se agachó y recogió la piel de oso, apretando con fuerza los dientes para no gritar por el dolor que le palpitaba en el vientre. Tenía algo desgarrado allí, pero ¿qué era? Estaba a punto de acordarse pero la cabeza le daba vueltas y se sentía agotada por el sencillo esfuerzo de agacharse. Se envolvió de nuevo con la piel, sin dejar de mirar a todos aquellos hombres, que sólo cuando ella se cubrió regresaron a su trabajo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mirando de reojo a los guerreros.

Agote dejó a un lado la cítara y se puso también en pie.

—¿Es que no recuerdas nada, *sorguiña*? —dijo—. Íñigo te trajo hace unas horas cuando estabas a las puertas de la muerte...

La niebla, la gente que caía inconsciente, Bocadorada... Todo regresó a su memoria en ese instante, como una explosión de imágenes.

Se palpó el vientre; un punto palpitante de dolor rodeado de carne entumecida, y descubrió la abultada cicatriz allí donde Bocadorada la había apuñalado. Él estaba ahora muerto, recordó cómo Íñigo se había batido con él y lo había aniquilado. Pero ella también debería estarlo. Aquella herida era mortal, no podía haberse engañado con eso... El acero penetró profundamente en sus entrañas...

—No es posible... —musitó—. Mi herida...

—No debes temer nada.

Cèleste había reconocido la voz profunda del Xoan Cabritu. Se volvió para verlo salir, agachándose, de un angosto túnel en la roca. Una parte de su confusa mente se fijó en que aquel agujero en la pared de piedra no parecía natural; era demasiado simétrico y estaba rodeado de cascotes, como si hubiese sido excavado sólo unas horas antes.

¿Intentaban ampliar la caverna? La mitad del suelo era de madera. La cueva original no alcanzaría los treinta pies de largo, y, para hacerla mayor y tener más sitio donde pisar, se había añadido la tablazón de roble. Todo ese lado de la cueva estaba

cerrado por una pared también de madera, en la que se había abierto una línea de pequeños huecos cuadrados a modo de ventanas por las que penetrase la luz del exterior.

Distinguió una especie de capilla diminuta a un lado, detrás del tocón en el que Agote había estado sentado. Para su construcción se había aprovechado una covacha natural que entraba unos doce pies en la cueva, con sólo un arco liso de cantería a la entrada. Allí había un sarcófago con una gran lápida de roca maciza cubriéndolo, más estrecho en los pies que en la cabeza, liso, sin ningún adorno ni leyenda.

—¿De quién es esa tumba?

—De Pelayo —dijo el Nuberu mientras se acercaba.

—Entonces esto es un *Sidhe* —comprendió Cèleste.

—Desde la noche de los tiempos —le aseguró el anciano clavando en ella su único ojo—. Antes de la llegada de los cristianos, más de cien religiones construyeron sus altares aquí. Más aún, desde la época en la que estas montañas eran pequeñas islas que apenas sobresalían del mar, mientras el resto de Europa aún permanecía sumergido, los hombres no existían todavía y este *Sidhe* ya era un lugar sagrado para las olvidadas razas que nos precedieron. La Diosa se manifiesta aquí de vez en cuando, y la nueva religión que domina estas tierras la confunde con la madre de Cristo. Por eso el altar.

Cèleste volvió a mirar a su alrededor. La luz penetraba por los orificios cuadrados de la pared de madera formando haces paralelos que iluminaban las motas de polvo suspendido. El fragor de lo que parecía una catarata precipitándose desde gran altura hacía temblar la tablazón del piso. ¿Por qué se habían reunido todos allí?

—¿Y toda esa gente? —preguntó.

—Guerreros astures. Los más bravos que pueda encontrarse.

—El rey —recordó Cèleste de repente—, ¿dónde se encuentra?

El anciano hizo un leve gesto hacia el agujero abierto en la pared y dijo:

—A salvo. Pero ahora debemos ocuparnos de ti, muchacha...

—¿De mí? Yo no soy importante.

—Eso pensábamos todos —dijo Agote—, pero parece que estábamos equivocados... Y fue nuestro joven aliado de Loyola quien lo descubrió.

—Así es —dijo Íñigo llevándose una mano al bigote y atusándose con un movimiento diestro—. Nunca se me escapa un detalle, si a una moza se refiere.

Cèleste miró a los tres hombres, uno tras otro, y dijo finalmente:

—No entiendo una palabra de todo esto... ¿Qué pasa conmigo?

De repente sintió un mareo y fue como si las paredes de la cueva girasen a gran velocidad en torno a ella. Se tambaleó a punto de caer, pero Xoan la cogió por el brazo desnudo y la obligó a sentarse en el poyo sobre el que había estado tumbada.

—Eres muy fuerte, muchacha, pero has perdido mucha sangre —le dijo.

Luego fue a buscar algo entre unos paquetes que estaban amontonados al fondo de la cueva. Íñigo y Agote se apartaron un poco de ellos y se fueron junto a la pared

de madera para conversar en voz baja con los otros guerreros que estaban allí congregados.

El ruido de la cascada hacía completamente inaudibles sus palabras, pero Cèleste se fijó en sus gestos y se preguntó si planificarían una batalla.

Sus ropas estaban enrolladas en la cabecera de aquel tosco banco de piedra. Allí estaba también su talega, y Cèleste la abrió para comprobar con una rápida mirada que no faltaba nada. Luego tomó sus ropas y se vistió. Tuvo que contorsionarse para hacerlo mientras sujetaba con una mano la piel de oso, porque no quería volver a ser un espectáculo para aquellos extraños guerreros de tupidas barbas y miradas hoscas.

El anciano regresó con algo en la mano y se sentó junto a ella.

—Carlos no estará preparado hasta dentro de unas horas, eso nos deja un poco de tiempo para aclarar tus asuntos, muchacha.

Le mostró lo que había traído con él. Era una redoma de cristal, con la boca sellada con un tapón de corcho cubierto de lacre rojo.

En su interior se retorció algo indescriptible.

—Esto estaba dentro de ti —siguió diciendo el Nuberu—. Podemos afirmar que es lo que te mantuvo con vida hasta que yo pude usar mi magia para sellar la herida...

Cèleste contempló con horror y repugnancia aquella cosa y musitó:

—¿Ese demonio...?

—Es un parásito sin mente —le explicó el anciano—. Una extensión irracional, como un apéndice libre del que Bocadorada llevaba en su interior desde su nacimiento.

Irracional o no, se diría que la criatura había detectado que se estaban refiriendo a ella, porque en ese momento empezó a agitarse con más violencia dentro de su estrecha prisión de vidrio. Parecía un gusano del grosor de una muñeca humana, de color blanco lechoso, traslúcido y lleno de órganos palpitantes. Mientras se retorció, aparecía y desaparecía, transformándose intermitentemente en un aceitoso humo negro.

—¿Eso estaba dentro de mí? —Cèleste sentía deseos de vomitar.

—Así es. Y continuamente le iba indicando a Bocadorada tu posición. Dime, ¿cómo crees que se metió en tu interior?

—No lo sé. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Fue algo que comiste o bebiste al principio de tu misión...

Una idea cruzó rápida la mente de Cèleste y dijo:

—¿Puedo oler esa cosa...? Quiero decir, ¿no será peligroso hacerlo?

Xoan pensó un momento y asintió.

—Entiendo lo que quieres hacer. No, no será peligroso. Ahora que está fuera de tu cuerpo, el demonio no vivirá mucho. Como sabes, nuestro aire los disuelve...

Con una pequeña navaja que apareció de repente en su mano, el Nuberu cortó alrededor del lacre para liberar el corcho. Lo extrajo con mucho cuidado y tapó la embocadura con la mano. Separó un poco los dedos para que la bruja pudiese oler

entre ellos.

Cèlestes se acercó, olió, y se apartó al instante.

—Clavo y almizcle —dijo. Ya se lo esperaba. No podía ser de otro modo.

—¿Lo has reconocido? —le preguntó Xoan mientras volvía a colocar el corcho.

—Sí. El traidor es Christian, el novicio de Armand de Meyrueis.

El anciano se pasó la mano por su larga barba blanca.

—Ese Christian debe ser esbirro del Mesías-Imperador —razonó—, al igual que Bocadorada y su grupo de flagelantes. Pero para estar tan cerca de Armand y que éste no descubriese su juego, no podía llevar ningún demonio dentro...

—No lo llevaba, te lo aseguro. Lo vi completamente desnudo y no tenía la menor señal de posesión en todo el cuerpo.

—Por supuesto —asintió el Nuberu—. Es lógico pensar que, además, escogieron a un individuo extraordinariamente perfecto para que no levantase sospechas.

—Y de ese modo me hizo tragar esa cosa... El muy bastardo...

—Voy a enviar a uno de mis lobos con un mensaje para poner sobre aviso a Armand. No te preocupes porque ese traidor va a pagarlo.

—Pero... Espera un momento... No tiene sentido. Christian me dio a beber el vino horas antes de la ceremonia de la noche de San Juan. ¿Cómo podía saber que el espíritu de la *Mala Hueste* me hablaría precisamente a mí? Nadie se esperaba eso.

El anciano se quedó mirándola en silencio. Su único ojo girando en la cuenca mientras estudiaba cada detalle del rostro de la muchacha, como si buscase algo en él. Al cabo de un instante de mantener aquel escrutinio, se volvió hacia Íñigo y lo llamó. El muchacho se acercó y se sentó en el suelo junto a ellos.

—Explícale a la *sorguiña* lo que has descubierto —le pidió el Nuberu.

Antes de empezar, Íñigo la miró fijamente por unos momentos. Carraspeó.

—Nací en la casa-torre de Loyola, en Azpeitia —tenía el tono engolado de los que disfrutan al hablar de sí mismos—, pero desde muy joven mi padre me puso al servicio del caballero don Juan Velázquez de Cuéllar, el contador mayor del rey don Fernando el Católico. Don Juan me recibió entre sus hijos y me procuró una educación cortesana. Como su paje lo acompañé en Arévalo, en Medina del Campo, Valladolid, Tordesillas, Segovia, Madrid, en dondequiera que se hallase la Corte, allí estaba yo junto a don Juan Velázquez. Así conocí a don Fernando el Católico y a doña Germana de Foix, su segunda esposa... —Íñigo se detuvo un momento al pronunciar el nombre de Germana, como si un mal recuerdo hubiese aflorado a su mente. Pero siguió hablando al instante—: Y conocí también, aunque muy brevemente, a don Felipe de Habsburgo. Yo sólo tenía quince años entonces, pero su imagen se me quedó grabada en la memoria. Lo llamaban el Hermoso, y, aunque yo no entiendo de otra belleza que la de las mujeres, sí es cierto que aquel hombre tenía unos ojos de un color azul claro que llamaban la atención. No he vuelto a ver unos ojos como aquellos... hasta que contemplé los tuyos...

Íñigo se quedó en silencio después de decir esto, dejó colgando la última palabra

en el aire y Cèleste tardó un buen rato en reaccionar.

—¿Qué? —Parpadeó—. ... ¿Qué has dicho?

—Que eres hija de Don Felipe de Habsburgo.

—¡Estás loco! ¿Sólo por el recuerdo de un color de ojos que viste cuando contabas quince años?... Eso no tiene ningún sentido.

—No sólo por eso —dijo Íñigo adoptando un aire muy serio—. También conocí a tu madre, que no era doña Juana, por supuesto, sino la amante mora de don Felipe... Una mujer muy bella, y tú eres su vivo retrato. Puedo ver reproducidos en ti cada uno de sus rasgos... Excepto los ojos, claro, que son de don Felipe el Hermoso...

Cèleste sacudió la cabeza. Simplemente no podía aceptar aquello.

—Es absurdo —musitó.

—No, no lo es —dijo el Nuberu—. Hace muchos años, yo conocí a tu madre, a la que llaman Láindar-Aixa, una bruja muy poderosa que ahora es la Principal de Granada. La reina Isabel la Católica quiso llevar ante ella a su nieto Miguel para que lo salvara del aojamiento que le estaba extrayendo la vida. Pero, por desgracia, no llegaron a tiempo y el pequeño murió. Doña Juana también intentó llevar a su esposo muerto a Granada, pero fue interceptada y retenida en Tordesillas. Y tú eres su hija. Cuando Íñigo me lo dijo no tuve ninguna duda, aunque yo no lo había sabido ver con la claridad con la que él lo hizo. Quizá porque no conocí a don Felipe... Por eso, muchacha, al ser éstos tus verdaderos padres y no otros, los espíritus de la *Mala Hueste* te hablaron a ti. No podía ser de otro modo. Ese esbirro del Mesías-Imperador conocía tu verdadera identidad y sabía que las cosas iban a suceder así, por ello te dio el bebedizo.

Láindar-Aixa... Cèleste volvió a sacudir la cabeza, como si con aquel movimiento intentase alejar todas aquellas palabras que no podía aceptar... ¿Es posible que lo poco que Meg le había contado sobre su pasado fuera una sarta de mentiras?

—Mi maestra me dijo que... Ella me contó cómo...

El Nuberu alzó una mano para pedirle silencio.

—No importa lo que te dijese tu tutora. Como bien sabes, las reglas de tu orden son muy estrictas en ese asunto: una bruja no puede engendrar hijos, y, en caso de tenerlos, debe sacrificarlos o entregarlos como novicios a otras brujas. Es evidente que tu madre eligió la mejor opción para ti.

—Si mi madre era una bruja, ¿cómo pudo cometer el error de quedarse embarazada? ¿Y cómo es posible que una vez sucedido esto no interrumpiese el embarazo?

El anciano parpadeó muy despacio con su único ojo y miró alternativamente a los otros dos hombres antes de volver a mirarla a ella.

—Creo, muchacha, que también tenemos respuesta para eso.

Caminaban en silencio, avanzando contra una lluvia monótona y constante, que empujaba hacia ellos un viento que soplaba a través del valle como por un tubo. A ambos lados del *Camín del Oriente* (que así llamaban aquella senda los lugareños) se elevaban las masas de rocas, cubiertas de musgo de un verde tan intenso que parecía azul, rezumantes de humedad y salpicadas de helechos. Las montañas que eran su destino se erguían frente a ellos, como castillos erizados de inmensos torreones que se perdieran entre las nubes, escarpadas y cubiertas por oscuros bosques de robles, impenetrables a no ser por los senderos trazados por los torrentes.

Luis se preguntó si sus pies, cansados y con ampollas después de más de siete horas de dura marcha, serían capaces de trepar por aquellos senderos empinados.

Después de dejar Llanes, Bernardo y él habían caminado durante tres horas hasta el pueblo de Los Callejos. Allí preguntaron. Siguiendo las indicaciones de los lugareños, tomaron la ruta que penetraba en el valle de Ardisana, cruzaron varias aldeas, siguieron por una calzada romana hasta la collada de la Vega del Puerto, y continuaron por el *Camín Real* hasta el castañedo de Corao. Según sus cálculos, sólo les quedaba un par de horas de marcha, pero sabía que también ésa iba a ser la parte más difícil.

¿La última etapa? Luis había caminado en silencio bajo la sombra amenazante de aquellas montañas colosales. En realidad, aquel silencio era para él más estremecedor que la vibración de un volcán; y sentía que se iba apoderando de su espíritu. Una y otra vez le había preguntado por cuál era su destino y Bernardo tan sólo le había dicho que cerrase la boca y siguiera andando si quería volver a ver a Cèleste.

Llegaron frente a una iglesia rodeada de árboles, junto a un cementerio pequeño y sombrío. La iglesia estaba cerrada, pero un tablón en su puerta indicaba que había sido consagrada a santa Eulalia, lo que les confirmó que seguían en el buen camino.

—Descansaremos un momento aquí antes de continuar —dijo Bernardo.

El dominico se sentó en un poyo bajo el alero de la iglesia y sacó un paquete que llevaba guardado entre los pliegues de su hábito. Lo desenvolvió con cuidado, revelando que se trataba de un poco de pan y un pedazo de queso. No le ofreció a Luis, ni ganas, pues el pan parecía empapado por la lluvia y el sudor de su cuerpo.

El valenciano se acercó al pie de la cruz cubierta que había frente a la puerta principal de la iglesia y se arrodilló allí para rezar. Al terminar, se santiguó y alzó la vista hacia Bernardo, que seguía comiendo tranquilamente su pan florecido.

Se puso en pie y caminó pausadamente hacia él.

—¿No rezáis? —le preguntó.

El dominico se encogió de hombros.

—Ya lo habéis hecho vos. Y tengo entendido que las plegarias de un converso son las mejor recibidas allí arriba... Por aquello de la oveja descarriada, ya sabéis.

Luis lo miró desconcertado y sin saber a qué atenerse. Bernardo se puso en pie,

guardó los restos enmohecidos de pan y queso, y dijo:

—Sigamos nuestro camino. Los lansquenetes ya no pueden andar muy lejos.

Al fin había dejado de llover y asomaba tímidamente el sol. Los troncos de robles milenarios se elevaban a gran altura a ambos lados, proyectando retorcidos dibujos de luz y de sombra sobre el camino que ascendía en un ángulo cada vez más empinado, rodeado por bosques sombríos de hayas, robles, tejos y acebos, que rezumaban vapor y humedad, y saturaban el aire con el olor acre de la hojarasca. Los árboles trepaban y se encaramaban por las paredes de gigantescos precipicios cortados a pico, enredando sus raíces entre las grietas de aquellas simas nacidas en alguna remota convulsión del mundo. Muy cerca, se podía escuchar el borboteo de numerosos arroyos que acabarían confluyendo en el río Sella.

—¿Nunca os ha sorprendido el hecho de que el cuerpo de un hombre que ha muerto en santidad permanece incorrupto, igual que el de un vampiro o un brujo que ha mantenido pactos con el demonio? ¿Nunca os ha resultado chocante esa casualidad?

—¿Qué? —Luis se volvió hacia el dominico—. No os he entendido... ¿Decíais?

—Que si no os sorprende la asombrosa casualidad de que el cadáver de un santo y el de un vampiro comparten la misma característica de mantenerse incorruptos.

—*Factus est in exthasi* —dijo Luis.

—Cierto. El éxtasis... —Saboreó la palabra—. Hay un mundo del espíritu más allá de la estrecha caverna en la que vivimos, tal y como Platón predijo. Y el alma puede ser liberada para moverse en él. También puede penetrar en otro cuerpo, aunque sea el de un lobo o cualquier otra bestia, mientras el cuerpo original permanece en éxtasis, inmóvil e incorrupto... Yo vi el cuerpo de Jacobus Sprenger, perfectamente preservado después de veintiún años en un pudridero, como si acabase de fallecer... Le arranqué el corazón del pecho con mis propias manos, para que así su alma pudiera descansar al fin.

Luis pensó que prefería al dominico hosco y silencioso antes que comunicativo y relatándole sucesos repugnantes. Sin embargo, ya que él le daba pie...

—Decidme, ¿por qué no rezasteis cuando tuvisteis oportunidad? Si de verdad vamos a enfrentarnos a espíritus inmundos...

—Porque no creo en Dios. Resultaría bastante estúpido arrodillarme en el fango para rezarle a algo en lo que no creo cuando vos sois el único que puede verme hacerlo.

Luis se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿No creéis en Dios?

—¿Pero qué os pasa hoy? ¿El asunto de anoche con el lansquenete os ha dejado sordo? Vamos, no os paréis, que pronto empezará a oscurecer.

Siguieron caminando y Luis dijo:

—No es posible que habléis en serio. ¿Quién...? —Las palabras se le agolparon en la boca—... ¿Quién creéis entonces que ha creado el mundo? ¿Acaso los demonios?

—¡No lo descarto! —exclamó Bernardo soltando una larga carcajada.

Al ver que Luis no le replicaba, siguió diciendo en un tono jovial:

—¿De verdad que no apreciáis la magnífica ironía de esta situación? Un marrano intentando convencer de la Verdad Divina a un inquisidor. Sí, ciertamente es muy gracioso... Para morir de risa.

Luis pensó que aquel hombre, en su ciega soberbia, desafiaba al Creador rechazando todo cuanto le había sido generosamente concedido. Y se enorgullecía de ello. Despreciaba lo que Dios le había dado, como si él significase algo por sí mismo.

—Estáis loco —dijo Luis con desprecio.

—¿Y qué importa a nadie lo que penséis de mí, Luis? Eso es lo mejor de todo, que sois la única persona con la que puedo hablar con sinceridad, porque, ¿quién iba a creeros si intentaseis denunciarme? Vuestra sucia sangre de marrano os invalida.

A Luis se le pasó por la cabeza agacharse, recoger una de las piedras del camino y machacar con ella la cabeza del dominico hasta que los sesos se le salieran por las orejas. Jugueteeó con la idea y con la ocasión de hacerlo en aquel camino solitario donde nadie sabría jamás lo que había pasado. Pero él se sabía incapaz de una acción así.

—Sí, qué ironía —dijo con la rabia haciéndole temblar la voz—. Mi padre es uno de los cristianos más justos y devotos que he conocido, y perdió la salud en las mazmorras del Santo Oficio, donde fue torturado por gente como vos...

Bernardo se encogió de hombros.

—¿Y qué queréis que os diga? Yo no he hecho este mundo... Las reclamaciones dirigidas a Ese al que le tenéis tanta fe vos y vuestro padre. Yo también fui torturado cuando era sólo un niño, con una crueldad que no podéis ni imaginar... Y también perdí *algo*... Así son las cosas y no está en nuestra mano cambiarlas, de modo que basta de quejas. Vos ya habéis visto el *Annwn*, el «inframundo», así que decidme: ¿qué sentisteis al descubrir que lo que dabais por real era sólo una delgada capa de estuco cubriendo la auténtica realidad? Aceptadlo, vivimos en el mismísimo infierno, rodeados de demonios, y la mayor parte de la gente puede soportar este horror sólo porque nuestros sentidos nos engañan para que no lo veamos.

—¿Creéis en el Infierno y en los demonios pero no en Dios?

—Creo en lo que he visto. Igual que vos. Y quizá Dios sí exista después de todo; eso realmente no lo puedo saber. Pero de lo que estoy seguro es de que, si existe, este mundo y todo lo que vive sobre él no le importa un comino. Se ha olvidado de nosotros y nos ha dejado a merced de los demonios. Ésa es la cruda realidad...

Sin saber por qué, Luis se sintió atemorizado por esa idea. A pesar de todo lo que había visto y oído recientemente, su fe se mantenía inquebrantable. Dios había creado la Naturaleza y sus leyes, y sólo Él tenía el poder para alterarlas. Los inquisidores que

proclamaban a los cuatro vientos el poder de las brujas, aunque añadiesen la coletilla de que éste se ejercía sólo por consentimiento divino, estaban menoscabando el poder absoluto del Altísimo sobre Su Creación, para entregárselo en gran parte a los demonios. En los últimos meses había oído hablar de mensajeros capaces de ir de Granada a Flandes en sólo unas horas, de demonios usados como asesinos de miembros de las casas reales, de otros que eran capaces de prender fuego a una nave en medio del mar, pero no había visto ninguno de estos prodigios con sus propios ojos. Sí había visto a lobos que parecían comportarse como humanos y también había penetrado en el mundo de los espíritus con la ayuda del unguento de las brujas. ¿Alucinaciones de su mente? Lo cierto era que no había presenciado ninguna alteración de la realidad que no pudiese ser achacada a la casualidad, a la ciencia, o a la voluntad de Dios... Hasta ahora.

Y por eso el futuro le asustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Sois digno de lástima, Bernardo —dijo—. Vuestra vida es una total falsedad. Si no creéis en aquello a lo que servís, ¿qué es lo que os ha traído hasta aquí entonces?

El dominico sujetó a Luis por la pechera de su jubón y lo obligó a volverse hacia él. Con voz suave y contenida, pero con los ojos llameantes, le dijo:

—Estoy aquí cumpliendo con el trabajo que se me ha encomendado, para proteger a la Santa Iglesia a la que sirvo de los enemigos que quieren destruirla. Y si en el transcurso de mis pesquisas decido que es provechoso para mi causa que vos, o la bruja que sacasteis del mar, o cualquiera, debe perecer de un modo horrible, os aseguro que no dudaré ni un instante... Así que guardaos vuestra compasión.

—Pues decidme de una vez qué está pasando aquí. ¿Quién ha raptado al Rey? ¿Qué tiene que ver Cèleste con todo esto?

—Cèleste... vuestra bruja, ha sido como un gusano prendido en mi anzuelo. Me ha resultado de gran utilidad, por lo que debo daros las gracias por rescatarla del mar. Estaba vigilándola cuando se descolgó por el castillo de popa para entrar en la cámara real. Incluso la ayudé a volver a subir lanzándole una cuerda...

—¿Entonces fuisteis vos? Ella me habló de eso...

—Sí, fui yo. Así recuperé mi gusano. No tuve más que mirar su expresión para que mis sospechas se confirmasen. Es muy útil para un inquisidor aprender a leer en la cara de la gente como si de un libro se tratara. Con una bruja es más difícil, claro, pero ella no sabía que yo la estaba observando. También asistí a su reacción cuando los vizcaínos pisaron nuestra nave, y entonces supe que se trataba de brujos como ella. E imaginé de inmediato lo que tenían planeado hacer...

—¿Y qué es?

De un modo completamente inesperado, el padre Bernardo se lanzó hacia Luis, le rodeó el cuello con el brazo y lo obligó a ponerse delante de él, a la vez que le sujetaba el brazo derecho a la espalda y se lo retorció, de modo que el valenciano no pudo hacer nada para intentar liberarse, pues cualquier esfuerzo no lograba otra cosa que incrementar la presión que el dominico ejercía sobre su brazo.

—Eso no va a servir de nada —dijo alguien desde lo alto.

—¡Atraviésalos a los dos y a otra cosa! —dijo una segunda voz, acompañando la propuesta de una risita.

Luis se debatió como pudo de la presa que el dominico mantenía alrededor de su cuello y se estiró para respirar una bocanada de aire. Alzó la vista y vio a dos de los vizcaínos encaramados sobre una peña. Uno era el tipo grande como un oso, el otro les apuntaba con una ballesta lista para ser disparada.

—Vamos, ¿a qué esperas? —insistió el más alto de los dos.

—Espera, Bañat, un poco de calma, que necesito pensar en todo esto.

—Bañat y Ereño... —dijo el dominico desde detrás de Luis—. ¿Acaso no me recordáis de la Nao Real?

—Claro que os recordamos, dominico —dijo el gigante—. Y nos alegra saber que vos también os acordáis de nosotros y de nuestros nombres. No nos gusta matar a desconocidos. Así que... id con vuestro Dios... Ereño, dispara.

—¡Esperad! —gritó Bernardo a la vez que retorció aún más el brazo de Luis—. ¿Y de él no os acordáis? Es el amigo de la bruja...

Ereño accionó el disparador, a la vez que su enorme compañero le daba un manotazo de arriba abajo a la ballesta. La flecha salió desviada y se rompió contra las piedras que estaban a unos pasos frente a ellos.

—¿Estás loco o qué? —le increpó Bañat al balletero—. ¿Es que no ves que ese tipo es el amigo de la *sorguiña*?

Ereño masculló una palabrota en su lengua, dejó la ballesta sobre una piedra, y desenfundó la espada.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a por él.

Bañat desenfundó su propia arma, una espada bastarda, y sujetó la empuñadura con ambas manos. Una mirada de complicidad, y los dos saltaron de piedra en piedra hasta que llegaron al camino. Allí se separaron un poco, para acercarse a los dos hombres desde dos direcciones distintas. Ereño agitaba la espada frente a él, como si estuviese ansioso por clavarla en algo.

—Sabes que no vas a salir de esta, dominico —dijo.

Ahora que estaba más cerca de aquellos dos hombres de lo que lo había estado en todo el viaje, Luis se vio que Ereño era bastante joven aunque su rostro picado de viruelas lo hacía parecer mayor. Bañat era un gigantón de ojos lánguidos y una barba hirsuta que se le derramaba por el pecho como una cascada de pelos.

—¿Qué tal si nos calmamos todos un poco? —dijo el dominico desde detrás de él. Y Luis no pudo más que admirar su asombrosa sangre fría—. Si intentáis matarme ahora os aseguro que el amigo de la *sorguiña* recibirá alguna cuchillada que otra. Lo tengo bien sujeto. Por cierto, su nombre es Luis. Y yo soy el padre Bernardo.

—Gusto en conoceros —dijo Bañat mientras daba unos pasos lateralmente para intentar situarse a la espalda de Bernardo—. Lamentablemente sois un puto dominico, y yo me he jurado acabar con cualquiera de vuestra orden que se me ponga

al alcance...

—Os estáis apresurando —dijo el religioso con su voz más razonable, a la vez que giraba un poco, y obligaba a Luis a girar, en la dirección de Bañat—. Mirad que no sabéis si vuestra acción va a ser del agrado de vuestros jefes.

—Nosotros no tenemos jefes —dijo Ereño, que se desplazó un poco hacia la izquierda, buscando un hueco en el flanco del dominico por donde meter su espada.

—Si me permitís decir algo... —empezó el valenciano.

—Silencio, Luis —dijo Bernardo—, cuanto menos intervengáis en este asunto, mejor para todos. Además, estamos a punto de arreglarlo, ¿no es así?

—¿De verdad? —El gigantón lo miró asombrado.

—Creo que sí. La compañía de lansquenets viene ahora hacia aquí. Cuando salimos de Llanes se estaban preparando para partir, así que no creo que estén muy lejos.

—Eso ya lo sabemos. Los estábamos esperando justo cuando nos llevamos la sorpresa de veros aparecer en el camino.

—¿Y pensabais hacerles frente los dos solos, armados con una ballesta? Bueno, no importa... La cuestión es que, cuando lleguen, yo puedo retenerlos el tiempo suficiente como para facilitaros la huida. Sabéis que si no es así no tenéis escapatoria.

—El día en que yo confíe en las mentiras de un dominico, ese día, yo...

—No os pido que confiéis en mí —dijo Bernardo—. Pero tampoco toméis la decisión de hacerlo o no hacerlo. Llevadme ante vuestro Principal y ante ese viejo tuerto que parece mandar en estas montañas, y que sean ellos quienes decidan.

Mientras tanto, el otro había encontrado el hueco que buscaba y se dispuso a lanzar una cuchillada contra el costado del dominico.

Bañat le vio las intenciones y le gritó:

—¡Alto ahí, Ereño! Dejemos que sea Agote quién decida...

El vizcaíno desvió la estocada en el último momento, giró sobre sí mismo con rabia, y cortó de un tajo una rama bastante gruesa de un árbol.

—¡Jo-der! —exclamó frustrado.

Todavía flotaban algunos velos aislados de niebla alrededor de las cimas de las montañas, que el atardecer teñía de un asombroso color anaranjado, pero la pesada cobertura de nubarrones de lluvia había desaparecido.

Guiados por los hoscos vizcaínos, habían penetrado en un valle angosto, enclavado entre dos montes cubiertos de profundos y misteriosos bosques. El valle desembocaba en una impresionante pared de roca que se elevaba entre las montañas como una calle sin salida, o como la proa de una nao gigantesca que cortase en dos la cordillera.

El *sidhe* colgaba a una buena altura de aquel precipicio que cada vez se veía más imponente. Aún les quedaba a cierta distancia, pero los detalles de su asombrosa estructura se iban revelando a cada paso. La entrada de la cueva estaba oculta por una tosca tablazón que semejaba una casa (si existiese alguien tan loco como para construir una vivienda en un lugar así), y sobresalía como un balcón de madera en un muro, sujeto de tal forma que parecía que flotaba junto a la peña de roca agreste.

Desde luego, parecía inexpugnable. Luis no vio ninguna subida natural hasta la entrada, e imaginó que se usaría algún tipo de escala que ahora había sido retirada.

—Sólo cien hombres —le dijo Ereño a Luis— se enfrentaron aquí a miles de guerreros del ejército sarraceno que había conquistado toda la península Ibérica en unos pocos meses. Y los derrotaron.

Justo debajo del *Sidhe*, un torrente de agua brotaba a borbotones de una grieta en la piedra, con el ímpetu de un dragón surgiendo de su guarida, y formaba una cascada que se precipitaba por la peña con un gran estruendo, formando un penacho de espuma al caer en la gran balsa al pie del muro.

—Ahí nace el río Deva —añadió el vizcaíno, señalando la balsa con su ballesta—. Todos los años crece con las lluvias, pero dicen que nunca lo hizo tanto como entonces, con la sangre de los moros que aquí murieron.

—Pronto volverá a crecer —dijo Bañat con una risita—, con la sangre de este dominico y con la de los lansquenets que han de venir.

—Espero que seáis más que vosotros dos, y que tengáis más armas que esa ballesta —dijo Bernardo—, porque los lansquenets traerán armas modernas, arcabuces y culebrinas, y reducirán este sitio a...

—Silencio o te corto la lengua ahora mismo —bramó Bañat.

El aire era frío y con un profundo perfume de resina. Luis se ajustó el cuello del jubón, estremeciéndose, no tanto por el viento helado como por las sombras cada vez más profundas del bosque, y la ansiedad que no dejaba de crecer en su interior.

—Dime, valenciano, ¿no lo notas? —preguntó Ereño.

—Sí, sí lo noto —admitió Luis.

«*Numen hic est*», pensó. «La divinidad reside aquí».

—Deva significa «la Diosa» en la lengua antigua —continuó el vizcaíno como si

leyera sus pensamientos—. Al parecer, Ella suele manifestarse en este lugar desde tiempos remotos, aunque ahora los cristianos la confundís con la Virgen...

Luis miró de soslayo a Bernardo y éste le devolvió una sonrisa maliciosa.

—Aceptadlo, Luis —dijo—, estamos rodeados de paganos.

—La próxima vez que abráis la boca... —le advirtió Bañat señalándole con el dedo—, la próxima vez os la he de coser de un tajo.

—Entonces vosotros también sois brujos —le preguntó Luis al vizcaíno.

—Agote es el brujo —dijo Bañat—. Éste y yo sólo somos sus pupilos.

—¿Y el muchacho de los pómulos grandes?

—¿El de Loyola? —dijo Ereño—. Ése estaba aquí antes de que nosotros llegásemos. Pertenece a una familia de cierta calidad y ha estado en la corte, al servicio de gente muy principal. La verdad es que no sabemos quién lo envía, pero el Nuberu confía en él y eso nos basta.

Se detuvieron al pie del precipicio, bajo la estructura de madera que encerraba la entrada de aquella cueva mágica. Bañat se llevó dos dedos a la boca y emitió un largo y potente silbido. Luego todo quedó en silencio durante un instante, sin otro sonido de fondo que el rumor de las hojas de los árboles al ser agitadas por el viento o el mugido de la cascada al precipitarse desde lo alto contra las rocas.

Luis dudaba que con aquel fragor los de arriba pudieran haber oído el silbido del vizcaíno, pero al cabo de un instante se abrió una puertecita en un lateral de la construcción, y alguien lanzó una escala de cuerdas.

—Bueno, arriba todos. Tú el primero, dominico.

Luis empezó a trepar detrás de Bañat, y Ereño se situó detrás de él en la escala. Al poco rato le estaba gritando para que subiera más aprisa, pues estaba dejando un gran trecho entre él y los dos que subían primero. Pero los brazos le temblaban por el esfuerzo y no le daban para más; las piernas eran casi peor que inútiles, pues cuando quería hacer fuerza con ellas para impulsarse hacia arriba, sólo lograba ponerse en una posición horizontal que aumentaba la presión sobre sus brazos. Comprendió rápidamente que trepar por una escala de cuerdas era más difícil de lo parecía a simple vista.

Cuando alcanzó los anchos pilares de madera de roble que sujetaban el santuario a la roca, hacía rato que Bañat y el dominico habían llegado arriba, y Ereño estaba tan desesperado que Luis temió que intentara pasarle por encima para llegar antes. Mientras salvaba ese último tramo escuchaba el murmullo de varias personas que conversaban. A veces, una música agradable e íntima servía de fondo a las voces. Pero, cuando elevó su cabeza por encima del entarimado de madera que formaba el suelo de la cueva, se quedó sorprendido por la multitud que se había congregado en aquel estrecho santuario.

Eran guerreros, eso era fácil apreciarlo por sus armas, los cascos que llevaban

sobre las cabezas y las cotas de mallas. Pero no reconoció ninguno de los emblemas que llevaban bordados sobre las sobrevestas, y le asombró lo anticuado de su armamento; no recordaba haber visto nunca unas espadas y unas lanzas tan toscas como aquéllas. Y las cotas de malla eran aparatosas y pesadas. Sin embargo, el aspecto de aquellos hombres no podía ser más fiero; con sus rostros barbudos y surcados de cicatrices, que daban fe de que habían participado en más de un combate. Algunos llevaban zamarras de pieles sobre la cota de mallas, otros habían adornado sus cascos con las astas de un ciervo. No sabía de dónde habían salido, pero Luis estuvo de inmediato convencido de que iban a presentar una batalla a los lansquenetes que éstos no iban a olvidar jamás.

El tuerto alto y viejo se mantenía apartado, junto a Agote, al fondo de la cueva. Bañat había llevado al dominico ante ellos y les estaba poniendo al corriente de lo sucedido. El viejo se volvió, miró a Luis un momento, y después siguió hablando con Bañat y Agote, mientras el dominico permanecía en silencio.

Ereño ya le empujaba insistentemente para que se moviese de una vez y le dejase paso, cuando Luis distinguió a Cèleste sentada sobre un banco de piedra, observando la conversación. Él se puso en pie sobre la tablazón y caminó hacia la bruja.

—Temía por tu vida —le dijo apenas llegó a su altura—. El modo en que desapareciste en medio de la noche...

Cèleste alzó los ojos hacia él y lo miró. Luis se sintió conmovido por la expresión de absoluto desconcierto que vio en ellos. Pensó en los ojos de un náufrago que no tiene adónde asirse un instante antes de hundirse. ¿Qué le habría sucedido en las últimas horas para otorgarle esa mirada pálida y fija? Aquellos ojos no dejaban lugar para la duda. No podía existir doblez en aquel momento de pura incertidumbre.

—¿Cèleste?...

—Sí, Luis, estoy bien. Me alegro de verte, aunque creo que te has arriesgado demasiado viniendo hasta aquí...

—Desperté en medio de esa niebla y vi como unos lobos arrastraban el cuerpo inconsciente del rey. Y tú desapareciste...

—Carlos está bien. Estos hombres van a salvarlo de su destino.

—¿Su destino?

—Lamento que os hayáis visto envuelto en todo esto —dijo una voz bien templada a su espalda. Luis se giró para mirar al anciano tuerto que le había hablado.

Agote y sus vizcaínos, e Íñigo, estaban a un paso tras él, rodeando al dominico. Se dio la vuelta y volvió a mirar Cèleste.

«¿Salvarlo de su destino?». —Se tocó los labios con la punta del dedo y miró al anciano. Y a los vizcaínos. Y al dominico. Y de pronto Luis comprendió.

—Las Bodas Reales —dijo Luis, mirando a Cèleste—. Eso era lo que estaba representado en aquella pintura de Hieronimus de la que me hablaste. Y en tu

sueño... Tú y él compartisteis esa misma visión, pero Hieronimus Bosch pudo representarla fielmente con sus pinceles, porque ése era su talento... El ardiente azufre y el húmedo mercurio. La nigredo y la albedo. El Sol y la Luna. El rey y la reina. Todo el Arte de la alquimia está orquestado en torno del coito entre el rey y la reina. La unión produce la muerte de ambos elementos para la formación de un tercero: el *Rebis*, el Hijo de la Filosofía. Carlos es el auténtico Vellochino de Oro que buscan Vauldre y sus caballeros alquimistas...

Parpadeó muy despacio y miró a los hombres y a la mujer congregados al fondo del *sidhe*, en el estrecho espacio que había junto a la tumba de Pelayo.

El Nuberu asintió a sus palabras con un movimiento de cabeza. Su rostro, a la luz de las lámparas de aceite, parecía de cuero viejo. Cuando habló, se dirigió a él:

—Los alquimistas no pretenden convertir el plomo en oro. No, eso es sólo una alegoría de sus verdaderas intenciones, porque la alquimia proyecta sobre la materia la búsqueda de la perfección. Cada hombre es como un molde único, perfecto, en cuyo interior sólo puede encajar la forma de una alma.

—¡Como la funda de una espada! —exclamó Luis.

—Exacto. Pero es posible crear cuerpos que acojan la forma de una alma determinada. Como una cerradura y su llave. Es un proceso muy lento, pero puede lograrse.

—¿Crear? ¿Cómo?

—Elijiendo ciertas características en algunos individuos. Aislando esas cualidades por su ascendencia y seleccionando luego la progenie.

—Entonces queréis decir más bien «criar», tal y como criamos a los animales domésticos, eligiendo a aquellos que tienen las características que buscamos para cruzarlos entre sí.

—Sí, eso mismo. Ésa ha sido la misión oculta de algunas casas reales. Se han controlado cuidadosamente sus apareamientos para obtener a unos individuos determinados, de acuerdo con un plan preestablecido. Los príncipes de unas familias se han casado con los de otras siguiendo los dictados de alquimistas y magos.

—¡Por Dios! —exclamó Luis llevándose las manos a la cabeza—. Y el resultado que se persigue con todos esos enlaces, con esa crianza selectiva, es... Sí, no puede ser de otro modo. Alguien pretende que se cumpla la profecía de De Fiore... Y para ello necesitan un cuerpo que se convierta en el recipiente del alma del Mesías-Imperador.

—El objetivo es despertarlo de su sueño de siglos —asintió el Nuberu—. Como en la alquimia, la materia debe sufrir y ser torturada antes de ser depositada en el sepulcro donde se realiza la putrefacción... La esencia del Arte alquímico es que la muerte sólo es el prefacio de una gloriosa resurrección. La Piedra Filosofal debe ser encerrada en un recipiente hermético, como Cristo lo fue en su tumba, para renacer...

—Pero no es necesario que sea una tumba, ¿no es así? —preguntó Luis que parecía entusiasmado por la cadena de deducciones—, sino que basta con un

recipiente que prive a los sentidos de influencias exteriores. Y la muerte puede ser simbólica...

—Una caverna como ésta —le explicó el anciano extendiendo los brazos—, puede ser el atañor perfecto para realizar el cambio. Lo importante es que se prive a los sentidos de toda influencia exterior y que se abra una puerta al *Annwn*.

—Yo vi el recipiente que los caballeros del Toisón pensaban utilizar para hacer el intercambio de almas. Pensé que era un horno o un atañor de alquimista, pero tenía forma de sarcófago. El señor de Vauldre lo estaba descargando con mucho cuidado en la playa de Villaviciosa, pero no pudo evitar que yo lo viera...

—Los caballeros del Toisón son sólo un eslabón más en la larga cadena de alquimistas y nigromantes que han estado trabajando durante siglos en esta trama. —El Nuberu se volvió hacia el dominico y añadió—: Tengo entendido que algunos destacados miembros de vuestra orden también tuvieron un papel importante. ¿No es así?

Bernardo se encogió de hombros y sonrió con un gesto de desprecio en los labios, pero no dijo nada.

Luis miró a uno y a otro de forma alternativa, al anciano, a los vizcaínos, y dijo:

—Pero eso no es lo que vosotros pretendéis, ¿verdad? Porque al raptar a Carlos y traerlo aquí, habéis alterado los planes para la resurrección del Mesías-Imperador.

—El Nuberu ha planeado durante años la forma de impedirlo —dijo entonces Íñigo, que se había mantenido atento y en silencio durante toda la conversación—. Y yo fui enviado por alguien muy importante de la corte para ayudarle en su empeño. Esta persona, cuyo nombre no puedo citar aquí, es enemiga acérrima de la brujería, pero sabe que para despertar al Mesías-Imperador se necesita un baño de sangre como nunca se ha conocido, y que su regreso al mundo sembrará el caos y la destrucción por toda Europa. Sólo el Nuberu puede evitarlo, y por eso se ha convertido en su aliado circunstancial.

—«Lavar el mundo con sangre» —musitó Luis, recordando las profecías sobre Federico II. Miró a Cèleste, con expresión abrumada y después se volvió de nuevo hacia el Nuberu.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le preguntó.

Pero fue Agote el que dio un paso adelante y dijo con tono impaciente:

—¡Basta de charlas! Estamos perdiendo el tiempo y los lansquenets están a punto de llegar...

—Tienes razón —dijo el Nuberu—. Ya habrá momento para las explicaciones, ahora debemos prepararnos para la batalla. Traed las espadas para el conjuro.

6

—No es posible, no puedes ser hermana de Carlos...

Cèleste levantó los ojos y miró a Luis con desánimo.

—Estoy intentando asimilarlo —dijo.

Los dos estaban sentados en el interior del santuario, junto a la tumba de Pelayo. Afuera había oscurecido por completo y ninguna luz se colaba ya por los ventanucos abiertos en la pared de madera, creando una extraña sensación de aislamiento.

—Un momento —murmuró Luis—; creo recordar que, según las fórmulas alquímicas, el Hijo de la Filosofía deber ser en parte macho y en parte hembra, y que sólo con esta dualidad, con el lado femenino del *Rebis* formando parte de él, puede existir. Pero... ¿tú?

Cèleste hizo un gesto que era una mezcla de tristeza e incomodidad, y dijo:

—Me preguntaba por qué los secuaces del Mesías-Imperador me habían estado acosando continuamente. Cuando Bocadorada me siguió hasta el taller del Hieronimus, quizá pensaba que iba a ser fácil eliminarnos a los dos juntos. Como no fue así, no se arriesgó a resultar muerto y no poder informar de lo que había sucedido. En la próxima ocasión en la que nos encontramos tuve que enfrentarme a todo un ejército de sus secuaces. Y luego utilizaron la magia para incendiar la nao en la que viajaba... Y fallaron cada vez en su empeño de matarme. Era evidente que para ellos era vital destruirme. Pero ¿por qué? Yo no justificaba tantos esfuerzos... O, al menos, eso creía...

—Si lo que el Nuberu afirma es cierto, los secuaces del Mesías-Imperador, interviniendo durante generaciones, buscaban crear un cuerpo que albergase el alma de su señor... Al parecer, en lograr esta característica cruzando a las familias de Habsburgo y Trastámara, pero no creo que supieran con exactitud dónde iba a aparecer lo que buscaban. Por eso enlazaron a las dos parejas de hermanos: a Felipe con Juana, y a Margarita con Juan de Aragón...

—Y cuando vieron que el retoño de Juan y Margarita no cumplía con sus expectativas, lo eliminaron.

—Sí, y luego asesinaron al príncipe Juan, con la misma frialdad con la que un alquimista arroja por el sumidero una mezcla que ha salido mal. Imagino que se dedicaban a destruir las ramas molestas, podándolas para obtener sólo lo que buscaban... Pero tú fuiste una rama sobre la que no tenían ningún control, por eso te convertiste en una preocupación tan grande para ellos y por eso querían destruirte... Porque la misma sangre de Carlos corre por tus venas. Pero ¿quién pudo concebir esto? Felipe de Habsburgo, tu padre, no podía ser otra cosa que un esbirro del Emperador... ¿Entonces...?

—Algo lo hizo cambiar de bando. Quizá mi madre, no lo sé... —su voz reflejó incertidumbre—. ¿Sabes? Acabo de enterarme de su nombre: Láindar-Aixa.

—¿Y el lienzo que pintó Hieronimus para Don Felipe? ¿Qué fue de él?

—¿Qué quieres decir?

—Si tu padre cambió de bando, entonces, quizá no llegó a las manos de los siervos del Mesías-Imperador...

—Quizá. Una incógnita más entre otras muchas...

Cèleste sacudió la cabeza, tratando de despejarla. Ansiaba alejarse del abismo que acababa de descubrir, pero sabía que eso ya era imposible, que esa certeza la iba a acompañar el resto de su vida. En cierto modo, se sentía como una recién nacida, emergiendo de su propia profundidad, desconcertada por el regalo de la existencia. Pocas veces había percibido con tanta fuerza la distorsión de los sentidos; la luz magnificada y los olores revelándole extrañas presencias, las voces lejanas con las palabras confundiéndose en una melodía única que creaba un zumbido estridente en los oídos.

—Recuerdo cuando tú intentabas recuperar tus propios recuerdos —dijo con una sonrisa amarga—. Ahora entiendo perfectamente cómo te sentías. Algo que te atormentaba en tu pasado pero que no alcanzabas a vislumbrar completamente porque tu propia alma intentaba ocultártelo. A mí me han mentido sobre mis orígenes, y quien ha mantenido ese engaño ha sido la única persona a la que he considerado mi madre, y la única en la que confiaba plenamente...

De repente, Luis se sintió invadido por un extraño pudor y rehuyó la mirada de la bruja. Si todo lo que estaban oyendo fuese cierto, entonces su visión del mundo y del lugar que ocupaba el hombre en él, las certezas que había mantenido hasta ese momento se hacían pedazos disolviéndose entre los remolinos de un torbellino. Su mente sintió vértigo ante esa posibilidad, como si estuviese colgando sobre la nada.

Se volvió para mirar al Nuberu, que pronunciaba un encantamiento ante las espadas de los vizcaínos. Se había ataviado con una túnica ceremonial de basta tela blanca, que estaba cubierta por completo de inscripciones y símbolos mágicos bordados en todos los colores. El conjunto daba una mareante sensación de luaré, que se asemejaba bastante a los motivos decorativos de la talega de Cèleste. Mientras recitaba el encantamiento, tenía los brazos extendidos sobre las tres espadas que los vizcaínos empuñaban.

—Yo te conjuro, oh espada, para que me sirvas como fuerza y defensa contra todos los enemigos visibles e invisibles. Yo te conjuro por el todopoderoso nombre *Sbaddai*, yo te conjuro, oh espada, como protección ante todas las adversidades...

«Lo imposible es un concepto de la razón humana», pensó Luis, «pero no existe nada imposible para Dios».

—Magia —musitó con voz desesperanzada—. Magia por todas partes...

—Éste ha sido un extraño viaje para ti —dijo la bruja.

—Así son los viajes... Yo jamás hubiera creído que iba a presenciar tales prodigios, y nunca los hubiera aceptado de no haberlos visto con mis propios ojos.

—Vamos a seguir viajando, Luis. A regiones tan remotas que están más allá de lo que la mente de los hombres puede imaginar...

Sintió unos deseos incontrolables de salir corriendo, de regresar a sus clases en Lovaina, a la tranquila amistad de Cranevelt, a la agradable compañía de Erasmo, y alejarse de allí para siempre. Sentía un terror inmenso, pero comprendió que lo que más le asustaba en esos momentos era la Verdad. Era como si hubiera encontrado una carta de navegación y la hubiera estado siguiendo fielmente hasta llegar allí. Ahora podría contemplar su «tierra prometida» y saber si el mapa era real o todo había sido una patraña... Pero comprendió que no había vuelta atrás. Había cruzado el mar, había llegado hasta aquella remota costa y, fuera lo que fuera lo que encontrara en ella, era suyo. Le esperaba allí desde el mismo día de su nacimiento. Era suyo. Sólo entonces se calmó y logró vencer su miedo.

—¿Traeremos de vuelta el alma de tu hermano? —le preguntó a Cèleste.

—Ése es el objetivo. Por eso estamos aquí.

Uno de los fornidos guerreros astures se acercó a Xoan, que continuaba con su ritual frente a los vizcaínos. Llevaba una capa ajustada al hombro con broches en forma de águila hechos de metal y pasta vítrea, y un casco adornado con unas astas de ciervo.

—Los germanos ya están ahí, Nuberu —dijo—. Se están desplegando en silencio, como si pretendieran sorprendernos.

El anciano tuerto asintió y bajó las manos. Se dirigió a los tres vizcaínos que admiraban el suave resplandor que ahora emitían sus espadas. La magia del Nuberu era la más poderosa, y ellos eran capaces de reconocerla y valorarla.

—Amigos míos —les dijo Xoan—. Parece ser que aquí nos separamos... Para mí ha sido un privilegio conocerlos, y si no sobrevivimos a esta noche ojalá que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, aunque sea en la otra vida...

Los vizcaínos le saludaron con una profunda reverencia y luego se dirigieron hacia la fachada de madera del *sidhe*. Agote le pidió al astur que le mostrase al enemigo.

Íñigo se acercó al Nuberu. Sus ojos llameaban de ira.

—Anciano —le dijo—, no es mi estilo salir corriendo cuando va a empezar el combate...

Xoan colocó una mano sobre su hombro.

—Te aseguro, hijo mío, que viniendo con nosotros vas a correr riesgos mucho mayores que quedándote aquí para luchar contra sólo unos centenares de lansquenetes.

Se acercó al dominico que esperaba sentado al fondo de la cueva.

—Tú te quedas aquí —le dijo.

Bernardo se puso en pie y lo miró desafiante.

—En el momento en el que te vayas, uno de esos vizcaínos me cortará el cuello.

—Espero que no. Aún no sé cuál es tu papel en todo esto y quisiera tener tiempo para averiguarlo.

—Tú lo has dicho antes. Nuestro hermano Jacobus participó en algunos de los encantamientos que prepararon el camino para el retorno del Mesías-Imperador. Nos engañó a todos, incluso al papa que quedará en entredicho si se llegase a conocer que uno de los autores del *Malleus Maleficarum* era realmente un brujo, y que su texto revelaba el verdadero poder de la magia que es capaz de desafiar incluso a Dios.

—Pero Jacobus lleva más de veinte años muerto...

—Dormido en éxtasis más bien. Pero ya me aseguré yo de que no volviera a despertar, no tengas cuidado. Ahora mi único deseo es borrar todas las huellas de su maldad, porque si el Mesías-Imperador regresa se dice que acabará con nuestra Santa Iglesia. Así que, de algún modo y por una vez, dominicos y brujos somos aliados... Aunque hay algo que no entiendo, Nuberu. Si tenéis a Carlos en vuestro poder, ¿por qué no destruíis su cuerpo y acabáis así de una vez por todas con el problema?

Entonces sonó un estampido que hizo temblar la pared de madera. Saltaron algunas astillas que se esparcieron como metralla por el interior del *sidhe*.

—¡Se acabó el sigilo! —gritó Agote volviéndose hacia ellos—. Será mejor que os marchéis de una vez.

—No sé si es verdad que somos aliados... —le dijo el Nuberu al dominico—, y por ello no espero que lo entiendas todo, ni pienso explicártelo yo tampoco. Pero de lo que estoy seguro es de que no quiero tenerte acechando a mi espalda. Tú te quedas aquí, y ya hablaremos de todo eso más tarde. Pero no te preocupes, le he ordenado a Agote que no sufras ningún daño hasta mi regreso.

—Entonces aquí me quedo —aseguró Bernardo llevándose una mano al pecho.

El Nuberu se volvió hacia Luis y Cèleste y les indicó el túnel recién abierto en la pared de la cueva. Íñigo entró en primer lugar, con su espada desenvainada. Tras él fueron Luis y la bruja, y Xoan Cabritu entró el último. Mientras tanto, los arcabuzazos llovían como granizo sobre la fachada de madera del *sidhe*.

—¡Empieza la batalla! —gritó Bañat agitando la espada por encima de él.

Íñigo abría la marcha. Se adentraba en el túnel con paso firme, sujetando su espada en una mano y un candil de aceite en la otra. Caminaban por un larguísimo y estrecho túnel que descendía constantemente hacia las entrañas de la tierra. El suelo era irregular y estaba resbaladizo por el agua que rezumaba de las paredes. El aire olía intensamente a humedad y a corrupción.

Mientras avanzaban, Luis pasó la mano por la pared y descubrió que se desmenuzaba fácilmente en tierra, como si aquel túnel acabara de abrirse. Mientras palpaba, tocó algo que le hizo dar un respingo y retiró rápidamente la mano.

—¿Qué sucede, Luis? —le preguntó Cèleste.

—No lo sé —dijo el valenciano—. Íñigo, ilumina aquí...

Acercó la llama del candil y Luis tuvo que contener un grito ante lo que su luz les mostró. En un nicho vertical, horadado en la pared del túnel, descansaba una momia humana. Su rostro era una calavera recubierta por una delgada membrana de piel apergaminada, de un color amarillento grisáceo. Su boca colgaba desarticulada, y los pelos de la barba y el bigote parecían tan finos y enmarañados como guedejas de telarañas. Llevaba un casco de hierro adornado con astas de ciervo, y sobre el pecho lucía un broche con forma de águila que sujetaba los restos raídos de su capa.

—No puede ser —musitó Íñigo—. Es uno de los astures que están ahí fuera...

Se retiró un poco para iluminar la pared de la caverna. Toda ella estaba formada por un nicho tras otro, perfectamente alienados hasta perderse en el fondo oscuro. Dentro de cada uno de aquellos huecos había un cuerpo momificado. Ataviados con los restos de unas ropas y con unas armas oxidadas en sus cadavéricas manos que eran muy parecidas, o iguales, a la de los guerreros astures que se disponían a pelear por ellos.

—Esto es un cementerio —dijo el Luis con aprensión.

El Nuberu habló desde detrás. La luz del candil no lo tocaba, aunque se adivinaba su silueta contra el fondo apenas iluminado del túnel.

—Cada forma tiene su arquetipo en este mundo desplazado —dijo—; si la forma muriera no importaría, pues su original es eterno. Las imágenes que has visto, las palabras que has oído, no te desanimes si perecen; pues no es así. Son como cuerdas tañendo y tocando una canción, como Agote con su cítara. Si pudierais mirar en lo más profundo de esta realidad, tan sólo veríais cuerdas diminutas vibrando e interpretando diferentes melodías. Así lo afirmaban los Antiguos... Ni átomos ni elementos, tan sólo música que puedes interpretarse una y otra vez.

—Entonces —dijo Íñigo mientras alzaba aún más su luz para intentar iluminar al Nuberu—, los astures que están ahí fuera, defendiendo la entrada de este túnel, ¿son los mismos guerreros que pelearon contra los moros? Pero sus cuerpos están aquí...

Luis consideró que también era posible que un grupo de hombres fieles al Nuberu fuera ataviado con ropas y armas inspiradas en las que llevaban aquellos cadáveres,

pero no hizo ningún comentario porque ya no se sentía seguro de nada.

—Son la misma música interpretada con distinto instrumento —le explicó el Nuberu—. Son los mismos hombres que han muerto luchando en este lugar sagrado una y otra vez, desde la noche de los tiempos. Su sangre ha empapado estas piedras en tantas ocasiones que sus almas han quedado unidas para siempre a este lugar.

—¿Y tú también has regresado a la vida? —le preguntó Íñigo—. Me dijiste en una ocasión que vienes de un mundo muy anterior al nuestro...

El anciano negó con un gesto.

—De una época muy anterior, cuando nuestro mundo era joven... Pero yo he dormido en éxtasis durante la mayor parte del tiempo que nos separa de ese mundo olvidado. He despertado sólo unos pocos meses cada muchos siglos, para lograr llegar a este momento en el que he de enfrentarme al Mesías-Imperador.

Íñigo alzó de nuevo la luz para iluminar las momias de los guerreros.

—Hombres o espectros —dijo—, lo cierto es que ahora van a luchar con los guerreros más terribles de Europa.

Agote se asomó con cuidado por uno de los orificios recién abierto en el panel de madera por un arcabuzazo. Al parecer los lansquenets se habían cansado al fin de arrojar dardos incendiarios y habían comprendido que la pared que cerraba la cueva no iba a arder. Quizá pensaron que la protegía un hechizo antifuego del Nuberu, pero lo cierto era que las tablas rezumaban humedad a causa de las últimas lluvias. Lo que ya debían de haber descubierto es que nada los protegía de las balas. La lluvia de proyectiles había dejado la tablazón como una manta de lana devorada por las polillas.

El incesante fuego de arcabuz había creado una densa nube de humo que ocultaba perfectamente los movimientos de las tropas. El estruendo de los disparos se mezclaba con los gritos de los *doppelsöldner* impartiendo órdenes, pero era imposible adivinar lo que iban a hacer a continuación. Agote no podía creer que se contentasen con rociarlos con plomo hasta que todos estuvieran muertos. Un proyectil impactó junto a él, abriendo un nuevo boquete en la maltrecha pared de madera, lanzando una lluvia de afiladas astillas, algunas de las cuales se clavaron en su mejilla derecha.

Agote lanzó una maldición y se apartó a un lado, pero tuvo tiempo para ver el garfio que surgía de la nube de humo y se enredaba en las vigas que sujetaban la estructura de madera que alargaba el suelo de la cueva. Se arriesgó a asomarse de nuevo y vio otro garfio. Y otro. Entonces empezó a crujir la madera y el suelo tembló.

—¡Atrás! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Atrás, apartaos del entarimado!

Sus hombres y los astures se hicieron hacia atrás a la vez que las tablas del suelo estallaban en mil pedazos. Un crujido largo y agónico, como el bramido de un animal moribundo, resonó en la cueva seguido por el estruendo de la madera al hacerse

añicos.

El suelo se inclinó y él estaba en medio de todo aquello. Flexionó las piernas y saltó con tanto ímpetu como le fue posible, intentando desesperadamente alcanzar el suelo de piedra. Cayó justo al borde, mientras a su alrededor los gruesos tablones de roble se transformaban en virutas entre violentas explosiones. Varias manos se estiraron, lo agarraron por los hombros y por la tela de la espalda de su sobrevesta, y tiraron de él para izarlo. Casi en el mismo instante en el que Agote se incorporó, pudo ver el extremo superior de una escala apoyándose en la arista de piedra de la cueva. Las partículas de polvo y las astillas de madera que flotaban en el aire aún no se habían posado y los lansquenets ya habían iniciado el asalto, bajo el bramido de las culebrinas y las salvas de los arcabuces que les daban protección.

—Tienen escaleras muy largas —dijo Bañat a su derecha—. Se ve que sabían perfectamente a lo que venían aquí...

—Preparados —advirtió Agote alzando una mano.

Toda la parte de madera de la cueva había desaparecido y ésta se abría al vacío de un modo que parecía casi impúdico. El aire helado de la montaña penetraba en aquel estrecho cuévano y dispersaba las últimas briznas de madera y polvo. Agote vio brillar las estrellas y las siluetas oscuras de las montañas. El corazón le latía acelerado ante el combate inminente. En el filo de la cueva apareció el casco de un lansquenete.

—¡Preparados! —repitió a voz en grito, manteniendo su mano en lo alto.

El mercenario alemán alzó sus brazos por encima del borde de la cueva y descerrajó un arcabuzazo sin ni siquiera mirar que no alcanzó a nadie. Luego saltó como un felino al interior del *sidhe*. Era un hombre enorme, de aspecto fiero y ataviado con prendas multicolores, que cargó seguido por varias docenas de lansquenets como él.

—¡Ahora! —gritó Agote bajando la mano.

Y se lanzaron contra los invasores, aullando como demonios.

Se produjo el contacto. El primer mandoble de Agote decapitó a aquel valeroso alemán que había sido el primero en invadir la cueva. Su cabeza rebotó en el suelo y fue de un lado a otro en medio de los gritos, el chirrido del acero contra metal, alaridos, discordantes estampidos de arcabuces que, en aquel espacio estrecho, sólo sirvieron para aumentar la confusión. Dos líneas de hombres armados con afilado y cruel acero se embistieron y se mezclaron en medio de un fragor inconcebible.

A golpes de mandoble, los tres vizcaínos se fueron abriendo hueco entre sus enemigos. Nada podía contener el poder de aquellas espadas mágicas. Cada golpe que asestaban cortaba el acero de las armas de los lansquenets, sus petos de cota de mallas y sus huesos, de un único y fenomenal tajo.

Aquella fuerza era embriagadora y, aturdido por su poder, Bañat lanzaba un golpe tras otro sin preocuparse apenas de proteger sus flancos. Agote desvió varas estocadas que algún germano lanzó contra sus costados, y le gritó advirtiéndole que levantara su guardia, pero Bañat no le oyó, o no le quiso oír. Se separó del grupo y

cargó solo contra los lansquenetes que seguían trepando por las escalas. Decapitó al siguiente que asomó por el borde, y luego empujó la escala con la punta de su arma. Rió a carcajadas mientras los germanos caían desde lo alto y aplastaban a los que venían detrás de ellos.

Sin embargo, por encima de todo el fragor, y de su propia borrachera de sangre, oyó con claridad el grito de advertencia de su señor:

—¡Bañat, cuidado, detrás de ti!

Al girarse, un enorme *doppelsöldner* de larga barba roja empapada de sangre, lo atravesó de parte a parte con una espada bastarda. Bañat se derrumbó muerto y el lansquenete se apresuró a recoger la espada mágica. No la pudo sujetar durante mucho tiempo, pues de inmediato el acero se fundió sobre su mano y le abrasó la carne hasta los huesos. Intentó arrojarla lejos, pero el metal fundido se había pegado a él y se escurría por su muñeca hacia el codo. Cayó de rodillas con los dientes apretados por el dolor. Intentó cortarse aquel brazo con su propia espada, pero Ereño ya estaba junto a él y acabó con su agonía con un salvaje mandoble que partió su cráneo en dos.

Luego, entre él y Agote empujaron el resto de las escalas, tal y como Bañat había hecho, y les llegó también el satisfactorio alarido de los germanos al caer.

Detrás de ellos, los lansquenetes vacilaron, presa del pánico de verse encerrados allí con aquellos hombres. El instinto de supervivencia los hizo retroceder, pero no había adónde ir. Aislados y con su voluntad completamente quebrada, los invasores fueron abatidos con rapidez y despiadada eficacia.

Agote contempló la carnicería. Los cuerpos de los germanos y los astures yacían juntos, enredados los unos con los otros y cubiertos de sangre. Al parecer, el hecho de ser muertos resucitados no libraba a los últimos de volver a morir. El vizcaíno calculó que había perdido al menos la mitad de sus tropas. Unos veinticinco hombres, incluido Bañat que yacía a sus pies, y pensó que era una pena que la poderosa magia del Nuberu no les permitiera resucitarlos de nuevo. Pero habían caído el doble de lansquenetes.

—Empujad a los muertos hacia el borde para que sus cuerpos sirvan de parapeto —ordenó—. Atrincheraos en esta zona y estad preparados para la segunda oleada.

—En el pasado se rendía culto a los dioses de la fertilidad y la muerte, comprendíamos el sentido cíclico de la existencia y se mantenía un contacto abierto con los habitantes del *Annwn* —les estaba explicado el Nuberu mientras avanzaban por el túnel—. Pero en estos tiempos desdichados tan sólo podemos contactar ya con los peores espíritus del Otro Lado. Aquellos que están dominados por el ansia o la crueldad y que habitan en la frontera entre su mundo y el nuestro. Son criaturas muy peligrosas, así que tendremos que ir con cuidado...

—Yo sólo quiero que me digas si mis espadas funcionarán allí —le preguntó Íñigo. Llevaba su ropera envainada y blandía una espada de hoja ancha en su mano derecha. El acero destelló al reflejar la llama de la linterna que portaba en la izquierda.

—Sí. Podrás hacer uso de ellas. No notarás la diferencia.

—Escuché lo que hablabas con el dominico —dijo Luis dirigiéndose al anciano.

—¿Ah, sí?

—Sí. Aunque detesto a ese tipo, no puedo evitar pensar que lo que decía tenía su lógica. Si tan decididos estáis en evitar el renacimiento del Mesías-Imperador, ¿no os hubiera resultado más sencillo hacer lo que él proponía?

—¿Matar a Carlos y destruir su cuerpo? —le preguntó el Nuberu.

—Entiéndeme, me alegro de que no hayáis cometido un crimen tan horrible, pero me pregunto por qué no lo habéis hecho, dado lo que está en juego.

—Algunos brujos obtienen los mejores antídotos contra las serpientes del propio veneno de éstas —dijo el anciano—. Si triunfamos en nuestro empeño de devolver el alma de Carlos a su cuerpo, es posible que él se convierta en nuestra principal arma para derrotar definitivamente a nuestro enemigo.

—¿El Mesías-Imperador?

—No, mi joven amigo, aún hay muchas cosas que ignoras. Una gran amenaza se cierne frente a nosotros, y es posible que el emperador Carlos sea el único capaz de hacerle frente. Por ello debemos salvarlo.

Llegaron al final del corredor.

Durante la mayor parte del camino habían oído los ecos de la batalla que se estaba librando en la entrada del *sidhe*. Pero en el último tramo el ruido se había ido difuminando hasta desaparecer por completo. Algo tenían aquellas piedras que eran capaces de amortiguar el sonido. Incluso el de sus pasos o sus voces, y se vieron obligados a gritar para hacerse oír por el compañero que estaba al lado.

El túnel desembocaba en una abertura circular que daba a un espacio mayor completamente sumido en las tinieblas. El Nuberu les pidió que no se asomaran aún.

Antes tenían que prepararse.

—Es posible ejercitar el espíritu igual que se ejercita el cuerpo —dijo—. He estado preparando a Íñigo para lo que ahora vamos a hacer, pero creo que vosotros

podréis conseguir el mismo resultado con el unguento de belladona...

Cèleste asintió y dejó su talega sobre el suelo de piedra. La desenvolvió con cuidado y buscó el frasco con la *sopa del sábado*. Retiró el sello de cera. Recogió la mitad de aquella espesa pomada con la mano y el resto se lo ofreció a Luis.

—Póntelo en las axilas y en el ano —dijo la bruja, acercando la boca a su oreja—. Tenemos que estar seguros de que tu cuerpo absorbe todo su poder.

Mientras Cèleste se aplicaba la pomada sin ningún rubor en las zonas más íntimas de su cuerpo, Luis tomó el frasco y se retiró hacia la oscuridad para hacer lo propio. Todo aquello le hacía sentirse muy incómodo, pero obedeció las instrucciones. Desde donde estaba podía ver al Nuberu y a Íñigo hablando con sus cabezas pegadas y sujetos por las manos. Casi parecían dos enamorados. Se preguntó qué poder tendrían las palabras de Xoan que eran capaces de replicar el efecto de la poderosa droga de las brujas.

Cuando terminó regresó junto a Cèleste y le devolvió el frasco vacío. Ella lo introdujo de nuevo en la talega, que cerró cuidadosamente y colgó a su espalda.

El Nuberu también había terminado con Íñigo y les hizo una señal para que se acercasen a ellos. Los cuatro tuvieron que juntarse hasta que sus cabezas entraron en contacto para poder escuchar lo que Xoan quería decirles:

—Vamos a entrar. No os separéis de mí bajo ningún concepto. Es posible que tengamos que adentrarnos en regiones muy remotas del *Annwn*, pero mientras permanezcamos juntos no correremos ningún peligro.

Aunque tenían sus cabezas pegadas, a Luis le parecía que el Nuberu se encontraba cada vez más lejos de él. Sentía sus propios pies como si estuvieran alejándose a toda velocidad de la parte superior de su cuerpo, como si su cuerpo y la realidad que lo envolvía se estuviesen estirando y ondulando en torno a él. De repente, la cueva parecía muy iluminada, y él se extrañó al recordar que la oscuridad la había envuelto hasta un momento antes. Miró fascinado a su alrededor, fijándose en cada detalle insignificante de la piedra. Pensó que podría perderse en cada uno de aquellos poros de roca, y que cada uno de ellos era una caverna igual de extensa que aquella en la que ahora estaban. Diminutos orificios que penetraban la piedra se mezclaban y retorcían unos sobre otros en intrincadas espirales como gusanos infinitos. La famosa trama de colores volvió a dibujarse a su alrededor, como un complejo muaré de formas geométricas que se entrelazaban.

El Nuberu lo sujetó por el hombro y lo sacudió. Él se giró y miró el solitario ojo del anciano. Su iris grisáceo también parecía un entramado de tejido esponjoso, lleno de diminutos agujeros que se proyectaban hacia el interior de su cráneo.

—Atiende, Luis. Concéntrate en el total, no te pierdas en los detalles.

—Sí, sí —musitó él un poco avergonzado.

—De acuerdo, ha llegado el momento. Vamos.

Se asomaron a la gran caverna e Íñigo estiró el brazo para iluminarla con la llama de la linterna. Su luz rebotó una y mil veces en las paredes cristalinas de aquel

espacio enorme y perfectamente esférico. Una geoda inmensa con la cara interior recubierta de cristal de roca. Con cada rebote la luz parecía multiplicarse como si de repente hubiera un millón de llamas brillando en la oscuridad. Cuando movió el brazo, el coro de llamas reprodujo obedientemente su movimiento creando un efecto fantástico, como si las propias paredes se entusiasmasen con la luz y jugaran con ella.

—¡Mirad allí! —exclamó Cèleste.

En el centro geométrico de la esfera había un cuerpo flotando en el aire. Estaba demasiado lejos para apreciar sus rasgos, pero Luis reconoció la escuálida silueta de Carlos. No dudó que se trataba de él.

—¿Cómo es posible? —dijo—. Está suspendido en el aire...

—Este lugar es como una burbuja entre nuestro mundo y el *Annwn*. Las influencias de ambos mundos se tocan y se anulan de un modo perfecto. Excepto tu luz, Íñigo, es mejor que la apagues y así esta caverna volverá a quedar aislada del exterior.

Luis se frotó los ojos y volvió a mirar. El cuerpo de Carlos seguía flotando en el centro de la caverna esférica. ¿Aquello era un hechizo, el producto de una ciencia que no comprendía, o sólo una alucinación causada por la droga de las brujas?

Íñigo colocó la palma de la mano sobre la llama de la linterna para ahogarla y todo quedó sumido en la más completa oscuridad.

—¡Ahora saltad dentro! —gritó el Nuberu. Y al instante su voz se extinguió.

—Vamos, Luis —le animó Cèleste.

Rodeado por la oscuridad y el silencio absoluto, Luis extendió sus brazos intentando tocar a alguno de sus compañeros, pero no lo logró. Lo único que captaban sus sentidos era el contacto de sus pies contra el suelo de roca de aquel tramo final del túnel. Alargó un poco el pie derecho hasta que palpó el borde del precipicio.

«Saltad», había dicho el anciano. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. ¿Saltar hacia la oscuridad? Sabía que enfrente de él había un abismo y se necesitaba mucho valor para arrojarse ciegamente hacia él. No, valor no; locura.

Cuanto más pensaba en las cosas que había visto y oído durante los últimos tiempos, más zozobra le entraba. Todo había sucedido tan rápido, que aún no lo había asimilado.

«Si sigo teniendo fe en el poder absoluto de Dios, entonces todo esto es una ilusión», se dijo.

Pero tanto si era o no real, comprendió que debía tomar una decisión.

«Vamos, Luis...».

«Haré lo que me digan. No ofreceré resistencia. Me abandonaré».

Y, sin pensárselo más, dobló las rodillas para impulsarse, y lanzó su cuerpo hacia adelante.

Seguía oscuro, pero de inmediato Luis comprendió que estaba en el exterior. Un viento helado hacía que le castañeteasen los dientes sin que pudiera remediarlo. Estaba en medio de una llanura desolada, alzó la vista y distinguió las estrellas brillando en lo alto. Noche cerrada, sin luna. Hacía mucho frío.

A lo lejos vio la luz de unas antorchas desplazándose rodeadas de oscuridad, que se dirigían hacia él. Era una verdadera muchedumbre, como una procesión de almas en pena. Al acercarse distinguió a clérigos agitando sus incensarios, a soldados y toda una corte de hombres y mujeres ataviados con ricos trajes de luto, en silenciosa procesión en mitad de la noche, a la luz de antorchas, en medio de una llanura desolada y azotada por un viento helado. Era la comitiva fúnebre de un rey. Al cabo de un rato distinguió el féretro que iba en un carro tirado por cuatro caballos negros con crespones de duelo.

Durante un momento, Luis pensó que estaba en alguno de los círculos del infierno de los que había hablado Dante, tan asombroso y estremecedor era aquel espectáculo. Pero caminando detrás del carro que llevaba el féretro, vio a una mujer con un avanzado embarazo, completamente vestida de negro y un velo que le cubría el rostro.

Comprendió que lo que estaba ante sus ojos era algo que había sucedido en el mundo real unos años antes. Exactamente a finales de diciembre de mil quinientos seis. El paisaje que le rodeaba eran las llanuras de Castilla, y aquella comitiva fúnebre se dirigía hacia el Sur, hacia Granada, donde Felipe el Hermoso quería ser enterrado. Recordó que doña Juana se negaba a viajar de día porque afirmaba que los demonios querían robarle el cuerpo de su esposo. Unos meses antes, Luis hubiera tomado esto como un signo ineludible de su locura. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Ya no estaba seguro de nada.

La mujer de luto se detuvo y se giró hacia él. De inmediato, toda la comitiva se paró también. Uno de los caballos negros se encabritó un poco cuando el conductor del carro tiró de las riendas, y uno de los soldados acudió para calmar al animal. Todos allí, incluso aquellas bestias, parecían estar al límite de sus nervios. Sin embargo, la mujer embarazada caminó hacia él con un paso tranquilo y relajado.

Se detuvo frente a Luis. No podía ver su rostro, que estaba cubierto totalmente por el velo de muselina negra. Era menuda, con el vientre prominente por el embarazo y el busto generoso. A pesar de lo avanzado de su estado de gestación, sus movimientos estaban llenos de gracia. Sus manos blanquísimas, delicadas, se alzaron para sujetar el velo, que retiró para dejar su rostro al descubierto. Era tan hermosa como aparecía en los retratos. Aquél no era el rostro de alguien con la mente enferma. Había visto a demasiados de aquellos desgraciados en *La Casa dels Fols*, y la característica expresión facial retorcida por la locura era algo que no podía ocultarse.

—En realidad no estoy aquí —dijo ella con una voz suave que expresaba una

tranquila pena—. Ahora estoy soñando en mi lecho de Tordesillas. Este camino lo recorrí hace muchos años, y luego he vuelto a él y lo he soñado infinidad de veces... Pero ni en la realidad ni en ninguno de mis sueños aparecíais vos. ¿Quién sois?

Emocionado por estar en presencia de la reina, Luis hizo una profunda reverencia. Bajó su rostro y clavó una de sus rodillas en el suelo.

—Yo creo que también estoy soñando, mi señora. Soy Juan Luis Vives de Valencia, vuestro humilde súbdito.

—En pie, Juan Luis, por favor, levantaos. ¿Es que queréis uniros a la comitiva? Apenas hemos empezado el camino... Aún nos quedan muchas jornadas y tendremos que hacerlas durante la noche... Porque ellos siempre están acechando...

—¿Los demonios, mi señora? —preguntó Luis mientras se incorporaba.

—Son demonios, sí, pero con cuerpo de hombres. Son los siervos del Emperador, los que quieren arrancar el corazón del pecho de mi esposo. Están por todas partes, ocultos entre la buena gente. Si los vierais ahora frente a vos, no podrías distinguirlos porque su maldad está bien oculta en su interior... Y ellos quieren matar a mi esposo...

Al decir esto último, la reina se volvió hacia el féretro. Luego miró a Luis con una sombra de sospecha cruzando por sus hermosos ojos oscuros, y añadió:

—Ya sé lo que estáis pensando, pero Felipe tan sólo está dormido. Su sueño es tan profundo que sólo una persona puede despertarlo. Yo sé quién es, y también sé que fue su amante, pero no me importa eso ahora... tan sólo quiero que ella lo despierte. Por eso llevo a mi esposo a Granada... ¿Queréis uniros a la comitiva?

Luis sintió una gran pena crecer en su interior al contemplar a aquella reina que, por encima de todo, era una mujer enamorada que intentaba desesperadamente salvar a su esposo. Sabía lo que iba a pasar a continuación; que en un pequeño pueblo llamado Torquemada nacería Catalina, la hija póstuma de don Felipe, y que a ella la retendrían allí durante varios meses, para luego enviarla a Tordesillas, donde sería recluida.

—Lo siento —murmuró Luis—. Lo siento mucho, mi señora...

La reina alzó una mano tan suave como la seda y le acarició la mejilla.

—No quiero que sufráis por mí. No ahora que vuestros amigos y vos estáis en grave peligro. Tenéis que andar con cuidado... —le advirtió.

Entonces el espacio entre ellos se abrió, como un papel que se desgarrase para mostrar lo que se ocultaba detrás de él. Luis vio aparecer la oscuridad del interior de la caverna y una silueta que reconoció como la de Íñigo...

Íñigo alzaba su espada y la descargaba contra unas criaturas sinuosas que Luis no alcanzaba a distinguir. La imagen de la reina perdió color al fundirse con aquel fondo y fue volviendo cada vez más débil y borrosa hasta que desapareció.

Se encontraba de nuevo en el espacio cerrado de una cueva, rodeado por paredes

de piedra. Estaba tumbado de espaldas sobre el suelo, Cèleste lo sujetaba por un brazo y tiraba de él para apartarlo de la refriega. Íñigo luchaba denodadamente con un gigante cubierto de pelo que blandía una espada de doble mano como si fuera un florete. A pesar de la diferencia de tamaño, el muchacho se las arreglaba bastante bien, paraba los golpes y los devolvía con movimientos rápidos y fluidos. En un momento atravesó las piernas y el vientre del gigante una docena de veces, pero éste seguía peleando sin mostrar reacción alguna a las heridas.

La linterna estaba en el suelo, caída de lado, y el aceite se había derramado en su mayor parte, pero la llamita seguía luciendo al extremo de la mecha. Luis distinguió la sombra agrandada del Nuberu proyectándose contra la pared y el techo de la cueva. Y al propio Xoan Cabritu un poco más allá, con los brazos extendidos, los ojos cerrados y murmurando algo que debía de ser un hechizo. Pero sus piernas estaban juntas, apresadas por un tentáculo oscuro que reptaba por su cuerpo. Con horror vio que algo se movía sobre las paredes de la cueva. Era como un fluido negro, como tinta dotada de voluntad propia, y eso mismo era lo que se extendía por el suelo y había atrapado al brujo.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Luis.

—Esa cosa nos atacó —dijo Cèleste—. No sé qué clase de demonio es, pero parece muy poderoso... Tú estabas inconsciente y quise apartarte de él antes de que...

La voz de la muchacha se interrumpió de súbito. Luis alzó la vista hacia ella y vio que un grueso tentáculo negro se había cerrado en torno a su cuello. Aquella cosa había descendido desde el techo de la caverna para apresarla y, mientras el valenciano miraba atónito, tiró de ella y la elevó por los aires. Cèleste se llevó las manos a la garganta y agitó espasmódicamente las piernas en el aire mientras luchaba por respirar.

—¡No! —gritó Luis mientras se ponía en pie para intentar sujetar a la bruja. Pero antes de que pudiera lograrlo, ella ya había sido arrastrada a gran altura.

Otro tentáculo reptó por el suelo, se enrolló en torno a los tobillos de Luis y lo hizo caer de nuevo. Se golpeó la barbilla contra la superficie de piedra y sus dientes se estrellaron con un doloroso chasquido. El sabor de la sangre le llenó la boca.

Aquella cosa repugnante se deslizó por su cuerpo, apretándole con más fuerza conforme se iba afianzando en torno a él. No podía mover los brazos, que ya habían sido apresados, y al poco aquel tentáculo peludo, maloliente, se cerró sobre su boca y su nariz.

Se debatió cuanto pudo, pero no podía respirar. Antes de perder el sentido logró ver como Íñigo le atestaba un tajo a su enemigo a la altura de la cintura y lo partía en dos limpiamente. No había sangre, ni vísceras, sólo oscuridad en su interior... Entonces Luis comprendió que no era un gigante cubierto de pelo, sino una inmensa masa de larguísimos cabellos que parecían haber cobrado vida.

El tentáculo de espeso pelo negro le cubrió los ojos.

Agote había calentado su cuchillo ceremonial de mango negro al fuego de la antorcha que sujetaba Ereño, hasta que el acero brilló rojo. Después lo había hundido varias veces en el cuerpo de uno de los lansquenetes muertos para templarlo con su sangre. Clavó una estaca en el centro del lugar donde se iba a hacer el círculo mágico y le ató una cuerda. Al otro extremo de ésta sujetó el cuchillo santificado con sangre. Así trazó una circunferencia perfecta clavando el cuchillo en el suelo de la cueva y haciéndolo girar al extremo de la cuerda. Luego, dentro del círculo, marcó con el mismo cuchillo la cruz de las Cuatro Regiones, Este, Oeste, Sur y Norte. Usando de nuevo la cuerda, dibujó un segundo círculo concéntrico y exterior al primero, pero dejó un espacio abierto hacia el Norte por el cual pudieran entrar y salir los espíritus que pretendía invocar.

Todas estas operaciones las había tenido que realizar con extremo cuidado, agazapado, con el cuerpo casi pegado al suelo, bajo el estruendo de los cañones, el silbido de los dardos y las descargas de los arcabuces. Los lansquenetes habían instalado varias culebrinas frente a la cueva y bombardeaban sin descanso su entrada desprotegida. Los proyectiles de plomo rebotaban, silbando furiosos por encima de las cabezas de los defensores, haciendo volar fragmentos de piedra de las paredes por todas partes. Algunos se estrellaban contra el improvisado parapeto de cadáveres con un ruido sordo y húmedo. Los guerreros astures aguardaban en silencio, resguardados contra la pared del fondo, y con sus espadas dispuestas para repeler el siguiente asalto.

De repente, un trozo de metralla golpeó contra la cota de malla de Ereño. Se tambaleó y lanzó un rabioso gruñido, pero no había conseguido penetrar en su cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó Agote.

Ereño dio un seco cabezazo, asintiendo, mientras se llevaba la mano para frotarse la zona dolorida.

—Sí, malditos sean. ¿Cuánto durará esto?

Agote se encogió de hombros, pero sabía que todo aquello era una maniobra de distracción para el siguiente ataque que se estaba preparando. Imaginaba a los lansquenetes agrupándose al pie de pared de roca en la que estaba la cueva, disponiendo las escaleras con un cuidadoso orden para el asalto final. Cuando se lanzasen nuevamente contra ellos los aplastarían con la superioridad de su número. A pesar de la magia, iba a ser muy difícil resistir.

Antes de empezar la invocación, se volvió brevemente hacia el lugar donde el dominico había permanecido desde el asalto anterior. Allí seguía, junto a la tumba de Pelayo. Sus ojos brillaban malévolamente en la penumbra y Agote comprendió que lo mejor sería acabar de una vez con él. Pero ahora no tenía tiempo para eso. Se concentró en el círculo mágico, extendió los brazos sobre él, y con voz pausada

recitó:

—Venid inmediatamente, sin pestilencia o deformidad, ante nosotros. Venid sin apariencia monstruosa. Venid, pues os exorcizamos con vehemencia, por el nombre de Ariel, que destruirá en un solo día todos los edificios, de tal manera que no quedará piedra sobre piedra; y por el nombre Iath, que arrojará las piedras una sobre otra, de tal manera que todas las gentes dirán «cúbrenos y escóndenos»; y por el nombre Anael, que derribará las montañas y llenará los valles de rocas...

Un temblor sacudió entonces la montaña y una cascada de piedras se precipitaron hacia los lansquenets que trabajaban al pie de la cueva.

Agote oyó con satisfacción los gritos de algunos germanos al ser aplastados por la avalancha, pero la sacudida había sido demasiado breve y relativamente poco intensa. Comprendió que eso sólo los iba a detener durante un breve espacio de tiempo, pero que el asalto final era inevitable.

Luis abrió los ojos. Parpadeó. Tenía una jaqueca atroz y le palpitaban los globos oculares. Pero el dolor más intenso lo sentía en la boca. Un alambre al rojo clavado en su mandíbula que se incrustaba en los huesos de su cráneo y trepaba sinuoso hacia su frente. Descubrió que tenía astillas de dientes sobre la lengua y la boca llena de sangre.

Levantó un poco la cabeza, y el movimiento le produjo un ramalazo monstruoso de dolor que la atravesó. El estómago se le revolvió de una forma espantosa. Escupió.

El suelo estaba cubierto por una alfombra de pelo. Frente a él, un niño sentado sobre él jugaba con unas tabas. Su mandíbula inferior era inusualmente larga, afilada, con el belfo tan abultado que obligaba al pequeño a llevar la boca siempre abierta. Estaba tan ensimismado lanzando y recogiendo aquellos huesecillos que se diría que ninguna otra cosa del mundo existía para él.

Luis pensó que si un niño jugara a ser músico, no necesitaría ningún instrumento para perderse en el reino de los sonidos. Él también había sido un niño silencioso y solitario que solía perderse en sus juegos. Ahora percibía su niñez como si cada detalle formase parte de un sueño. Se recordó a sí mismo jugando también con unas tabas, en el rellano de las escaleras de la casa de sus padres, en Valencia. Aquellas escaleras llevaban a una vieja puerta de madera por la que se accedía a un patio interior donde crecían algunos árboles frutales. Cuando la puerta estaba bien cerrada, aquél era uno de los rincones más oscuros de la casa. Él a veces bajaba hasta la oscuridad para luego subir corriendo asustado, imaginando que horribles demonios iban tras él, casi rozándole los talones. Un día estaba sentado en un escalón, con la puerta entreabierta, y por la rendija entraba un hilillo de luz en el que danzaban infinidad de pequeñas motas de polvo que parecían dotadas de vida. Y él arrojaba las tabas dentro de aquel estrecho círculo de luz, una y otra vez, como si practicara un ritual que él mismo había olvidado. En realidad, lo que le fascinaba era ver cómo su

mano cortaba el haz de luz y agitaba las partículas que flotaban en el aire, alterando sus movimientos y su destino.

Su padre se sentó en la escalera junto a él y, durante un buen rato, observó en silencio su juego absurdo e interminable. Todo quedó en suspenso en aquel momento mágico, hasta que de repente su padre recogió las tabas y las arrojó fuera del límite de la luz. Luis sintió un sobresalto al verlas desaparecer, pero su padre palpó en la zona oscura de la escalera y dio con ellas. Se las devolvió mientras decía:

—No debe asustarte la oscuridad, porque ésta forma parte de nuestro mundo, como todas las otras cosas que Dios ha creado. Luz y oscuridad sólo son dos aspectos de una misma realidad...

Como si saliera de un sueño, Luis desvió la mirada del niño que seguía jugando con las tabas y alzó la vista. Se encontraba en una amplia caverna circular, con doce columnas rodeando una gran mesa también circular, tallada en piedra con bastos golpes de cincel. Toda la luz provenía de doce hachones situados junto a las columnas.

Un hombre enorme estaba sentado ante aquella gran mesa, con los ojos cerrados, como si durmiera. Sus rasgos también parecían haber sido cincelados con tosquedad, con marcados ángulos rectos que creaban profundas sombras dentro de la cuenca de sus ojos y en sus mejillas. Su pelo y su barba habían crecido de tal modo que rodeaban varias veces el contorno de la mesa, se extendían por las paredes y el suelo de la caverna, y se enrollaba en las columnas. La pared situada detrás de él estaba cubierta por un gran símbolo con forma de rueda solar, del centro de la cual partían cuatro sinuosos rayos que se curvaban hacia la derecha formando una espiral de cuatro brazos.

Un individuo pequeño, de aspecto vulgar y vestido con una zamarra de pastor, apareció junto al gigante dormido. Luis no pudo ver de dónde había salido, de repente estaba allí. Como si despertase de un largo sueño, el gigante abrió entonces los ojos, húmedos y de un gris tan oscuro como el acero viejo, y miró al pastor.

—¿Vuelan todavía los cuervos en torno de la montaña? —le preguntó.

—Sí —le respondió tristemente el pastor.

El hombre sentado en la mesa de piedra volvió a cerrar los ojos y el pastor dio un paso hacia atrás. Su imagen tembló, como si estuviera vista en la distancia a través de una capa de aire caliente, y se difuminó hasta desaparecer.

Luis tuvo la sensación de que la escena que acababa de contemplar era como un sueño dentro de un sueño en la mente del Mesías-Imperador. Un ritual que se había repetido una y otra vez con precisión, a través de los siglos, en el interior de aquella gruta enclavada en las montañas Kyffhäuser.

Entonces el gigante abrió de nuevo los ojos y miró más o menos en su dirección, pero no exactamente hacia él. Apenas podía distinguirse cuál era su aspecto, o qué ropas llevaba, por todo el pelo que lo envolvía. Los pocos retazos de piel que asomaban lucían tan pálidos como el mármol, como si el sol no la hubiera tocado en

siglos. Por la postura, Luis imaginó que estaba sentado en un trono, oculto también por la masa de cabellos que se agitaban a su alrededor como las serpientes de medusa.

—No esperaba esto de ti, Wotan —dijo con una voz que hacía temblar las paredes de la cueva. Sus ojos relucían rojos como dos carbones encendidos—. Te has aliado con nuestros enemigos para destruirme. Tu traición está más allá de cualquier medida.

—No me llames así, Sigurd —dijo el Nuberu—. Ése ya no es mi nombre.

—¡Sigurd! —exclamó el Mesías-Imperador—. Hace tanto tiempo que no escuchaba ese nombre que casi lo había olvidado... Es verdad, soy Sigurd, y tú sigues siendo Wotan, aunque ahora estés dispuesto a renegar de tu pasado.

Su voz sonaba extrañamente amortiguada, hueca. Aguantando el tremendo dolor que sentía, Luis giró la cabeza en la dirección en la que lo había oído hablar. Vio que el anciano tuerto estaba tumbado de lado. Que sus manos y pies seguían atados por madejas de cabellos, que también formaban una mordaza para su boca. Allí se habían aflojado lo suficiente para que el Nuberu pudiera hablar, preparados para volver a cerrarse si el anciano intentaba pronunciar un conjuro.

Los cuerpos de Cèleste y de Íñigo estaban entre Luis y el Nuberu. Ambos estaban inmóviles y sin ninguna atadura. Luis sintió que su corazón le daba un vuelco cuando recordó cómo la muchacha había sido arrastrada hacia lo alto colgada por el cuello de una soga hecha con cabellos humanos.

—Cèleste —musitó—. Cèleste...

Una de las manos de la bruja se movió levemente. Un gesto que sólo Luis podía ver y que le indicaba que permaneciese tranquilo, que ella se encontraba bien.

Sin embargo, aquel débil susurro había llamado la atención de Sigurd, que volvió hacia él sus ojos enrojecidos por el resplandor de las antorchas.

—No te preocupes por la bruja, está perfectamente —dijo desde detrás de su mesa de piedra—. Ella y el guerrero tan sólo fingen estar inconscientes porque pretenden sorprenderme... Pero lo cierto es que ninguno de vosotros puede causarme el menor daño...

En ese momento, como si respondiese a una señal silenciosa, Íñigo se puso en pie de un impetuoso salto y en un par de zancadas se plantó junto al anciano tuerto. Alzó su espada y luego la abatió a una velocidad cegadora, como un arco de luz que terminaba sobre la madeja de cabellos que apresaban las piernas y los brazos del Nuberu.

Pero no logró su objetivo, porque varios tentáculos surgieron desde el suelo y las paredes, para enrollarse como serpientes alrededor del acero y arrancárselo de las manos. Otros tentáculos lo apresaron por las piernas y lo elevaron en el aire boca abajo, para luego lanzarlo hacia el otro extremo de la caverna.

—¡Éste aún es mi reino y sólo mi voluntad domina aquí! —bramó Sigurd.

Cerca de Luis, el niño había dejado de jugar con las tabas y se había vuelto para

mirar lo que estaba sucediendo con una expresión atemorizada en el rostro.

—Carlos, no tengas miedo, ven aquí conmigo —dijo Cèleste con voz suave.

La bruja se puso de rodillas y extendió sus brazos hacia el niño. Luis vio las marcas rojas alrededor de su cuello.

—Carlos —repitió—. Ven a mi lado.

El pequeño se puso en pie y miró dubitativamente a la mujer. Dio un tímido paso hacia ella.

—Hijo —tronó la voz de Sigurd—, ven aquí. Rápido.

El muchacho se dio la vuelta y corrió hasta la mesa de piedra, la rodeó y se sentó en el suelo, a los pies del Mesías-Imperador.

—Eres un buen chico —dijo mientras alargaba la mano y acariciaba su cabeza.

Íñigo se incorporó allí donde había caído. De su nariz goteaba sangre y tenía el lado izquierdo de su rostro tumefacto por el fortísimo golpe. Apenas podía abrir el ojo de aquel lado, pero aun así se las arregló para parecer desafiante.

Señaló al hombre del trono de piedra con un dedo y gritó:

—¡Maldito cobarde, no te escondas detrás de un niño!

—No pretendo hacerle ningún daño —dijo el gigante—. Lo necesito más de lo que imagináis. Para regresar y para que todo vuelva a ser como antes...

—Eso ya no es posible, Sigurd.

—Te equivocas, Wotan, y de todos vosotros tú eres el único que sabe lo que realmente se ha perdido. Por eso tu traición es tan dolorosa. ¿Acaso no recuerdas los mágicos imperios del pasado? ¿Ya te has olvidado de nuestros desafíos, de nuestros logros, de nuestra virtud invencible que fue capaz de dominar y transformar la Tierra entera? Tú, que has conocido aquel mundo habitado por seres superiores que participaban de la divinidad, ¿cómo puedes ahora volvernó la espalda? Porque éramos casi dioses, y engendramos una estirpe de conquistadores que llevaron la belleza, la justicia, y el conocimiento hasta el último rincón de la Tierra. ¿Acaso los años te han hecho enloquecer? Sí, debe ser eso, porque nuestras acciones son un reflejo de nuestra superior naturaleza física, y mírate ahora... ¿Cómo te has permitido degenerar de ese modo?

—Ya no queda nada de todo aquello. Todos esos tesoros con los que sueñas se perdieron o fueron olvidados en la noche de los tiempos...

—Aunque ya nada quede, la vida en aquel remoto pasado, olvidado e ignorado por los comunes mortales, fue algo digno de ser vivido con alegría y dignidad. Y volverá a serlo cuando yo regrese al frente de mis ejércitos... Los hombres se han mezclado con las bestias y han contaminado nuestra herencia... Por eso he de volver, Wotan. Porque mi regreso purificará y unirá los restos de esta raza desmembrada. Y conduciré a mi gente a la cabeza de todos los otros pueblos degenerados...

—Y abrirás la puerta a un ejército de demonios que inundarán el mundo de sangre y destrucción...

—¿Demonios? ¿Ahora tú también usas el nombre que le pusieron nuestros

enemigos?... Llámalos como quieras, pero ellos son los únicos que se han mantenido fieles a mí a lo largo de los siglos... Y los necesito... Necesito de su fuerza y su poder, para que el Imperio gobierne el mundo durante los próximos mil años.

—Los planos no pueden mezclarse. El equilibrio entre ellos no puede romperse.

—¿Y qué puedes hacer tú para impedirlo? Mírate bien, Wotan, estás decrepito. Tu cuerpo de desvanece en la nada, apenas eres una sombra de lo que una vez fuiste. Deberías dedicarte a buscar un cuerpo más joven donde seguir viviendo —dijo Sigurd mientras acariciaba de nuevo la cabeza del niño.

Luis se volvió y se encontró con la mirada impotente de Cèleste. ¿Qué podían hacer? El Nuberu seguía inmovilizado en el suelo. Al fondo de la caverna, Íñigo sangraba y se mantenía en pie a duras penas. ¿Qué hacer?

Había algo...

Luis se esforzó por recordar su última conversación con Erasmo. Había sucedido hacía ya tanto tiempo, y las cosas habían cambiado tanto, que le parecía una eternidad, pero su maestro había dicho algo importante en aquella conversación.

Algo que podía serle útil ahora...

Intentó hacer memoria. Erasmo se había ocupado de la educación de Carlos hasta que el emperador Maximiliano envió al señor de Chièvres para ocupar su puesto. El niño que ahora tenía delante era el mismo Carlos que Erasmo había conocido. Desde entonces había permanecido allí encerrado. Aquel niño era la auténtica alma del Rey.

Y había algo sobre lo que le encantaba hablar...

—Hace poco conocí a un tal Copérnico —dijo Luis dirigiéndose al niño—. Este tipo era un polaco muy interesante que tenía algunas ideas asombrosas sobre los movimientos de la Tierra y de los astros en el cielo...

Comprobó con satisfacción que el niño se volvía hacia él, interesado.

—¿Y qué decía? —preguntó el jovencísimo Carlos.

—Fijaos que afirmaba que la Tierra giraba sobre sí misma una vez al día, y que una vez al año daba una vuelta completa alrededor del Sol. Además, también decía que la Tierra, a la vez que giraba y se desplazaba, se inclinaba sobre su eje...

El pequeño abrió mucho los ojos.

—¿Cómo un trompo?

—Sí, exactamente como un trompo.

El niño se apartó del hombre sentado y dio unos pasos hacia Luis. Sigurd se inclinó hacia él para retenerlo, pero sus manos pasaron a su través sin lograr tocarlo.

El pequeño Carlos siguió caminando hacia Luis.

—Pero eso no es posible —dijo—. Yo tenía un trompo, y todo lo que ponías encima de él salía disparado cuando empezaba a girar...

—Oh, esa es una observación interesante —dijo Luis. Extendió las manos y tomó las del pequeño entre las suyas—. Seguro que a Copérnico le hubiese gustado oírla.

—¿Me llevarás a verle?

—Te lo prometo.

—Carlos, vuelve a mi lado inmediatamente —dijo Sigurd intentando mantener la voz tranquila.

Pero el pequeño no le prestó ninguna atención. Parecía fascinado con su nuevo amigo y con la posibilidad de conocer a ese polaco que tenía unas ideas tan extravagantes. Entonces el Mesías-Imperador se puso en pie y su trono de piedra cayó hacia atrás, resonando estrepitosamente contra el suelo.

—¡VEN, CARLOS! —bramó, y las paredes de la caverna temblaron.

Los tentáculos de pelo ascendieron desde el suelo y bajaron del techo abovedado para atrapar a Luis. Se enrollaron como serpientes alrededor de su cuerpo y tiraron de él en varias direcciones a la vez, como si pretendieran descoyuntarle todos los huesos del cuerpo. Con los brazos y las piernas extendidos como una estrella, alzado a dos palmos del suelo, mientras escuchaba crujir sus articulaciones, gritó con todas sus fuerzas.

Cèleste se puso en pie y corrió para ayudarlo. Pero sintió que la talega, que llevaba como siempre colgada a la espalda, temblaba como si hubiera cobrado vida, a la vez que empezaba a calentarse. Emitía un destello tan potente que proyectó su sombra frente a ella. Desde el otro extremo de la cueva, Íñigo gritó para advertirle:

—¡Está en llamas! ¡Quítatela o te abrasarás!

La bruja se descolgó la talega y la colocó frente a sí. No estaba ardiendo como Íñigo había creído ver. No, más bien el entramado de colores que cubría la tela había empezado a brillar con una luz que lastimaba con sólo mirarla. Los colores se estaban fundiendo en aquella luz, tiñéndola con sus tonos como harían los cristales de una vidriera. Y así, poco a poco, la luz fue perdiendo intensidad. Y entonces Cèleste pudo ver que la decoración multicolor había cambiado.

Se había transformado en algo muy distinto.

—No puede ser —musitó admirada, a la vez que todo cobraba sentido para ella.

Los colores sin forma se habían reordenado sobre la tela para formar un prodigioso conjunto poblado de monstruos y criaturas inconcebibles. Su talega había sido hecha con el lienzo de una de las fantásticas visiones de Hieronimus Bosch, que representaba con nitidez los fuegos fantásticos y la oscuridad misteriosa del inframundo.

Era el *Juicio Final* que Felipe el Hermoso le había encargado pintar al artista.

«Ahora todo esto es tuyo», le había dicho Meg poco antes de despedirse de ella. «Tu herencia... Úsala con sensatez».

La tela representaba un mundo que había sido prácticamente invadido por el Infierno, extendiendo sobre la faz de la Tierra toda su variedad de torturas y tormentos, con mujeres lujuriosas con un sapo en el sexo, los glotones atiborrados con comidas y bebidas, los sodomitas violados por bestias monstruosas. Un infierno fantasmagórico, en el que monstruos alados atormentaban eternamente a los condenados. La variedad de personajes, las escenas, los hermosos colores elegidos, todo era deslumbrante y terrible.

Lo único que podía hacerse ante tan magnífico despliegue de horror era dejar la vista perdida en medio de aquella exuberancia imaginativa. Había viajado con aquella asombrosa obra a sus espaldas, oculta por un hechizo que le impidió ver lo que era realmente. Hasta ahora.

—Debes usarlo —dijo la voz del Nuberu a su espalda—. Tú sabes cómo hacerlo.

La voz enmudeció de súbito. Cèleste se volvió hacia el anciano y vio que los tentáculos que lo apresaban se habían apretado aun más en torno a él. Su rostro apenas se veía ya, asfixiado por nuevas lazadas de pelo.

Sin embargo, el Nuberu aun logró gritar:

—¡Hazlo!

«Sólo soy una principiante», pensó Cèleste. «No tengo experiencia en invocar a los espíritus... Pero este lienzo mágico es mi herencia, me pertenece desde antes de mi nacimiento. Así lo quisieron mis padres, y Meg se encargó de cumplir con su voluntad... Y eso debe tener un significado...».

Luis aulló de dolor y ella oyó crujir sus huesos desde donde estaba. El pequeño Carlos retrocedió aterrorizado por todo lo que estaba pasando, y Sigurd volvió a llamarlo a la vez que extendía sus brazos hacia él.

«¡Hazlo!», le había dicho el Nuberu.

Cèleste colocó las manos sobre la tela e invocó:

—Espíritus de las profundidades, yo os conjuro por el nombre al que todo el universo teme, respeta y reverencia, que está escrito con las letras Ion, He, Vau, He; y por el último y terrible Juicio; y por el nombre Oneiphetón, por el que se llamará a los muertos para que se levanten de sus tumbas. De lo contrario, si os atrevéis a resistiros por ciega desobediencia a la virtud y poder de este nombre, os maldecimos hasta las profundidades del Gran Abismo, al que seréis enviados, arrojados y atados, si os mostráis rebeldes contra el Secreto de los Secretos y contra el Misterio de Misterios...

Casi al instante, mientras aun resonaban en las paredes de la caverna los ecos de las últimas sílabas del conjuro, palpitó sobre el lienzo un resplandor amarillento. A Cèleste le llegó el olor sulfuroso y húmedo de una ciénaga corrompida, tan denso que le hizo llorar y se le pegó al fondo de las fosas nasales como un aceite malsano.

Miró hacia abajo, y los vio surgiendo de la tela, arrastrándose, reptando como sabandijas por el suelo y las paredes. En sus cabezas bulbosas se abrían unas fauces rebosantes de dientes afilados y retorcidos, brillaban malévolamente unos ojos amarillos de mirada vacua. Cuernos, espolones, pezuñas, garras; un nudoso amasijo de miembros extraños, que parecían amputados a diferentes especies animales para luego ser cosidos por un cirujano loco, sin orden ni concierto, a unos cuerpos esqueléticos y contrahechos.

Eran las mismas criaturas que Hieronimus Bosch había recreado con sus pinceles, que ahora se materializaban en carne, sangre y garras ante sus atónitos ojos, envueltas de un hedor mefítico que impregnó rápidamente la caverna.

Salieron disparados de la tierra, saltando a diestro y siniestro como un ejército de ranas abandonando su charca lodosa, para luego lanzarse todos a la vez contra el Mesías-Imperador. Éste intentó hacerles frente invocando a sus propios demonios cautivos, que adquirieron forma tejiendo sus cuerpos con el pelo que llenaba la caverna. Pero los demonios de la bruja eran demasiados, y su embestida extraordinariamente frenética.

Cèleste corrió hacia el pequeño Carlos, que se había quedado en medio de toda aquella vorágine, paralizado por el terror. Lo abrazó y lo protegió con su cuerpo.

Sigurd tuvo que retirar los tentáculos de cabellos que apresaban a Luis y al Nuberu, para crear con ellos nuevas líneas de defensa.

Luis cayó de rodillas y se dobló sobre sí mismo con el cuerpo lacerado de dolor.

Libre de sus ataduras, el Nuberu se puso en pie y avanzó hacia Sigurd, mientras agitaba los brazos y pronunciaba un conjuro contra él. Una luz brillantísima surgió de las manos del anciano tuerto, cruzó el espacio que los separaba, y estalló sobre la frente de Sigurd, cegándolo.

Un demonio que parecía una bola de garras y dientes aprovechó la ocasión. Saltó por encima de la confusa muralla de pelo en la que se habían enredado varios de sus compañeros, y alcanzó el cuerpo del Mesías-Imperador con sus fauces. Antes de que éste lograra repeler su ataque, le había desgarrado la garganta de una salvaje dentellada.

Sigurd se llevó la mano a la herida, se tambaleó hacia un lado, y cayó sobre el charco de su propia sangre que anegaba rápidamente el suelo. El Nuberu se acercó a él. Los demonios que había invocado Cèleste lo dejaron pasar sin atacarlo. El único ojo del anciano se encontró con los llameantes ojos del Mesías-Imperador, que lo miraban desde abajo, con la mejilla izquierda hundida en el charco rojo.

—Te arrepentirás de esto, Wotan —dijo con la boca llena de sangre.

Xoan asintió levemente, hizo una señal con la mano, y los demonios se abalanzaron sobre el cuerpo caído.

Se ensañaron con él hasta dejar sólo unas guedejas de pelo flotando en el aire.

Apenas habían empezado a apagar las pocas velas que habían mantenido encendidas toda la noche, cuando oyeron un seco estallido seguido del lamento del aire al ser rasgado por un proyectil de gran tamaño.

El estrépito del impacto conmovió la quietud del amanecer. El suelo del *sidhe* tembló. Agote vio como una de las paredes de roca se derrumbaba en pedazos, mientras que los hombres que estaban apostados tras ella eran destrozados por la explosión. Una columna de humo negro se elevó hacia el cielo, y grandes trozos de piedra, mezclados con miembros humanos, cayeron dentro de la caverna para ir a parar a los pies de los defensores. El aire se llenó de polvo y partículas de roca hasta volverse casi irrespirable. Los ojos lagrimeaban por el hedor de la sangre y la pólvora.

Las culebrinas habían continuado disparando sus andanadas durante toda la noche, batiendo sin piedad los muros de la cueva, pero aquello era algo nuevo. De alguna forma, los lansquenets habían logrado subir hasta allí un cañón de gran calibre.

Aún no se había terminado de acallar los ecos de aquella tremenda deflagración cuando centenares de gargantas llenaron la mañana con salvajes alaridos de combate. Las escalas fueron apoyadas una tras otra sobre la pared de roca, tan juntas que alguna se superponía con la de al lado. Los lansquenets, dominados por una locura sanguinaria, empezaron a trepar hacia el *sidhe*. Una nueva andanada disparada desde abajo, de arcabuzazos y dardos de ballesta, les dio protección a los asaltantes.

Agote se levantó, medio aturdido, entre los cascotes y los cadáveres, y se asomó por el borde. Vio una marea humana que trepaba hacia ellos. Rostros barbudos, con el gesto retorcido por la sed de sangre y los ojos llameantes clavados en él. Todos lucían una pluma blanca en las boinas, las grandes espadas bastardas colgadas a la espalda y un cuchillo largo entre los dientes. Era una visión estremecedora.

Una rugiente salva de arcabuzazos batió el muro junto a él, lanzando esquirlas contra su mejilla, obligándole a retirarse hacia el fondo de la cueva.

—*Verlorene haufe*^[11]! —gritó Agote hacia atrás, para que sus hombres supieran a lo que se iban a enfrentar.

Era una de las estrategias más conocidas de los lansquenets para atacar posiciones inexpugnables. Lanzaban una línea de hombres desesperados para abrir una brecha que posteriormente pudiera ser explotada por la tropa regular que los seguía. La mayoría eran reos condenados que buscaban el perdón o la muerte. Su distintivo era la pluma blanca.

Los *Verlorene haufe* llegaron hasta el final de sus escalas y dudaron un instante en el mismísimo borde del parapeto de cuerpos. Uno de ellos lanzó un alarido desafiante y todos saltaron a la vez hacia el interior, como una aullante turba de bestias sedientas

de sangre. Treparon sobre los escombros, pasaron por encima de los cadáveres de la primera oleada, y fueron recibidos por una línea de astures que manejaban sus anchas espadas como si fueran guadañas.

Una rara palpitación de muerte, lenta y cortante, como algo siniestro y vital, emanó de esa dolorosa masa de cuerpos humanos estrellándose en una ciega locura asesina. Quejidos, gritos de desafío, aullidos de dolor, el entrechocar de los aceros, resoplidos, chasquidos pegajosos de entrañas desparramándose, olor a sangre y a heces. ¡Matar, matar!... ¡Y cuanto más rápido, mejor! Los guerreros de ambos bandos asestaban cuchilladas a diestro y siniestro, como poseídos por un frenesí asesino, desquiciado, mientras los cuerpos sangrantes y mutilados se iban amontonando a sus pies.

En medio de toda esta palpitación sangrienta, Agote y Ereño se batían haciendo uso de todo el poder de sus espadas mágicas. Hundían cascos de acero y cráneos, atravesaban escudos y hombreras de hierro.

Ereño hizo retroceder a varios germanos hasta el mismo borde de la cueva, mientras otros continuaban trepando por las escalas, afianzando sus manos en los travesaños que ya estaban resbaladizos por la sangre. El vizcaíno descargó una cuchillada y uno de sus enemigos cayó de espaldas hacia el vacío, con la cabeza partida. El siguiente se lanzó ciegamente hacia él, el vizcaíno lo atravesó de parte a parte pero el germano se agarró a su pechera. Con las manos crispadas por la muerte y los ojos en blanco, lo arrastró con él en su caída.

Agote vio por el rabillo del ojo como Ereño desaparecía por el borde de la cueva y siguió peleando. Ante aquel irresistible asalto, luchaba con la ferocidad de un lobo acorralado. Estaba poseído por un delirio sanguinario, como si cabalgase a horcajadas sobre los lomos un demonio guerrero. Sus ataques y respuestas se sucedían tan rápidamente que la mirada no era capaz de seguirlos; su espada creaba destellos blancos que se reflejaban en las paredes de roca, mientras descargaba certeras cuchilladas y los hombres se derrumbaban a su paso, y caían inertes sin lanzar un grito. Estaba cubierto de sangre de los pies a la cabeza, resbalaba sobre un suelo que estaba sembrado de escombros, miembros humanos y maderos carbonizados, que se enredaban en sus pies y entorpecían sus movimientos. Lo más importante era concentrarse en no tropezar con nada, en afianzar sus botas sobre terreno sólido a cada paso, y seguir peleando.

Los coloridos uniformes de los lansquenets llenaban ya el estrecho espacio. Los héroes astures habían luchado con denuedo, pero al final estaban siendo sofocados por el número abrumador de sus enemigos. Agote retrocedió para evitar ser rodeado. Tenía los dientes destapados como en una macabra sonrisa, y gruñía de agotamiento mientras golpeaba a derecha e izquierda sin descanso. Su espada zumbada enfrentándose a una maleza de acero que pugnaba por clavarse en su cuerpo. Una cuchillada resbaló sobre su cota de mallas y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Retrocedió un poco más. Tenía la tumba de Pelayo a su espalda, y se sobresaltó al escuchar un movimiento sigiloso detrás de él. Se giró levemente y vio al dominico escabullándose rápidamente hacia las sombras. Estaba acurrucado junto a la tumba, justo como había visto antes de que empezase la pelea. Sus miradas chocaron con temor mutuo. Aun no habían dicho una palabra, pero Agote comprendió lo que iba a pasar.

Pero era demasiado tarde para impedirlo.

—Tranquilo, soy yo —dijo Bernardo.

Y, casi en el mismo instante, Agote sintió como el dardo de ballesta disparado a bocajarro se abría paso entre las anillas de su cota de malla y penetraba en su cuerpo para clavársele en los riñones. No tuvo tiempo para nada. Quedó estupefacto, como si la tierra entera hubiera desaparecido quedando sólo él, flotando y perdido en el vacío.

—Lo siento —añadió el dominico—. Que te sirva de consuelo el hecho de que nunca confiaste en mí. Y tenías razón.

Los lansquenetes lo rodearon con sus arcabuces apuntándole directamente al rostro. Bernardo soltó inmediatamente la ballesta y alzó las manos para que pudieran ver que no llevaba ninguna otra arma.

—*Alles Erdreich Ist Oesterreich Untertan*^[12] —gritó, para que aquellos cabezas duras comprendiesen de una vez de parte de quién estaba.

Se vio muerto cuando un *doppelsöldner* cubierto de sangre le colocó el cañón del arcabuz en la frente y empezó a apretar el gatillo. Pero el germano debió cambiar de idea, porque bajó el arma y lo miró a los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy el padre Bernardo, de los frailes predicadores...

—¿Qué haces aquí?

—Los brujos me trajeron contra mi voluntad.

—¿Y dónde están ahora?

Bernardo desvió una mano para señalar la entrada al túnel.

—Bien, vamos a por ellos. —El *doppelsöldner* señaló a uno de sus hombres y le ordenó—: Tú, lleva al padre fuera y que algún experto se ocupe de interrogarlo.

Los lansquenetes se internaron en el túnel mientras Bernardo descendía de la cueva en compañía de aquel soldado. Al llegar al suelo comprobó que allí se había producido una verdadera carnicería. Los cuerpos de los germanos se amontonaban destrozados al pie de la caverna. Algunos habían caído dentro de la laguna de la que nacía el río Deva, que, tal y como había prometido el vizcaíno, estaba roja por la sangre.

—Por allí —dijo su guardia sujetándolo por la manga de su hábito.

Bernardo vio que al fondo, entre unas peñas que los protegían, los lansquenetes habían levantado un pequeño campamento de tiendas. Se dirigieron hacia allí.

Pasaron junto al gran cañón que habían logrado subir y rodearon una de las peñas. Entonces, el dominico miró a un lado y a otro para comprobar que ya no estaban a la vista de nadie. Se volvió hacia el germano y le dijo:

—*Austria Erit In Orbe Ultima*^[13].

El lansquenete se volvió hacia él y lo miró extrañado. Bernardo sacó un pequeño cuchillo que llevaba oculto en la manga de su hábito, y se lo clavó en la garganta.

El hombre se derrumbó, gorgojeando, ahogándose con su propia sangre. Bernardo le tapó la boca con la mano para que no pudiese gritar pidiendo ayuda, y aguardó con paciencia hasta que dio su último estertor.

Luego se puso en pie y miró hacia la caverna que se abría como una herida en medio de la pared de roca. La cascada que manaba sin cesar bajo ella completaba el efecto de un corte sangrante, y Bernardo pensó que había visto demasiada sangre en las últimas horas y que su imaginación seguía percibiéndola por partes. El casetón de madera que cubría el *sidhe* cuando lo vio por primera vez había desaparecido, sólo quedaban algunas vigas calcinadas de la estructura que había sujetado la base. Dentro de la cueva se veía moverse a los lansquenetes, de un lado a otro, iluminándose con antorchas.

Se preguntó qué iba a pasar ahora. Él ya había cumplido con la misión que le habían encomendado. Si el rey estaba a salvo, entonces las huellas de la intervención mágica en la que había participado Jacobus Sprenger habían quedado borradas. Al menos esos esperaba él, porque ya no podía hacer nada más. Si seguía allí se arriesgaba a ser atrapado y torturado por aquellos brutales lansquenetes.

No le seducía esa posibilidad.

Se dio la vuelta, rodeó la peña por el lado opuesto al campamento, y tomó una senda creada por un torrente que descendía hacia la costa. Siguiendo el curso del agua llegaría a Ribadesella, y allí ya encontraría el medio para abandonar aquellas tierras.

Era un hombre de recursos. Se las arreglaría.

Resistiendo la repugnancia y el horror, Luis apartó con un pie las madejas de pelo oscuro. Buscaba el cuerpo sin vida que tenía que estar oculto debajo de toda esa apelmazada masa hebras. Pero no había nada. Ni siquiera una mancha de la sangre que había visto manar abundantemente del cuello de Sigurd un instante antes.

—No te molestes, Luis —el Nuberu le habló desde detrás de él—. Esta cueva está en la mente del Mesías-Imperador. Estamos dentro de un sueño que está soñando él. Es su dominio y desde aquí no podemos matarlo de ningún modo. Tan sólo lo hemos hecho huir durante un momento, pero te aseguro que regresará con la fuerza redoblada.

Luis se volvió hacia el anciano tuerto.

—Entonces, ¿nuestra lucha no ha servido de nada?

—Claro que sí —junto al Nuberu estaba Cèleste, con el pequeño Carlos entre sus brazos. El anciano lo señaló—. Mientras él no esté en su poder, Sigurd no podrá regresar a nuestro mundo... de ningún modo. Y se tardará siglos en volver a crear un cuerpo donde encaje su alma. Si escapamos con el niño, lo habremos derrotado.

—Sigurd... ¿Es su verdadero nombre, y Wotan es el tuyo?

—A lo largo del tiempo, él y yo hemos tenido tantos nombres que ya hemos olvidado cual era el verdadero... Ahora soy Xoan Cabritu, así es como debes llamarme.

—¿A qué esperamos entonces, Xoan? —preguntó Cèleste—. Abandonemos este lugar de una vez...

—¡No! —gritó Íñigo. Estaba apostado junto a la única entrada de la caverna, vigilando tal y como el Nuberu le había ordenado—. Algo viene por el corredor... Escucho gritos, gruñidos, el sonido de centenares de pies o pezuñas corriendo hacia nosotros.

—¡Es el ejército de demonios de Sigurd! —exclamó el anciano—. Ven aquí, Íñigo. Cèleste, Luis, reuníos todos alrededor de mí.

Se agruparon junto a la gran mesa de piedra. Íñigo no dejaba de mirar de hito en hito hacia la boca del corredor. El clamor de la horda que se dirigía hacia ellos ya era audible desde allí.

—Sea lo que sea lo que pretendas hacer, anciano —dijo—. Hazlo rápido.

—¡Un ejército de demonios! —exclamó Luis—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Una parte de su mente seguía repitiéndole que todo aquello sólo era un sueño, una alucinación provocada por la droga de las brujas. Y, como en cualquier pesadilla, cualquier mal que le sucediese en ella, desaparecería al despertar. ¿Era posible morir en un sueño?... Pero el dolor que había sentido en todos los huesos de su cuerpo cuando el Emperador había intentado desmembrarlo, había sido muy real. Aún seguía entumecido. Y, junto a él, Íñigo, tenía un lado de la cara hinchado y enrojecido, tras golpearse contra la pared de piedra... Si todo aquello era un sueño, era demasiado

real para su gusto.

El Nuberu estaba ensimismado, perdido en sus propios pensamientos. Su único ojo parecía haberse vuelto hacia su interior, y sólo se le veía la blanca esclerótica.

Cèleste lo sacudió suavemente por el brazo.

—Xoan, ¿qué te pasa? El tiempo se acaba.

—Los lansquenetes —dijo volviendo en sí. La pupila gris volvió a aparecer y giró hacia ellos—. Han entrado en la caverna...

—Eso no importa ahora —dijo la bruja—. Sigurd...

—Sí, sí —dijo el anciano sacudiendo la cabeza—. Hay que hacerles frente... Cèleste, ve junto a la boca del túnel y vuelve a invocar a los demonios atrapados en el lienzo. Ordénales que luchen hasta el fin contra los que vienen.

La bruja dejó al pequeño Carlos con Luis, y se dirigió hacia el corredor.

—¿Lograrán derrotarlos? —preguntó Luis.

—No. Pero nos darán un poco de tiempo...

—¿Tiempo para qué? —exclamó Íñigo—. ¡Ellos bloquean nuestra única salida!

El anciano hizo una señal indicándoles que se apartasen. Se arrodilló y, con la mano, limpió de pelos un trozo del suelo. Usando sus uñas, trazó un círculo en la piedra desnuda, y luego una estrella pentagonal dentro de él. En cada una de sus puntas dibujó extraños símbolos mágicos.

Extendió los brazos hacia adelante y empezó a susurrar una larga letanía. Era imposible entender la mayor parte de sus palabras, pronunciadas en un tono tan bajo que eran casi inaudibles, pero Luis alcanzó a distinguir entre otros los nombres de *Atollyon*, *Behemoth*, *Beherit*, *Haborin*, *Mastema*, *Pwkka*, *Saitán*, *Shaitan*, *Tchort*, *Typhon*.

Observó que, además de la invocación, el hechicero realizaba complejos movimientos con los dedos, como si así completase el significado y el poder de su voz. De repente, destelló una diminuta luz roja a un palmo por encima del pentágono. Luego, se produjo un largo sonido silbante, como el de un proyectil rasgando el aire, y a continuación la luz creció y aumentó su brillo hasta volverse deslumbrante.

Luis cubrió con su mano los ojos del pequeño, y él mismo apartó la vista de aquel resplandor anaranjado. Se volvió para mirar a Cèleste. Sus demonios se habían materializado de nuevo y atendían con fervor sus órdenes. Cuando la bruja dejó de hablar, aquellas espantosas criaturas se abalanzaron al unísono por el corredor.

Mientras miraba a Cèleste, sintió una presencia oscura e incandescente por detrás, como una vibración extraña y palpitante. Incluso el aire parecía temblar ligeramente agitando los pelos erizados de su nuca. Ya no tenía la impresión de sufrir una alucinación o una pesadilla; la temible criatura cuyo espíritu percibía era real y se había materializado a un paso de él, sobre el polígono dibujado por el Nuberu. Se volvió.

Un enorme alazán negro golpeaba el suelo con sus cascos. Era un animal espléndido, pero estaba ciego, con los ojos blancos como los de un pez hervido.

Montado sobre él, un caballero de deslumbrante armadura dorada. Tenía el morrión alzado, para mostrar su rostro de león humanizado, con la expresión encendida de ira y los ojos ardientes. En vez de espada, empuñaba una enorme serpiente de dos cabezas.

—Tienes mucho valor, hombrecillo —su voz era ronca, como si pronunciase con una garganta que no había sido hecha para las palabras humanas—, para atreverte a invocar al propio soberano del Inframundo.

Pero el Nuberu no se dejó amedrentar.

—¡Basta de mentiras! —dijo—. Tú, Mastema, Satán, o como quieras llamarte, siempre has gobernado en secreto en nombre de Él... Y ahora, que has sido derrocado por la revolución de Belzebuth, ni siquiera te queda la ilusión de que eres tú el que manda aquí. Por eso has acudido a mi llamada.

El rostro de león no perdió ni un ápice de su fiereza, pero la voz ronca sonó más humilde cuando dijo:

—¿Qué es lo que quieres?

—Primero que adoptes una forma menos intimidadora, de nada te han de servir esos juegos conmigo. Luego, que nos saques de aquí.

El caballero con cara de león y el caballo negro se fundieron el uno sobre el otro, como figuras de cera bajo el sol, mezclando sus formas y sus colores, a la vez que se reducía su volumen, hasta que sólo quedó una única figura en pie sobre el pentágono.

—¿Por qué no volvéis por donde habéis venido? —preguntó la nueva criatura.

Era delgada, de bellos rasgos, con el perfil afilado de un halcón, los ojos de un gris tan claro que se confundía con el blanco, el pelo de color marfil, recogido en una corona de trenzas. Era difícil determinar si era hombre o mujer. Sus formas quedaban ocultas por un amplio albornoz negro, que llevaba con la capucha echada hacia atrás.

—Porque no nos es posible —dijo el Nuberu—. Pero tú puedes abrirnos una salida hacia el exterior. Imagino que aún tienes las llaves de todas las puertas, y que el nuevo soberano no se habrá tomado la molestia de cambiar las cerraduras.

—¿Qué me ofreces a cambio? —su voz era neutra, bien modulada, sin emoción.

—Eso ya lo sabes.

Cèlesté, que había regresado junto a ellos, se colocó al lado del anciano.

—No —le dijo—, no lo hagas...

—No nos quedan más opciones —dijo el Nuberu—. Carlos debe volver; ésa es la única forma de derrotar al Mesías-Imperador.

La criatura vestida de negro asintió.

—Acepto el trato —dijo—. Ahora déjame salir de aquí.

Xoan frotó el círculo con un pie, rompiendo la línea que antes había trazado.

Mastema sonrió, mostrando unos dientes blancos y afilados, y dio un largo paso para salir del círculo. Luego, caminó tranquilamente hasta el extremo de la caverna opuesto a la boca del túnel. Allí agitó una mano con un gesto casual, como si espantase una mosca, y la roca se apartó como un delgado velo de gasa empujado por

el viento.

Un chorro de luz blanquísima penetró por el recién abierto orificio, cegando a los humanos que estaban detrás de la criatura.

Luis parpadeó deslumbrado, a la vez que aspiraba una bocanada del extraño aire caliente que irrumpió por la nueva abertura. Aún no podía apreciar ningún detalle. Sólo una luz tan intensa que lastimaba los ojos incluso a través de los párpados. Tenía su mano izquierda sobre el hombro del niño, y extendió la derecha palpando el aire en busca de una orientación. Entonces sintió la mano de Cèleste sobre la suya, guiándole.

—Vamos, Luis —dijo ella—. Salgamos de este horrible lugar... No te separes ni un instante de Carlos.

—No lo haré —le aseguró él.

El niño se apretó aun más contra él y Luis le pasó la mano por el pelo para tranquilizarlo; luego volvió a sujetarlo firmemente por el hombro. Caminaron juntos, a ciegas, guiados por Cèleste y por Xoan, que parecían haberse adaptado rápidamente a aquel intensísimo resplandor. Ascendían por una larga escalera de estrechos peldaños tallados en la roca. Tenía que palpar con el pie antes de asentar el siguiente paso. De vez en cuando entreabría los ojos deseando ver algo. El aire era tan caliente que quemaba la garganta y los pulmones, y era necesario respirarlo en cortas bocanadas.

El ascenso fue agotador, interminable, pero sirvió para que los ojos de Luis acabaran por acostumbrarse a la luz. Primero empezó a ver sombras azules en medio de la blancura y poco a poco fue distinguiendo formas. Vio la espalda del Nuberu, que iba delante, a un paso por detrás de Mastema. Se volvió hacia Cèleste, que caminaba junto a él, guiándolo, y ella le preguntó:

—¿Ya puedes ver?

—Empiezo a hacerlo —dijo Luis parpadeando.

Se giró. Íñigo iba justo detrás de él, con su ropera desenvainada. Tenía los ojos dolorosamente enrojecidos y dos surcos de lágrimas descendiendo por sus mejillas.

—Tranquilo —dijo—. Nadie nos sigue aún.

Siguieron subiendo. Los escalones de piedra eran cada vez más anchos.

Cuando salieron al exterior, Luis volvió a perder la vista. Durante un interminable instante, sus ojos no lograban delimitar ninguna forma, tan sólo veía nubes de luz cambiante. Recordó lo que Cèleste le había dicho durante su primera visita al Inframundo... allí los ojos necesitaban volver a aprender a ver. Era como abrirlos bajo el agua.

Se concentró en sus pies, que descansaban sobre una superficie rugosa. Parecía piedra, y ellos habían salido del túnel por un gran agujero practicado en ella. Pero no parecía roca. Luis arrastró el pie arrancando algunos pedazos... parecía la corteza de

un árbol... Un árbol gigantesco, y él estaba de pie sobre una de sus ramas.

Alzó la vista y descubrió que su interpretación era correcta y errónea a la vez.

Cèleste, él, el pequeño Carlos, Íñigo, el Nuberu y su andrógino guía, todos estaban de pie sobre la rama de un árbol. Pero decir que era gigantesco resultaba tan equívoco como afirmar que era diminuto. Su tamaño desafiaba cualquier medida concebida por el hombre, excepto la de «infinito». El gran tronco central se extendía sin fin hacia arriba y hacia abajo, hasta perderse en el límite de la visión en ambas direcciones, generando millones de ramas que se dividían en más ramas, una y otra vez, superponiéndose, entretejiéndose entre sí para formar la compleja geometría de un tupido tapiz que se fundía en la distancia en una inabarcable masa de color verde uniforme, bajo una cúpula dorada que reflejaba toda la gloria del sol al mediodía, pero que no daba sombras. Tampoco pudo localizar el astro en el cielo. Se dijo que no era un sueño aquello que veían sus ojos, ni el verde de las hojas era mentira, ni sus pasos resonando sobre la madera de aquel árbol infinito, mientras remolinos de polvo dorado se alzaban entre sus pies.

Una sensación la náusea y desorientación se formó en el fondo del estómago de Luis. Sentía la boca seca, como si estuviera llena de arena y tuvo que esforzarse para no vomitar a la vez que intentaba respirar lentamente por la nariz. Volvió a mirar sus pies plantados sobre la firme corteza que desprendía escamas de oro.

—¿Esto es el Cielo o el Infierno? —preguntó con voz entrecortada.

—Es el exterior de la caverna —le dijo Cèleste—. Querías verlo... y tu deseo se ha cumplido.

—Es el Yggdrasil —dijo el Nuberu casi para sí—, el Árbol Cósmico Sagrado, que no puede ser analizado ni definido, absoluto en sí mismo, sin significación más allá de sí mismo.

Luis contempló absorto en el paisaje que lo rodeaba. Su mente empezaba a tranquilizarse lo bastante como permitirle apreciar más detalles. Vio que muchas ramas estaban rematadas por una pequeña esfera azul iridiscente, como si una burbuja de agua se hubiera quedado prendida allí, y brillaban reflejando la luz.

«Pero», pensó, «si puedo distinguirlas a pesar de la distancia... ¿qué tamaño tienen realmente esas burbujas?».

Comprendió que si él estaba ahora sobre una de esas ramas, quizá también...

Se giró y...

Al principio sólo vio una gran pared de color azul oscuro, acuoso, como si una gran ola se abatiese sobre él. Lugo giró la cabeza a un lado, a otro, hacia arriba, hacia abajo, hasta que logró abarcar toda la esfera que estaba prendida al final de la rama.

Mostraba una zona, como un gajo, de un intenso color azul claro, brillante, que se volvía casi negro al otro lado, con una tenue franja rosada separándolos. Comprendió que estaba mirando desde una gran distancia un océano punteado con racimos de islas y cubierto en parte por remolinos de nubes que eran como un conglomerado de hebras de lana blanca, en los que centelleaban halos de chispas, como inquietos

gusanos de luz. También pudo apreciar los continentes de color pardo, incluso la conocida forma del Mediterráneo y las costas que lo rodeaban.

Aquello era el mundo. Su mundo. La Tierra.

La esfera era transparente, y Luis observó cómo la rama del Yggdrasil penetraba en su interior y se ramificaba en un apretado manojo de diminutas ramitas, como un alvéolo cuyos extremos se extendían hasta tocar la superficie del mundo. La densidad de aquellas raicillas era superior debajo de los continentes y menor bajo los mares. Muchas estaban marchitas o extintas y otras lucían un vigoroso color verde. Mientras miraba, uno de aquellos tallos verdes se marchitó y se extinguió.

—Son las almas —comprendió—. Las almas de todo lo que vive sobre la Tierra.

Cèleste tocó el hombro de Luis y, cuando éste se volvió hacia ella, señaló la nueva puerta que Mastema había abierto en la superficie del árbol.

—Tenemos que regresar —dijo—. No podemos permanecer más tiempo aquí.

Luis asintió y con un esfuerzo apartó la vista de la fascinante esfera azul. Se asomó al agujero y distinguió varios escalones que descendían hacia las profundidades.

—Vamos, Carlos —dijo señalando la escalera al niño—. Volvamos a casa.

—¿Me llevarás a ver a ese Copérnico? —preguntó el pequeño.

—Sí, si tú quieres... —Luis se detuvo extrañado—. ¿Qué sucede? ¿Xoan?

El anciano se había quedado atrás, junto a la andrógina figura de Mastema.

—Es hora de despedirnos, amigos míos. Yo me quedo aquí.

Al oír esto, Íñigo, que ya había descendido un tramo de escalera, se dio media vuelta y regresó a toda prisa a la superficie.

—¿Qué has dicho? No estás hablando en serio, Nuberu. No puedes...

—No hay más remedio.

Cèleste se acercó al anciano tuerto.

—No tienes por qué hacerlo —dijo.

—Oh, sí. Hice un trato con Mastema, y me temo que él va a insistir en que cumpla mi palabra... ¿No es así? —la criatura asintió—. Además, los lansquenets ya están en la caverna y tienen mi cuerpo en su poder. Yo no podría volver aunque quisiera, y vosotros estáis en grave peligro si no lo hacéis cuanto antes...

—Pero... —empezó Íñigo.

—¡Basta! —exclamó Xoan—. Hay algo mucho más importante que cualquiera de nosotros. Si Carlos no regresa al mundo será Sigurd quien venza al final... Así que no perdáis más tiempo y bajad de una vez por esa escalera.

El señor de Vauldre se detuvo un momento para contemplar el desastre. Las rocas, los cascotes, y los trozos de madera, se mezclaban al pie de la pared de piedra con los cuerpos mutilados que se amontonaban en grotescas posturas. Durante todo su camino hasta allí había estaban oyendo los lamentos de los heridos y moribundos que el viento arrastraba lúgubrementemente hacia el valle. El asedio había durado sólo unas horas, pero sin duda había sido terrible. Los defensores habían vendido muy cara su vida.

—Señor, podéis subir por aquí —dijo el germano que lo guiaba mientras señalaba una escalera hecha con troncos bastante gruesos clavados entre sí—. La hemos comprobado y es segura.

Vauldre echó la cabeza hacia atrás y miró con desánimo hacia la entrada de la cueva. No le gustaban las alturas.

—¿Mi material ya está arriba? —preguntó.

—Sí señor. Nadie tocará nada hasta que lleguéis, tal y como ordenasteis.

—Muy bien, allá vamos entonces.

Mano sobre mano, y con mucho cuidado de no mirar hacia abajo, Vauldre fue subiendo hacia la caverna. No fue tan difícil como temía, en parte porque dos germanos se habían quedado abajo sujetando la escalera para que no se moviese en absoluto. Junto a él se derramaba, estruendosa, la cascada, salpicándole con gotitas de agua que el viento empujaba en su dirección. También intentaba no volverse hacia ella mientras subía, pues la caída del agua le producía una sensación de vértigo.

Al fin llegó arriba y tuvo que enfrentarse a la visión de más cadáveres. La carnicería allí había sido inconcebible. No había ni un palmo del suelo que no estuviese encharcado de sangre. Su intenso hedor se unió al vértigo de la subida y le revolvió el estómago. Pero Vauldre se contuvo porque no quería darles a aquellos rudos hombres la satisfacción de ver a un viejo borgoñón vomitando ante la visión de la muerte.

—¿Dónde está el Rey?

—Yo os conduciré hasta él, señor —dijo un lansquenete haciendo una desganada inclinación.

Vauldre entró en el túnel y lo recorrió en pos de aquel hombre. Cruzaron junto a una pared llena de nichos que contenían los cadáveres de unos guerreros momificados, y se adentraron cada vez más en las tenebrosas profundidades.

Al final del túnel se abría una angosta abertura. El lansquenete se apartó contra la pared para dejarlo pasar y dijo.

—Es aquí, señor.

Vauldre se asomó para estudiar el espacio que había al otro lado de la abertura. Era una caverna semiesférica, como un gran cuenco colocado boca abajo, una cúpula de piedra casi perfecta que servía de techo a un amplio espacio circular. En el centro

estaban alineados varios cuerpos, tendidos uno junto a otro. Inmóviles, como si estuviesen dormidos. Los soldados germanos que deambulaban por la cueva se movían con cuidado a su alrededor, como si temiesen despertarlos, pero él sabía que aquel sueño era tan profundo que eso era del todo imposible.

Un *doppelsöldner* parecía estar a cargo de todo. Vauldre caminó hasta él. El germano le saludó cuando lo vio llegar. A diferencia de la mayoría de lansquenetes que había visto, éste era extremadamente delgado, casi esquelético. Era muy pálido y sus mejillas se hundían creando profundas sombras a la luz de las antorchas. Sus ojos brillaban malévolamente al fondo de dos oscuras simas.

—Señor —dijo—. Todo está en orden aquí. Siguiendo sus indicaciones, ordené que nadie tocara nada hasta que usted llegara...

—¿Estaban exactamente en esta posición cuando los encontraron?

—Sí, señor. Personalmente hubiera sacado al rey de aquí de inmediato, para llevarlo a lugar seguro. Pero teníamos orden de...

—Ha hecho bien, soldado —dijo Vauldre.

Se apartó de él y se acercó a los cinco cuerpos yacentes. Por orden, desde la entrada de la caverna hasta el centro de la misma, estaba Luis, el más joven de los vizcaínos, la bruja, el anciano tuerto, y el rey, que ocupaba el centro geométrico. Luis era el único que estaba tumbado boca abajo, y los otros estaban en decúbito supino.

A los germanos que deambulaban por allí se los veía nerviosos de ver al rey en esas condiciones y no hacer nada para atenderlo. Pero Vauldre tenía una preocupación mayor. Alzó la vista hacia el *doppelsöldner*.

—¿Y el traje de cuero? —le preguntó.

El germano chasqueó los dedos y dos de sus hombres descubrieron un extraño armatoste que estaba al fondo, cubierto con un lienzo. Lo sujetaron por unas correas que salían de sus lados y lo arrastraron hacia donde estaban los cuerpos.

—Dejadlo ahí... al costado del anciano, muy bien.

Vauldre se arrodilló junto al Nuberu y le colocó una mordaza. Era un artilugio especial, con un apéndice que penetraba dentro de la boca para sujetar la lengua e impedir que el poderoso mago pudiera moverla en absoluto. La apretó con fuerza con ayuda de unas correas laterales.

Luego se puso en pie y ordenó que abrieran el traje de cuero. Estaba lleno de correas y hebillas que tintineaban al manipularlas. Tenía más o menos la forma de una silueta humana, con los brazos y las piernas un poco separados y reforzados con anillas de hierro. Las correas servían para sujetar cada uno de los miembros del cuerpo e inmovilizar por completo a su ocupante. Las manos eran un caso especial: dos cilindros de hierro llenos hasta el borde de cera virgen. Vauldre pidió una antorcha y los calentó hasta que el metal se puso al rojo y la cera de su interior se fundió. Inmediatamente ordenó a los lansquenetes que metieran al anciano tuerto dentro del traje.

—No os preocupéis, que no se va a despertar —dijo. Y rogó para que así fuera.

Se ocupó personalmente de introducirle las manos en los recipientes de cera, y de ajustarle las correas de los brazos tan fuertes que era imposible que los moviera. La cera, al enfriarse formaría una masa compacta con sus dedos, y también impediría cualquier otro movimiento.

Sólo cuando la última correa estuvo fuertemente ajustada alrededor del pecho del Nuberu, Vauldre se sintió lo bastante seguro como para ocuparse del resto.

—Podéis evacuar ya al rey y llevarlo a un lugar seguro —dijo.

El *doppelsöldner* dio las órdenes y varios soldados se acercaron para envolver el cuerpo de Carlos con la sábana con la que pensaban sacarlo de allí.

—¿El que has encerrado ahí es ese brujo tan poderoso? —le preguntó a Vauldre.

—Sí.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos con los otros?

Vauldre se quedó mirando con tristeza a Luis durante un momento. No deseaba hacerlo, pero las órdenes del señor de Chièvres habían sido muy claras. Al fin dijo:

—Matadlos.

El *doppelsöldner* desenvainó una daga y se arrodilló junto a la bruja. Una mueca macabra se dibujó en su reseco rostro cuando la sujetó por los cabellos y apoyó la hoja de acero en su garganta. Esto iba a ser piadosamente rápido...

—¡Alto! ¡Detente!

El germano se volvió hacia el que había hablado. Lo había hecho en francés, una lengua que él no entendía, pero el tono autoritario era inconfundible.

El rey había despertado. Apartó de un manotazo la sábana que lo envolvía y se incorporó un poco. Los hombres que lo llevaban lo dejaron suavemente en el suelo y se hicieron a un lado.

—No te atrevas a hacerle ningún daño a esa mujer... —siguió diciendo Carlos, siempre en francés, pero con una voz mucho más débil.

El *doppelsöldner* se había quedado paralizado, sin saber qué hacer, con el largo cabello negro de Cèlestes en una mano y el cuchillo en la otra.

Vauldre se acercó a él y apoyó una mano en el hombro del soldado.

—Obedece al futuro emperador —le ordenó—. Déjala. Luego hizo una profunda reverencia hacia el postrado monarca.

—Majestad —dijo—, me alegro de que os encontréis de nuevo entre nosotros.

Carlos se llevó la mano al rostro y se dejó caer hacia atrás. Era evidente que incorporarse había supuesto para él un esfuerzo agotador.

—Ellos... me han salvado la vida... —dijo con un hilo de voz—. De su seguridad me responderás tú, Vauldre, en persona...

—No les pasará nada, majestad. Os lo aseguro.

Por el rabillo de ojo vio que Luis empezaba a moverse, y oyó gemir suavemente a la mujer. Suspiró aliviado. Aunque todo parecía indicar que sus planes habían fracasado de momento, una parte de él se alegró de que no se cumpliera la terrible sentencia de muerte que Chièvres había ordenado.

Todos se estaban despertando ya. Instintivamente, se volvió para mirar con temor el traje de cuero. No pudo apreciar el menor movimiento.

Parecía seguro, pero rezó para que el Nuberu jamás lograra escapar de él.

Octubre de 1517

San Vicente de la Barquera era una hermosa villa situada entre el mar y las montañas. Tenía un gran puerto, muy bien protegido, porque muchos de sus habitantes se dedicaban a la pesca del bacalao en los mares del Norte. Allí se había reunido parte de la flota para esperar la llegada del rey. El resto seguía en Santander.

Muchos nobles flamencos ya habían desembarcado tiempo atrás y estaban cómodamente alojados en la villa. Cuando oyeron la noticia de que la comitiva de Carlos estaba cerca, acudieron presurosamente al camino de Colombres, en compañía de las gentes del lugar, para darle una entusiasta bienvenida a su monarca. Pero se sintieron defraudados cuando no pudieron ver al rey, y preocupados cuando fueron informados de que desde Llanes había estado gravemente enfermo.

La comitiva atravesó la ciudad, acompañada por los vítores y aplausos de la multitud que esperaba congregada en las calles, pero siguió sin detenerse hasta el monasterio de los franciscanos, donde fueron recibidos por el abad. Allí, por fin, la gente pudo ver a Carlos I descender del carromato en el que viajaba en compañía de su hermana Leonor, envuelto en una gruesa manta de lana, y apoyado en el brazo de médico Juan de Hochstrate. Cuando la multitud lo aclamó desde el otro lado de la verja, Carlos se volvió y los saludó con la mano. Luego desapareció dentro del monasterio.

En aquel lugar permaneció el rey encerrado durante trece días, recuperándose de su extraña enfermedad.

Durante todo ese tiempo, Luis también estuvo en el monasterio, encerrado en una de las celdas la mayor parte del tiempo. Todos los días lo visitaba Laurent Vital, y luego lo acompañaba a dar un paseo alrededor del claustro, siempre bajo la atenta mirada de algún guardia armado.

Laurent era su única fuente de información de lo que estaba pasando fuera, pero sus noticias no siempre eran agradables.

—Hay peste en Burgos y en sus alrededores —le contó—. Será necesario cambiar una vez más los planes del viaje y evitar esa ciudad para ir directamente a Valladolid. No sé lo que piensas tú, amigo mío, pero yo me pregunto si aún nos pueden suceder más desdichas o ya las hemos agotado todas.

—¿Tienes idea de cómo está el rey?

—Misterio. Pero debe de estar recuperándose, porque me han ordenado que prepare sus bagajes para que partan ya en una caravana que va hacia Aguilar de Campoo. Allí nos reuniremos también con el resto de los nobles que aún esperan en Santander. O sea, que no tardaremos en ponernos en camino hacia el interior del país.

Luis también le preguntaba siempre por Cèleste, pero Laurent no tenía ninguna noticia de ella.

A pesar de los deseos de Laurent de que las desdichas hubieran terminado ya, éstas no dejaban de acechar a todos los implicados en aquel accidentado viaje. El mal tiempo del otoño más inclemente de los últimos años azotó aquellas costas, y puso en peligro a las naos que viajaban desde Santander para reunirse con el rey. Un fuerte viento del mar empujó a las embarcaciones hacia las rocas y sólo la pericia de los pilotos, entre los que estaba Jean Cornille, evitó por poco el desastre.

Con toda la corte reunida al fin en San Vicente, el señor de Chièvres anunció que el viaje continuaría el día doce de octubre, y que la primera escala sería la villa de Treceno, que estaba a dos leguas hacia el interior, donde se alojarían en las tierras de la familia de don Diego de Guevara, el maestresala del rey.

En la madrugada del día doce, el señor de Chièvres se presentó de improviso en la celda de Luis. Dio orden a los guardias de que mantuvieran la puerta bien cerrada, se acercó al modesto escritorio de la celda y dejó unos papeles sobre él.

—Ya veo que tenéis tinta y pluma —dijo con hosquedad, sin dirigirle la mirada al ocupante de la celda—. Haced uso de ellos y firmad de inmediato estos papeles.

Luis tomó uno de los papeles y lo acercó a la luz.

—¡No os he dicho que los leáis! —bramó Chièvres—. ¡Limitaos a firmarlos!

—Disculpadme, mi señor —dijo Luis mientras se sentaba en el escritorio—, pero no tengo costumbre de firmar nada que antes no haya leído...

Chièvres se dio la vuelta y paseó nervioso por la celda. Al cabo de un momento, Luis se volvió hacia él y le dijo:

—Mi señor de Chièvres, no puedo poner mi nombre en estos... documentos. Aquí se afirma que yo he tratado a la madre de su majestad el rey y que he concluido que su locura obedece a causas naturales y que no tiene cura...

—Exacto. ¿Y qué problema tenéis?

Luis lo miró con un gesto de aprensión.

—Que es una falsedad, mi señor.

—Doña Juana está loca, os doy mi palabra.

—Pero yo no he tenido la oportunidad de observarla como se dice aquí. En conciencia no puedo dictaminar su locura sin antes haberla visto... Quizá cuando llegemos a Tordesillas...

—No vais a ir a Tordesillas, ni a ningún otro sitio si no estampáis vuestro nombre ahí. No queráis burlaros de mí, maldito marrano, sé perfectamente lo que ha sucedido, y vuestra implicación en todo ello. Estáis vivos sólo porque Carlos así lo ha ordenado y aun no he logrado hacerle cambiar de parecer; pero si no ratificáis esa declaración de que doña Juana está loca, os juro por Dios que haré entrar al guardia que está esperando ahí fuera para que os estrangule con vuestro propio cinturón.

Parecerá que os habéis quitado la vida vos mismo, atormentado por las desgracias que persiguen a vuestra familia, y Carlos nunca sospechará nada... Firmad y viviréis. No lo hagáis y moriréis. Es así de sencillo. Vamos, no me hagáis perder más el tiempo.

«Así de sencillo», pensó Luis. Como en un sueño, cogió la pluma y la introdujo en el tintero. Luego la acercó a sus ojos y se quedó mirando fijamente la punta. Una gotita de tinta se desprendió y cayó sobre la madera toscamente trabajada del escritorio.

Quizá el Luis que había iniciado aquel viaje sí hubiera firmado. Era lo más inteligente sin duda. Después de todo, ¿qué iba a cambiar realmente su firma? Si el señor de Chièvres y el resto de la nobleza borgoñona estaban decididos a inhabilitar a la madre del rey, lo iban a hacer con o sin su colaboración. ¿Por qué morir por ello entonces?

Pero después de todo lo que había visto, aquel patético individuo con el rostro cubierto de verrugas, tenía muy pocas posibilidades de lograr intimidarle.

Arrojó la pluma sobre la mesa.

—No —dijo con una tranquilidad pasmosa.

De dos zancadas, Chièvres se plantó junto a él, cogió la pluma, la mojó en el tintero y la colocó en la mano de Luis. Luego le apretó la mano entre las suyas.

—¡Firmad! —gritó.

Luis se zafó de él y volvió a tirar la pluma.

—No lo voy a hacer. Os ruego, mi señor, que no sigáis insistiendo.

Chièvres resopló. Su rostro estaba congestionado. Por un momento, Luis temió que el privado iba a desenvainar la enojada daga que llevaba prendida del cinturón y le iba a degollar él mismo.

Pero lo único que hizo fue recoger los papeles de un manotazo y dirigirse hacia la puerta. La emprendió a puñetazos con ella hasta que el guardia le abrió, y abandonó la celda con un furioso revuelo de ropajes.

Luis permaneció sentado en el escritorio y desde allí oyó los pasos de Chièvres, alejándose. Habían dejado la puerta abierta. Al cabo de un rato, y al ver que nadie la cerraba, se puso en pie y se asomó al claustro. Estaba vacío.

Abandonó la celda y salió al exterior sin encontrarse a nadie que le impidiera el paso. Apenas estaba amaneciendo mientras los gallos competían con su canto. Las paredes orientales de la villa estaban ya iluminadas por el sol, la piedra gris teñida de anaranjado, como si reflejasen un incendio. Algunas luces encendidas en las ventanas señalaban que los más madrugadores ya estaban en pie desde hacía horas.

Frente a la fachada principal del monasterio de los franciscanos la actividad era frenética. Allí se había congregado la caravana; carromatos, caballos, carros cargados de baúles, las damas y los nobles dando rápidas órdenes y sus criados corriendo de un lado a otro para cumplirlas. Unos a caballo, otros sosteniendo las bridas, otros aparejando los carromatos. Todo parecía dispuesto para partir de un momento a otro.

—Luis, gracias a Dios que os encuentro aquí. Venid conmigo os lo ruego.

Era Laurent.

—¿Qué sucede, amigo mío?

—El rey... El propio don Carlos quiere hablar contigo... Vamos, acompáñame.

Luis siguió al camarero real hasta el carromato que Carlos compartía con su hermana Leonor. El rey estaba sentado en el estribo de la parte de atrás, muy abrigado con el mismo manto de piel de cordero que le había visto llevar el primer día de viaje.

Cuando vio llegar al valenciano, alzó la cabeza hacia él y le sonrió.

—Me llevaréis a conocer a ese Copérnico del que me hablasteis —afirmó con voz temblorosa—, pero no ahora. Lamentablemente, otros asuntos me van a tener muy ocupado durante mucho tiempo. Pero espero que algún día cumpláis vuestra promesa...

Luis hizo una profunda reverencia y dijo:

—Os lo aseguro, majestad... ¿Ya os encontráis recuperado?

—Me siento muy débil, ésa es la verdad —dijo Carlos—. Como si acabase de despertar después de haber dormido durante años... Y así ha sido, ¿no?

—Sí, podría decirse así, majestad. ¿Lo recordáis todo?

—Casi todo, pero... nebuloso, como un sueño. Temo olvidarlo, y por eso quisiera ponerlo por escrito en algún momento. Lo haré cuando me haya recuperado totalmente. En estos últimos días, he estado averiguando sobre ti... Eres un hombre sabio, y un buen amigo de mi antiguo maestro, Erasmo de Rotterdam... Dime, Luis, qué piensas de lo que nos ha sucedido... ¿Todo ha sido un sueño?

—Quizá sí, majestad. Todo es posible en el laberinto de la mente humana. Y, si no es así, ¿qué valor tienen los sueños? Profetas y santos soñaron palabras divinas, y en sueños se les aparecieron los ángeles de Dios. Algunos sabios y filósofos llegaron a sus descubrimientos a través de un sueño revelador...

No pudo decir más. Le resultaba imposible, porque él también sentía la necesidad de escuchar de otros labios la versión de unos hechos que contradecían todo aquello que había aprendido desde que tenía uso de razón.

—Pero quizá yo no soy el más indicado para responder a esa pregunta.

El Rey asintió pensativo, quizá un poco decepcionado, y dijo:

—Vas a regresar a Flandes, Luis, y allí volverás a tus clases en Lovaina y a ocuparte de la educación del sobrino de Chièvres. Le he dicho a mi privado que ése es mi deseo y no se atreverá a contradecirme... Eso es lo que quieres, ¿no?

—Sí, majestad. Os lo agradezco mucho.

Carlos empezó a toser y se puso en pie.

—Ahora será mejor que me resguarde de este aire tan helado —dijo.

Luis volvió a inclinarse ante el rey hasta que éste desapareció dentro del carromato. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia el monasterio en busca de su valija. Levantó la vista hacia el sur, donde se erguían las montañas que guardaban tantos misterios. Pensó que nunca podría volver a entrar en una caverna sin revivir

esos días.

—¿Entonces no vas a continuar con nosotros? —le preguntó Laurent, que había aguardado pacientemente mientras Luis hablaba con el rey.

—Parece ser que no —dijo—. Tendré que enterarme del resto del viaje leyendo ese diario que dices que estás escribiendo.

—Espero poder relatártelo personalmente algún día.

—Que así sea, amigo mío.

Al llegar junto a la puerta del monasterio se despidió de Laurent estrechándole la mano y abrazándolo. Luego deambuló por el claustro sin decidirse a entrar en su celda, con la mente llena de imágenes extrañas y colores imposibles. La cabeza le daba vueltas tratando de contener aquellas imágenes que fluían con ansiedad.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Dar media vuelta y marcharse sin más? ¿Dejar tantos misterios atrás y recuperar su vida gris como profesor en Lovaina?

Sí, lo cierto es que eso era lo que deseaba.

En la celda le esperaban Cèleste e Íñigo.

Luis cruzó la habitación y abrazó a la mujer con una alegría que no pudo contener. Sintió la comunicación entre ellos a pesar de no haber cruzado una sola palabra. Los cuerpos no mentían, como tampoco lo hacían los ojos. Él ya había imaginado que no se volverían a ver, y su presencia allí había hecho que las defensas que había levando a su alrededor se derrumbaran y que se dejase llevar por la emoción. Las lágrimas acudieron a sus ojos y las dejó fluir sin intentar contenerlas mientras seguía abrazado a ella.

Cuando se separaron, alzó una mano para saludar a Íñigo, y éste le respondió con el mismo gesto. Luis observó que aún se le notaban las marcas en la cara de cuando Sigurd lo lanzó contra una de las doce columnas que rodeaban su caverna.

«¿Cómo es posible si todo fue un sueño?», le preguntó una parte de su mente a la otra, la más racional. Y ésta no supo qué contestar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó la bruja.

—No tengo muchas opciones. Me han ordenado que regrese a Flandes y que me ocupe de la educación de Guillermo de Croÿ. Creo que el señor de Chièvres ha aceptado esto porque sabe que así me tendrá controlado día a día.

—Eso es lo que te han ordenado, sí. Pero, qué piensas hacer tú —insistió Íñigo.

—Ya os he dicho que no tengo muchas opciones —se volvió hacia la muchacha y le preguntó—: ¿Qué es lo que piensas hacer tú, Cèleste?

—Vamos a continuar hasta Tordesillas —dijo ella—. Íñigo me asegura que en la corte española tiene buenos amigos que podrán ayudarnos...

—¿Pero qué queréis hacer allí?... Pensaba que ya habíamos vencido a Sigurd. El Nuberu dijo que se tardarán cientos de años en volver a engendrar un cuerpo capaz de albergar su alma. Que los que vivan entonces se ocupen de hacerle frente...

—Sigurd ha sido derrotado, es cierto —dijo Cèleste—. Pero sus fieles siguen en el mundo, y toda la magia que se ha usado para llevar a Carlos al poder ha dejado una huella que costará rectificar. Pero las únicas huellas que a mí me interesan son las que se refieren a mis padres. Quiero averiguar cuáles eran exactamente sus planes sobre mí. Si todo lo que sabía de mi pasado era mentira, ahora necesito conocer la verdad.

Las palabras de Cèleste resonaron en el corazón de Luis, vacío ya de fuerzas para más aventuras, consciente de que había sido él quien se había empeñado en preguntar aun a sabiendas de que sólo había una respuesta que le hubiera agradado. Pero Cèleste no era el tipo de mujer que se retira para vivir una vida tranquila, alejada de problemas, justo lo que él deseaba ahora con todas sus fuerzas.

Valencia, París, Lovaina... las ciudades en las que había vivido le parecían ahora habitadas sólo por sonámbulos. Pero también comprendía que en ellas había gente que luchaba por despertar. Héroe infatigables que, como en los antiguos mitos, se enfrentaban una y otra vez contra su destino para encontrar su camino hacia la

Verdad. Muchos tenían las rutas grabadas sobre su alma, pero necesitaban realizar personalmente el viaje porque sólo así adquiriría sentido y realidad. Luis deseó ser uno de ellos, pero no lo era.

Lamentablemente, no lo era.

Se produjo un largo silencio que Luis rompió al fin.

—Debo irme —dijo.

Ella volvió a abrazarlo y le besó en los labios. Esa fue su despedida, emocionada, física y maravillosa. Luego, Luis recogió su valija y salió de la habitación sin añadir ni una palabra más. Cualquier forma de decir adiós le hubiera parecido falsa, así que se marchó en silencio, llevándose con él las heridas de la gran aventura que habían vivido, esas cicatrices que esperaba que hicieran de él un implacable guerrero en las luchas cotidianas.

De una cosa estaba seguro, jamás volvería a temer a sus pesadillas, porque ahora los recuerdos eran tan estremecedores como aquéllas.

En el puerto vio la nao que lo iba a devolver a Flandes, y en su cubierta a Jean Cornille que lo saludó alzando la mano.

Entonces se sintió, por primera vez, verdaderamente feliz de volver a casa.

AGNUS DEI

Pues ¿tan parecidas
a los sueños son las glorias
que las verdaderas son
tenidas por mentirosas
y las fingidas por ciertas?

Calderón de la Barca, *La vida es sueño*.

Noviembre de 1517

Desde el otro lado del río, sólo era posible ver las torres más altas de Tordesillas. Un muro de piedra y adobe ocultaba la vista de sus calles y casas. La comitiva real descendió por el parapeto que bordeaba la barranca rocosa de aquel margen del Duero, y, tras cruzar un hermoso puente de siete arcos, entró en la villa.

El reencuentro con la madre del rey había sido cuidadosamente planificado horas antes. El duque de Estrada y fray Juan de Ávila, el confesor de la reina, se habían reunido con Carlos y Chièvres en la cercana Villanubla. Acordaron que ellos irían delante, para avisar a doña Juana de la llegada de sus dos hijos y del señor de Chièvres, y rogarle audiencia.

Llegaron a la casona donde estaba alojada la reina. Grande y tosca, con las paredes blanqueadas con cal, de tres pisos de altura, situada cerca del río y flanqueada por otras casas muy juntas entre sí. Ni siquiera era el palacio original de la villa, que había sido transformado muchos años atrás en un convento para las monjas de Santa Clara. Aquella casona pertenecía a la devota esposa del rey Enrique II, otra reina Juana, que la había mandado construir sólo para estar cerca de las monjas.

La sensación que causó aquel edificio a los exquisitos y sofisticados nobles borgoñones fue de asombro por su extrema pobreza. No tenía nada de especial, ni siquiera en lo que se refiere a los materiales de construcción (ladrillos, adobes, madera), que carecían de la nobleza de la piedra labrada. Las paredes tampoco lucían ningún adorno, excepto unos ingenuos motivos pintados en torno a alguna ventana o puerta para destacarla. Y lo que era peor, el humilde estuco de las paredes estaba agrietado y desportillado, mostrando las inconfundibles huellas de la ruina y el abandono.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó uno de los borgoñones, horrorizado—. ¿Éste es el «palacio» donde se aloja la reina de España?

—Lamento que te ofenda su pobreza, amigo mío —le dijo Diego de Guevara algo amoscado—. Sin duda que los palacios españoles carecen de la grandeza que de los flamencos a los que estás acostumbrado. Pero ten en cuenta que durante siglos hemos sido una nación en guerra, y nuestros reyes han llevado una vida nómada, viajando de un lado a otro, empeñados en continuas luchas contra los musulmanes. Gracias a su esfuerzo, vosotros os librasteis de ser invadidos por los moros, y así pudisteis dedicaros a construir hermosos palacios.

—¿Y quién puede saber lo que podría haber sucedido? —replicó el borgoñón sin dejarse impresionar por las palabras de Diego.

Todas las ventanas de la casona estaban cerradas. No dejaban ver nada del interior, manchas de madera oscura que miraban desde las paredes blancas. Entonces la puerta principal se abrió y salieron dos hombres. Uno de ellos era un guardia con

una deslucida coraza y un arcabuz terciado. El otro era un civil, bajo y robusto, con pelo rubio que comenzaba a encanecer y ralear. Mientras hincaba la rodilla para reverenciar al rey, dijo que era Luis Ferrer, el cortesano que había recibido el encargo del propio Fernando el Católico de custodiar a la reina. En ese momento aparecieron también el duque de Estrada y fray Juan de Ávila, que les anunciaron que doña Juana estaba preparada para recibirlos en sus aposentos.

Carlos echó pie en tierra y ayudó a su hermana Leonor a bajar de la carreta en la que ambos viajaban. En los días de camino que habían transcurrido desde San Vicente, el joven rey se había repuesto por completo. El señor de Chièvres se unió a ellos y le ordenó a Ferrer que los guiase a presencia de su majestad.

Atravesaron un gran salón cuyas frías paredes desnudas habían sido decoradas con grandes tapices procedentes de los Países Bajos.

Chièvres se retrasó un poco para hablarle en voz baja a Carlos.

—Recordad, majestad, que según las leyes españolas ella es la única soberana. Eso complica nuestra posición aquí, ya hemos recibido rumores sobre el malestar de algunos nobles españoles. Para muchos de ellos sólo somos usurpadores extranjeros que venimos a robarles lo poco que tienen. Aún no representan un peligro real, pero la reina siempre tendrá partidarios que piensen que está encerrada aquí contra su voluntad.

Carlos sacudió la cabeza.

—Amigo mío, ¿por qué es todo tan complicado? Partidarios de mi madre, partidarios de mi hermano Fernando... Te pido, señor de Chièvres, que tengas fe en mí, porque estos asuntos familiares soy yo quien debe solucionarlos. Ahora mismo, lo único que desea mi corazón es volver a ver a mi madre.

—Por supuesto, majestad —dijo Chièvres torciendo el gesto.

Llegaron a la puerta de la cámara de la reina y el duque de Estrada se volvió hacia ellos y dijo:

—Su majestad desea hablar en primer lugar con vos, señor de Chièvres, al parecer os recuerda como un buen amigo de su difunto esposo. Luego, cuando salgáis, pide que entren sus hijos.

—Lo haremos todo como ella quiere —gruñó el privado mientras empujaba la puerta de la cámara.

Se escucharon unos gritos de mujer y Chièvres volvió a salir al instante. Tenía el rostro rojo de ira.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Leonor, mirándolo asombrada.

—Nada importante, mi señora. La enfermedad ha confundido los recuerdos que tiene doña Juana, porque ha vertido las acusaciones más absurdas sobre mi persona...

—Se volvió hacia Carlos—. Ciertamente creo que no es el momento de tratar esos temas, majestad, sino el de que os reunáis al fin con vuestra señora madre.

Carlos asintió, tomó a su hermana del brazo y entró con ella en la cámara.

La habitación era oscura, con unas diminutas ventanas enrejadas como única

fuente de luz. Las paredes estaban cubiertas con tapices que representaban la Anunciación a la Virgen, su coronación, y el nacimiento de Cristo. Carlos tuvo la sensación de que habían sido colocados sólo unas horas antes para cubrir la desnudez de las paredes. Sin ellos, aquella estancia parecería lo que realmente era: una cárcel.

En una chimenea ardía perezosamente un tronco solitario que apenas alcanzaba para calentar la habitación. El tiro no debía ser muy bueno, porque el lugar estaba lleno de humo y apestaba a cerrado.

Doña Juana los esperaba sentada al fondo, de espaldas a una de las ventanas, con el contraluz ocultando sus rasgos. Junto a ella, en una silla pequeña, una niña vestida de negro, con unas ropas que eran una copia de las que llevaba la reina. Carlos comprendió que aquella niña era su hermana, Catalina, que había nacido durante el dramático viaje de Juana con el cadáver de Felipe, y se había visto obligada a sufrir el mismo encierro que su madre.

—¿Vosotros sois mis hijos? —preguntó Juana—. Yo creo que no. Acercaos...

Carlos y Leonor hicieron una profunda reverencia y caminaron hacia ella. El piso de madera vieja crujía a cada paso. El olor a moho y podredumbre se volvía cada vez más intenso. Cuando los dos hermanos llegaron frente a su madre, Carlos pudo por fin distinguir su rostro. Ya no guardaba ningún parecido con la hermosa adolescente que había visto tantas veces representada en los retratos que casi los confundía con sus verdaderos recuerdos de ella.

—¿Quiénes sois? —preguntó la desconocida mujer que los miraba desde la silla.

Los miraba fijamente con su rostro ceñudo y sus ojos hundidos en las cuencas. Estaba muy delgada, con los huesos de los hombros destacando como si fueran a romper el vestido. El pelo enmarañado y gris, recogido con un moño sobre la nuca. Su cara era una máscara dominada por una expresión de curiosidad tan intensa que aterrorizaba.

Leonor se dio la vuelta y empezó a sollozar tapándose la boca.

—¿Sois mis hermanos? —preguntó la niña que estaba junto a ella con una voz encantadora, y a Carlos se le encogió el corazón al pensar en la oscura existencia que había llevado aquella pequeña.

—Sí. Yo soy tu hermano Carlos y ella es tu hermana Leonor.

—Fray Juan nos dijo que debíamos hablaros en francés... Pero yo no sé si lo hago bien.

—Lo hablas perfectamente —dijo Carlos aguantándose las lágrimas.

Doña Juana se puso entonces en pie y se acercó a Carlos. Alargó una mano y la puso sobre su mejilla. Le giró suavemente el rostro, para mirarlo a la luz que entraba por la ventana y proyectaba las sobras de las rejas por toda la habitación.

—Sí, sois mis hijos —dijo la reina mientras su gesto de extrañeza se suavizaba—. ¡Qué mayores os habéis hecho en tan poco tiempo!

El guardia que custodiaba la entrada conocía a Íñigo. Éste sólo tuvo que pedírselo y él abrió la reja. Luego se hizo a un lado y los dejó pasar sin hacer ninguna pregunta.

Cèlestes se adelantó unos pasos y se detuvo embelesada por la sorprendente arquitectura de aquella capilla redonda del convento de Santa Clara. Un anillo de doce columnas de mármol claro sujetaba una bóveda semiesférica, cruzada de nervios trabados y decorada con mocárabes de compleja estructura. Toda la sala parecía un homenaje a las tradiciones de construcción de los musulmanes.

—¿No te recuerda nada esto? —le preguntó la bruja a Íñigo, cuando éste se colocó a su lado para admirar como ella el lugar.

—¡Por Dios que sí! —exclamó el muchacho—. Es como una versión en miniatura de la caverna en la que dormía Sigurd. Esos adornos del techo...

—Almocárabes. Su nombre es «almocárabes».

—Sí, bueno... Me recuerdan a esos carámbanos de piedra que hay en el interior de las cuevas...

—Eso es exactamente lo que pretenden simular. Por lo que sé, las cuevas también forman parte de la tradición de los musulmanes.

En el centro geométrico de aquella sala circular había un túmulo de piedra cubierta por un lienzo negro. Bajo la tela se adivinaba la forma de un cuerpo humano.

—Por favor, espera un momento aquí —dijo la bruja.

Se acercó al túmulo y apartó el lienzo. El cuerpo de Felipe de Habsburgo yacía allí, tumbado de espaldas sobre la fría piedra desnuda. Había sido conocido como el Hermoso, pero de esa belleza ya no quedaba nada. Su piel era como cuero reseco pegado sobre su calavera. Las cuencas hundidas como si los ojos hubieran desaparecido. Los labios contraídos en una macabra sonrisa que descubría sus dientes. El pelo enmarañado, como una aureola alrededor de su cráneo. Iba vestido con sus mejores galas, con una casaca de terciopelo con cuello de armiño, que alguna vez debía de haber sido púrpura, pero que ahora estaba apolillada y descolorida.

Tenía el collar de oro del Toisón sobre el pecho. Cèlestes lo apartó y cortó los cordones que sujetaban su camisa. Al abrirla vio las costillas que sobresalían como aros a punto de rasgar la piel. Y, entre ellas, un profundo corte que dividía la caja torácica en dos. Introdujo la mano en aquella herida reseca y la volvió a sacar al instante.

—¿Le sacaron el corazón? —preguntó Íñigo, que lo observaba todo desde detrás.

—Sí. Hieronimus Bosch ya me lo había dicho. Se lo sacaron y lo enviaron a Bruselas dentro de un cofre forrado de oro. Pero pensé que quizá no fuera cierto.

—Sin corazón no puede regresar de su sueño, ¿no es así?

—No. A todos los efectos está muerto.

Cèlestes alzó la vista y se quedó mirando el laberinto de dibujos que decoraban las paredes. Eran de una complejidad asombrosa, casi como tejido vivo creciendo y

entretejiéndose. Intentó seguir el rastro de una de aquellas decoraciones cruzándose una y otra vez con las demás y creando elegantes lazos, hasta que su vista se confundió. Entonces se retiró un poco hacia atrás y volvió a mirarlo, intentando no concentrarse en ningún punto en concreto, dejando que sus ojos extrajesen un sentido del conjunto.

Y entonces lo descubrió. Inscritas en aquel artesonado, enlazándose entre los motivos vegetales, ocultas entre ellos, había letras cúficas esperando a ser descubiertas por un ojo avisado. Cuando comprendió su existencia, no le resultó difícil seguir todo el texto que rodeaba la sala como una cenefa sobre los capiteles de las columnas.

Cèleste giró sobre sus talones, mientras sus ojos recorrían aquel mensaje oculto.

—¿Qué sucede? —le preguntó Íñigo.

—Sssh. —La bruja se llevó un dedo a los labios.

—No, dime qué pasa.

—Hay un texto oculto en la decoración de las paredes...

—¿Un texto? No puedo ver ninguna letra.

—Es escritura árabe.

—¿Y puedes leerlo? ¿Lo entiendes?

—No, pero puedo memorizarlo y luego buscar a alguien que me lo traduzca. Sospecho que es un mensaje dejado por mi madre. Ahora, por favor, no me hables durante un momento... Ya está, gracias.

—¿Lo has memorizado? —Íñigo miró a la mujer con admiración.

—Se nos entrena para ello. No es conveniente guardar los textos mágicos con nosotras. Puede ser muy comprometedor.

—Entiendo. ¿Qué piensas hacer ahora?

Cèleste se volvió hacia él.

—Voy a viajar hasta Granada. Intentaré encontrar a mi madre. Quizá este texto que he descubierto me ayude, cuando logre traducirlo. ¿Qué vas a hacer tú?

—Debo ir hasta la villa de Roa, para reunirme allí con el cardenal Cisneros e informarle de que todo ha ido bien con el rey. Si me acompañas, luego yo puedo acompañarte hasta Granada. Viajarás más segura conmigo.

—¿Que te acompañe ante el Inquisidor General? —la bruja soltó una risita—. Me parece que no. Además, sé cuidarme sola.

—Sí, eso ya lo he visto. —Íñigo sonrió—. Entonces, ¿esto es una despedida?

—¿Quién sabe? Quizá nuestros caminos vuelvan a cruzarse, mi buen Íñigo de Oñaz y Loyola. Y si no es así, te deseo que consigas todo aquello en lo que te empeñes.

—Que así sea. Y yo te deseo lo mismo, Cèleste.

APÉNDICE

Vives al esclarecido varón Desiderio Erasmo de Rotterdam, maestro digno de los mayores respetos, salud.

De los sucesos acontecidos durante el viaje de nuestro rey, mi querido Erasmo, el más docto y el mejor de mis amigos, no tengo dudas de que te habrán llegado noticias. Te imagino preguntándote qué habrá de cierto en todo eso que se cuenta y esperando que mis palabras, como testigo privilegiado, te confirmen una u otra cosa.

Pero, en realidad, han sido dos los viajes que he realizado:

Uno, el conocido, me llevó desde el puerto de Flessinga hasta la costa de Asturias, después de un periplo con innumerables peligros y vicisitudes. No me ocuparé aquí en refutar a aquellos que ya han dado testimonio de estos sucesos, cosa que sería muy trabajosa, larguísima y con más espinas que frutos por resultado.

El otro, el desconocido, es del que deseo hablarte realmente. Un extraordinario viaje que me llevó a internarme en las ignotas profundidades del mundo espiritual.

El alma es la más tenue de todas las cosas de la naturaleza, y, aunque la mayor parte del conocimiento humano proceda de lo captado por los sentidos, ésta no se brinda a su observación. Por ello, para tener éxito en mi segundo viaje, necesitaba alcanzar un éxtasis que anulase la información engañosa de nuestros sentidos y me permitiera mirar hacia el mundo oculto. Porque la razón, privada del contacto con el exterior, vuela con tanta rapidez hacia esas nuevas rutas que es como si se viera arrastrada por un torrente, cual sucede en la embriaguez y la locura. Por lo tanto, se necesita gran salud mental para discurrir debidamente por esos lugares, ya que la mente, agitada por todo lo que ve, se asemeja a un hombre que desciende por un terreno resbaladizo.

Ya te hablé en una ocasión de mis infructuosas experiencias con el *hashish*. En el transcurso de este viaje tuve la oportunidad de probar el famoso unguento de las brujas, más conocido como «la sopa del sábado». Entonces pude alcanzar ese estado de éxtasis e internarme por dos veces en el estrecho túnel que comunicaba mi mente con la gran caverna del mundo espiritual.

Mi querido maestro, ¡ojalá que hubieras podido presenciar un espectáculo tan extraordinario! ¡Ojalá que yo tuviera ahora la habilidad necesaria para lograr describírtelo con toda su luminosa grandiosidad! Imagina un árbol infinito en altura, y de ramas infinitas entretejiéndose con una complejidad asombrosa. De una de estas ramas colgaba nuestra Tierra, y por su interior el árbol se dividía y ramificaba en multitud de brotes que nacían y se extinguían continuamente.

Desde entonces he pensado mucho en aquello que vi. Lo he dejado madurar en mi interior, he vuelto a visitar aquel lugar una y otra vez con los ojos de mis recuerdos, y al fin he llegado a una conclusión. Es ésta: con el alma, Dios agregó a la materia, insensible e inerte, capacidades que son partícipes de Su Excelencia Divina, de modo

que puede considerarse como irradiaciones de Su Luz Eterna e Infinita. Entonces, si aquello que me pareció un árbol era Dios, cada una de las diminutas ramitas en las que se dividía era el alma de un ser humano que vive sobre nuestro mundo, todas conectadas entre sí, y, a la vez, conectadas al gran tronco central, del mismo modo como sucede en el orden natural cuando los seres inferiores se juntan con los superiores; bien por la participación de la esencia de los extremos (el vínculo por el cual se unen los cuerpos: la tierra y el aire por medio del agua, el agua y el fuego por medio del aire, la carne y el hueso por el cartílago), o bien por cierta congruencia de la función y de la operación, como el artífice está unido a su obra por medio de los instrumentos: el pintor al cuadro por medio del pincel y del carboncillo, el carpintero a la madera por medio de la azuela y de la hacha. Así, la existencia de Dios nos impregna y, por lo tanto, le confiere una dimensión sagrada a todo ser. Es un conocimiento que no puede ser enunciado distintamente, que nos es inherente. Como ese árbol, Dios está situado en el centro del universo. Él es el centro, el punto de convergencia del Mundo que fluye espiritualmente en el aire, en el agua, en todos los seres vivientes que lo nutren, que se funden en Su Existencia. Todo es definido en nuestra relación con Él.

Maestro, quisiera exponerte con la mayor claridad posible mis conclusiones, no a la luz natural con la que sueñan los indoctos, sino de la verdad, la cual, tanto en la naturaleza como sobre ella, es una solamente y sin dualidad; pero, releendo lo que he escrito, comprendo lo desviado y heterodoxo que podría parecer si cayese en otras manos. Si me he retrasado tanto en escribirte es, precisamente, porque no me he sentido seguro hasta ahora. Mi situación como protegido del arzobispo de Toledo es delicada y la prudencia más elemental me aconsejaba guardar silencio sobre todo este asunto. Y no quiero comprometerte de ningún modo. ¡Ojalá se pudiera hacer todo sin tanto afán y desasosiego! Por ello, si así lo prefieres, prefiero que interpretes todo lo que te he contado como una historia de locura, como aquella que tú elogiaste tan bien en una ocasión.

Procura contestarme por el mismo dador de la presente, que es hombre de mi total confianza; y hazme saber tu estado de salud y el de tus asuntos materiales, que para mí son tan queridos y de los que me preocupo tanto como si fueran los míos propios.

Queda con Dios, tú, el más querido de mis maestros.

Bruselas, 10 de octubre de 1518

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela suele ser un trabajo largo y solitario, pero en ocasiones un comentario oportuno o una sugerencia de un amigo pueden abrirte todo un mundo de posibilidades, y por ello es justo que agradezca a León Arsenal y a Hipólito Sanchiz una interesante conversación sobre conversos y brujos. A Marisa Cuesta, que me habló de los estados alterados de conciencia y de la privación sensorial. A Rodolfo Martínez, que se leyó el primer borrador. Y a mi esposa Alejandra, que siempre está ahí, ayudándome al principio y al final del proceso, y en cada una de sus etapas.

Gracias a todos.



JUAN MIGUEL AGUILERA (Valencia, 1960), es diseñador industrial e ilustrador con estudio propio.

Su primer relato, *Sangrando correctamente*, apareció en *Nueva Dimensión*, la revista fundamental de los años setenta y primeros ochenta. Junto con creó y exploró por primera vez el universo de Akasa-Puspa en las novelas *Mundos en el abismo* (1988), *Hijos de la eternidad* (1990) y *En un vacío insondable* (1994), y luego lo ha revisitado en *Mundos en la eternidad* (2001, con Javier Redal) y *Mundos y demonios* (2005). Sus otras novelas incluyen *El refugio* (1994, con Javier Redal), *La llavor del mal* (1996, con Ricardo Lázaro), *La locura de Dios* (1998), *Contra el tiempo* (2001, con Rafael Marín) y *Rihla* (2003).

Escribió el guión de la película *Stranded (Náufragos)* (2000) y también su novelización del mismo título (2001, con Eduardo Vaquerizo). Sus obras se han traducido en Italia y en Francia, donde ha alcanzado tanto éxito (incluyendo los premios Imaginales y Bob Morane) que sus últimas novelas han sido escritas directamente para el mercado francés.

Notas

[1] *Annwn* es la dimensión mágica del Inframundo, un no-lugar que no es el equivalente al infierno católico, sino que es un plano exterior donde habitan los seres espirituales. <<

[2] Los *Sidhe* son túmulos, montañas huecas que sirven de entrada al Mundo Subterráneo. <<

[3] Los humanistas llamaban «bárbaros» a los autores medievales, a los que rechazaban contundentemente. <<

[4] La única prueba de este viaje de Bosch a Italia es el fresco del oratorio de San Bernardo, una capilla gótica que se alza en el interior de la abadía de Chiaravalle. <<

[5] «La casa de los locos» fue el primer establecimiento de Europa destinado al cuidado de los enfermos mentales. Fundada en Valencia en 1409, por el monje Juan Gilberto Jofre, de los hermanos de la misericordia. <<

[6] *Das Narrenschiff*. Un largo poema escrito en su mayor parte en dialecto alsaciano que describe con todo lujo de detalles obscenos los vicios de la sociedad. Fue muy popular e inspiró numerosos grabados y pinturas, como la famosa «Nave de los locos» de Hieronimus Bosch. <<

[7] Se refiere a la costumbre de ocultar con pintura negra los emblemas de los caballeros expulsados por alguna acción innoble, que se reseñaba con tinta blanca sobre el manchón. <<

[8] Marranos: conversos que siguen practicando el judaísmo a escondidas. <<

[9] Pasta que se hace con trigo remojado, lavado, exprimido y puesto a secar al sol. <<

[10] Soldado con doble paga. <<

[11] Soldados o tropa sin esperanzas. <<

[12] Toda la Tierra está Sometida a Austria. <<

[13] Austria Será la Última en el Mundo. <<